

LA
LIBRERA
DE
EL CAIRO
NADIA WASSEF
PENÍNSULA

Índice

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

    

Sinopsis

Nadia Wassef siempre quiso ser librera. Junto con su hermana y su mejor amiga fundaron hace veinte años Diwan, una librería en su Cairo natal. Eran tres mujeres jóvenes, sin formación académica, sin experiencia y sin nada que perder. Por aquella época, no había aún librerías en Egipto. La cultura se hundía bajo la mala gestión de un gobierno corrupto y los libros se consideraban un lujo, no una necesidad.

La librera de El Cairo, con su ecléctico reparto de personajes entrañables, nos transporta a una ciudad que trasciende a su propia historia, y nos permite asistir a su lenta pero audaz transformación para alejarse de un sistema arcaico, misógino y corrupto. Como El edificio Yacobián, de Alaa Al Aswany, en su momento, este libro permite que sean los protagonistas y sus pequeñas historias los que construyan el alma de la capital de Egipto.

La librera de El Cairo

Nadia Wassef

Traducción de María Eugenia Santa Coloma

ediciones península

Para Ramzi y Faiza,
que hicieron todo esto posible.
Para Hind, que comparte cada etapa
y escucha lo tácito.
Para Zein y Layla. Lo hice
lo mejor que pude.

De una ciudad no disfrutas las siete o las setenta y siete maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya.

ITALO CALVINO,
Las ciudades invisibles

Si sigues tu corazón, nunca perderás el rumbo.

Proverbio egipcio

Nota de la autora

Esta es una historia real, aunque se han cambiado algunos nombres.

Prólogo

Tenía siete años cuando los miembros de los Hermanos Musulmanes asesinaron a Anuar al Sadat, y su vicepresidente, Hosni Mubarak, asumió el poder en 1981. Era una antigua librera de treinta y siete años con diez liberías, 150 empleados, dos másteres, un exmarido (de aquí en adelante denominado Número Uno), un segundo marido (Número Dos) y dos hijas cuando Mubarak fue destituido en 2011.

Pero nuestra historia empieza mucho antes de la Revolución egipcia y antes de la serie de levantamientos conocidos como la Primavera Árabe. Durante buena parte de mi vida he vivido en Zamalek, una isla en un río rodeada por un desierto: coordenadas 30º N, 31º E. Zamalek, un distrito del oeste de El Cairo, se recuesta en medio del Nilo. Cuenta la leyenda que El Cairo debe su nombre al planeta Marte, *Al Najm Al Qahir*, que se alzó el día de la fundación de la ciudad. Se la conoce como *al Qahira*, ‘vencedora’.

En la arteria principal, peatonal y vial, de Zamalek, la calle 26 de Julio, se alzan dos edificios gemelos llamados las mansiones Baehler. Sus techos altos, patios y florituras de estuco sugieren un pasado glorioso. Los compresores de aire acondicionado se aferran a las barandillas de los balcones, los cables sueltos recogen la suciedad y los restos de papel, y la colada cuelga en medio del calor. Una serie de negocios bordean la calle: Nouby, el anticuario; Cilantro, la cafetería; Thomas Pizza; el Banco de Alejandría, y la tienda acristalada de la esquina, Diwan, la librería que creamos mi hermana Hind y yo en marzo de 2002. Años después, Hind y yo abrimos dieciséis tiendas (y cerramos seis) por todo Egipto, pero cada una de ellas emula el aspecto y el ambiente de esta, nuestro buque insignia, nuestra primogénita.

Hind y yo concebimos Diwan una noche de 2001, mientras

cenábamos con nuestros viejos amigos Ziad, Nihal y su por entonces marido, Ali. Alguien planteó la pregunta: si pudieras hacer algo, ¿qué harías? Hind y yo respondimos lo mismo. Abriríamos una librería, la primera de su tipo en El Cairo. Nuestro padre había fallecido hacía poco a causa de una cruel enfermedad de las neuronas motoras. Como lectoras de toda la vida, habíamos recurrido a los libros en busca de consuelo, pero nuestra ciudad carecía de librerías modernas. En Egipto, al final del milenio, publicar, distribuir y vender libros fue perdiendo fuelle tras décadas de un socialismo que había salido mal. Empezando con el Gobierno de Gamal Abdel Nasser, el segundo presidente de Egipto, pasando por Anuar al Sadat (el tercero) y luego Hosni Mubarak (el cuarto), la incapacidad del Estado para abordar la explosión demográfica llevó al analfabetismo, la corrupción y a una reducción de las infraestructuras. En un intento por contener la disidencia, cada régimen político se había hecho con el control de la producción cultural. Los escritores pasaron a ser funcionarios públicos; la literatura fue víctima de muchas muertes lentas y burocráticas sucesivas. Pocos en Egipto parecían interesados en leer o escribir. Abrir una librería en este momento de atrofia cultural parecía imposible, y del todo necesario. Para nuestro asombro, nuestros compañeros de cena tenían el mismo interés. Esa noche, nos convertimos en cinco socios: Ziad, Ali, Nihal, Hind y yo. Durante los meses siguientes, hablamos, establecimos contactos e hicimos planes sin cesar. Entonces Hind, Nihal y yo nos pusimos a trabajar. Y fue gracias a ese esfuerzo conjunto por lo que nos convertimos en hermanas por elección, las tres mujeres de Diwan.

Como personas, Hind, Nihal y yo no podíamos haber sido más distintas. Hind es reservada y sumamente leal, Nihal es espiritual y generosa, y yo soy una emprendedora. Como socias, intentamos ser una versión mejor de nosotras mismas, con más fallos que aciertos. Dividimos el trabajo en función de las preferencias y las pasiones: a Hind y a mí se nos daban mejor los libros, y a Nihal se le daba mejor la gente. Estas divisiones nunca estaban bien definidas. Todas encontramos en la lengua un denominador común.

Dedicamos nuestra atención y nuestro trabajo a las palabras. Nos sentíamos orgullosas de la cultura egipcia y estábamos deseosas de compartirla. No teníamos un plan de negocio ni almacén, ni tampoco miedo. No nos pesaba nuestra falta de preparación, y desconocíamos todos los problemas que se avecinaban. Éramos jóvenes; yo tenía veintisiete; Hind, treinta, y Nihal, cuarenta. Durante las dos décadas siguientes, nos daríamos la mano mutuamente al pasar por matrimonios, divorcios, nacimientos y muertes. Afrontaríamos las dificultades que conlleva dirigir un negocio en una sociedad patriarcal: sorteando el acoso y la discriminación, engatusando a los déspotas burócratas y convirtiéndonos casi en expertas en las leyes de censura egipcias durante el proceso.

Desde el principio, sabíamos que nuestra librería no podía ser una reliquia del pasado. Debía tener una finalidad deliberada. Cada aspecto tenía que ser intencionado, empezando por el nombre. Una tarde, nuestra madre, Faiza, escuchaba amablemente mientras Hind y yo hacíamos frente a este dilema. Apenas impresionada por nuestras sugerencias, y con ganas de volver a su almuerzo, propuso «Diwan». Mencionó sus traducciones: una colección de poemas en persa y árabe; un lugar de encuentro; una casa de invitados; un sofá, y una publicación. El *diwani* es un tipo de caligrafía árabe. Hizo una pausa, luego añadió que la palabra funciona fonéticamente en árabe, inglés y francés. Volvió al plato que tenía delante. Dejó que nos marcháramos.

Fortalecidas por nuestro nombre, fuimos a hablar con Nermine Hammam, una diseñadora gráfica conocida también como Minou, para que nos ayudara a crear nuestra marca. Tenía un humor rápido y mordaz, mostraba las encías al sonreír, omnisciente. Minou nos pidió a Hind, a Nihal y a mí que le describiéramos Diwan como si fuese una persona. Le dijimos que «era» una persona y esta era su historia:

> Diwan se concibió como una reacción a un mundo que había dejado de preocuparse por la palabra escrita. Nació el 8 de marzo de 2002, coincidiendo con el Día Internacional de la Mujer. Es más grande que el espacio que ocupa. Acoge y respeta a los demás con

todas sus diferencias. Como una buena anfitriona, invita a los clientes a quedarse un poco más en su cafetería. En principio, es antitabaco; sabe que muchos lugares de su patria no lo son, pero está decidida a representarla mejor. Tiene unos ideales más nobles de lo que se lo permite su entorno. Es honesta, pero no castigará a los ladrones. Es sincera, e insiste en deshacerse de quienes no lo son. No le gustan los números. No le gusta el mundo binario que la rodea, y está decidida a cambiarlo, con un libro a la vez. Cree que norte y sur, este y oeste son términos restrictivos, así que ofrece libros en árabe, inglés, francés y alemán. Une gente e ideas.

Minou trasladó nuestra descripción a un logotipo. Escribió D-I-W-A en una tipografía negra extravagante y añadió la N en árabe. Esta última letra —un guiño a *nuun al niswa* y *nuun al inath*— indica el género femenino de los adjetivos, los verbos y los sustantivos. Minou rodeó toda la palabra con *tashkeel*, signos diacríticos.



Minou no solo diseñó un logotipo; creó una marca que podía crecer y cambiar. Inventó maneras de difundir Diwan: bolsas, marcapáginas, tarjetas, velas, papel de regalo, bolígrafos, lápices y papel pintado. La bolsa de Diwan se convirtió en un símbolo de nivel cultural en las calles de El Cairo. Años después, cuando divisaba una de nuestras bolsas en una calle de Londres o en el metro de Nueva York, la sensación era emocionante.

Durante los dos años posteriores a la revolución, cuando los Hermanos Musulmanes llegaron al poder, El Cairo se transformó en algo casi irreconocible y empecé a pensar en la posibilidad de

marcharme. Las perspectivas eran muy dolorosas, pero tras varios años dirigiendo Diwan en el caos posrevolucionario, empecé a quedarme sin energía. Había comenzado a darme cuenta de que si permanecía en El Cairo, solo existiría en relación con mis librerías. Nunca podría liberarme de mí misma. Y después de catorce años de entregarme en cuerpo y alma a la tienda, tenía que trazar una línea en la arena: renuncié a mis funciones como una de las directoras de Diwan. Tras una breve temporada en Dubái con Número Dos, Zein (ahora tiene dieciséis), Layla (catorce) y yo nos mudamos a Londres. Como ya no dirigía Diwan —Nihal se quedó a su cargo—, en mi mente regresaba a aquellos años, sintiendo una mezcla de nostalgia y alivio.

Hind, mi alma gemela y mi salvadora, nunca habla de esa época; ha elegido el silencio por encima del recuerdo.

Diwan era mi carta de amor a Egipto. Era parte de, y alimentó, mi búsqueda de mí misma, mi El Cairo, mi país. Y este libro es mi carta de amor a Diwan. Cada capítulo traza una sección de la librería, desde la cafetería a la sección de Autoayuda, y la gente que la frecuentaba: los compañeros, los habituales, los esporádicos, los ladrones, los amigos y la familia que consideraba a Diwan su hogar. Aquellos de nosotros que escribimos cartas de amor sabemos que sus propósitos son imposibles. Intentamos convertir, y fracasamos, lo fundamental en etéreo. Luchamos contra el final inevitable, sabiendo que todo es pasajero. Optamos por mostrarnos agradecidos por el tiempo, por breve que sea.

1

La cafetería

Para el profano de a pie, Diwan era solo una de las muchas tiendas detrás del ornamentado exterior de la mansión Baehler. La tradicional placa de calle de color azul marino reza *SHARI' 26 YULYU*, calle 26 de Julio. Habíamos colocado nuestro logotipo, con un fantástico texto negro, en la fachada del edificio. Un jacarandá suplicante se encorvaba por encima de la entrada de la tienda. La puerta principal de cristal, que daba a la esquina de la calle, estaba adornada con modernos motivos araboislámicos y un pomo largo de plata.

El interior era un oasis en medio de la calle calurosa y densamente transitada. Compases de *jazz* árabe, Umm Kalzum y George Gershwin resonaban en el estruendo mecánico de los aparatos de aire acondicionado. Debajo de una imponente pared con carteles de RECOMENDACIONES, MÁS VENDIDOS y NOVEDADES, libros de ficción y no ficción en árabe e inglés surgían a raudales de los estantes flotantes. Los visitantes podían entrar tanto por la puerta de la derecha, pasando por la sección de libros, después de la caja y la papelería, como por la puerta de la izquierda, en la sección de multimedia, una colección seleccionada de películas y música internacional: experimental y clásica, oriental y occidental.

Durante la fase de estudio para crear Diwan, había leído un artículo que decía que la mayoría de las personas se dirigen hacia la derecha al entrar en una librería. Influida por esta observación, colocamos la sección de libros de Diwan a la derecha. Ahí, las ventanas daban a un patio contiguo en lugar de a la calle principal,

lo que lo convertía en la zona más tranquila de la tienda. Los techos altos revestidos de rieles de luces incandescentes iluminaban los estantes de madera de caoba con un acabado de acero mate, una comunión entre lo antiguo y lo moderno. Los libros se dividían en dos categorías. A la izquierda estaban los escritos en árabe, que surtía Hind. A la derecha estaban los libros en inglés: mi feudo. Colocamos nuestra modesta selección de obras en francés y alemán en la sección de multimedia. Una puerta cercana llevaba a la cafetería, el corazón de la tienda.

El personal de atención al cliente circulaba por las salas llevando uniformes de Diwan: un polo azul marino con nuestro logotipo bordado en beis en el lado izquierdo y unos pantalones beis con los bolsillos cosidos, para evitar robos. Ofrecían sus conocimientos, intentando lograr un equilibrio entre el afán y la distancia profesional. Su trabajo era más exigente que el de los libreros de otros lugares, sobre todo cuando abrimos por primera vez, cuando la mayoría de los clientes no estaban en absoluto familiarizados con el planteamiento de Diwan. Comprendía su desconcierto.

Antes de Diwan, hubo tres tipos de librerías egipcias: las mal gestionadas por el Gobierno; las asociadas con determinadas editoriales, y las tiendecitas locales, que vendían sobre todo periódicos y material de papelería. Las librerías gubernamentales fueron las que más me impresionaron. Cuando estudiaba en la universidad, solía coger taxis para ir al centro de El Cairo, donde los armenios dirigían gremios; los italianos, grandes almacenes, y los griegos, tiendas de comestibles. Recorría las calles principales de mi ciudad, todas con nombres de fechas históricas importantes. (La calle 26 de Julio se llamaba anteriormente Fuad I, por el primer rey del Egipto moderno. Fue rebautizada en honor del día en que el hijo de Fuad, Faruk, abandonó el país en su yate real durante la revolución de 1952 encabezada por Nasser [hijo de un cartero] y Muhammad Naguib, que se convertiría en el primer presidente de Egipto.)

En el centro, entraba en tiendas que parecían tumbas llenas de libros con polvo incrustado. Había un montón de estantes, pero

muy pocos carteles. Cada tienda parecía contar con un hombre en el mostrador, bebiendo un té y dormitando sobre un periódico abierto. Preguntaba por una obra, y el hombre deslizaba parte del pie descalzo en la sandalia y dejaba el agrietado talón en contacto con el suelo. Sin bajar la radio, se levantaba con dificultad, agitando las partículas depositadas en las tablas que crujían bajo sus pies.

¿Por qué eran tan decrépitas estas librerías? La respuesta es, en parte, histórica. En Egipto, el pasado vive en el presente, a menudo lo vuelve a visitar de incógnito y nunca desaparece por completo. Crear Diwan nos obligó a reconocer las historias de la publicación y la venta de libros, historias que seguía dictando la industria contemporánea. En 1798, la expedición napoleónica dio a Egipto sus dos primeras prensas de imprimir, una en árabe y una en francés. En 1820, Mehmet Alí, gobernador otomano albanés y padre del Egipto moderno, tenía una imprenta industrial instalada en el barrio de Bulaq (se llama así por *beau lac*, en francés). Bajo su gobierno, publicar se convirtió en un instrumento de propaganda.

En la segunda mitad del siglo XIX, el Gobierno relajó su monopolio sobre la edición, y luego la censura, sobre todo durante la ocupación británica de Egipto en 1882. Las altas esferas de la sociedad tenían los medios y el interés para invertir en la prensa escrita. En 1900, se publicó un aluvión de periódicos —políticos, sociales y feministas— con la intención de concienciar, con fines de lucro o ambos. Los periódicos y las revistas publicaban discursos, manifiestos y novelas que primero se editaban por entregas y luego se convertían en libros. Décadas de una escritura prolífica y poderosa surgieron de las manos de los maestros de la literatura egipcios.

Todo cambió después de la revolución de 1952. Cuando Nasser asumió la presidencia en 1956 (como candidato único en las votaciones), puso en marcha una serie de iniciativas políticas que cambiaron el panorama de Egipto: un acceso a la vivienda que mejoraba de forma exponencial, educación y atención médica; pero

también rescindió la ciudadanía, y deportó a gran parte de los extranjeros; instauró burocracias para imitar a las de los británicos; limitó las libertades civiles, e instituyó décadas de control militar. En la década de 1960, había persuadido a la industria del libro para que publicara obras que fomentaran la nueva visión socialista de Egipto y el objetivo general del nacionalismo árabe. Pero su régimen carecía de la infraestructura necesaria para hacer realidad esta visión. En 1966, las editoriales habían acumulado unos déficits impresionantes, y, bajo el lema del Estado «UN LIBRO CADA SEIS HORAS», sus almacenes rebosaban de títulos que no interesaban. Los libros se imprimían en papel de baja calidad. Las cubiertas eran endebles y a menudo estaban rasgadas. No había agentes literarios, listas con los más vendidos o departamentos de *marketing*. Las firmas de libros y las presentaciones eran algo inaudito. Las editoriales enviaban los libros en paquetes envueltos con cuerdas tan apretadas que dejaban marcas en las cubiertas, o en cajas de cartón reutilizadas que habían contenido antes cartones de tabaco. Este es el panorama con el que nos habíamos encontrado Hind, Nihal y yo. Impávidas, empezamos a trabajar con este caos y contra él.

Incluso antes de que abriéramos la tienda de Zamalek, la sensata de Hind había aislado de forma sistemática y abordado aparentemente cada obstáculo. A nuestro alrededor, un optimismo reformista se estaba extendiendo en el horizonte. Una nueva legislación en materia de inversión había revitalizado el mercado de valores. Muchos egipcios que habían estudiado en el extranjero volvieron con ganas de formar parte del futuro de su país. Estábamos en la antesala de un renacimiento artístico y cultural, pese a que aún carecíamos de los servicios básicos modernos. Como las librerías.

Hind nos ayudó a remontar esta ola resolviendo problemas a tiempo y a menudo. Visitó otras librerías y editoriales, y tomó nota de lo que ofrecían e hizo preguntas. En estas misiones de exploración, Hind se hizo pequeña, sumisa e inofensiva. Otros propietarios de negocios contestaron a sus preguntas con respuestas escépticas y a veces condescendientes; ella ni se

inmutaba. Mientras hablaba con un jefe de edición, descubrió que pocas sobrecubiertas imprimidas a nivel local llevaban ISBN. En Egipto, las bibliotecas nacionales generaban los ISBN todos de una vez, lo cual solo garantizaba que se aprobaran las obras que no fueran contrarias al Gobierno reinante. Las editoriales independientes eludían la censura de una manera creativa prescindiendo por completo del ISBN o «tomando prestados» los de otros libros ya publicados. Los autores egipcios a veces publicaban en otros países. La ausencia de esas líneas y esos números tan juntos quería decir que el proceso de facturar, enviar y hacer un seguimiento de los libros estaba sujeto a graves márgenes de error. No se podían recabar las listas de los libros nacionales más vendidos. De vuelta a Diwan, Hind hizo frente a esta infernal realidad con su paciencia característica. Creó un manual para transliterar autores y títulos en nuestro sistema informático basado en el inglés, que abarcaba cualquier formación posible. Al adoptar este sistema fonético, pudimos generar códigos internos para nuestros libros en árabe.

Luego, se aventuró en lo desconocido: las cifras de ventas. Las librerías en Egipto habían usado tradicionalmente registros manuales o recibos manuscritos. Nadie sabía con exactitud qué estaba vendiendo, por lo que nadie sabía cuántas existencias debía tener. Quien sí lo sabía mantenía en secreto las cifras de ventas. Hind desafió las convenciones recopilando estos datos y publicando después las listas de los más vendidos en Diwan, incitando a la competencia entre las editoriales y los autores y presentando a los lectores libros nuevos. Esto era solo el principio. Nunca supe realmente cuáles eran los planes de Hind hasta que salió airosa. Ambas creíamos que primero se hace y después se habla.

El esquilmado sector de la venta de libros en El Cairo había fomentado dos tipos de lectores principales: los que se resignaban al sistema fracturado y los que, como Hind, Nihal y yo, ansiábamos una alternativa. Los clientes de Diwan tenían una serie de suposiciones y actitudes hacia las librerías. Nuestra labor consistía en detectar, y a veces despejar, sus inclinaciones. Los lectores

curtidos estaban aquí en el séptimo cielo: compraban libros nuevos y vendían otros de segunda mano, recomendaban nuevos títulos y participaban en la conversación general. Nos buscaban personalmente a nosotras, las propietarias, para hablar de los errores en el servicio de atención al cliente y compartir las quejas. Tenían ganas de que Diwan tuviera éxito y mantuviera su nivel. Hasta el día de hoy, recibo correos electrónicos y mensajes a través de las redes sociales de clientes que están molestos por retrasos en los envíos u otros problemas. Algunos siguen queriendo que una de las socias fundadoras supervise personalmente una venta.

Las intenciones de otros eran menos benévolas.

Una conversación típica era algo así:

—Quiero hablar con el propietario —decía un cliente, dirigiéndose a Nihal, a Hind o a mí.

—Soy una de ellas —respondía Nihal o Hind. Yo siempre me quedaba en un segundo plano, ocupándome de alguna tarea súbitamente urgente.

—Quiero devolver este libro.

—Lo lamento. ¿Hay algún problema con él?

—Lo compré. Lo leí. No me gusta. Quiero que me devuelvan el dinero.

A partir de aquí, el diálogo difería en función del oyente. Nihal siempre asentía, lo que ayudaba a que el cliente sintiera que lo escuchaban. Amablemente, le explicaba que Diwan no era una biblioteca. Con frecuencia, el cliente respondía y decía que deberíamos serlo. ¿Acaso no era la cultura un recurso común? Llegados a este punto, incapaz de controlarme, intervenía diciendo cómo esta anticuada creencia era la que nos había llevado hasta donde estábamos en Egipto, hasta que, después de muchos intercambios parecidos, al final aprendí a morderme la lengua. Nihal indicaba con delicadeza a los clientes que fueran a las numerosas bibliotecas públicas, donde podrían satisfacer sus necesidades, al tiempo que lamentaba que Diwan no siguiera el mismo modelo. En sus encuentros, Hind, que tenía predilección por lo absurdo, se enfrascaba en largas conversaciones para poner a prueba los límites de la lógica de estos clientes. De manera

educada y con una falsa candidez, refutaba sus argumentos con la agilidad de un polemista. Si la conversación se volvía tediosa, miraba el reloj y se excusaba cortésmente. Hind es la persona menos puntual que conozco. Al igual que mi madre, guarda un despiadado silencio y tiene la capacidad de quitarse de encima a una persona de forma educada si no puede dedicarle más tiempo.

Otros clientes eran más amables, incluso cuando tenían dificultades para moverse por este terreno desconocido. Admiraban la pulcritud, la meticulosa atención al detalle, la decoración, el personal, y entonces llegaban al mismo dilema: ¿por qué esto era una tienda y no una biblioteca? Hind, Nihal y yo, siempre presentes en la tienda, indicábamos que una biblioteca no podría sufragar los gastos de alquiler, los salarios, los uniformes, los impuestos y los innumerables gastos a los que tenía que hacer frente un negocio pequeño. Cuando nos preguntaban irremediablemente si Diwan formaba parte del programa de alfabetización de la señora Mubarak, contestábamos que no tenía nada que ver con la primera dama ni con el Gobierno; esto era una iniciativa privada. Respondían sorprendidos: ¿por qué alguien en su sano juicio invertiría dinero en un negocio de venta de libros destinado al fracaso?

Incluso antes de abrir Diwan, nuestra empresa fue recibida con incredulidad. Durante nuestra fase de estudio, Ali, el marido de Nihal y uno de los cofundadores, nos sugirió que entrevistáramos a escritores sobre cómo creaban sus libros. Exalumno de la Deutsche Evangelische Oberschule, uno de los colegios alemanes de El Cairo, Ali era un ávido lector y con don de gentes que tenía una risa contagiosa. Me maravillaba su capacidad para hacer amigos, y mantenerlos, a lo largo de las generaciones, los continentes y las ideologías. Una tarde, lo acompañamos a una reunión con uno de los periodistas más eminentes de Egipto. Mientras el periodista escuchaba el discurso de Hind y el mío, nos miró de arriba abajo. Al final, el periodista emitió su veredicto: éramos amas de casa burguesas desperdiciando nuestro tiempo y dinero. Desde la

desaparición de la clase media, la gente ya no leía en Egipto.

—Pero ¿es necesario que las cosas sean económicamente viables para que existan? —le pregunté al periodista—. Los Gobiernos mantienen los espacios públicos como los parques, los museos, las bibliotecas, para mejorar la salud cultural de las naciones. Así que ¿por qué condena a las personas al fracaso cuando se embarcan en misiones parecidas?

—Vosotras sois jóvenes sin experiencia en la vida. Os hablo como lo haría con mis hijos. Estoy tratando de ahorraros el disgusto. Desconocéis los problemas que entraña meterse en un negocio, no digamos ya si ese negocio se basa en la lectura. Vuestros proveedores y vuestros clientes os comerán vivas.

Al margen de mi decepción, pensé: «¿Qué pasa con Egipto? ¿Qué les pasa a los países que ignoran sus proyectos culturales en pro de embalses y autopistas?». La respuesta era evidente. Nuestros museos se han convertido en cementerios, espacios muertos dedicados a los triunfos de unos pocos hombres fuertes. Nuestros libros de texto se hacían eco de estas mentiras y estos olvidos. Los parques se habían reducido a medida que aumentaban los costes de su mantenimiento. El periodista creía que la cultura se había vuelto una preocupación de las élites y que los libros eran irrelevantes para las personas que estaban luchando por mantenerse por encima del umbral de la pobreza. No iba desencaminado. Pero nosotras teníamos que creer en nuestra tienda y en nuestros libros. Si nosotros los egipcios nos alejábamos de lo que éramos, nunca sabríamos quiénes podríamos ser.

Diwan surgió en este panorama cultural, situada directamente en el punto de mira del presente y el pasado. Nihal ideó la cafetería en este sentido y adaptó los salones de té de ambiente íntimo de Quiberon, en el oeste de Francia, donde veraneaba, al bullicio de El Cairo. Abordó la estética con su ecuanimidad característica, combinando mesas con superficie de mármol con sillas de madera y cromadas. Con las sillas habíamos llegado a un acuerdo; al principio, ella quería unos asientos más cómodos, pero Hind pensó

que eso limitaría la rotación de clientes. Variedades de capuchinos, cafés turcos e infusiones de manzanilla, hibisco, canela y menta figuraban en un lado del menú; en el otro, patés de queso, pizzas, porciones de pastel de zanahoria, *brownies* y galletas con pepitas de chocolate. Había ya preparados cuchillos y tenedores, envueltos en servilletas con el logotipo de Diwan. Hassan, el camarero principal, era un refugiado sudanés que tartamudeaba y que solía perder los nervios cuando los clientes no entendían su pronunciación. Nihal apreciaba su sonrisa, así como sus rigurosas normas de higiene. Gracias a sus halagos tanto a él como a la clientela, los clientes se acostumbraron a Hassan, y Hassan se acostumbró a sus palabras.

Nihal era una conciliadora nata, y lo hacía con gracia. Era la menor de tres hermanas y aun así era la más maternal. Esperaba ser testigo de una situación en la que Nihal no lograra salirse con la suya..., y sigo esperando. Es la única persona que conozco que ayuna todo el mes de ramadán sin quejarse ni una sola vez. Hemos conseguido discutir durante dos décadas, y perdonarnos mutuamente durante otras dos.

El temperamento de Nihal la preparaba de manera singular para los variopintos caracteres y conductas que se mezclaban en nuestra cafetería aparentemente decente. Al igual que muchos locales, tenía vida propia, al margen de cómo la llamáramos. Recuerdo cuando solicité una licencia para Diwan. Le dije al funcionario municipal que venderíamos libros, películas, música, material de papelería y que tendríamos una cafetería. Me miró de forma inexpresiva.

—No puede —dijo en tono aburrido, sin levantar la cabeza del formulario que tenía delante.

—¿Por qué no? —pregunté desafiándolo con inocencia, esperando que colaborara.

—Solo se puede otorgar una licencia para una única actividad en un local. No se puede ser un banco y un colegio. Hay que elegir uno.

—¿No puedo ser profesora de día y bailarina de danza del vientre de noche? —pregunté.

Sonrió con desgana.

—Alguien con dos mentalidades es un mentiroso —afirmó, citando un dicho popular para poner fin a la discusión.

—Pues somos una librería —declaré.

Suspiró, cumplimentó la última línea del formulario, lo selló con una tinta azul desvaída y me lo devolvió, todo esto sin levantar la vista del siguiente formulario sobre su mesa. Me callé mi última réplica: somos una librería donde la gente no solo gasta dinero, sino tiempo.

Una ironía cruel de Egipto en la segunda mitad del siglo XX: justo cuando la gente empezaba a tener más tiempo libre, los lugares físicos pensados para el esparcimiento comenzaron a reducirse. El desarrollo urbano invadió los parques de la ciudad. Los paseos y las cafeterías a lo largo de las orillas del Nilo se convirtieron en clubes privados para los oficiales del ejército y los gremios del Gobierno. La esfera pública, un concepto espacial y teórico acuñado por el filósofo alemán Jürgen Habermas, se hallaba en fase de transición. La esfera pública de Habermas describe los ámbitos sociales en los que la gente se reúne para compartir ideas, donde las personas como individuos entran en un colectivo. El término ‘tercer lugar’ (después del hogar, el primer lugar, y el trabajo, el segundo) se inspiró en la teoría del sociólogo Ray Oldenburg. Los terceros lugares son espacios para el desarrollo comunitario, que, por definición, incluyen cafeterías, como la nuestra. En Egipto, los hombres tenían sus mezquitas, barberías y el *ahwa* —cafeterías donde fumaban *shisha*, jugaban al *backgammon* y al dominó, escuchaban la radio y veían la televisión mientras veían la vida pasar—; los hombres jóvenes tenían sus clubes deportivos, y las mujeres tenían sus casas, que rara vez poseían.

Los hombres se definen por lo que hacen, y las mujeres, por sus relaciones íntimas. Pensemos en Ada Lovelace. Pese a ser una reconocida matemática y la inventora del algoritmo, es más famosa por ser hija de Byron. Pocos años después de crear la tienda, los clientes, los amigos y los conocidos empezaron a llamarme «señora Diwan». Había empezado a pasar todo mi tiempo en Diwan.

Soñaba con Diwan. Estaba en mi mesa a las ocho casi todas las mañanas y me iba bien entrada la noche. Quería coincidir con los turnos de mañana y tarde, así como asegurarme de que el personal de la oficina central sabía que estaría allí cuando llegaran y después de que se marcharan. Y cuando no estaba ahí, pensaba en Diwan. Cierto era que cada vez costaba más distinguir mi identidad de la de la tienda, hasta el punto de que amenazó mi relación con Número Uno; pero hablaré de esto más adelante. Aun así, me enfurecía la idea de que, incluso en mi mote, Diwan se posicionara como «el hombre» y me pusiera al servicio precisamente de lo que había creado.

Las librerías son tanto espacios privados como públicos en los que huimos del mundo y a la vez participamos de él más plenamente. Nuestra cafetería en concreto expresaba estas contradicciones: un lugar donde se reunían los amigos, donde la gente merodeaba durante horas (a pesar de las sillas), donde solía llevar a mis hijas los fines de semana. Un lugar que se parecía a un hogar pero no lo era. Antes de convertirse en Diwan, la tienda entera había sido un gimnasio rebosante de testosterona llamado Sports Palace. Disfruté de la ironía de que nuestra librería, regentada y dirigida por mujeres, sustituyera al templo de la masculinidad.

Hind y yo nos habíamos criado en un mundo que nos excluía de forma constante; ni nos pertenecía ni nos concedía esa pertenencia. De niñas, muchas mañanas salíamos de casa a las siete y media y recorríamos el silencioso pasillo de mármol hasta los ascensores. Pulsaba el botón una y otra vez, impaciente y recelosa de que el ascensor hubiera tomado nota de mi petición. Odiaba ese cuboide de acero con luces de neón que había sustituido al compartimento original de madera Schindler, con una banqueta plegable en miniatura y un plafón redondeado de bronce y cristal, pero bajar cuatro pisos de mármol que el limpiador matutino había fregado con agua y jabón no parecía buena idea. Un tono como el de un hospital anunció la llegada del ascensor. Muchas mañanas, el panel izquierdo se deslizaba sobre el derecho para mostrar a uno

de nuestros vecinos del piso de arriba: un señor mayor con un cigarrillo encendido entre los labios. Entrábamos en el compartimento plateado mate, observando los anillos de humo y conteniendo la respiración en señal de protesta. Si hubiera sido un hombre, ¿habría apagado el cigarrillo en el suelo en cuanto yo entrara? El ascensor se meció al llegar a la planta baja. En cuanto se abrieron las puertas, salimos a empujones en busca de una bocanada de aire fresco.

Recuerdo una charla educativa que tuve con mi padre cuando era adolescente. Tras una infracción olvidada hace tiempo, me quejé de este mundo, el mundo que, como estaba empezando a comprender, mantenía a las mujeres en su sitio. Me hizo ver el siguiente mundo: en la promesa musulmana del paraíso, *houris*, los hombres devotos reciben vírgenes hermosas como recompensa.

—Es un mundo masculino. Cámbialo en tu tiempo libre, pero, hasta entonces, aprende a lidiar con él —sugirió mi padre con brusco pragmatismo.

—¿Cómo puede ser tan excluyente el paraíso? ¿Por qué debería siquiera intentar ser buena si al final acabaré formando parte de un grupo de vírgenes? —grité.

—Tú no eres el público elegido —dijo mi padre, riéndose del mundo que vislumbraba a través de mis ojos.

—El libro más vendido de Dios tiene a la mitad del mundo como público cautivo; ese es el problema.

—Como siempre, estás haciendo un diagnóstico erróneo del problema. —Se puso sus gafas rectangulares en la punta de la nariz, cogió el periódico y reanudó la lectura con una ocurrencia tardía—: Tal vez algún día puedas promover otros superventas.

Decidimos hacer de nuestra librería un espacio que nos complaciese a nosotras, y no al revés. Enseguida, otras mujeres empezaron a encontrar un respiro en Diwan, un hogar lejos de las cargas domésticas, un lugar público con menos presiones de ser mujer en público, donde se nos recuerda constantemente que no existimos. Los lavabos públicos en Egipto solían estar junto a las

mezquitas o las iglesias. El Estado ofrecía muy pocas alternativas a estas. Los hombres tenían libertad para orinar bajo los pasos elevados o en el lateral de los edificios. Los lavabos de las mujeres en espacios públicos eran unos agujeros hediondos en el suelo, inundados debido a los grifos abiertos. Nunca había ni jabón ni papel higiénico, y nadie esperaba que los hubiera. Esta era la realidad que trajo a Diwan a toda una representación de mujeres que no eran necesariamente lectoras, sino que encontraban alivio al final de sus pasillos sinuosos: se convirtió en su lavabo de la calle 26 de Julio. Pocas tiendas tenían servicios, y si los tenían, no eran muy dados a compartirlos. Diwan era más benévola. Y la cafetería, con sus paredes plagadas de libros, pasó a ser una barrera improvisada entre las mujeres y sus acosadores, hombres que sabían que nosotras, las mujeres de Diwan, no toleraríamos su veneno.

La cafetería de Diwan servía a varios propósitos y clientes. Los lectores apasionados echaban un vistazo al montón de libros que habían cogido antes de elegir. Los visitantes venían a pasar el rato parte del día, mientras otros lo convirtieron en su lugar de encuentro, donde se ponían al día con viejos amigos o conocidos a quienes no querían recibir en casa. Las economías sumergidas se desplegaban encima de las mesas de mármol: a la gente se le leía su carta astral o su suerte, mientras cerca profesores particulares convencían a alumnos poco dispuestos.

—Ha vuelto a su mesa habitual. En cuatro horas, ha tomado un café turco y una botella de agua —dijo Nihal un día ligeramente irritada.

—¿Ha comprado algún libro? —le pregunté a Hind.

—No. Tan solo está aquí para dar clase. Personas como ella no dejan espacio a nuestros habituales.

—El personal del servicio de atención al cliente ha sugerido que impongamos un cargo mínimo —dije, tanteando el terreno.

—¡De ninguna de las maneras! No puedes cobrar a la gente por sentarse en un espacio que has creado para atenderlos —

sostuvo Nihal, ojiplática.

—Ya que no puedes pedir una comisión por las clases, entonces ¿qué más propones?

—Tú lo creaste. Ellos vinieron. Sube el precio de las bebidas, pon sillas más incómodas o música más escandalosa. Busca un modo de imponer tu modelo de negocio en el suyo —respondió cortante Hind, dirigiéndose hacia el expositor de los libros en árabe.

Evité la mirada lastimera de Nihal. Como maniática del control, me compadecí: ¿cómo podríamos adaptar un espacio a su finalidad prevista sin echar a todos sus ocupantes?

Una clienta joven se sentaba en la cafetería casi todas las tardes. Rara vez leía nuestros libros, sino que pasaba el tiempo garabateando un diario encuadernado en cuero. Me preguntaba qué hacía durante el día. En mi cabeza, la llamé Pavlova, pues tenía el encanto cándido de una bailarina. Solía llevar el pelo recogido en un moño, pero a veces se lo dejaba suelto. Y en sus ojos había una expresión distante, la de un alma separada del cuerpo que habitaba. Nos comunicábamos por medio de gestos educados con la cabeza.

—¿Sabes la señora que se sienta en la cafetería, tu bailarina? —dijo Shahira con los labios apretados.

Shahira era una de nuestras primeras gerentes, y la más antigua, una joven luchadora cuya fuerza iba más allá de su engañosa complexión pequeña. Antes de ella, Zamalek tuvo una serie de gerentes que se marchaban a las pocas semanas de haber sido contratados, desbordados por mantener el equilibrio entre las necesidades de personal, los clientes y los ociosos de El Cairo, todo a la vez. Shahira no.

—Sí, por supuesto. ¿Quién la ha molestado? —pregunté, quitándome las gafas y preparándome para arreglar las cosas.

—Nadie. Un empleado de limpieza se quejó de que no lleva ropa interior, por lo que se ve obligado a ver cosas que no quiere ver. Parece ser que ella trabaja en la calle 26 de Julio, y Diwan es su nuevo territorio de caza.

—Seguramente no —dije algo titubeante mientras repasaba el

desfile de excéntricos que usaban la cafetería como su salón.

—La vigilaré y te digo algo. Si es verdad, tenemos que acabar con esto —declaró Shahira.

No quería que fuese cierto. Y si lo era, no quería tener que lidiar con ello. Pavlova siguió frecuentando Diwan, pero nuestros gestos educados se volvieron más parcos. Sus visitas provocaron rumores más fuertes entre el personal. Esa semana, Shahira tomó un té y chismorreó con comerciantes vecinos, recogiendo información sobre las interacciones de Pavlova. Todos confirmaron sus sospechas. Tras conocer la noticia, me tomé mi tiempo y esperé a una tarde tranquila, con poco trabajo y poco público. Al final, me acerqué a la mesa de Pavlova. Me miró. Abrí la boca para hablar, sin saber cómo admitir lo que sabía.

—Me han dicho que no le gusta nuestro café. ¿Puedo sugerirle una de las cafeterías cercanas? —Sonreí educadamente.

—Debe de estar mal informada. Me gusta el de aquí. —No me devolvió la sonrisa. Dudé, y entonces mis palabras ganaron impulso.

—Sin ánimo de ofender. Todos trabajamos para vivir y el trabajo hay que respetarlo. Pero ¿podría amablemente resolver sus asuntos en otra parte? Ya no es bienvenida aquí. Por favor, no vuelva.

Me retiré; no quería ser testigo de cómo habían caído mis comentarios. A la mañana siguiente, Shahira me preguntó qué tal había ido. Comenté que nuestro personal cotilleaba demasiado. Shahira ni se inmutó, así que le conté mi diálogo con Pavlova.

—¿Por qué te sientes culpable? Es ella quien se aprovecha de nosotros.

Cuando Pavlova era pequeña, estoy segura de que no miraba al cielo y sentía deseos de trabajar, cuando fuera mayor, en la calle 26 de Julio. Permitíamos que otras personas ofrecieran otros servicios, como dar clases particulares, en nuestra cafetería, pero dado que el trabajo de Pavlova era sexual, actuamos con condescendencia. ¿Hacíamos bien siendo tan moralizadores? Pensé en el tercer lugar que habíamos creado, un lugar público donde se desarrollaban poco a poco interacciones privadas y de manera

intensa. En los libros, los gestos, las tazas de café y en las hojas de té, todos nos buscábamos a nosotros mismos, mutuamente, y un medio de subsistencia. Pocos días después, cuando volvía a casa a pie, divisé a Pavlova en la ventana del piso superior de una cafetería cercana. Sus piernas se balanceaban en una falda con volantes holgada.

La cafetería de Diwan hacía también de oficina antes de que pudiéramos permitirnos una de verdad. Cuando Hind, Nihal y yo no estábamos turnándonos en la asfixiante sala de atrás (en su día, la sauna del Sports Palace), poniendo el precio y las etiquetas de seguridad a los libros, estábamos en la tienda supervisando al personal, asegurándonos de que los expositores invitaban a la lectura e intentando evitar que pequeños incordios se convirtieran en problemas más grandes. Creo que la mayoría de nuestros clientes agradecían nuestra visibilidad, que no estábamos escondidas detrás de puertas cerradas. Pero algunos, acostumbrados a que los ignoraran en las librerías, malinterpretaban la conducta de nuestros entusiastas empleados. Los clientes demasiado apasionados insistían en devolver los libros a los estantes, por lo que solían colocarlos en el lugar equivocado. Cuando nuestros vendedores les pedían a los clientes que nos dejaran ponerlos de nuevo en los estantes, sentían que no nos fiábamos de que lo hicieran bien, o que sospechábamos sin necesidad. Sentarme en la cafetería me daba la oportunidad de observar estas interacciones (que es, hasta que lo descubrí, un placer para las *webcams* y los sensores de movimiento) y, en ocasiones, abordar malentendidos antes de que fueran a más. Y luego estaba el problema que entraba por la puerta principal: recaudadores que afirmaban erróneamente haber venido muchas veces para multarnos, o un cliente que pidió un favor a un contacto en la policía y presentó una denuncia falsa de algunas infracciones porque no le habían dejado devolver un libro. Nos sentábamos a ratos a nuestra mesa para tomar café, reunirnos y responder a los correos electrónicos. Cuando mi madre sentía que no sabía lo

suficiente de sus hijas, se dejaba caer por la cafetería, sabiendo que encontraría a cualquiera de las dos que había criado o a su hija preferida, Nihal.

Con tiempo, el intenso trabajo —tanto que, si echo la vista atrás, no entiendo de dónde sacamos la energía para soportarlo— y el aumento de las ventas de libros, nuestra situación empezó a cambiar en nuestra tienda, y fuera de ella. Pasaron muchas cosas en muy poco tiempo. El segundo año de Diwan entré en la treintena. Por primera vez en mi vida, siete años después de casarnos, le sugerí a Número Uno tener un hijo. Aceptó. Zein nació en 2004 y Layla, en 2006, poco antes del cuarto aniversario de Diwan. Hind tuvo a su hijo, Ramzi, que llevaba el nombre de nuestro padre, en 2005. No sé cómo nos las apañamos con todo. Lo intentaba sin cesar; sentía que tiraban de mí en direcciones opuestas.

Hubo pequeñas alegrías y lugares en los que encontramos alivio. Con el paso del tiempo, pudimos permitirnos un espacio aparte para la oficina y contratamos a personal abnegado para el sinfín de tareas que, al principio, habíamos dividido según las necesidades. En el primer piso del edificio Baehler quedó libre un apartamento. Como por milagro (dado que obtener la licencia era una pesadilla), ya estaba autorizado para funcionar como espacio de oficina. Se accedía desde el patio, detrás de la calle principal. A un lado había un banco de madera, donde los porteros del edificio fijaban su atención en los visitantes que entraban y salían, observándolos y haciendo comentarios. Estos metomentodo desempeñaban diversas funciones: guardias de seguridad condescendientes, hombres multitarea, asistentes de compras y, a veces, agentes inmobiliarios. Nos enteramos del local de oficina por el portero principal, *'am* Ibrahim, a quien saludaba todas las mañanas. Hablaba en un dialecto nubio entrecortado. Nunca entendía buena parte de lo que decía, pero charlábamos con sonrisas y risas. A finales de mes, entraba en Diwan, con su *galabiya* de un blanco inmaculado y un bonete blanco, a cobrar el alquiler para el propietario del edificio. Cuando nos trasladamos a la nueva oficina, se desviaba para hacernos una visita. Tras su

fallecimiento, su hijo asumió sus funciones. En nuestro mundo, las profesiones se legaban, y la gente te conocía incluso si no sabía tu nombre. Las relaciones regían nuestros actos mucho más de lo que lo hacían los sistemas establecidos o las leyes escritas.

Contratamos a un hombre llamado Mohyy como *mukhalasati* (un acabador o encargado), un puesto que no tiene un equivalente en otros países. Empezó como limpiador de la oficina: servía refrescos a los visitantes, hacía recados, pagaba las facturas y presentaba documentos en los organismos públicos. Su ligereza era un contrapunto útil a la extenuante burocracia. Todos, desde los demás empleados de otras tiendas hasta los funcionarios públicos, le cogieron cariño de inmediato. Cultivaba estas relaciones, intercambiaba números de teléfono y corteses muestras de aprecio, de modo que algún día pudiera llamar para pedir un favor. Como persona que tiene las de perder, entendía el poder de la reciprocidad. Evitaba a los gerentes y a los jefes de departamento, sabiendo que quienes hacían el verdadero trabajo estaban en la parte baja del escalafón.

Como todo lo de Diwan, nuestra oficina nueva no era convencional: una gran sala de techos altos, con tres mesas para las tres socias administradoras, Hind, Nihal y yo. En un lateral de la estancia, había una estantería que albergaba los textos firmados por los autores favoritos de Diwan, los próximos lanzamientos, juguetes para cuando venían de visita nuestros hijos y montones de catálogos de libros. Recortes de periódico enmarcados y fotografías de los logros empresariales —artículos en los periódicos egipcios con nuestras listas de superventas; breves reseñas en publicaciones extranjeras como *Monocle*; imágenes de la inauguración de Zamalek— colgaban de las paredes. Detrás de mi mesa, había un tablero de corcho decorado con tópicos del tipo «¡Apuntando a lo más alto!» y «Ser uno mismo», una foto de mis hijas y yo, y los restos desgastados de listas de las cosas pendientes. Un recibo de caja de la mayor venta realizada por un empleado del servicio de atención al cliente —un metro y medio de títulos de libros por valor de 14.000 libras egipcias— que colgaba hasta el suelo.

En medio de la sala, había una mesa de reuniones redonda

que, a la hora de comer, se convertía en un bufé: cada una de nosotras desenvolvíamos un plato que habíamos traído de casa, cubiertos y vajilla, y compartíamos nuestros almuerzos con los empleados o los visitantes. En nuestros comienzos, Nihal preparaba en casa un pastel de chocolate y galletas con pepitas de chocolate y los traía para venderlos en la cafetería de Diwan. A medida que aumentaba la demanda, el volumen de trabajo de Nihal se volvió imposible de manejar y trató de recurrir a la contratación externa de la repostería. Algunas de las mujeres que frecuentaban la cafetería mostraron interés en el trabajo. Sus capacidades como reposteras se pusieron a prueba y se valoró el precio de los productos. Miriam, una de estas mujeres, acabó siendo nuestra principal proveedora de productos de repostería durante más de una década, y acabó siendo conocida como la «señora de los pasteles». Como supe más tarde, era madre de cuatro hijos y usaba sus nuevos ingresos para financiar sus estudios. A medida que Diwan crecía, también lo hacía la empresa de Miriam. Empezó preparando la repostería en casa hasta crear una empresa que también atendía a otros negocios.

En nuestra oficina, compartíamos nuestros problemas, hablábamos por teléfono y nos dejábamos espacio entre nosotras. Nuestro contable nos veía como tres mujeres con una relación complicada con los números y nos animó a contratar a un contable llamado Maged, cuyo despacho estaba situado en el otro extremo de nuestra oficina central. Si bien los empleados de la tienda eran mayoritariamente hombres, contratamos sobre todo mujeres para la nueva oficina. Compartían con nosotras el *marketing*, los recursos humanos, los actos, los datos y las responsabilidades del almacén. Maged se unió a Amir, el asistente de compras de libros árabes de Hind, como uno de los pocos hombres en la oficina. Después de llevar las cuentas durante nueve meses, Maged sugirió adoptar el cargo, más prestigioso, de director financiero. Como hombre que intenta ascender en el mundo, creía que las denominaciones eran tan importantes como los números. No nos importaba cómo se autodenominase, siempre y cuando redujera las crecientes dificultades de Diwan. Insistió en que le diéramos un despacho

grande, que se negó a compartir, alegando el «carácter delicado» de su trabajo. Durante más de dos décadas, numerosas crisis económicas, devaluaciones y revoluciones, el tamaño de nuestra oficina central se redujo para dejar espacio a la presión financiera, es decir, todo menos el despacho de Maged.

Minou odiaba las reuniones de oficina tanto como adoraba el café descafeinado de Diwan. Cada vez que teníamos que reunirnos, lo hacíamos en la cafetería. También quería ver su trabajo en vivo, ver cómo interactuaba la gente con lo que ella había creado. El logotipo de Diwan había sido su triunfo, seguido de la bolsa de Diwan, gratis con cada compra, un éxito comercial fortuito. Justo antes de la apertura prevista, sin apenas dinero para empezar, Minou me mostró sus diseños de bolsas bellamente confeccionadas. Llevaban nuestro llamativo logotipo con un fondo multicapa de diseños tipográficos araboislámicos modernos en tonos tierra. Material de papel recubierto. Pegamento importado de Alemania. Asas robustas negras. Sin reparar en gastos. Ella logró captar mi atención. Pedí una tirada inicial de diez mil. Hind y Nihal miraban boquiabiertas. ¡No teníamos diez mil libros en la tienda! ¿Cuánto tardaríamos en usar las bolsas? ¿Dónde las guardaríamos? ¿Y cómo las pagaríamos? Mi culpa era tan evidente que se abstuvieron de decirme nada más. Fue el mayor error de mi vida. Marcamos tendencia con una publicidad extraordinaria, algo sin precedentes en nuestro mercado; jamás pagamos por anunciarnos en una revista o en una valla publicitaria, confiando en que las bolsas hablaran por nosotras. Cuando se agotaban nuestras existencias, Minou y yo nos reuníamos para hablar de volver a imprimirlas o hacer un estilo distinto.

—¿Sabes? —En realidad, nos decíamos cosas peores—. Yo soy la artista y tú la librera —dijo Minou antes de que yo pudiera terminar una frase.

—Así que ¿no puedo opinar?

—Yo creo. Tú vendes. Difundes la mierda de los demás y te llevas tu parte. No me puedo creer algunas de las chorradas que

vendes.

—Esas chorradas pagan las facturas, no Schopenhauer.

—Vale. Vende la mierda inculta en plástico. No la pongas en mis bolsas. —Todo esto lo dijo con una sonrisa.

—¿Qué pasó con «el cliente siempre tiene razón»? —Fingí asombro.

—No me pagas lo suficiente para que te bese el culo —replicó.

—Me alegra que tus empresas lo hagan, para que Diwan siga siendo para ti un proyecto apasionante.

—Todos necesitamos un amante.

Los clientes en las mesas cercanas nos fulminaron con la mirada, molestos por lo que escuchaban. Y los nuevos empleados estaban horrorizados. Cuando Minou contrató a un jefe de oficina y yo al fin a un director de *marketing*, me di cuenta de que temían el día en que tuvieran que tratar con alguna de nosotras a solas. Apreciábamos los insultos que nos lanzábamos mutuamente, reconociéndolos como lo que eran: una valiosa fuente de creatividad y juego. Con cada nueva iniciativa o aniversario, nos reuníamos en la cafetería, intercambiábamos bobadas y locuras, y creábamos una nueva línea de bolsas, cada una de ellas una obra de arte. Pero Minou tenía sus reglas.

—No me mandes a la bruja blanca. No puedo trabajar con ella. —El tono de Minou pasó de amenazador a receloso.

—¿Te refieres a Nihal? ¿En serio? ¿Qué coño te pasa? —dije cada vez más impaciente.

—No puedo con ella. Es demasiado buena. Me echa esas malditas gotas homeopáticas en el agua, me desarma y luego me engaña con su astucia. Nunca la ves venir. Esa es su fuerza.

—Vale. ¿Y Hind?

—De ninguna de las maneras. No me dejaré engañar por su tranquilidad. Esa actúa en la sombra. La ropa monocroma, los zapatos planos, el modo en que intenta pasar desapercibida. Tu arma es el ruido. La suya es su silencio. Me da más miedo ella. Tú quieres tus bolsas, tú sigues mis reglas.

Y eso hice. Porque no era la única que las quería. Los clientes

habían empezado literalmente a coleccionarlas.

En 2007, para el quinto aniversario de Diwan, lanzamos una nueva línea de bolsas con el diseño de la mano de Fátima —la llamada cinco de cinco, un símbolo en forma de palma que se cree que protege contra el mal— en tonos turquesa intenso. Nos acercamos al Museo de Arte Moderno Egipcio, ubicado en los jardines del recinto de la Ópera de El Cairo, para solicitar poder celebrar nuestro aniversario allí. En nuestra tienda no cabía ni una mínima parte de los amigos y los seguidores que Diwan había acumulado durante nuestra primera media década. Se negaron; los museos no eran lugares para fiestas, y sería una falta de respeto hacia el arte utilizarlo como telón de fondo. En su lugar, llegamos a un acuerdo para celebrarlo en el auditorio principal exterior de la Ópera de El Cairo, que estaba separado del Museo de Arte Moderno por un patio con una fuente. Clientes y amigos llenaron el espacio, algunos sentados, otros en el suelo o apoyados en los arcos circundantes. Recuerdo mirar al cielo y agradecer a todas las fuerzas que habían hecho posible los últimos cinco años. Invitamos a cinco de los autores preferidos de Diwan —Robert Fisk, Bahaa Taher, Ahdaf Soueif, Galal Amin y Ahmed Alaidy— para que hablaran de los cinco años anteriores y los cinco futuros. Nadie podía esperar, o predecir, la inminente revolución. Ahmed, un pujante autor joven que Hind había elegido para unirse a escritores más consagrados, rememoró cómo, cuando se inauguró Diwan, solía mirar las listas de los más vendidos que empapelaban las paredes e imaginaba su libro entre ellos. Recordé los ISBN que faltaban y que habrían amenazado la existencia de esas listas de no ser por Hind, que estuvo al pie del cañón.

Se suponía que la cafetería de Diwan era un oasis idílico y pintoresco en el centro de nuestra librería. Tenía vida propia, al igual que sus clientes. Convertimos el Sports Palace en una sala para nosotras. La cafetería se nos había quedado pequeña y habíamos alquilado una nueva oficina. Habíamos incluso hablado de abrir un segundo local. No eran muchos los lugares que acogían

a las mujeres, no digamos ya dejarlas hacer pis, así que habíamos intentado hacer sitio. Como señora Diwan, traté de reinventar el papel de la femineidad egipcia en el que yo y otras como yo pudiéramos encajar. Cuando una amiga escribió en Facebook que «se sentía orgullosa de ser la señora Fulanita», me di cuenta de que nunca me podría sentir así de orgullosa de un marido, lo bastante orgullosa como para sacrificar mi identidad. Pero lo hice, afortunadamente, por Diwan. Jeanette Winterson escribe: «Me parece que tener el tamaño adecuado para tu mundo, y sabiendo que tanto tú como tu mundo no sois en modo alguno de dimensiones fijas, es una pista valiosa para aprender cómo vivir». Tuve presente su consejo. Creé alianzas inesperadas y aprendí a transigir: con desconocidos que pasaban por ahí, compañeros duros de pelar y, con el tiempo, conmigo misma. Intenté vivir en los espacios donde me dejaban entrar o forjar otros nuevos. Todos lo hacemos.

—Este es mi paseo diario. Me encanta Diwan —dijo uno de los habituales de la cafetería con mucho entusiasmo.

—Debe de ser un ávido lector —comentó Nihal con admiración.

—Vengo por el pastel de zanahoria.

—Me alegro por usted.

El optimismo de Nihal era incansable.

2

Esenciales de Egipto

Desde el principio sabíamos que en Diwan se venderían libros en árabe, inglés, francés y alemán. También sabíamos que esas categorías eran permeables, así que muy pronto decidimos crear una sección que llamamos «Esenciales de Egipto» que diera cabida a los cuatro idiomas y trascendiera los géneros. Como los autores de novelas de ciencia ficción, creamos un mundo que solo existía en nuestra imaginación. En sus estantes, tejimos una mitología moderna con hilos de ficción, biografías, historia, economía y fotografía. Algunas de las obras que decidimos incluir se convirtieron en integrantes fijos, mientras otras estuvieron un periodo breve antes de volver a sus estantes permanentes. El nombre de la sección me hizo pensar en los aceites esenciales: vendidos en botellas de vidrio curvado en los bazares, cuyas raíces se hallaban en un pasado secreto y lejano, destilaban lo intangible en una gota, un aroma. Los Esenciales de Egipto prometían brindar un acceso parecido a los lectores, una mezcla de turistas, desconocidos que ansiaban convertirse en iniciados, y egipcios que solo habían visto su país a través del ojo de una cerradura.

Había un motivo para el plural del nombre de nuestra sección. Cualquier narrativa en singular de Egipto es una mentira. La historia de El Cairo es, fundamentalmente, un relato de dos ciudades: una tiene lugar en libras egipcias; la otra, en moneda extranjera. La gente que vive de la libra egipcia va a colegios públicos, usa transporta público y trata de mantenerse por encima del umbral de pobreza. Su bien más preciado es una tarjeta de

subsidio que le permite comprar productos en los establecimientos gubernamentales. El tamaño y el precio de una rebanada de pan *baladi* rige su existencia. Los libros no son una necesidad, sino un lujo. Otros, como yo, que existimos en El Cairo protegido y expresado en dólares estadounidenses, vamos a colegios internacionales, a menudo aprendemos a hablar en inglés o francés mejor que en árabe, vamos a comprar a supermercados y centros comerciales, tenemos acceso a alimentos y medicamentos importados, y tenemos quien nos cocine, limpie y haga de chófer. El Cairo es el lugar donde viven, pero su alma no siempre mora en ellos; tienen que trabajar para ver su propia ciudad.

Hind y yo competimos en este sentido: sus libros en árabe en un lado, mis libros en inglés en el otro. Si bien los libros en inglés que conseguía contribuían más a los resultados de Diwan, porque se compraban en divisas y se hacía la conversión a un tipo de cambio que los encarecía con respecto a los libros de producción local, los libros en árabe de Hind se vendían en mayores cantidades que los míos. Nunca dejaba escapar una oportunidad para recordármelo, como hacía durante la reunión de personal mensual. Sabía que sus libros se habían ganado la admiración regional de Diwan y la legitimidad de una librería egipcia local, lo que nos diferenciaba de las franquicias de librerías internacionales de pacotilla que habían empezado a extenderse recientemente por los países del Golfo. Nuestra vieja rivalidad fraternal perduraba. Discutíamos constantemente. Hind era estratégica: veía el panorama general. Yo, por otro lado, apenas controlaba los impulsos y disfrutaba perdiéndome en menudencias de cualquier tipo. Protegíamos nuestras secciones rivales como soldados. Luchábamos por la asignación de los estantes, cuál de nuestras secciones tenía un mayor volumen de ventas y el espacio que ocuparían las novedades en los escaparates. Cuando era pequeña, sentía un respeto y una admiración infinitos por Hind, así que hacía lo que cualquier hermana pequeña haría: la acosaba y la molestaba sin cesar. De adolescentes, nuestra furia era mutua, como lo eran nuestras ganas de destrucción. Dábamos portazos en medio de promesas de exclusión y ejecución. Al final, aprendimos

el valor de la hermandad en un panorama obstinadamente misógino. Nos volvimos amigas y juramos apoyarnos y protegernos la una a la otra. Y, a pesar de todo, sabíamos mejor que nadie cómo tocarnos las narices mutuamente.

En el colegio, aprendimos más sobre las hazañas de Guillermo el Conquistador y Oliver Cromwell, lord protector de la Commonwealth, que de Mehmet Alí o Nasser. Vimos los antiguos egipcios junto con los romanos y los griegos, pero nuestro país casi siempre estaba ausente de nuestras clases contemporáneas, excepto un módulo sobre el conflicto árabe-israelí. Leí a Shakespeare y a otros pilares de obras importantes en inglés antes de oír hablar de Imru' al Qays o Al Khansa. Las escuelas públicas con escasos fondos ofrecían una enseñanza «gratis» en árabe, pero quienes podían permitírselo llevaban a sus hijos a escuelas extranjeras, restos florecientes de los esfuerzos de las colonias, las misiones y la diplomacia. Hind y yo fuimos al British International School en El Cairo, pero estábamos muy lejos de El Cairo. Nuestros fines de semana eran los sábados y los domingos, mientras que los fines de semana de Egipto eran los viernes y los sábados. No se nos permitía pronunciar ni una palabra en árabe en el recinto escolar. Eso era Gran Bretaña, con tortitas de limón y azúcar el martes de carnaval, celebraciones de Guy Fawkes y fiestas de beneficencia al aire libre. Los profesores blancos recibían su sueldo en libras británicas. Uno de estos profesores que aún llevo grabado a fuego en mi memoria es el señor Powell, que me dio clase en cuarto. Tenía la cara roja de rabia, ojos azules mezquinos, dientes feroces y una boca cuyas comisuras parecían tiradas hacia abajo. Solía poner la mano encima de su barriga como si fuera Napoleón y siempre olía a alcohol rancio. «¿Eres sordo, bobo o imbécil?» era su letanía preferida.

Al igual que muchos egipcios que fueron a escuelas extranjeras, Hind y yo aprendimos, leímos y pensamos en otro idioma distinto del árabe. El árabe, complicado e inaccesible, nos dejó huérfanas a nivel lingüístico; el inglés nos adoptó, y nosotras

aceptamos todo encantadas. Mis padres insistieron en que habláramos los tres idiomas de la historia colonial más reciente de Egipto: árabe, inglés y francés. Conscientes de las ventajas de la enseñanza en inglés, algo que ambos adquirieron en su etapa adulta, mis padres no querían, no obstante, sacrificar su lengua materna o sentenciar a sus hijas a una vida de migración lingüística. Cuando tenía diez años, consiguieron la ayuda de *abla* Nabeeha, una profesora árabe jubilada y setentona que, una vez por semana, trataba de inculcarnos los valores de la gramática árabe clásica. Lo vi como una oportunidad para tomar más *sablés* de chocolate de Simonds, la pastelería de siempre en la calle 26 de Julio, que mi madre traía junto con el té a los diez minutos de la llegada de la profesora. *Abla* Nabeeha olía a paciencia y a medicamento. Sus enormes pechos colgaban sobre una barriga igual de prominente, que daba paso a unas amplias caderas. Sus pantorrillas y tobillos siempre estaban hinchados. Cuando se sentaba en la silla contigua a la mía, veía cómo la parte superior de sus calcetines trazaba una profunda hendidura en sus rodillas. Era amable conmigo; el árabe no.

Fus'ha, el árabe clásico, se escribe pero no se habla. Está muerto, lo que Toni Morrison llama un «contenido lingüístico inquebrantable al que admirar en su propia parálisis». Está plagado de reglas que abarcan todas las formulaciones gramaticales y dejan poco espacio a la guasa o los errores. Hind, seducida por las palabras y sus usos, me instaba a buscar la belleza detrás de las reglas; yo no podía ver más allá de las limitaciones. *Fus'ha* es la madre de todos los dialectos árabes, y crea una progenie tan variada en todo el mundo árabe que a regiones diferentes les cuesta entender otros dialectos distintos al suyo. El *'amiyya*, el hijo bastardo del *fus'ha*, árabe vernáculo o coloquial, es la excepción. Es el idioma de la colosal industria cinematográfica de Egipto, y la razón de la popularidad del árabe egipcio en toda la región. Pese al uso generalizado del *'amiyya* en la gran pantalla y en la vida, la mayoría de los libros están escritos en *fus'ha*. Los egipcios se debaten entre ambos idiomas. Los lectores caen en el olvido.

Cuando éramos jóvenes adultas, Hind y yo, nativas que

crecimos sin nuestra lengua materna, nos dimos cuenta de nuestro desarraigo de la madre patria. Con nuestra nueva libertad, pasamos los años universitarios en busca de nuestro país y de nosotras mismas. Hind estudió Ciencias Políticas y leía literatura árabe por placer. Yo estudié Inglés y Literatura Comparada. Fuera de clase, descubrí partes desconocidas de la ciudad desbordantes de nueva vida: edificios readaptados y callejuelas, mercadillos, mercados de libros de segunda mano, festivales de música y teatro alternativo. Nuestra búsqueda de un sentido de origen más profundo, y lo que hallamos por el camino, sería una parte esencial de Diwan. Enseguida resultó evidente que muchos de los lectores de Diwan se sentían igualmente desplazados de sus raíces y perdidos en la migración. No queríamos castigarlos; queríamos invitarlos a que entraran.

Los Esenciales de Egipto empezaron con lo obvio: libros sobre el antiguo Egipto, desde libros ilustrados de gran formato hasta miniguías que abarcaban monumentos o zonas concretas y hasta la ficción. Wilbur Smith, autor zambiano, ocupó un lugar central. Sus ventas en todo el mundo se vieron eclipsadas por escritores de misterio y suspense como John Grisham o Stephen King, pero en Diwan él contaba con devotos seguidores del antiguo Egipto. Las cubiertas de sus libros contienen imágenes de pirámides, camellos y atardeceres. Los reyes y los reinos se narran a través de los ojos de Taita, un eunuco astuto y ambicioso, antiguo esclavo, general y consejero del faraón. Antes de esto, mis conocimientos de mis ancestros se habían limitado a amplias pinceladas: siete milenios, un puñado de dioses, personajes principales como Ramsés II, Hatshepsut y la trinidad de Osiris, Isis y Horus, junto con templos, escribas y jeroglíficos. Sabía de la importancia de la muerte y el más allá. Desconocía cómo vivían, cocinaban, cultivaban o amaban mis ancestros.

Amos y beneficiarios a la vez del colonialismo cultural, los franceses tienen su propio aficionado al antiguo Egipto: Christian Jacq, autor superventas a nivel internacional y egiptólogo. Los

lectores de literatura inglesa y francesa de Diwan devoraban sus libros. En mi intento por comprender a nuestros clientes, leí una de sus series más populares, *La piedra de luz*, que transcurre en la orilla occidental del río Nilo, donde se encuentran los artesanos que trabajan en las tumbas del cercano Valle de los Reyes. Me impresionó su nivel de precisión, que diferencia su escritura de la de sus homólogos menos preparados, ya que entrelaza personajes reales y acontecimientos históricos en sus mundos ficticios.

Mi confianza en un francés para dilucidar mi propia historia pone de relieve un hecho incómodo: salvo algunas excepciones, los egipcios rara vez escriben novelas que transcurren en el antiguo Egipto. Existe una doble ironía en el modo en que el colonialismo primero corta nuestros lazos con nuestro pasado y después nos obliga a recurrir a los colonizadores para conocer ese mismo pasado. Los occidentales crearon la egiptología, luego se la enseñaron a los egipcios. Es como el Servicio de Antigüedades, un programa gubernamental que dio comienzo en el Egipto de mediados del siglo XIX con el pretexto de controlar el comercio de objetos egipcios. En realidad, actuaba como una extensión del neocolonialismo: el programa lo dirigían expertos franceses, y a la mayoría de los arqueólogos egipcios no se les concedía el permiso necesario para excavar en su propio país. Ningún egipcio fue designado para dirigir el programa hasta la década de 1950. Ya de adulta, vi por fin el busto de Nefertiti... en el Museo Nuevo de Berlín. El Museo Británico, que alberga la piedra de Rosetta (y más de cincuenta mil objetos egipcios antiguos, lo que lo convierte en la mayor colección fuera de Egipto), sigue negándose a repatriarla. Cabrones.

Cuanto más pienso en ello, más me pregunto cómo nuestra confianza en el conocimiento importado limita nuestra capacidad de imaginar. ¿Están las culturas colonizadas tan acostumbradas a ser otras que aceptamos ciegamente que el conocimiento es un regalo, sin pensar en la veracidad o la reciprocidad? Los escritores orientales no narran las experiencias occidentales tanto como los escritores occidentales narran las orientales. ¿A quién pertenece el pasado?, ¿a los creadores de sus relatos o a quienes los consumen?

¿Quiénes son los responsables de llenar los vacíos que dejó el distanciamiento colonial, los escritores o los lectores?

—No encuentro *El egiptólogo*, de Christian Jacq —dijo una tarde el Dr. Medhat, un distinguido anciano pelirrojo y de ojos azules, y uno de mis habituales—. ¿Le queda alguno? No está en los estantes.

Se quitó sus gafas de concha marrones, confuso. Su desesperación me recordó a mí cuando, a los doce años, acababa uno de misterio de Agatha Christie y buscaba con desespero el siguiente. Fui hasta el ordenador que había junto a la cafetería, sabiendo que el Dr. Medhat se lo tomaría como un desaire si volvía a comprobar los estantes. Me siguió.

—Debería leer estos libros. —Miré atentamente la pantalla. Confundió mi silencio con interés—. Conocer el antiguo Egipto me ha enseñado mucho sobre nuestro Egipto actual. ¿Sabía que la expresión «reinventar la rueda» se refiere a nosotros? —Lo miré con incredulidad mientras continuó alegremente—: Sí, ellos inventaron la rueda en una dinastía, luego la tecnología se perdió con el tiempo y al final acabaron reinventándola siglos después.

Su simpática anécdota hizo que me enfureciera por mis (desde luego limitados) conocimientos.

—¿No le parece un poco inusual? Los antiguos egipcios tenían la manía de escribir cosas. Mire los conjuros mágicos, los deseos, los tratamientos médicos y los registros fiscales que documentaron los escribas; nos parecemos a ellos en nuestro amor por los detalles minuciosos y la burocracia —respondí.

—Tiene razón, pero sobre el asunto de la rueda, estoy seguro.

Metió aún más las manos en los bolsillos, como si se anclara a más profundidad en el suelo. Miró a su alrededor, sus ojos se posaron en una mesa cercana con las novedades, entre ellas la colección de relatos cortos en árabe de Alaa al Aswany, *Friendly Fire*. Su llamativa cubierta, que muestra una fila de figuras egipcias antiguas ante una lata de insecticida Flit, suscitó un fuego menos amistoso en el Dr. Medhat.

—¡Qué insolencia! ¿Cómo se atreve a insultar a nuestro glorioso pasado? ¡Nuestra caída de la *grandeur* a la *décadence, c'est trop*! —Dio vueltas alrededor de la mesa, nervioso.

—No creo que el Dr. Aswany pretenda nada malo. Tan solo está sugiriendo que dejemos de disfrutar de nuestro pasado glorioso y nos centremos en mejorar nuestro presente. Nos hemos convertido en víctimas de nuestras intrigas piramidales: nos tragamos la pastilla de «nosotros construimos las pirámides» para sentirnos bien, mientras nuestra casa se derrumba a nuestro alrededor. —Le mostré rápidamente mi sonrisa más encantadora. Mi padre me enseñó que podía salirme con la mía diciendo lo que fuera a quien fuera, siempre y cuando lo hiciera con una sonrisa—. ¿Es admisible que los descendientes de las personas que construyeron las pirámides estén viviendo hoy en monstruosidades de ladrillo rojo, erigidas de forma ilegal en tierras de cultivo, al borde del colapso?

—Pero incluso Platón creía que, comparados con los egipcios, los griegos no eran más que matemáticos inmaduros —proclamó con renovado fervor.

—Me alegro de verlo, Dr. Medhat. El servicio de atención al cliente le llamará en cuanto llegue *El egiptólogo* —concluí con otra sonrisa.

La conversación se me quedó grabada. Su patriotismo, y sus hábitos de lectura, parecían afectarlo aún más que el conocimiento que buscaba. O tal vez fuera su decepción por los últimos cincuenta años de fracaso del Gobierno. Pero la historia es algo vivo e interpretable. Y también lo es la literatura. Saber por qué leemos, qué necesidades satisface —evadirnos de la realidad, conectar con un pasado que se nos ocultó, reavivar el orgullo nacionalista— puede ayudar. Pero quizá es más importante preguntarnos cómo leemos. El conocimiento nace de la inquietud, y dudo mucho de la capacidad de sentir inquietud del Dr. Medhat.

A medida que seguimos desarrollando los Esenciales de Egipto, nos surtimos de libros sobre santos, monasterios, arte y civilización de

la época copta. El periodo, que se extiende desde el Egipto del siglo III al VII, fue testigo del cambio cultural desde las antiguas prácticas religiosas egipcias hasta el cristianismo copto, un movimiento cuyos adeptos contemporáneos constituyen la mayor población cristiana del país. Aun así, los libros suscitaban algunos comentarios de mal gusto.

—Los clientes se quejan de que tenemos demasiados libros sobre los coptos y no los suficientes sobre los musulmanes —dijo Hossam, uno de los empleados del servicio de atención al cliente que menos me gustaban, una gota de saliva característica atrapada en la comisura de su boca.

—Tanto si son las opiniones de los clientes como solo la tuya, cada uno tenemos derecho a tener una. Esta es la mía: ¿«demasiados» en comparación con qué? El cristianismo llegó a Egipto en el año 33 d. C. El término *copto* proviene de la palabra *egipcio* en griego. Los antiguos egipcios fueron conquistados por los hicsos, los nubios, los asirios, los libios, los persas, los griegos y los romanos. Los coptos son probablemente sus descendientes más cercanos. En cuanto a los musulmanes, refréscame la memoria: ¿cuándo llegó el islam a nuestra parte del mundo? —Me alejé para calmarme.

Quería decirle mucho más a Hossam, pero había tenido esta conversación suficientes veces como para saber que discutir no serviría de nada. Pese a que su comentario pueda parecer inofensivo, revela una brecha en nuestro conocimiento cultural: una sed de hegemonía islámica que genera una negación total de las diferencias y de la propia historia. La conquista islámica del Egipto romano tuvo lugar alrededor del 640 d. C. bajo el mando del militar Amr Ibn al As. Tras unos años de asedios y batallas, Egipto cayó y empezó una islamización gradual con la aquiescencia del Estado. Primero llegó la *gizya*, un elevado impuesto que se imponía a quienes se negaban a convertirse al islam. Después le siguió el idioma: el árabe sustituyó al copto y al griego (los idiomas de las ocupaciones griega y romana de Egipto) como la lengua vernácula dominante, luego pasó a ser por ley el idioma de la nación. En 1919, los revolucionarios egipcios usaron los

símbolos de la media luna y la cruz en las calles para expresar unidad ante la ocupación colonial británica. Desde 1923 a 1953, en la bandera de Egipto había una media luna con tres estrellas de cinco puntas. Se afirmaba que la media luna simbolizaba el islam; se interpretaba que las tres estrellas eran, o bien las tres tierras, Egipto, Nubia y Sudán, o bien las tres religiones, el islam, el cristianismo y el judaísmo, que coexistían pacíficamente. Aun así, personas como Hossam se veían amenazadas por denominaciones minoritarias no musulmanas, pese a que uno de cada diez egipcios es copto.

La tensión cala hondo en las personas. Crecí con la promesa de solidaridad y unidad. Mi madre era copta y mi padre era musulmán. Relataban la historia como un arco largo; enseñaban árabe, francés e inglés no como idiomas predominantes por naturaleza, sino como manifestaciones recientes de una larga serie de conquistas de Egipto que se extendían durante milenios. No era nada personal, solo colonial. Pero en las últimas décadas, la aceptación del otro y la tolerancia de las diferencias religiosas parece haberse desvanecido. Me pregunto si la tolerancia se aprende, como la lectura, un hábito inveterado en Hind y en mí desde temprana edad. Tal vez los demás no tengan el privilegio.

Las historias cosmopolitas de El Cairo y Alejandría, la influencia imprescindible de sus poblaciones griegas, armenias, italianas y francesas cobraban vida en los Esenciales de Egipto. *The Man in the White Sharkskin Suit*, de Lucette Lagnado, cuenta la historia de su familia judía y su ulterior éxodo de Egipto a raíz de las purgas de extranjeros impulsadas por Nasser después de 1956. *Apricots on the Nile: A Memoir with Recipes*, de Colette Rossant, plasma su educación en su familia judía egipcia durante los años de la guerra en El Cairo. En su retrato del Egipto de las décadas de 1930 y 1940, *Oleander, Jacaranda*, Penelope Lively narra sus vivencias en El Cairo a través de los ojos del hijo del colonizador. Como niña británica, admira la libertad de los niños campesinos descalzos, la importancia de su pobreza perdida en ella. Estos espinosos

recuerdos son fruto de la reflexión sin caer en la nostalgia. Reproducen, y complican, las historias del concepto de nación. Confiaba en que la diversidad de voces cambiaría, aunque fuera solo un poco, la mentalidad de los lectores como Hossam al invitarlos a participar de la incomodidad y escuchar.

Y cuando preparamos el islam, lo hicimos al estilo de Diwan. Nos alejamos del atuendo político que presentaban los sistemas religiosos. No vendíamos textos sobre el hadiz, los dichos del Profeta, o las diferentes escuelas de jurisprudencia islámica que inundaban las librerías existentes. En cambio, teníamos libros sobre *mulids,* festivales que celebran el nacimiento de los santos, sufismo, poesía, caligrafía, arquitectura y el arte de la carpintería, las alfombras y la cerámica. Nos retábamos a nosotras mismas y a los demás a leer la historia como algo cambiante y no como un registro exánime y lineal. Presentamos y presionamos para hacer un estudio fragmentado de una historia fragmentada.

Después nos aventuramos en otros jardines más lejanos: libros de proverbios egipcios cuyos títulos mencionaran traducciones literales peculiares de frases hechas. *The Son of a Duck is a Floater*. *Unload Your Own Donkey*. *Apricots Tomorrow*. Había una simplicidad apabullante en sus resultados probados y reales. La recopilación de dichos era un tipo de publicación popular, portadora de sabiduría a través de las generaciones. Escritos y expresados en el árabe coloquial de las masas y traducidos después al inglés, estos volúmenes eran accesibles a un mayor abanico de lectores. Los libros eran encantadoramente intraducibles. El cruce de idiomas les daba rugosidad y fricción. Su textura trascendía lo axiomático, volviéndose una especie de verdad en sí misma.

Mientras Hind, Nihal y yo pensábamos en la sección que habíamos creado, sabíamos que no estaba completa sin las obras de Naguib Mahfuz, el premio nobel egipcio y autor de la *Trilogía de El Cairo*. Cuando las novelas de Mahfuz llegaron a la tienda, Ahmed, un vendedor nato y mi predilecto, con su aspecto pulcro, su sonrisa cautivadora y su rapidez en el aprendizaje, las dispuso en orden alfabético. Me acerqué por detrás y contemplé su trabajo. Sin darse la vuelta, como si se dirigiera a los estantes, me preguntó por qué

Yusuf Idris no estaba incluido en la sección.

—Personalmente, Ahmed, él es uno de mis autores preferidos. Fue uno de los cuatro candidatos árabes al Premio Nobel, pero no lo consiguió.

—¿Por qué?

—Denys Johnson-Davies, destacado traductor de literatura árabe en la época, dijo que no se había traducido lo suficiente al francés y al inglés; otros dijeron que era un maestro del relato corto y que los suecos preferían las novelas.

—No es justo.

—Mi tía hace la mejor *basbusa* del mundo, pero Tseppas tiene una cadena de tiendas donde venden su versión desangelada. No se trata de justicia, se trata de alcance.

Ahmed asintió reconociéndolo y sabiendo que nuestra conversación había terminado. (A decir verdad, la *basbusa* de mi tía era malísima. Tomé prestada la analogía de Ziad, uno de nuestros cinco socios, que la había usado muchas veces para hacerme callar. Ziad destaca por varios motivos, entre ellos el hecho de que es la única persona que conozco que jamás ha soltado una palabrota. Aposté con Hind a que un día su decoro se quebraría y soltaría un torrente obsceno de tacos. Por suerte para mí, la apuesta no caducaba.)

La traducción es fundamental. El acceso a la literatura traducida alimenta y reafirma la imaginación. Tal vez es incluso más importante para autores que escriben en idiomas distintos del inglés y que tienen la esperanza de incorporarse a la corriente dominante, como Yusuf Idris y Naguib Mahfuz. A Denys Johnson-Davies se le asignó la misión de salvar los relatos cortos de Alifa Rifaat de las cenizas de la perdición. Había sido testigo de la mala traducción de demasiados libros y condenados por ello al purgatorio lingüístico.

La pregunta de Ahmed sobre la ausencia de Yusuf ayudó a esclarecer el formato de los Esenciales de Egipto. Tiene que fluir. Lo imaginé como una extensión de mis propios hábitos familiares.

La nuestra es una casa abierta: los familiares se reúnen cada viernes a comer, e invitamos a amigos a que se unan de forma rotatoria a nuestra mesa. Me recordé a mí misma que la sección, y la misma Diwan, no podía abarcar todo lo que se había escrito sobre Egipto. Éramos cubistas, ofrecíamos distintos ángulos y perspectivas desde los que ver el mismo tema. Estos libros ofrecían a los lectores la oportunidad de crear sus propias experiencias literarias: el encuentro del escritor, el lector y el momento histórico cuando se produce el acto de la lectura. Jamás dos lectores leerán el mismo libro del mismo modo.

Desde un punto de vista económico, pedimos el superventas en árabe de Galal Amin y su traducción al inglés, *Whatever Happened to the Egyptians?* Conocí al Dr. Galal cuando estudiaba en la Universidad Americana de El Cairo, donde asistía a sus clases. Puedo recordar vivamente su figura robusta y jovial de pie en el estrado, su pelo hacia arriba y su mirada atenta. Cuando los alumnos preguntaban, ponía los dedos formando un círculo en la frente. Explicaba la historia reciente de nuestra nación, cómo nos habíamos caído poderosamente de nuestra antigua condición de constructores de pirámides e inventores de las matemáticas, la irrigación y la astronomía, riéndose de vez en cuando mientras hablaba. Cuanto más provocativa era su respuesta, más se reía. Al gran éxito de su primer libro le siguió otro relato: *Whatever Else Happened to the Egyptians?*

El Dr. Galal —nunca me decidí a omitir su tratamiento, ni siquiera después de graduarme— habló de un Egipto al borde del desgaste. A través de historias eclécticas, entre ellas la de la televisión, el teléfono, el romance, los cumpleaños, el circo y el tren, analizó un país modelado por fuerzas socioeconómicas. Cuando visitó Diwan mucho después de la revolución de 2011, le sugerí un título para otro libro de la serie. Se inclinó con curiosidad, acercando su oído a mí. Susurré:

—¿Qué otra mierda puede pasarles a los egipcios?

Echó la cabeza hacia atrás riéndose a carcajadas. Ese fue nuestro último encuentro; falleció en septiembre de 2018.

En «Este mundo y el siguiente», el último capítulo del

segundo libro de la serie, cita un discurso que dio su padre, un reconocido académico, cuando él iba al colegio, sobre cómo la religión impone una cultura de resignación, impidiendo el progreso político y social al alentarnos a consolarnos en el más allá. ¿Proviene la obsesión que tenían los antiguos egipcios con la muerte de una dinámica parecida? Nuestros ancestros construyeron pirámides para acoger y honrar a sus difuntos. Escribieron *El libro egipcio de los muertos* (un nombre genérico para manuales de hechizos que, según se dice, ayuda a guiar a las almas al más allá). Los egipcios actuales no tienen el mismo nivel de interés o consuelo en escribir o leer acerca de la muerte, pese a que el modo en que los musulmanes y los cristianos tratan la muerte proviene de los rituales de los antiguos egipcios. La línea del tiempo de cuarenta días se repite. Para mis ancestros, este era el tiempo asignado a la primera fase de la momificación (deshidratación). Para los musulmanes y los coptos actuales, cuarenta días marcan el periodo de luto, en el que las mujeres de la familia visten de negro. El cuadragésimo día celebran un día de luto y recuerdo. En el siglo XVII, cuarenta días —la etimología de la palabra *cuarentena*— era el periodo que se mantenía en aislamiento a un barco sospechoso de portar una enfermedad o una plaga.

Algunos estantes por debajo del Dr. Galal, los visitantes que echaban una ojeada encontraban *Muerte en el Nilo*, de Agatha Christie, un emblemático y misterioso asesinato entre El Cairo y el Alto Egipto que transcurre en la década de 1930. Hércules Poirot, detective belga, se encuentra en un lujoso crucero por el Nilo con un curioso elenco de personajes. Uno de ellos, una heredera estadounidense, es asesinado. Poirot y su compinche, el coronel Race, investigan a sus compañeros de viaje, cada uno de los cuales parece tener un móvil suficiente. Se unió a la categoría de los Esenciales de Egipto como visitante, no como miembro de la familia. El misterio, al igual que la fantasía y la ciencia ficción, tenía poco tirón entre los lectores árabes a principios del siglo XXI, a diferencia de los géneros más populares: literatura de ficción,

historia y política, biografía y poesía. *Muerte en el Nilo* era la excepción. Atraía a los clientes de Diwan, que sentían nostalgia del exótico Egipto de los años treinta de las historias de sus padres y abuelos.

La nostalgia, una inquilina permanente en los corazones de tantos egipcios, vende libros. Minou siempre me reprendía por los libros que vendíamos en sus bolsas. Los romanticones, cuyas damas en apuros necesitaban que las salvaran héroes de facciones marcadas. Los manuales de autoayuda. Las guías para ligar. En realidad, cualquier libro que pasara por alto la violencia de los hombres blancos. Ni que decir tiene que Minou estaba en contra de los libros de fotografía que contemplaban con nostalgia el paisaje de Egipto, como lo hicieron antaño los colonizadores. Como siempre, no le hice caso. Puse en los Esenciales de Egipto *Vintage Egypt: Cruising the Nile in the Golden Age of Travel*, de Alain Blottière, y *Grand Hotels of Egypt*, de Andrew Humphreys, y su continuación, *On the Nile in the Golden Age of Travel*, porque sabía que se venderían. Estas colecciones catalogaban a los visitantes legendarios de antaño que habían viajado a Egipto a finales del siglo XIX: Amelia Edwards, Rudyard Kipling, Florence Nightingale, Arthur Conan Doyle, Jean Cocteau, qué hicieron y dónde se quedaron. Miles de extranjeros metían sus fantasías en la maleta y zarpaban hacia las costas de Egipto todos los años, entremezclándose con la *jet set* de egipcios ya occidentalizados y con los europeos que hicieron de El Cairo y Alejandría su patria. Se abrieron tiendas y restaurantes para atender sus gustos opulentos. Hacían fotografías, también: montando en camello por el desierto, haciendo carreras con un Bugatti al pie de las pirámides, tomándose un té en el Hotel Mena House y navegando por el Nilo en una *dahabeya* a vapor.

Pero *Muerte en el Nilo* fue más allá de la nostalgia. De adolescente, cogía de la biblioteca All Saints Cathedral las novelas de Agatha Christie. Cuando me di cuenta de que había fallecido hacía una década, de repente me abrumó el dolor por las vidas mortales de los escritores. Decidí leer todo lo que hubiera escrito. Esto incitó la costumbre de toda la vida de acumular libros y crear

bibliotecas. Y *Muerte en el Nilo* sigue siendo mi favorita. *Muerte en el Nilo* me dio grandes satisfacciones. Como egipcia en un colegio que era impenitente en su supremacía británica, me sentí orgullosa de que Agatha hubiera considerado el Alto Egipto un escenario digno. Yo tenía doce años. Chimamanda Ngozi Adichie solo me pertenecía a mí, y, como supe más tarde, sin embargo, escribía historias donde personajes blancos comían manzanas, bebían cerveza de jengibre y jugaban en la nieve, todos ellos elementos que leía en las historias en inglés; todos ellos ausentes de su realidad nigeriana. Décadas después, la oí hablar de «el peligro de una única historia» con íntima gratitud. Haber sido educada al margen de mi lengua materna me llevó a creer que Egipto, y los egipcios, no podía existir en la literatura de los blancos, porque su literatura no nos pertenecía, y la nuestra no solía tener ningún interés para ellos.

Los turistas que entraban en Diwan compraban un ejemplar de *Muerte en el Nilo* y a menudo compartían con entusiasmo sus planes de embarcarse en un crucero por este río. Se sentarían en la terraza del Hotel Cataract, posando como Hércules Poirot y el coronel Race. Pasarían por delante de la *suite* en la que estuvo Agatha, que lleva su nombre. Sonreía ante las evocadoras recreaciones que hacían estos turistas. Cuando éramos pequeñas, mi madre nos había llevado a Hind y a mí con el mismo cometido a Asuán, una ciudad importante al sur del Nilo, con la intención de que nos familiarizáramos con nuestro antiguo pasado, para compartir una vivencia íntima, y para inculcarnos el orgullo de nuestro legado colectivo. Posteriormente, me llevé a mis hijas, Zein, que por aquel entonces tenía diez años, y Layla, ocho, a hacer el mismo viaje. Nos sentamos a la sombra en la terraza del Hotel Cataract, como Agatha, sus sabuesos e incontables turistas habían hecho, viendo el resplandor del sol en el Nilo. Expliqué que los antiguos egipcios adoraban el sol como una trinidad: calor, rayos y esencia. Asintiendo, mis hijas bebían sus limonadas. Agarré mi botella de Sakara Gold que llevaba impresa la imagen de la pirámide

escalonada de Saqqara y volví a llenarme el vaso.

Por último, sugerí que viéramos la adaptación cinematográfica de *Muerte en el Nilo*. La había visto por primera vez a mediados de los años ochenta en nuestro nuevo reproductor de VHS. Recordaba la carátula de cartón de la cinta en la que aparecía Peter Ustinov como Poirot, mirando hacia el horizonte, enmarcado por la imponente figura de la Esfinge. El trasfondo era una toma simplista hollywoodiense de la esencia de Egipto: una pirámide, falucas a la deriva en el Nilo y el barco de vapor *SS Memnon* (construido para Thomas Cook en 1904). Los rostros del reparto perforaban el borde de la imagen: Bette Davis, Mia Farrow, Angela Lansbury, David Niven, Maggie Smith, Sam Wanamaker. Fueron a Egipto, se alojaron en el Cataract y rodaron en las pirámides de Guiza y en los templos de Luxor. Mis hijas nunca habían oído hablar de estas estrellas de Hollywood. Esa familiar incertidumbre de la niñez del valor de mi cultura surgió desde mi interior, esta vez en defensa de los grandes de Hollywood que había visto con mis padres. Saqué mi teléfono y busqué la película, tratando de encontrar algo que captara su atención.

—Wayne Sleep hizo la coreografía del tango —proclamé con entusiasmo.

—¿Qué es un tango? —preguntó sin interés Zein.

—¿Quién es Wayne Sleep? —intervino Layla, siguiendo la corriente.

—Empezaban a maquillarlos a las cuatro de la madrugada para evitar rodar a mediodía, cuando la temperatura era de 54 ºC. —Se callaron—. Aunque se rodó a finales de los años setenta, querían darle el aire de los años treinta.

—Mamá, no te ofendas, pero ¿hay una versión más moderna? ¿Algo con Lara Croft, tal vez?

—Vete a la mierda tú y Lara Croft —solté derrotada.

Quizá internet les daba una movilidad que hacía que las preguntas de pertenencia y valores quedaran obsoletas. Se criaron en una generación que no se vio obligada a enfrentarse a las políticas de denigración cultural y jerarquización. El suyo era un mundo que solo existía en el presente, sin el lastre del pasado. Para

ellas, tal vez nuestro mundo parecía ser claramente poscolonial, puesto que incluso los periodos de agitación se habían seleccionado, digitalizado y filtrado.

Diwan tenía en común con mi hija la educación globalizadora. La mayoría de los libros en inglés que vendíamos provenían de tierras lejanas, turistas que nunca regresaban a sus países de origen. Los pedíamos al Reino Unido y a Estados Unidos por medio de una intrincada red de representantes de ventas internacionales, que luego los concentraban en depósitos. Cuando conseguíamos una cuota de ventas rentable, estos libros cruzaban continentes y océanos hasta llegar al aeropuerto de El Cairo o al puerto de Alejandría. Allí tenían su primer encuentro con los trámites burocráticos, la documentación y la tinta azul ilegible, a su paso por la aduana y la censura. Después, cientos de cajas de cartón llegaban al almacén de Diwan, donde se abrían, se ponían las etiquetas de seguridad en su contenido y se les colocaba el precio. Estos libros importados se vendían a precios altos en comparación con los equivalentes nacionales, libros en árabe de editoriales locales. Una novela egipcia costaba en promedio 20 libras egipcias a principios del siglo XXI, mientras que *Muerte en el Nilo* se vendía al por menor por 8,99 dólares y se vendía por 54 libras egipcias, que se convertían en unas abrumadoras 162 libras egipcias tras la devaluación de la moneda egipcia en noviembre de 2016. Un aumento progresivo de correos electrónicos, negociaciones y discusiones sobre los descuentos, los precios netos y los envíos incompletos —jerga de los libreros para las discrepancias entre los paquetes y las facturas adjuntas— acompañaban cada envío. Más complicado aún era lo que duraba este ciclo: desde hacer el pedido hasta colocarlos en las estanterías, un libro podía tardar entre cuatro semanas y cuatro meses antes de encontrarse reposando tranquilamente en uno de los estantes de Diwan.

Cuando estos libros llegaban al fin a su destino, los trataba con la gentileza que se les concede a los viajeros cansados. Creaba expositores intrincados, donde las disposiciones de libros

contrastantes participaban en animadas conversaciones. Vender libros es también un diálogo y, como sucede con cada diálogo, hay personas que lo fomentan, participan en él, lo interrumpen o se limitan a escuchar con disimulo. Los libreros van más allá de sus denominaciones laborales, que oscilan entre funciones para hacer de guardianes, identificadores de compatibilidad y artífices y detectores de tendencias.

Quizá leer sea como viajar. Vamos a tierras lejanas para comprender las diferencias. Al hacerlo, nos encontramos con nosotros mismos, el filtro por el que pasa la experiencia, como a través de la lente de una cámara. Uno de mis retratos de Egipto preferidos procede de *Cerveza en el club de snooker*, de Waguih Ghali. Escrito originalmente en inglés y publicado en 1964, la historia transcurre durante el Gobierno de Nasser. Ram, el privilegiado narrador egipcio, acaba de volver de Inglaterra a un Egipto que le cuesta entender. Ram se inspira vagamente en el propio autor, que se suicidó cinco años después de la publicación del libro. Aclamado al principio como una obra maestra de la literatura de emigración, el libro cayó en el olvido durante décadas y luego se volvió a publicar veinte años después de que dejara de imprimirse. Al igual que otros libros de los Esenciales de Egipto, *Cerveza en el club de snooker* desdibuja las fronteras que imaginamos entre países. Waguih, que describe su Egipto natal en inglés, no siente ninguna obligación de explicar Egipto. En cambio, habla de una experiencia compartida con los lectores: un deseo de pertenencia y un temor a olvidarse de uno mismo.

Antes de mi época, el Egipto de Waguih me recuerda las historias que me contaba mi madre cuando era pequeña. Describía los tés de la tarde en Groppi, el principal restaurante, salón de té, pastelería y *delicatessen* de El Cairo, donde ella y su familia tomaban helado en verano y pasteles exquisitos en invierno, el mismo restaurante donde el narrador de Waguih, Ram, se encuentra con amigos para tomar un whisky. Mi madre y Ram iban desde Zamalek hasta las pirámides en tranvía, el número 15, que

antes pasaba por delante de las mansiones Baehler de lo que entonces era la calle Fuad I. Se movía por El Cairo en autobús o tranvía, y cogía el tren para ir a otras ciudades. Todos tenían vagones de primera y segunda clase, que marcaban las divisiones de clases. En la actualidad, el transporte público solo lo usan quienes no pueden permitirse el lujo (necesario) de un coche.

En nuestras secciones de inglés, había dos tipos principales de superventas: los lanzamientos actuales, sacados del *New York Times* o *The Sunday Times*, y los manidos clásicos, muchos de los cuales guardaban alguna relación con Egipto, como *Muerte en el Nilo* y *Cerveza en el club de snooker*. Estos libros los compraban incluso mis clientes locales, como si ansiaran verse a sí mismos, aunque fuera a través de la imaginación de escritores occidentales. Lo entiendo. Me siento orgullosa del creciente protagonismo internacional de Egipto. Pero el placer es agridulce. Cuando tu dominio del árabe se ha visto reprimido por años de enseñanza en inglés y francés, entonces entrever el alma de Egipto, una promesa de recuperación y redención, puede ser solo accesible por medio de las palabras de otra persona.

Los Esenciales de Egipto era una sección pequeña que planteaba una serie de preguntas sin pretender responderlas. Reuní imágenes de mi patria en un único lugar en busca de algo. Nuestra colección ecléctica presentaba el colonizador al colonizado, los historiadores a los novelistas, los lugareños a los exiliados. Las realidades en conflicto existían codo con codo en Egiptos en conflicto, un conservacionismo extremo y un liberalismo desprovisto de raíces, una pobreza ofensiva e incluso una riqueza más ofensiva; siempre han estado y siempre estarán. En mis recuerdos, como en las calles de El Cairo, el presente nunca acaba por completo con el pasado, ni tampoco se fusionan ambos. Al igual que las peleas entre vecinos, se deleitan con existir uno al lado del otro en una discordia común.

3

Cocina

Aunque los libros de cocina ocupaban solo una pared en la cafetería de Diwan, tenían mucha más importancia en nuestras vidas de lo que daba a entender su modesto expositor. Para crear la sección de Cocina en inglés (Hind presidía su equivalente en árabe), consulté a familiares y amigos. Les pedí que compartieran sus favoritos: Julia Child, Mary Berry, Nigella Lawson, Jamie Oliver, el programa Barefoot Contessa, Madhur Jaffrey y Ken Hom. Las excepciones a la regla eran *The Momo Cookbook* y la serie *River Cafe*, que señalaron el paso de chefs famosos a marcas de restaurantes conocidos más difundidas. Mi madre estaba mortificada por la ausencia de *Larousse Gastronomique*. Pese a mi escepticismo, subsané ese descuido, solo para descubrir que se había convertido en una venta estable, a pesar de su gran tamaño y sus rigurosas instrucciones. En cuanto conseguí encontrar un equilibrio entre varios sabores, estilos y movimientos, intenté inculcar lo canónico en lo local.

Cuando empecé a investigar sobre la cocina de Oriente Medio y egipcia, Claudia Roden se erigió en la reina. Nacida en Egipto en 1936, inició su carrera con *A Book of Middle Eastern Food* y ha imperado desde entonces. El lenguaje de sus títulos reflejaba su particular dominio sobre nuestra cocina, desde *Claudia Roden's Invitation to Mediterranean Cooking* y *Claudia Roden's Foolproof Mediterranean Cooking* hasta el más poético *Tamarind and Saffron: Favorite Recipes from the Middle East*. Si bien algunos egipcios se jactaban de considerarla nuestra embajadora culinaria, nunca

dedicó un libro de cocina entero a la cocina egipcia en concreto. En cambio, fusionó todos los países de la región en un tayín multinacional.

Mi búsqueda de un libro de cocina específico para Egipto en inglés arrojó un único título: *Egyptian Cooking: A Practical Guide*, de Samia Abdennour (1985). Mientras tanto, la cocina empezó a desviarse hacia otros géneros, esparciéndose por las memorias y las biografías, empezando por *Apricots on the Nile*, de Colette Rossant, en la sección de los Esenciales de Egipto. Reconocí los sabores y los olores de la infancia de la autora. Ella despertó las ganas por otras historias culinarias íntimas. En 2006, llegó *My Egyptian Grandmother's Kitchen*, de Magda Mehdawy. Junto con recetas familiares y relatos orales, describió técnicas de elaboración del vino de los antiguos egipcios, dio explicaciones culturales y contó anécdotas, y ofreció menús para fiestas específicas.

Las celebraciones se definen por lo que consumimos en su honor. El Sham el Nessim (literalmente, 'el olor de la brisa'), que conmemoran los egipcios desde 2700 a. C., marca la llegada de la primavera. Hacemos pícnic, comemos *fesij*, *ringa*, huevos y cebolletas. Siempre tiene lugar al día siguiente de la Pascua copta, pero lo celebran todos los egipcios, independientemente de sus creencias. En el Eid al Adha, los musulmanes honran el deseo de Abraham de sacrificar a su hijo para acatar la voluntad de Dios, que ofreció un cordero para su sacrificio en lugar de su hijo. Al amanecer, después de las oraciones del Eid al Adha, se sacrifican corderos en todo Egipto y su carne se divide en tres partes: una para la familia, otra para los amigos y los parientes, y otra para los pobres.

Si bien nuestra cocina es parte integral de nuestra cultura, aún me cuesta encontrar libros de cocina egipcios. Decepcionada por mis escasos resultados, le pregunté a mi madre, una cocinera increíble, de dónde provenían sus dotes culinarias.

—Solía observar a tu padre mientras cocinaba. Tenía sus especialidades: pierna de cordero con canela y enebro, pepinillos y nabos, su *ful* con *tehina*. Y luego, por supuesto, estaba Fatma.

—Pero cuando te casaste…

—Solo tenía un libro de cocina: *abla* Nazeera. Era básico, parte del ajuar de todas las novias, incluidas las de mis amigos —recordó—. Tenía una amiga que usaba el libro de cocina de *abla* Nazeera, pero lo negaba. Y otra amiga mostraba una astucia diversa. Cuando le pedía una receta, la compartía de forma muy detallada, pero luego me di cuenta de que siempre ocultaba un ingrediente básico, para que ningún plato fuera tan bueno como el suyo.

—Mujer lista.

—Solo mientras los tenía embaucados —contó mi madre.

Nazeera Nicola, pronunciado *Na'ula* en árabe, era conocida afectuosamente por generaciones de mujeres egipcias y árabes como *abla* ('profesora', o un nombre respetuoso para una mujer mayor) Nazeera. Su libro, *Usul al Tahyy* (*Principles of Cooking)*, fue la primera enciclopedia de recetas del mundo árabe. Estudió en la Facultad de Economía Doméstica de El Cairo. En 1926, fue seleccionada por el Ministerio de Educación para continuar sus estudios en el extranjero, junto con otras estudiantes destacadas de su facultad. Desafiando las convenciones —se esperaba que las mujeres se quedaran en casa—, la familia de *abla* Nazeera dejó que se marchara a la Escuela de Formación de Ciencias Domésticas de Gloucestershire, donde estudió arte culinario y costura durante tres años. Cuando regresó a Egipto, enseñó en la Escuela Femenina Saneya, y más tarde pasó a ser inspectora general en el Ministerio de Educación. *Usul al Tahyy*, su famosa obra, en coautoría con Baheya Osman, fue el resultado de un concurso organizado por el Ministerio de Educación para crear un libro de cocina educativo. Publicado originalmente en 1953, se convertiría en el libro de cocina por excelencia del mundo árabe, con numerosas ediciones, actualizaciones y capítulos adicionales con nuevas recetas y estilos.

A partir de los años cuarenta, *abla* Nazeera fue una voz constante en la radio egipcia. Entre 1941 y 1952, fue coautora de seis libros de texto. En 1973, fue galardonada por su labor en el ámbito de la educación de las mujeres y recibió una medalla

conmemorativa de la inauguración de la primera escuela pública para niñas cien años antes, en 1873. Cuando falleció en 1992, a los noventa años, era un símbolo reconocido cuya influencia abarcó generaciones.

Hind colocó a *abla* Nazeera en su sección de Cocina. Escrito en árabe clásico, el lenguaje florido del libro estaba ligeramente adornado con unas pocas ilustraciones. Busqué una edición en inglés en todas las listas y bases de datos, pero no existía. Le pedí a Amir, el asistente de Hind —y futuro comprador de nuestros libros—, que me consiguiera uno, esperando que una editorial local lo hubiera traducido. En el mundo de las editoriales árabes a principios del siglo XXI, las bases de datos eran como genios: todos habíamos oído hablar de ellas y las habríamos acogido con agrado en nuestras vidas, pero no nos hacíamos ilusiones de que eso fuera a ocurrir.

—¿Este libro es para Diwan o para usted? —preguntó Amir, perplejo.

—Las dos cosas. ¿Por qué?

—Me cuesta imaginarla con un delantal, delante del fogón, *ya ustaza*.

Tenía razón. En ese momento de mi vida, mi repertorio culinario consistía en huevos cocidos y revueltos, y cocinar era tan estresante como recibir una visita del inspector de Hacienda. Número Uno, estadounidense, hacía una lasaña inigualable. Cuando nos casamos, su madre, que vivía en Carolina del Sur, golfista apasionada y presidenta del club de jardinería, me hizo un regalo correctivo: *Joy of Cooking*, el placer de cocinar. No supe cómo reaccionar ante su cuidada letra en la solapa interior de la sobrecubierta a cuadros rojos y blancos: «A un hombre se lo conquista por el estómago». No le dije que esa no era mi ruta preferida. En cambio, bromeé acerca de la imagen que tenía de mí como el ángel de la casa:[1] con un adorable delantal, tal vez un bordado inglés o guinga, con bucles en el pelo. Reprimí las ganas de hacerle además una inclinación de cabeza.

En 1999, tras tres años de matrimonio, Hind volvió de un viaje a Londres con un ejemplar de un libro de cocina recién

publicado de Jamie Oliver. (Poco sabía yo entonces cuánta angustia me causaría la desnudez metafórica de este chef en particular después de poner en marcha Diwan.) Libros como ese —inglés, no esencial, frívolo— nunca se habrían encontrado en las librerías existentes de El Cairo. Antes de Diwan, nadie pensaba que tenía un mercado. Y no había mercado. Jamie Oliver se metió en mi vida con sus escandalosas camisas y el entusiasmo de un colegial por un chorro de vinagre balsámico y un trozo de ricota. Renunciaba a las medidas exactas de litros y cucharaditas en favor de pizcas, montones y puñados. Me dio la confianza necesaria para entrar en la cocina y hacerla mía, una proeza que no me habría atrevido a intentar en mi casa antes de casarme.

De pequeñas, Hind y yo teníamos una niñera llamada Fatma. Era diabética, autoritaria, sumamente tradicional y amable. Vivía en el barrio de Al Matariya, al norte de la pudiente zona residencial de Heliópolis y al sur del *qism* El Marg, colindante con la provincia de Qalyubia. Durante el día, no obstante, la cocina era su reino. En una ocasión, Hind y yo fuimos a su casa y jugamos a fútbol con su hijo en el tejado de su modesto bloque de pisos. Más tarde, cuando Fatma nos dio *kofta* para comer, le pedí kétchup, y su marido preguntó qué era eso. Las calles que llevaban hasta la casa no estaban asfaltadas, pero eran amplias y estaban limpias; las calles de El Cairo aún no habían sucumbido al caos del exceso de población y a la falta de servicios públicos básicos. Las diferencias en nuestros modos de vida no eran tan marcadas. En la actualidad, muy pocas personas dejan que sus hijos jueguen con los de sus empleados domésticos. Las diferencias han superado las similitudes.

A medida que Hind y yo crecimos y dejamos de necesitar una niñera, Fatma se convirtió en nuestra cocinera, y una versión mucho más intimidatoria de sí misma. Mi madre le enseñó un repertorio de recetas hasta que fue una experta. Mi padre, de vez en cuando, se dejaba caer por la cocina y preparaba sus especialidades. Pero su papel más importante consistía en obtener

los ingredientes. Durante mi infancia, iba a comprar con mis padres en los distintos puestos de la calle 26 de Julio. Nuestras modestas conversaciones con vendedores y clientes desembocaron en relaciones personales duraderas. Mi padre le compraba la carne a Bolbol, el carnicero, que al parecer guardaba relación con Fares, el pescadero, que se encargaba de la tienda cercana a la suya. Bolbol suele ser un apodo de Nabil, aunque jamás supe cuál era su nombre real. Podía mantener una conversación en francés, inglés, alemán, italiano y español. Se rumoreaba que tenía una villa en el sur de Francia. Siempre se saludaban: Bolbol se dirigía a mi padre como «rey»; mi padre respondía llamándolo *basha*. Mi padre se plantaba detrás del mostrador y revisaba los distintos cortes. No le importaba que los puños de sus camisas hechas a mano se mancharan de sangre. Hablaban de la carne en clave.

—Sin escritura —insistía mi padre, que quería decir que no cortara los tendones blancos.

Bolbol le devolvía una sonrisa cómplice. Mientras se ponía a trabajar, mi padre se quedaba a su lado, mirando por encima del hombro, supervisando la limpieza y el corte. Era incapaz de delegar esta tarea en mi madre, que llamaría más bien a Bolbol y le indicaría que le enviara los cortes de su lista. Mi padre nunca confiaba en la carne que no había elegido en persona. Aceptaba que mi madre encargara frutas y verduras por teléfono, aunque siempre la regañaba por no elegirlas en los puestos. Al echar la vista atrás, me doy cuenta de que mi padre fue el primer cliente exigente que conocí: el hombre que me enseñó a animar, negociar y cuestionar a sus vendedores sin humillarlos.

Tras visitar las tiendas, mi padre le llevaba los productos a Fatma, que siguió cocinando para nuestra familia durante décadas. Cuando murió su marido y su hijo se casó, ella le ofreció la casa familiar y se mudó con nosotros, lo que consolidó su estatus como parte de nuestra familia. Su hijo venía a visitarla, almorzaba en la mesa de nuestra cocina y cobraba su sueldo. El hermano de Fatma era el chófer de mis padres. Al igual que ella, era analfabeto. A diferencia de ella, fumaba porros de hachís. Cuando a Fatma empezó a fallarle la vista, mis padres sugirieron que *‘am* Beshir,

nuestro *sofragi* (un asistente doméstico que se encarga del mantenimiento general), cocinara bajo su tutela. *'Am* Beshir era nubio, un hombre bajo y encorvado con cuatro pelos. Lo recuerdo viejo y derrotado, echando la cabeza hacia atrás para apurar las últimas gotas de alcohol de cualquier vaso antes de dejarlo en el fregadero. Tenía cuatro hijos, una madre enferma que prometía abandonar este mundo pero nunca lo hacía, una mujer que lo intimidaba y más nietos de los que se molestaba en contar. Fatma le enseñó el trabajo preliminar de lavar y cortar. Mi madre estaba fascinada por la habilidad de Fatma para que los demás hicieran lo que ordenaba. A mi padre le encantaba cocinar y estar en la cocina. Fatma, sabedora del origen de su poder, protegía el espacio como si fuera una fortaleza. Mi madre y *'am* Beshir, que compartían una resistencia silenciosa, no hacían nada hasta que al final el conflicto se resolvía por sí solo. Cuando Fatma murió, mi padre mangoneó a *'am* Beshir como lo hizo antes con Fatma. Cuando mi padre murió, mi madre lo sustituyó como mandamás. Pese a que Hind y yo desconocíamos estas jerarquías, evitamos por instinto la cocina familiar durante nuestra infancia. Hind, que compartía con mi padre el amor por la cocina, y la paciencia y la tenacidad de mi madre, entraría de nuevo en la cocina con cuarenta y muchos años como alumna en Cordon Bleu.

Las cocineras de la familia y las abuelas fueron sustituidas por famosos chefs, las estrellas de los canales de televisión por satélite recién llegados a Egipto. Estos chefs generaron una oleada de libros de cocina, escritos en árabe informal, con fotografías. A su paso, la sección de Cocina en árabe de Hind empezó a parecerse a la mía en inglés. De estos famosos cocineros emanaba un poder culinario; los lectores confiaban a ciegas en sus cualidades. En sus fotografías de autor, así como en sus programas de cocina, los chefs posaban en cocinas profesionales, vestidos con el *toque blanche* tradicional y chaqueta blanca con doble botonadura. Las cocineras no llevaban uniforme y se las solía fotografiar con el pelo arreglado, muy maquilladas, acompañadas de una inclinación de

cabeza que pretendía evocar la dicha doméstica. Curiosamente, debido a que se emitían en canales vía satélite, ampliaron sus repertorios para incorporar platos regionales con objeto de llegar a un mayor público, como había hecho Claudia Roden décadas antes con sus libros de cocina.

Después, el libro de cocina del restaurante egipcio llegó a El Cairo, y a Diwan, con retraso debido a la centralidad de la patria en cultura gastronómica. En 2013, un restaurante situado a una manzana de Diwan contó sus recetas en *Authentic Egyptian Cooking: From the Table of Abou El Sid*. Al año siguiente llegó *Cairo Kitchen Cookbook: Recipes from the Middle East Inspired by the Street Food of Cairo*. No estaban traducidos al árabe, porque su público objetivo nunca era el mercado editorial principal a nivel local. Aun así, los egipcios que hablaban inglés los compraban por sentido del orgullo, o, como yo creía, una mezcla de nacionalismo y narcisismo. En el plano internacional, estos libros de cocina se correspondían con una floreciente tendencia hacia la «fusión», que comercializaba y combinaba sabores locales para los mercados mundiales.

La sección de Cocina de Diwan destacaba un hecho simple, conseguido tras años de observar a Fatma, mis padres y Hind: en Egipto, la comida va mucho más allá del comer. En la cocina de nuestra oficina, grupos de empleados, según su situación social y origen, desayunaban juntos y aportaban dinero para comprar diferentes tipos de pan, queso, aceitunas y bocadillos de *ful* y *taamiya*. Bromeaban diciendo que *lo' ma haneya tekafi meyya*, una especie de bocado, basta para alimentar a cien personas.

Los antiguos egipcios enterraban a sus muertos con comida para que se alimentaran durante el más allá, y las personalidades de alto rango recibían provisiones más copiosas.

En 1977, el régimen de Sadat eliminó las subvenciones a los alimentos básicos; se produjeron disturbios por el pan, los egipcios asaltaron las calles para protestar. El Gobierno restableció las subvenciones de inmediato.

La comida une a las familias: el punto culminante del ramadán, el mes de ayuno sagrado, consiste en romper el ayuno con los parientes y amigos cuando se pone el sol. Al final de estas noches, los invitados desean a sus anfitriones muchas más comidas, «*Sofra dayma*». Los anfitriones responden deseando una larga vida, «*Damit hayatik*».

La comida reafirma, o altera, la felicidad conyugal: la decisión de una pareja de disfrutar de la comida habitual de los viernes con la familia de la esposa o la del marido es un conflicto familiar. Nihal siempre diagnosticaba las parejas incompatibles diciendo que cada uno venía de una mesa distinta.

Cuando murió mi padre, amigos y familiares, como dicta la tradición, prepararon la comida que tiene lugar después del entierro. Al día siguiente de su fallecimiento, Bolbol envió su corte de carne preferido a modo de homenaje: sin escritura.

La comida, los cocineros y comer figuraban entre los temas principales de los refranes egipcios, que eran el medio preferido para propagar la sabiduría de una generación a otra. Sobre quemarse una vez, dos veces tímido: quien se quema la lengua con la sopa soplará en el yogur para enfriarla. Sobre la hospitalidad como amistad: una cebolla que se ofrece con amor llena tanto como una pierna de cordero. Sobre el karma: quien cocina veneno lo prueba. Sobre atacar primero: cómetelo para almorzar antes de que él te coma para cenar. Sobre la importancia de un cálido

recibimiento: un saludo sincero es mejor que una comida. Sobre quien olvida la amabilidad de los demás: come y lo niega.

Las recetas, al igual que los refranes populares, se transmitieron sin haberse escrito. A medida que morían las generaciones de más edad y los familiares más jóvenes rechazaban las tradiciones culinarias, estas recetas cayeron en el olvido. Las pocas mujeres que tuvieron la oportunidad de transcribir lo que sabían siguieron manteniendo en gran medida su nicho. Como *abla* Nazeera y sus *Principles of Cooking*. Su influencia en las generaciones posteriores transformó la industria culinaria, pero rara vez se ha reconocido lo que ha hecho. En cierto modo, sus palabras y su legado siguen limitándose al reino de la cocina, algo prescindible para amas de casa impertérritas ante sus recetas exigentes y laboriosas. Fatma era analfabeta y memorizaba las recetas. No usaba vasos medidores y prefería confiar en sus sentidos. Su poder en nuestra cocina, y en nuestra casa, provenía de la naturaleza inaprensible de sus conocimientos. La amiga de mi madre no escatimaba detalles, sino que omitía un ingrediente para garantizar su dominio. Cada una de estas omisiones está relacionada con el poder, otorgándolo, asegurándolo, protegiéndolo. En un país con tendencia a la censura, hay una extraña ironía, y subversión, innata para guardar secretos; si un registro no se transcribe, no puede ser destruido.

Fue un libro de cocina lo que me llevó a la oficina del censor. Una abrasadora mañana de domingo del verano de 2004, cuando me consideraba una persona culta pero no muy versada en la vida, recibí una llamada angustiosa de nuestros agentes de transporte. Durante los dos años pasados desde que Diwan diera sus primeros pasos, nos habíamos visto expuestas a situaciones imprevistas que acompañarían nuestra relativamente mansa trayectoria en la venta de libros. Al crear Diwan, Hind, Nihal y yo nos reconstruimos a nosotras mismas. Nuevas inmigrantes en la tierra de los negocios, enseguida nos dimos cuenta de que si Diwan iba a sobrevivir,

teníamos que adaptarnos a nuestro nuevo mundo. Todas entendimos que dependíamos de un ecosistema común de apoyo y fuerza. Esto fue cierto sobre todo en los escenarios más alienantes, como el negocio, la burocracia y el Gobierno, estructuras que llegaríamos a conocer bien.

A medida que aumentaban las ventas de Diwan y se ampliaban los gustos de nuestros lectores, también lo hicieron los libros que importábamos del extranjero. Según el agente de transporte, uno de nuestros envíos del Reino Unido se había retrasado en la aduana porque contenía obras que se consideraban ofensivas para la «moral pública». Pidieron a la persona responsable del envío, yo, que fuera al edificio Mogamma en Midan al Tahrir (donde, siete años después, se desarrollaría la Revolución egipcia).

La petición me impulsó a hacerle una visita a mi abogado, el Dr. Mohamed, en busca de consejo.

—*Ustaza*, no hay nada que temer. Solo quieren conocerla. La fama de Diwan ha aumentado en solo dos años. Su camino estaba destinado a cruzarse con el del censor. Piense en ello como un perro olisqueando a alguien que visita la casa de su dueño —me tranquilizó.

—Me siento incómoda con lo que no comprendo y no sé cómo sortear. (Mi formalidad aquí es intencionada; es una práctica general mantener este tipo de modales cuando se habla con «figuras autoritarias» masculinas.)

—Entonces, su paso por esta tierra estará lleno de dificultades. Confíe en la voluntad de Dios.

Pidió a Adham, un socio minoritario de su bufete, que me acompañara a esta visita «amistosa» al censor.

El presidente Mubarak se sentía orgulloso de que, bajo su gobierno, Egipto fuera un país sin censura. Esto significaba que podíamos hablar o actuar como quisiéramos, siempre y cuando fuera dentro de los límites de la ley. Como ciudadanos respetuosos con la ley, sabíamos que era ilegal decir, escribir o imprimir cualquier cosa que ofendiera la moral pública, amenazara la unidad nacional o el orden social, o mancillara la reputación de

Egipto en la prensa extranjera. Infringir estas normas podría conducir a una pena de prisión, al pago de una multa o a la suspensión de licencias. Mubarak dirigía nuestras vidas, y nuestra patria, bajo la batuta de un proverbio egipcio más que comprobado: golpea al encadenado y el libre será disuadido.

En 2008, el periodista opositor Ibrahim Eissa fue condenado a dos meses de prisión acusado de agraviar al presidente tras escribir acerca de la delicada salud de Mubarak. Se presentaron causas civiles en su contra, y el asunto fue ampliamente difundido por los medios de comunicación. Mubarak al final lo absolvió. Como miembro influyente y respetado del cuarto poder, Eissa nunca entró en prisión. Fue una representación que tenía por objeto recordar a los ciudadanos de a pie el poder sancionador del Gobierno. Solía pensar que los modos arbitrarios en los que se hacía cumplir la ley, y la opacidad de las propias leyes, eran casuales. Pero después de casi dos décadas llevando un negocio en Egipto, sé que es adrede. La incertidumbre generalizada y los infinitos retrasos eran instrumentos de control. Los observas desde la distancia, sabiendo que un día te llegará el turno. Hasta entonces, te sometes a la autocensura panóptica, midiendo tus palabras como si te estuvieran vigilando.

Mi chófer, Samir, era un avezado piloto en el caos de El Cairo; el día que tenía programada mi visita al censor, atravesó a toda velocidad las atestadas calles de Mohandessin. Las llamadas a la oración, procedentes de los imponentes minaretes, resonaron por toda la ciudad. No disuadieron a Samir de soltar cuatro palabras bien dichas a través de la ventanilla bajada. Iban desde «¡Burro!» hasta «*Ya Khawal!*» y mi preferida: «Eres más lento que el caballo del malo». El mayor desdén de Samir iba dirigido a los conductores de microbús, que eran conocidos por conducir bajo los efectos de cualquier droga que los dejaría fuera de combate. No noté ninguna diferencia entre el desprecio por la vida humana de los conductores de microbús alimentado por el hachís y otros conductores, entre los que me incluyo.

Este desprecio se hacía extensivo a los peatones. Le solté un grito a un hombre salido de la nada y que se precipitó en medio del tráfico para cruzar la calle. Samir apenas pudo esquivarlo. El Cairo no tiene pasos de cebra, por lo que estos necesitan destrezas olímpicas para sobrevivir, no digamos ya para llegar adonde sea: saltar de autobuses en marcha, dejando sitio a otros pasajeros, y luego bajar en medio de otros vehículos en movimiento. Los semáforos indican una cosa; los agentes de tráfico repartidos por los cruces indican otra. Caos. Usábamos las calles para protestar, de forma individual o colectiva: nuestro desprecio por las normas de circulación era una especie de desobediencia civil, como también lo era nuestra original relación con la burocracia.

Samir era un año mayor que yo. Bromeaba con mis amigos diciendo que, aparte de mi padre, él era el único hombre que me había sido útil. Para mí y muchos otros en mi grupo socioeconómico, tener chófer en El Cairo no era un lujo, sino una necesidad. En Egipto, una sociedad sumamente clasista, las diferencias entre lo que la gente gana y cómo vive son irreconciliables. Samir pagaba mis facturas: teléfono, electricidad, agua y la contribución. Renovaba las licencias y las afiliaciones. Se encargaba de los trámites en los organismos públicos. Todas estas responsabilidades suponían largas colas en abanico y frágiles ecosistemas de relaciones personales. Dado que pasaba buena parte de mi tiempo trabajando, Samir se había convertido en mi sustituto: él terminaba mis cosas pendientes, me hacía la compra, regateaba con Bolbol, el carnicero, y me dejaba la ropa para planchar en la casucha de Akram, en la otra punta de Zamalek, y se encargaba de que la entregaran cuando sabía que llegaría a mi casa. Si no respondía al teléfono porque estaba en una reunión, mi madre llamaba a Samir, y él le contaba mi plan del día. Por las mañanas, yo empezaba a trabajar antes de las ocho y media, él llevaba en coche a mis hijas a la guardería, les compraba patatas fritas en contra de mi voluntad y se aseguraba de que no se dejaran las fiambreras en el coche.

Samir se sentía con el derecho de dar su opinión, que nadie le había pedido, en muchos asuntos. Sobre mis problemas con

Número Uno: «La sombra de un hombre es mejor que la de un árbol». Con la advertencia: «Pero una mujer como usted da suficiente sombra para ella y para los que la rodean». Sobre los empleados que robaban a la empresa: «El rabo de un perro nunca se pondrá recto». Sobre dar una segunda oportunidad a las personas: «No todos los dedos de una mano son iguales». Pasábamos horas juntos en el tráfico de El Cairo, conduciendo de una reunión a otra por toda la ciudad. Samir me conocía mejor que Número Uno, el padre de mis hijas. Escuchaba todas mis conversaciones telefónicas, plagadas de confesiones, discusiones e insultos. De vez en cuando, mientras hablaba por teléfono, daba golpecitos a la guantera que tenía delante para añadir sus comentarios en un susurro. Era descarado, un poco bobalicón, y ninguna de mis críticas le aguaban el ánimo. Pese a su aspecto desaliñado (grandes carcajadas, andares de pato, bigote descuidado, pelo negro graso y un diente roto), Samir era sorprendentemente calculador. Con el tiempo se dio cuenta del poder que ejercía al escuchar conversaciones ajenas, y aprendió cuándo dar información y cuándo ocultarla. Confiaba en él. En una sociedad que prosperaba con los chismes y el intercambio de información, guardaba mis secretos como si fueran sus hijos.

Samir se detuvo y aparcó en triple fila delante de la oficina de Adham, el joven abogado. Mientras esperábamos, sin poner los cuatro intermitentes ni apagar el motor, Samir salió, encendió un cigarrillo y le ofreció uno al agente de tráfico que se había acercado para amenazarlo con multarlo. Señaló hacia el motor en marcha, indicando una ventana cualquiera del edificio, encendió un segundo cigarrillo y se lo puso entre los dedos al policía. Charlaron.

Yo me quedé en mi sitio predilecto: el asiento del copiloto. Las mujeres y los jefes normalmente se sentaban detrás del conductor, poniendo distancia entre el que manda y el trabajador. Podría haber establecido mi base en la parte de atrás, pero Adham vería como algo indecoroso sentarse con una mujer. Ofrecerle el asiento de delante también alteraría las reglas no escritas. Como invitado, se le debe ofrecer el asiento más cómodo: el de atrás.

Atravesamos el puente Qasr al Nil, que lleva al centro de la ciudad. Samir y Adham hablaban de cómo estaban las cosas: apagones en las zonas más pobres de la ciudad, la subida del precio de un kilo de tomates y los últimos rumores que rodeaban al hijo de Mubarak, Gamal, el heredero natural de la República Árabe de Egipto. Giramos a la derecha en Midan al Tahrir hacia la calle Abdelkader Hamza, donde el Mogamma, el complejo que albergaba las sedes burocráticas de Egipto, se alzaba ante nosotros con un gris elefantino. Había estado en el edificio cuando era una adolescente, cuando perdí mi carné de identidad. Había tardado un mes entero en conseguir mi partida de nacimiento, las denuncias a la policía y demostrar al Estado que existía, proceso durante el cual aprendí la habilidad esencial del soborno. El truco consistía en hacer que la propuesta fuera lo bastante ambigua, en caso de que levantara sospechas. Quedarse corto era un insulto; excederse allanaba el camino a la explotación. Cuando por fin rellené mi solicitud, la deslicé bajo la ventanilla con un billete de 20 libras en su interior. Fue aprobada. En los años sucesivos, llegué a entender el soborno como el acto mismo de desobediencia civil: un encuentro entre los ciudadanos y los burócratas que rechaza los sistemas gubernamentales oficiales en los que todos trabajamos.

Si los edificios guardan recuerdos, esperaba que el Mogamma en al Tahrir hubiera perdido los suyos. Ocupando el lugar dejado por los barracones británicos demolidos en 1945, se suponía que el leviatán de cemento hacía las veces de complejo administrativo centralizado donde los ciudadanos podían terminar de forma eficaz todos sus asuntos burocráticos. Era un edificio que solo podían admirar los arquitectos, un icono de la monotonía y la muerte de la individualidad. En sus 1.309 salas se atendía a más de veinte mil personas a diario. (En realidad, el Mogamma era del color de la arena, pero yo lo recuerdo de un gris monocromo.) Escribe Kafka: «Toda revolución se evapora y deja atrás solo el limo de una nueva burocracia».

Nos dirigimos a la novena planta, la sede de la Oficina de Censura. Puse mi bolso en la cinta del escáner de seguridad y alcé la vista hacia los arcos. Giramos a la derecha hacia la amplia

escalera; sus escalones, agotadores y polvorientos, llevaban arriba. Siguiendo las convenciones de género, Adham caminaba delante de mí. Hubiera sido inapropiado que yo fuera delante de él y le mostrara mi trasero mientras subíamos las escaleras. Eso era privilegio de los desconocidos.

Avancé por las plantas: pasaportes, licencias, certificados de nacimiento y defunción, y pensiones. El hedor a humedad de las alfombras mojadas. El aroma amargo del sudor. En la novena planta, nos dijeron que la oficina se había trasladado a la decimotercera planta. Cuando llegamos allí, miré a Adham acercarse al *farash*, preguntar por el baño y deslizarle un billete de 5 libras egipcias. Fingí no darme cuenta. Pasaron unos pocos minutos y el *farash* nos acompañó al despacho del funcionario, hasta las sillas metálicas frente a la mesa. Mubarak nos miró desde una fotografía enmarcada, habitual en todos los organismos públicos. Adham habló con voz dulce y le recordó al funcionario que estábamos ahí por su amable invitación para tratar de un envío retrasado para la librería Diwan.

Si el soborno era una habilidad, la gestión de los burócratas del Gobierno era una forma de arte. Como mujer, tenía que mostrar deferencia hacia su institución, y su masculinidad, pero no podía mostrar temor, que podría dar a entender una irregularidad. Adham habló en mi nombre para evitar contrariar al funcionario. Lo aduló y lo engatusó, estableciendo con cautela una alianza.

Los dedos del funcionario examinaron a conciencia los expedientes y sacaron una factura de color naranja que reconocí por el pingüino que había en la parte superior de la página. Los censores conocían a Penguin por ser la editorial de *Los versos satánicos*, pero nunca nos atrevimos a pedir ese libro. Hojeé mentalmente un fichero rotatorio de los libros de Penguin en busca de la obra censurable: ¿*Lolita*? ¿*El amante de lady Chatterley*? Podría ser *1984*, que ya había pasado a través de varios envíos. Al fin, el funcionario le presentó a Adham la factura que mostraba un título resaltado y una frase ilegible garabateada en árabe junto a él. Cuando Adham me lo pasó, inclinamos la cabeza el uno hacia el otro. Mientras el funcionario volvía su atención a los expedientes

abiertos, nos dimos la vuelta para susurrar.

—*Ustaz* Adham, el título no es literal.

—¿Qué le digo?

—Lo que le dije.

—Espere, ¿qué me dijo?

El funcionario murmuró para sus adentros alguna frase islámica sobre la paciencia, dando por terminado nuestro diálogo.

—Esto no es lo que esperamos de una empresa con la fama de Diwan, ni tampoco de una mujer joven —dijo el censor, percatándose de mi presencia por primera vez.

—Por supuesto que no. Como bien sabe, *ya basha*, Diwan es una institución que pretende instruir e iluminar las mentes de todos los egipcios. Estamos aquí para servirle en sus loables objetivos. —Adham me miró, invitándome a hablar, pero no pude. Exhaló y siguió adelante—. *Basha*, en Egipto nos sentimos orgullosos de nuestras mujeres. Son buenas esposas y madres. Sabe lo importante que es para algunas de ellas estar al tanto de las últimas tendencias en el extranjero... —Adham no terminó la frase.

Fijé la vista en la alfombra, intentando diferenciar los diseños de la suciedad. Me restregué el pulgar contra la alianza de oro del dedo anular.

—En la Oficina de Censura estamos al tanto de lo que pasa en todo el país. Conocemos las tendencias antes de que lleguen —respondió el funcionario.

—Ya sabe la poca moral que tienen en Occidente.

—Sí, es deplorable. Mire a sus mujeres. ¿Cómo puede aceptarlas su dios?

—*Alhamdulillah 'ala kol shay'* —profirió Adham.

—*Alhamdulillah 'ala kol shay'* —respondió el funcionario.

—En Estados Unidos, todo gira en torno al sexo y la desnudez. No tienen la sabiduría del islam, o la Oficina de Censura, para protegerlos. —Adham siguió mientras el funcionario asentía consternado—. Por eso tienen que recurrir a semejantes ordinarieces para vender libros. Pero ¿quiénes somos nosotros para juzgar? Como dijo el Profeta, la paz sea con él, «Tú tienes tu religión; yo tengo la mía». ¿Sabe, *ya basha*? En este libro no hay

nadie desnudo. ¿Puede creer la *maskhara*? *The Naked Chef* de este tal Jamie Oliver ¡es solo un libro de cocina! Pero ¿qué podemos hacer? Vivimos tiempos difíciles, y ahora internet está en nuestras casas propagando aún más el mal.

Cuando nos disponíamos a marcharnos, Adham prometió enviarle unos libros para colorear para los hijos del funcionario, en agradecimiento por haber tenido el honor de conocerlo. Sabía que cuando inevitablemente llegara retrasado el siguiente envío, la oficina nos llamaría. Disipadas las inquietudes del censor, seguí teniendo existencias de diversos libros de *The Naked Chef* en cuanto se publicaban: su regreso, los tiempos felices, sus cenas, su cocina, su Italia, sus distintos ingredientes. Nuestra alianza me había ayudado a sobrevivir a los primeros años de matrimonio, de vida doméstica. Sus recetas me permitieron entrar en la cocina que tanto temía.

Algunos años después, siendo ya una librera más curtida, me dirigí a las oficinas de otro complejo gubernamental el día anterior a la fiesta nacional que conmemora el nacimiento del profeta Mahoma. Samir me siguió, llevando un montón de cajas de dulces del nacimiento. Constaban por lo general de una selección de barritas de sésamo, pistacho y almendra recubiertas de azúcar, y delicias turcas. Había también una muñeca conocida como la novia del nacimiento y un sultán en un caballo, ambos hechos de azúcar. Samir se apostó en la esquina de las ventanillas y dejó que fuera hasta el centro de la sala.

—*Sabah al-fol!* Tengo que terminar este poder notarial antes de mediodía y sé lo ocupados que están ustedes. En señal de respeto, a las librerías Diwan les gustaría ofrecerles a cada uno de ustedes una caja de dulces, para que los disfruten con su familia.

Grité por el espacio abierto, haciendo señas a Samir, que mostró el montón de cajas con gesto cómico y una sonrisa seductora. El ciclo de papeleo empezó y terminó en veinte minutos.

—Esto le ayudará a mantener la figura —le dijo Samir a una mujer corpulenta sentada detrás del cajero que custodiaba el cajón

abierto de estrujados billetes de libras egipcias a falta de una caja fuerte—. Por una vez, haga feliz a su mujer en lugar de ir con las manos vacías —bromeó con una sonrisa mientras ponía la caja de dulces en un taburete de tres patas junto a la mesa de un funcionario.

Pese a que Diwan no tenía unos grandes resultados financieros, era un triunfo moral, un experimento de *marketing* y un dominio de la voluntad. Dirigíamos una actividad laboriosa y de alta calidad sin reparar en gastos. Teníamos una tienda con unos pocos empleados que cubrían las quince horas de apertura diaria. Gran parte del trabajo entre bambalinas lo hacíamos nosotras. A menudo, con el fin de cubrir gastos, sacrificábamos nuestro sueldo en aras de reducir los gastos de explotación. Tal vez, hasta cierto punto, lo hacíamos porque aún dudábamos de nuestra propia valía en el negocio que habíamos creado.

Contra todo pronóstico, habíamos demostrado a nuestros detractores y a quienes dudaban de nosotras que una librería moderna podía sobrevivir en Egipto. Y como sucede con todas las iniciativas pioneras, la nuestra había allanado el camino para que otros lo sigan. Imitadores y otros negocios de pacotilla habían empezado a brotar por la ciudad. Dado que poco a poco perdíamos clientes que iban a estas tiendas nuevas, las cuales vendían a precios más bajos que los nuestros, una o dos libras, nos enfrentamos a una decisión. Podíamos dejar que esas réplicas, que eran sinceras en su imitación de Diwan pero no en su compromiso con la lectura, desplazaran nuestro buque insignia. O podíamos recaudar fondos para hacer una expansión agresiva e intentar pluralizar lo que era singular. Queríamos ampliar nuestras miras, y, no obstante, nos preocupaba si podríamos tal vez reproducir la magia de nuestra primera tienda manteniendo su autenticidad. El éxito del primer local no significaba necesariamente que otro pudiera sobrevivir. Aunque ninguna de nosotras lo dijo, sabía que también nos preocupaba asumir más responsabilidades. Nuestras vidas ya estaban bastante en vilo.

Habíamos soñado con una librería. Ese sueño se había hecho realidad. ¿Por qué no estábamos contentas? Por primera vez, no coincidimos en lo que creíamos que era mejor para Diwan. El consenso, nuestro terreno conocido, se zafó de nosotras. La resuelta Nihal quería dejar las cosas como estaban. La ambiciosa Hind creía que expandirnos era la única vía posible: crecer o irnos a casa. Y yo creía a cualquiera con quien hubiese hablado últimamente. Al igual que nuestra antigua cocinera, Fatma, que se había vuelto dominante y fuerte después de su ascenso, yo estaba cambiando con Diwan. Al principio, estos cambios eran minúsculos. Insté a Nihal a despedir a quienes obtuviesen peores resultados sin darles una segunda oportunidad. Empecé a obsesionarme con las ventas. De repente, la mayoría de mis relaciones giraban en torno a listas de tareas compartidas. Sabía que había un término medio entre amas de casa burguesas y benévolas y déspotas motivadas por las ventas. Esperaba encontrarlo.

Una cosa estaba clara: si Diwan iba a sobrevivir, teníamos que ceder en nuestros ideales. Yo ya había empezado, como en la oficina del funcionario, donde me había hecho pequeñita y había dejado que Adham hablara por mí, de hombre a hombre. Sabía que era la única manera de recuperar *The Naked Chef* y a mí misma. Era un pequeño sacrificio, pero ¿qué podría suceder a medida que aumentara lo que estaba en juego? ¿A qué renunciaría para lograr que se hicieran las cosas? ¿Qué cedería de Diwan?

4

Empresa y Gestión

Al final, fue Nihal quien descubrió nuestro nuevo hogar. Un día, nos llevó aparte a Hind y a mí para hacernos una confesión: había ido a una inmobiliaria a ver un bonito chalé modernista de los años cincuenta de tres plantas.

—Con jardín. En la calle principal de Heliópolis. Se parecía a Diwan. Tenéis que verlo.

Ella aún tenía dudas acerca de reproducir la originalidad y el ambiente íntimo del buque insignia. Pero incluso así había empezado a echar un vistazo. Todas estábamos de acuerdo en que si alguna vez abríamos un nuevo local, tenía que ser lejos de Zamalek. De modo que nos enfocamos en Masr el Gedida (Nuevo Egipto), un barrio acomodado conocido también como Heliópolis, 'ciudad del sol' en griego. Construido en 1905 en las afueras de El Cairo como vía de escape para los ricos, Heliópolis fue fundado por el barón Édouard Louis Joseph Empain, de origen belga, que se instaló en El Cairo después de conocer y enamorarse de una mujer de la alta sociedad local, Yvette Boghdadli. Se rumorea que construyó Heliópolis para ella.

—Crees en ello. Nos ha llegado. Debemos ir a por ello.

Con las palabras de Hind, emprendimos un viaje como libreras hasta convertirnos en mujeres de negocios. Esa semana visitamos el chalé. Apartado de la calle principal, aunque todavía visible e invitante, tenía un aire de humilde grandeza. Desde un sencillo jardín, unas escaleras conducían a la entrada principal. Me sentí aún más segura cuando traspasé la puerta arqueada del

edificio. Parecía perfecto. Podíamos imaginar ahí nuestro futuro. El espacio parecía invitar a estas reflexiones. Al levantar la vista a los intrincados techos abovedados, imaginamos los estantes de caoba y el acero inoxidable que los rodeaba por debajo. El espacio alto y grandioso casi nos pedía una iluminación ornamentada; más tarde, cuando cerramos el trato, Minou diseñó una araña con la caligrafía de Diwan impresa, que colgamos en medio de la sinuosa escalera. En resumidas cuentas, nos enamoramos. Y al igual que las personas enamoradas, sucumbimos a las fantasías. De querer más, de conquistar el espacio, de hacer realidad los sueños y de ponernos a prueba a nosotras mismas y a nuestra suerte. Siguieron meses de planificación, papeleo, permisos, decoración, reuniones con Minou y contratación y formación de nuevo personal. Creamos una bolsa nueva que mostraba las maravillas arquitectónicas de Heliópolis: el palacio del barón Empain, de estilo hindú, y el Korba, del arquitecto belga Ernest Jaspar, con su combinación de arquitectura islámica y *art déco*.

El sábado 8 de diciembre de 2007, cinco años y nueve meses después del comienzo de Diwan Zamalek, inauguramos oficialmente nuestra segunda tienda. Fue una proeza nunca vista, un acto de locura absoluta: una casa de tres plantas repleta de libros. Diseñamos Heliópolis teniendo en mente Zamalek, esforzándonos por dar continuidad a nuestras secciones y la cafetería, al tiempo que adaptábamos asimismo nuestra tienda al nuevo barrio. Hubo rivalidades fraternales, esta vez entre tiendas. Habíamos mezclado empleados antiguos y nuevos entre las dos tiendas, con resultados dispares. Parte del personal pensaba que la original siempre sería mejor; otros querían demostrar su propia valía en la nueva tienda. Hind, Nihal y yo tratamos de encauzar esto en una sana competencia, mientras éramos presa del pánico por lo que estaba ocurriendo en nuestra familia.

Las tres compaginábamos nuestro tiempo entre las dos tiendas, pasábamos días enteros en la cafetería de Heliópolis, como habíamos hecho durante los primeros años en Zamalek. Soportábamos trayectos de una hora en medio de un tráfico terrible a través del puente 6 de Octubre entre las dos tiendas. En

estos desplazamientos diarios, mi coche pasó a ser también una oficina improvisada. Dado que nuestro trabajo aumentaba y nuestro tiempo escaseaba, Hind, Nihal y yo nos dimos cuenta de que no podíamos tomar todas las decisiones juntas. Teníamos que definir con mayor claridad nuestras responsabilidades.

Nihal se encargó de gestionar las dos cafeterías, el personal, el mantenimiento, los interiores y la papelería, e impulsar las secciones. Hind controlaba las actividades en las tiendas, el almacén y todo lo que tuviera que ver con el árabe (libros, música, películas). Y yo supervisaba nuestros libros en inglés y francés, el *marketing* y las finanzas. Cada una de nosotras tendíamos a lo que nos gustaba, al tiempo que también convinimos en asumir parte de lo que odiábamos (léase, las «finanzas»).

A medida que Diwan crecía, a las tres nos costaba mantener el ritmo. La carga de trabajo, ya abrumadora, se duplicó. Cometimos pequeños errores. Confiamos en nuestros empleados. La mayoría eran entregados, pero unos pocos eran deshonestos. Algunos nos robaron. Todo este tiempo dudamos de nuestras propias capacidades. En los últimos años, habíamos cometido errores más graves. Habíamos multiplicado nuestras pérdidas. Las habíamos condonado generosamente.

Como nuestros estantes se multiplicaban, reponerlos exigía más vigilancia que nunca. En cuanto lograba devolver el orden y el equilibrio a una sección, era inevitable que un cliente desbaratara el sistema: trasponía libros irrelevantes y descartaba los que no quería en pilas al tuntún. Aun así, me complacía arreglar el desbarajuste, con una sola excepción: Empresa y Gestión. Pese a que, o tal vez porque, era propietaria de un negocio, no tenía el más mínimo interés en leer libros sobre el tema. Sin embargo, estaba claro que los clientes de Diwan sí lo hacían. Los libros desaparecían a montones de la sección. Ante la creciente demanda, dividí y amplié la zona en subsecciones: Finanzas, Gestión, *Marketing*, Crecimiento Personal e Historias de Éxito. Cuando acabé inundada de libros de autores de los que nunca había oído hablar,

me inventé un juego: los juzgué como supuse que haría mi padre. Sabía que habría admirado a Warren Buffett (inversor estadounidense y actualmente el cuarto hombre más rico del mundo) y Robert T. Kiyosaki (el autor de la serie *Padre rico, padre pobre*) por dar prioridad al bienestar financiero por encima del estatus social. Podía imaginar su desconfianza en los consultores empresariales y en los profesores, como Jim Collins, Stephen Covey y Philip Kotler; respetaba el conocimiento adquirido a través de la práctica más que de la teoría. Se habría mofado de libros de soluciones rápidas como *El ejecutivo al minuto*, puesto que sabía que los problemas complicados exigían soluciones integrales. Sonreí al imaginar el desagrado de mi padre por uno de nuestros superventas, *Cómo ganar amigos e influir sobre las personas*. Le importaba un pito a quién ofendía o cómo.

Con el tiempo, observé una curiosa diferencia. La gente compraba libros de empresa de tapa dura. En las demás secciones, las ventas en tapa dura se limitaban a gente como J. K. Rowling, Dan Brown y sus esperadas secuelas. A diferencia de los estadounidenses, los egipcios rara vez compraban libros de tapa dura; el nuestro era, y es, un mercado sensible a los precios. Para la mayoría de la población, incluso un libro de tapa blanda era un lujo prohibitivo. Muchos egipcios tenían dificultades para costearse el sustento, la ropa, la vivienda, la educación y la asistencia médica. Si sobraba algo, no se gastaría en libros. Y la economía aún se estaba recuperando desde 2003, cuando el banco central convirtió a la libra egipcia en una moneda «fluctuante», liberándola del tipo de cambio establecido con el dólar y dejando que se devaluara. Un dicho popular resumía la situación: el ojo desea lo que la mano no puede alcanzar. Así pues, menos personas aún compraban los carísimos libros de tapa dura, salvo los libros de empresa. Me preguntaba por qué. ¿Eran estos volúmenes una decoración básica para el despacho? ¿Los mostraban los empresarios como títulos universitarios enmarcados, infundiendo en sus empresas el éxito y la erudición? ¿Existía algún supuesto de fondo de que los empresarios podían permitirse gastar dinero en libros?

Me dirigí hacia la parte de Hind en Heliópolis en busca de respuestas. Su sección de Empresa en árabe estaba repleta de traducciones de mis superventas en inglés. Los autores árabes que escribían sobre el mundo empresarial estaban curiosamente ausentes.

—¿Le puedo ayudar? —preguntó con una sonrisa Amir, el encargado de compras de libros en árabe de Hind.

Anteriormente percusionista de *darbuka* en un grupo musical itinerante, Amir era guapo, con un físico imponente, aspecto de madurez, pelo engominado y gafas de montura metálica. Sin embargo, su cualidad más llamativa era su rápido ingenio. Parecía cautivar a todo el que encontraba.

—Sí. ¿Dónde están los autores árabes que escriben sobre empresa?

—No hay. Venga, *ustaza*, ¡muéstreme el camino! —bromeó—. Bromas aparte, está Ibrahim Elfiky, pero escribe más sobre desarrollo personal y menos sobre empresa.

—¿Los clientes no piden autores locales?

—No. Quieren los extranjeros. —La mirada de Amir se estrechó mientras reflexionaba—. No creo que se fiaran del consejo de alguien de aquí. Quieren a los estadounidenses que hicieron fortuna.

Su escepticismo estaba justificado. Las reformas de Nasser habían requisado las empresas, con la promesa de una propiedad colectiva con el pueblo. Los negocios antaño prósperos se convirtieron en burocracias ineficaces llenas de gente que no los consideraban suyos. Tras su elección en 1970, Sadat, en un intento por rescatar la caída de la economía, instauró la *infitah*, literalmente ‘apertura’, una política de puertas abiertas que atrajo a inversores privados (la mayoría extranjeros). Mubarak, el siguiente presidente, inició un programa de privatización que pretendía además despojar de la titularidad estatal a muchas empresas que habían perdido valor debido a la mala gestión y la corrupción.

Amir continuó.

—El trabajo duro no la llevará a ninguna parte, pero el

soborno sí. Hemos aprendido a desconfiar de los empresarios, porque los vemos como ricachones que han amasado su fortuna por medio de la falta de honestidad. El éxito no es algo que celebremos. Lo envidiamos, aunque sepamos que se ha obtenido de forma poco ética. —Hizo una pausa, como si estuviese respondiendo a una pregunta—. Rece para que Diwan avance sin esfuerzo. No desee que acabe teniendo demasiado éxito.

Sus palabras se hicieron eco de la advertencia que mi padre repetía: «En esta vida, mantén la cabeza gacha y confía en que nadie se dé cuenta».

Pensé en Amir y en mi padre mientras intentaba reponer nuevos libros de empresa. A la par, el proyecto se volvió más personal. Antaño lectora compulsiva de ficción, durante los primeros cinco años de Diwan había empezado a claudicar ante las presiones y las exigencias de mi nueva imagen como empresaria, una etiqueta que se volvió más adhesiva a medida que la librería crecía, con nuestra nueva oficina, nuevos empleados, nuevas secciones y, ahora, nueva ubicación. Intenté, y fracasé, verme a mí misma como empresaria. Como siempre, leí en busca de respuestas. Para sorpresa de todos, pero más que nada para mí misma, me volví una de las consumidoras de libros de empresa y gestión más entregadas de Diwan, con la esperanza de que sus páginas me sirvieran de guía. (Mi experiencia con la no ficción se había visto antes limitada a estudios de género en la universidad.) Los libros no lograron captar mi imaginación, pero seguí leyendo, alimentada por la inseguridad, esperando autosuperarme. Nunca se me dieron bien los números. Prefería las palabras. No sabía nada de planes de negocio, resultados, ingresos y estructuras jerárquicas. Sabía que las líneas eran cosas que cruzaba.

Según avanzaba en la lectura, encontré mi inexistencia. Los libros eran ajenos a mi contexto cultural; las personas como yo se habían perdido en la traducción. Ninguno de estos autores ofrecía

estrategias para sortear la burocracia egipcia. Las directrices estandarizadas, como el asesoramiento en materia presupuestaria, no podían adaptarse a la pesadilla idiosincrásica de crear sistemas desde cero (como los ISBN y las cifras de ventas), rodeados por el caos. ¿Qué consejo podía ayudarme a lidiar con el hecho de que cada envío que había llegado al aeropuerto de El Cairo tardó entre una semana y tres meses en ser autorizado, dependiendo del laberinto de reglamentaciones, documentos que faltaban, capacidad y personal? ¿Cómo podía garantizar la estabilidad cuando todo lo que debería haber sido un coste fijo era una variable flotante? ¿Cómo podía gestionar a unos empleados que preferirían trabajar para el Gobierno, un jefe que les pagaría menos pero les exigiría menos? ¿O clientes que esperaban que Diwan fuese una biblioteca y tratasen de devolver los libros una vez leídos? Los instrumentos prácticos no servían para nada en un panorama poco práctico que parecía seguir una única regla: *insha'allah*, *bokra*, *maalesh*. Las palabras se aprovechan de las respuestas burocráticas a las solicitudes: si Dios quiere, mañana, da igual. Y estaba además la dimensión añadida del género. Estos autores, hombres de negocios y emprendedores llegaban a este mundo sin cuestionarse jamás que les pertenecía, mientras que en mi propia tienda a veces me sentía fuera de lugar.

Me preguntaba si los libros eran convenientes para mis clientes. ¿Qué lecciones aprendían? Muchas empresas egipcias eran un alarde de un solo hombre, lideradas por un dirigente masculino fuerte. La nuestra era una cultura acostumbrada a las figuras faraónicas. La delegación se ve como una señal de debilidad, que te pone en peligro de que te estafen. Tal vez en otros lugares la gente entiende que la colaboración mejora la eficacia y da autonomía a los trabajadores. En teoría, estoy de acuerdo, pero me cuesta delegar. No puedo culparme por ser una maniática del control. Me volví controladora por un motivo: no podía confiar en que los demás hicieran mi trabajo de acuerdo con mis normas. Tal vez el nivel de excelencia que buscaba era imposible de conseguir. Solo Hind y Nihal entendían por qué seguía insistiendo en colocar yo misma los libros cuando tenía muchas otras responsabilidades:

buena parte de mis empleados evitarían ordenar alfabéticamente los títulos. Para ellos, bastaba con quitar el polvo de los estantes y darse media vuelta. Dada mi incapacidad para confiar en los demás, todas las tareas tenían la misma importancia: tanto lo gigantesco como lo minúsculo me mantenían en vela por la noche.

El éxito y el reconocimiento eran las dos metas que abordaba con incertidumbre. Compartía la desconfianza de Amir sobre el primero, y recordaba la advertencia de mi padre sobre el segundo. Pero estaba bregando vivamente con los dos. Zamalek tenía una fama internacional cada vez mayor, con más turistas que compraban a diario, además de nuestros habituales. Heliópolis era una tienda más grande, una demostración física de nuestro éxito. De repente se me consideró a mí como señora Diwan, una persona de éxito también. Y la visibilidad asociada con ser la señora Diwan era un poco agobiante. Tal vez se trataba de un problema de lenguaje: nuevas palabras, apodos e identidades no fueron capaces de expresar la realidad. Por un lado, me sentía validada, percibida, probada. ¿Puede existir el éxito si nadie más lo ve? Y por otro lado, sentía pavor a que me arrancaran de la cabeza mi mayor ambición y la lanzaran al mundo. Me atormentaba la increíble vulnerabilidad de hacer público un pensamiento privado, y se veía agravada por la nueva tienda. No podía estar en dos sitios a la vez. Tenía que dejarlo correr. Le pedí consejo a mi amiga Yasmin. Me dijo que dejara de pensar.

—Pensar subestima. Pensar es una distracción. Entiende que un pensamiento es solo un pensamiento. Tú siempre has hecho mucho ruido. Acepta el silencio. Libérate de las viejas historias que ya no te sirven. Te prometo que aparecerán otras nuevas. —Mientras escribía sus palabras en mi lista de cosas pendientes, soltó—: ¡Oh, por el amor de Dios! Quizá si dejas de hacer, podrías empezar a ser.

Recuerdo una malograda reunión con un hombre que quería conceder una franquicia a Diwan una mañana de verano de 2008. Hacía un calor horrible. Samir había aparcado lejos. Cuando entré

en el jardín de Heliópolis, sentí que mi aspecto reflejaba la furia del sol, las mejillas sonrosadas, el cabello húmedo. Soy una persona puntual hasta decir basta, y despreciaba a la gente que solía llegar tarde. Comprobé mi reloj para asegurarme de que había llegado a la reunión cinco minutos antes de la hora. Me detuve en los escalones que llevaban al chalé. Decidí dar una vuelta por el jardín trasero para controlar la limpieza de la cafetería al aire libre, sabiendo que solo los fumadores desesperados ocuparían sus mesas en un día como ese. Satisfecha, me dirigí a las escaleras de la casa, pasé a través de la puerta arqueada y me quedé en el pasillo, saboreando el aire acondicionado. Al echar un vistazo al expositor del otro lado de la caja, vi libros hechos un desastre. Tomé nota del desorden con desaprobación, luego empecé a subir por la sinuosa escalera hasta la segunda planta, rodeando la araña del techo de Minou. De las paredes circundantes colgaban retratos de pensadores y emprendedores de varias disciplinas, épocas y lugares, diseñados también por Minou: el jeque Mohamed ‘Abdu (reformista islámico liberal de Egipto), Simone de Beauvoir, Marie Curie, Mahatma Gandhi, Pablo Picasso, Malcolm X, Mayy Ziyadeh y muchos más. Cuando entré en la cafetería, vi a Nihal en una mesa central, totalmente absorta en *El poder del ahora*. Mis ojos siempre se sentían atraídos por los suyos, pacientes y verdes. Puso el señalador en las páginas leídas y dejó el libro apoyado en la mesa.

—¿Por qué no pueden entender nuestros empleados que los expositores bien ordenados son agradables a la vista? Permite que los clientes vean y tal vez, con un poco de suerte, compren un libro para que podamos pagar los sueldos —me quejé—. Pensé que los libros de la entrada estaban mal, pero los que hay junto a las escaleras están amontonados como una pirámide de naranjas de un frutero. Ya tratamos esto hace apenas un mes.

—Habla con *Marketing* y deja de controlar a lo bestia. —La expresión de Nihal se mantuvo tranquila. Echó agua en el vaso vacío ante mí—. Me encanta Eckhart Tolle. Deberías leerlo.

—Mi lectura antes de dormir es *How to Write a Successful Business Plan* y *Los siete hábitos de la gente altamente efectiva*. Acabo

de terminar *¿Quién se ha llevado mi queso?: cómo adaptarnos a un mundo en constante cambio*. Y ¿adivinas? Sigue sin gustarme el cambio. Y menos aún los libros de autoayuda.

—No dejes que tu pasión por Diwan acabe con tu pasión por la lectura —dijo, golpeando una botellita de cristal marrón con la palma de la mano. Desenroscó el tapón y echó cinco gotas en mi agua—. Hemos triunfado como somos. Uno no puede planear tanto.

—Sabes que no creo en estas chorradas homeopáticas. —Cogí mis gafas y observé cómo desaparecían las gotas.

—No importa. Funcionan igualmente.

—No estoy segura de que estos libros de empresa ayuden. No me dicen nada de mí ni de mis circunstancias.

—Entonces, vuelve a leer ficción. Quizá encuentres más verdades en ellos.

—¿Dónde está el tipo de la franquicia? Odio que la gente llegue tarde.

—Hay un tráfico horrible.

—A menos que sea un turista, lo sabe tan bien como nosotras, joder.

—Hind aún no ha llegado. Puedes quejarte de eso —se burló Nihal.

—Hind ya me tiene más que acostumbrada, y a todas nosotras, durante todos estos años. Sabemos qué esperar de ella —afirmé resignada.

En su eterna rebeldía contra nuestro padre, que veía la puntualidad como un requisito previo a la personalidad, Hind jamás ha llegado pronto, no digamos ya a tiempo, a ni un solo evento en su vida. De pequeña, yo siempre volvía a casa cinco minutos antes de la hora límite que establecía nuestro padre; para Hind, un horario era una mezcla aleatoria de números creados para hacer caso omiso. Hasta el día de hoy, vamos por separado a las mismas reuniones. Yo insisto en llegar cinco minutos antes y a ella le da igual llegar cinco minutos tarde. Discutimos.

A medida que pasaban los minutos, llamé la atención de un empleado del servicio de atención al cliente e hice que mirara

hacia los expositores desbaratados. Shahira, nuestra gerente más antigua en Zamalek y la que había investigado a mi bailarina, continuó recordándome que me lo tomara con calma con los nuevos empleados. Siguiendo su consejo, intenté exhalar, luego encaucé toda mi frustración hacia él, lancé una mirada asesina a los expositores de libros y de nuevo a él. Al final, me acerqué para mostrar mi descontento. Cuando regresé, Nihal estaba charlando con un joven vestido cómicamente con un traje que no le sentaba nada bien, con unas grandes hombreras que no llenaba y pantalones que le iban cortos. Tenía una tez asombrosamente blanca, ojos marrones y una poblada barba sin bigote. Había algo de hipócrita en él. Incluso la holgura de su ropa parecía estudiada.

—Debe de estar fatal el tráfico esta mañana —empecé atacando más que apaciguando.

Sonrió, pero no se disculpó. Le ofrecimos un té, café o café turco. Rehusó, y entonces empezó a hablar.

—Diwan se ha hecho famosa en poco tiempo. Nunca imaginé que los egipcios leyeran tanto o estuvieran dispuestos a gastarse el dinero en libros.

—Dice así el refrán: «Los egipcios escriben libros, los libaneses los publican y los iraquíes los leen» —repliqué—. Hemos creado una experiencia, y por eso tenemos éxito.

—Siento el retraso —dijo Hind entrando como quien no quiere la cosa y sentándose en la última silla libre. Miró fijamente a nuestro visitante, insistiendo en que continuara sin interrupciones la reunión.

—Sí, y han puesto el listón muy alto. Uno de mis gurús empresariales dice: «Lo bueno es el enemigo de los grandes». —Se echó hacia atrás, como si estuviera encantado con su propia inteligencia.

—La mediocridad es nuestro enemigo —afirmé.

El hombre fue al grano. Nos pidió que imagináramos un mundo superado por varios Diwan: minicaravanas de Diwan en zonas rurales; quioscos en centros comerciales; establecimientos más pequeños en universidades y barrios de clase media, e incluso cafeterías independientes de Diwan. Le recordé lo pequeños que

éramos aún, con solo dos tiendas en cinco años. Sin embargo, imaginar una adquisición de Diwan en la región era algo fascinante.

—La escala que está sugiriendo es un poco… —me callé, dejando que mi silencio terminara la frase. Ni se inmutó.

—Ahora es el momento de Diwan. Recuerden lo que dijo Jack Welch: «Controla tu propio destino o alguien lo hará».

Odiaba la idea de que lo que fuera que saliese de la boca de este tipo pudiera ser esclarecedor.

Mientras nuestro adulador visitante detallaba el arte de la franquicia, el módico precio que cobraría su empresa y el servicio que prestaríamos a Dios y al país, Nihal escuchaba seriamente. Quizá estaba practicando la aceptación consciente de su por entonces gurú, Eckhart Tolle. Reacia a perdonar la tardanza del hombre, seguí mirando mi reloj. Al llegar al minuto cuarenta, cerré mi cuaderno, lo metí en el bolso abierto y lo acurruqué a mi lado como un perro faldero. Hizo una pausa.

—Veo que les he robado demasiado tiempo. Aquí tienen mi tarjeta. Piensen en mi propuesta y ya hablaremos.

En el momento justo, Hind, Nihal y yo nos levantamos; alargué la mano para estrechar la suya. Me miró la mano y volvió a mirarme con cara de póquer. Mantuve la mano extendida. Me ofreció el codo. Ladeé la cabeza de manera inquisitiva.

—No le estrecho la mano a las mujeres.

Pasaron uno, dos, tres, cuatro, cinco segundos. Luego forcé una gran sonrisa.

—¿Un abrazo, entonces? —sugerí.

Se dio la vuelta, nervioso, y se marchó indignado. A ninguna de nosotras se nos pasó por la cabeza acompañarlo. Nuestras carcajadas se oyeron hasta la cafetería de Diwan. Me preguntaba si lo habrían seguido hasta las escaleras. Me daba igual.

—¡Y pensar que estabas ofendida por no haberse disculpado por su retraso…! —Nihal chocó las palmas incrédula, un destello de alegría en los ojos.

—Personalmente, estoy decepcionada porque no le hayas dado un abrazo —dijo Hind.

—O haberle dado un codazo en la cara. ¿Tal vez la homeopatía sirva? —sugerí regodeándome.

Mientras recogíamos nuestras cosas, Nihal dijo en voz alta lo que yo estaba pensando:

—¿Cómo se le ocurre a un hombre intentar conseguir una franquicia de un negocio fundado y dirigido por mujeres y pensar después que las mujeres no son dignas de un mero apretón de manos?

—Porque puede —exclamó Hind cerrando su bolso con el fin de acabar tanto con las risas como con la conversación.

Al echar la vista atrás, me doy cuenta de que deberíamos haber leído las señales: la poblada barba sin bigote, las perneras cortas para evitar tocar la suciedad del suelo. Ambas concordaban con lo que los salafistas creían que era la sunna del Profeta. El salafismo, un movimiento evangélico del islam suní, se desarrolló en Egipto a finales del siglo XIX como reacción al imperialismo occidental. Propugnaba volver a los primeros años del islam, durante los cuales las formas de culto «más puras» estaban a la orden del día. Pero esto fue antes de la revolución, y aún no habíamos conocido a nuestros compatriotas, por lo que los signos de confesión religiosa pasaban desapercibidos. El régimen de Mubarak era hegemónico en su apoyo al islam tradicional. Los miembros de otras facciones religiosas acostumbraban a mezclarse, revelando su pertenencia por medio de señales sutiles que solo podían interpretar sus hermanos. Existían en silencio, propagando sus estrictas prácticas religiosas mientras esperaban a que llegara su día. Y llegó: con la caída del régimen de Mubarak, los grupos que tenían una relación vaga, en el mejor de los casos, con el islam salieron a la luz, al igual que el alcance de su poder. Durante los treinta años del mandato de Mubarak, no conocí a nadie que lo hubiera votado, o que hubiera votado en general. Aun así, al final de todas las elecciones regresaba al poder con una victoria del 97 %. En 2011, cuando fue destituido y empezaron a celebrarse elecciones y referéndums transparentes, todos nos dimos cuenta de lo poco que en verdad sabíamos de nuestros compatriotas. Pero pasarían tres años antes de que los egipcios nos viéramos obligados

a afrontar el pleno sentido de aquel apretón de manos rechazado.

Hind, Nihal y yo éramos tres gerentes muy distintas. Luchábamos contra las estructuras y los escombros que generábamos. A mí no se me da bien la gente. Si el éxito de Diwan hubiese dependido de mi capacidad para hacer amigos e influir en la gente, habríamos fracasado estrepitosamente. Para que quede claro, trabajar conmigo era un coñazo. Lo sé, lo sé; es una palabrota. Pero la reivindico con orgullo. Soy una persona difícil. No soy fácil ni simple. Perdí el memorando que sugería qué debería ser. Era, y ha empeorado con la edad, una dirigente impaciente, exigente y autoritaria. Era táctica, presionaba a las personas que trabajaban conmigo y las impulsaba a hacerlo mejor. No me disculpé por nada de esto, ya que fuera lo que fuese que pidiera a los demás me lo exigía primero a mí misma. Hind y Nihal me entendían y me dejaban en paz. No había nada que me enfureciera más que un trabajo a medias. Quienes trabajaban tanto como yo se ganaron mi respeto y mi lealtad incondicionales. Entre quienes no lo hacían, me hice famosa por mis feroces críticas. Nunca comprendí su magnitud hasta años después, cuando descubrí que me había ganado el alias de Terminator. Hind y Nihal me enviaban como emisaria a las reuniones con quienes no querían volver a ver; era absolutamente incapaz de negociar o interceder.

En Diwan, los empleados bromeaban con que las consecuencias de cualquier situación dependían de quién de nosotras lidiara con ella. Hind, mujer de pocas palabras, era dura pero justa. Hacerla enfadar era como estar atrapado entre una espada y un cuchillo. El hijo de Ziad (uno de los cinco socios fundadores) hizo prácticas un verano en Diwan, apilando libros y ordenando alfabéticamente los pedidos de los clientes. Le hizo un resumen a su padre de nuestra dinámica:

—Nadia hace mucho ruido, pero Hind es la que te rebanará el cuello silenciosamente.

La sutil presencia de Nihal garantizaba que se saliera de algún modo con la suya, asegurándose de que todos se quedaban

satisfechos. Y se alegraba por los demás, como Shahira, que compartía su compasión.

A medida que aumentaban nuestras existencias, contratamos a equipos de empleados para introducir datos y trabajar en turnos consecutivos en nuestro «almacén», la trastienda de nuestra oficina en las mansiones Baehler. La estrecha habitación estaba llena de gente en los ordenadores, sacando el contenido de las cajas de cartón, introduciéndolo en el sistema y luego separando la mercancía entre Heliópolis y Zamalek. Los errores ocurrían. Durante una de las mañanas que pasé en la tienda de Heliópolis colocando y reponiendo libros, me puse furiosa al ver que estaban mal etiquetados y tenían puestas etiquetas de seguridad equivocadas. Llamé a Shahira, que, además de sus obligaciones como gerente de Zamalek, también se encargaba de formar a los nuevos empleados. Le mostré mi descontento y le anuncié que descontaría tres días de sueldo a los encargados de los datos. Colgué enseguida, sin dejar espacio a la discusión. Esa tarde, pasé por Zamalek para comprobar los estantes. Satisfecha, me senté a una de las mesas de la cafetería y controlé la afluencia de clientes mientras trabajaba en mi ordenador. Shahira se me acercó.

—No creo que debas sancionar económicamente al personal por pequeños errores. Es una mala estrategia de gestión. Crea una cultura del miedo, en lugar de lealtad y creatividad.

—Los mimos tal vez funcionen contigo. Golpeo donde duele. —Ni la miré. Se sentó frente a mí.

—Mañana, ninguno de los empleados que introducen datos vendrá a trabajar.

—¿Por qué? ¿Los ha espantado mi disciplina? —pregunté, evitando su mirada.

—No, he planeado un retiro.

No podía creérmelo. Sabía que ella leía libros de autoayuda y que creía en la resolución de problemas mediante actividades destinadas a fomentar el espíritu de grupo y los juegos de rol, pero con toda certeza esto era inaceptable. También sabía que estaba confabulada con Nihal.

—Como quieras, pero el descuento en la paga se mantiene.

Ahora, haz el favor de largarte y hacer algo útil.

Al día siguiente, estaba en la calle delante de nuestra oficina fumándome un cigarrillo. Amir se acercó chano chano hasta donde yo estaba en la zona de fumadores. Se puso un cigarrillo en los labios; le ofrecí mi mechero.

—Supongo que la excursión no ha sido idea suya. —Sonrió.

—Una de las cosas que aprecio de ti, Amir, es lo mucho que te gusta cotillear.

—Y usted, *ustaza*, es una dictadora flexible. Decirles que vengan en vaqueros y deportivas con una botella de agua y llevarlos después de excursión para que puedan jugar y estrechar lazos no es su estilo. Pero no detuvo a Shahira. Dejó que ocurriera.

—Cuando me dediqué a los negocios, nunca imaginé que tendría que ser madre de tantos niños.

—No es su madre. Es mucho peor: es su niñera.

—Y por eso elijo ser el faraón y dar latigazos —bromeé mientras tiraba el cigarrillo a la acera—. Shahira les da un amor incondicional y resuelve sus problemas.

—Su método funciona; el de usted funciona mejor. Los hombres necesitan que se los trate como hombres, sobre todo cuando su jefe es una mujer.

Hombres y sus jefas, ¡uf! En épocas tan recientes como mediados del siglo XX, cuando había grandes tensiones entre Gran Bretaña y Egipto por la crisis de Suez, Nasser, en uno de sus infames discursos televisados, instó a los británicos a comportarse. Un programa de la BBC que se refería a él como un perro provocó su furia. ¿Su respuesta? Les recordó los días en que los grafitis adornaban los muros de El Cairo y Port Said con insultos a los británicos y con ataques a la esencia de su imperio. Los grafitis, que indignaron a los británicos en la época, se limitaban a decir: VUESTRA REINA ES UNA MUJER. Cincuenta años después, este comentario sigue siendo una auténtica burla entre los hombres egipcios. Cincuenta años después, la imaginación masculina aún no puede entender a una mujer al mando.

Los hombres egipcios veinteañeros y treintañeros que habían trabajado conmigo durante varios años se movían con dificultad en mi poderoso reino. Mi rebelde melena rizada dejó bien claro que no ocultaba nada, al tiempo que también insinuaba mi fiereza. Mi potente voz desafiaba todavía más lo que se esperaba del recato femenino. Los empleados me respetaban, pero les costaba conciliar mi conducta con los modelos de femineidad respetables que les habían enseñado. Su respeto era sobre todo económico. Al ser una de las fundadoras de Diwan, les pagaba su sueldo. Pero era algo asimismo personal. Nunca les dije que trabajaban para mí. En cambio, les recordaba que trabajaban conmigo, pese a ser, como se ha dicho, un coñazo. Sabía que buena parte se perdía en la traducción entre mi personal masculino y yo. Veníamos de, y vivíamos en, dos Egiptos distintos. Ellos eran chicos del campo que migraron a la ciudad en busca de trabajo; yo era una chica de ciudad, nacida y criada en El Cairo. Ellos eran mayoritariamente musulmanes; en mi familia había una mezcla de credos. Ellos se graduaron en escuelas públicas; yo disfruté de las ventajas de una educación privada, pagada en moneda extranjera, y tenía títulos de grado y posgrado. La descarada confianza en mí misma los inquietaba.

No sabían bien cómo responder a las órdenes de las mujeres, porque las únicas mujeres que conocían eran sus madres, que los mimaban, o sus esposas, que los obedecían. En Nihal encontraron una figura materna amable a quien deseaban agradar. Ella se interesaba por sus problemas e intentaba ayudar a sus hermanas, hermanos y primos a encontrar trabajo en Diwan o en negocios dirigidos por amigos. Diwan pasó a ser un asunto de familia. La mayoría de los empleados tenían un pariente de la misma sangre en algún lugar de la empresa. El primo de Samir trabajaba como guardia de seguridad en Heliópolis; y Abbas, el chófer de Hind, tenía cuatro primos repartidos entre las dos tiendas, la oficina de la empresa y su almacén. Mucho antes de ser el chófer de Hind, Abbas había trabajado como cocinero para Nihal. Aún habla maravillas de su pasta con bechamel. La prima de Nihal, Nehaya, una guía turística de habla alemana, excéntrica y con voluntad de

hierro, pasó a ser nuestra encargada de compras de multimedia y papelería. Nehaya y Shahira eran viejas amigas. Al igual que ocurre con muchas familias, los secretos nunca eran tales, y los chismes servían como moneda de cambio. Cuando los empleados estaban enfermos y necesitaban algo más que la atención médica del Gobierno, Nihal recurría a amigos y conocidos para remitirlos a médicos privados. Si la situación era urgente, sugería que las socias administradoras compartiéramos los gastos. Cuando Diwan todavía era lo bastante pequeña, cerrábamos la tienda una tarde al año (teníamos abierto todas las demás tardes) y llevábamos a todos los empleados a un *iftar*, la comida que se compartía tradicionalmente con familiares y amigos durante el ramadán y en la que se rompía el ayuno. Nunca lo cargábamos como gastos de empresa, porque lo veíamos como un deber y, a nuestros empleados, como una extensión de nuestra familia.

Aunque adoraban a Nihal, a los hombres los desconcertaba Hind. Su silencio resultó ser inquietante, sobre todo en combinación con sus perspicaces ojos de águila, y las historias que empezaron a surgir acerca de lo rápido que se ocupaba de quienes la desafiaban. Su seriedad se veía acentuada por Amir, su asistente, que derrochaba humor y encanto. Cuando tenía que salir de la oficina del edificio Baehler por cuestiones laborales, él la acompañaba. Amir estaba ahí para limar asperezas, y ejecutar las decisiones que se tomaban durante las visitas a las tiendas, donde ella examinaba la sección en árabe, ponía a prueba a los empleados del servicio de atención al cliente sobre los manuales que había escrito de las novedades en árabe y se reunía con las editoriales para hablar de la exposición de sus libros y negociar descuentos y las condiciones del crédito. A pesar de su reserva, la humildad y la educación de Hind eran entrañables: se levantaba para darles la mano a los clientes y al personal. Siempre se presentaba como Hind, evitando cualquier tratamiento sin renunciar a un saludo adecuado, lo que, en una sociedad clasista, desafiaba por completo las convenciones.

No estaba del todo segura de cómo me veían los hombres del personal; es más difícil verse a una misma. Esperaba que notaran

mi hostilidad y humor. Me daba igual. Esperaba que lo mucho que trabajaba, la única moneda de cambio sincera que conocía, compensara todas las demás carencias. Cuando llegaban nuevos envíos de libros que había que colocar en los estantes, yo llevaba las pesadas cajas junto con otros empleados, a contracorriente de la jerarquía laboral y los papeles de género. Si el personal de mantenimiento no limpiaba bien los baños, cogía la escobilla del váter y lo hacía yo misma, como una lección de las normas. Sabía que si el jefe hubiese sido un hombre, no habría llevado a cabo la demostración, sobre todo con una labor tan humillante y doméstica como limpiar un baño. Incluso cuando estaba embarazada seguí haciendo trabajo manual pese al exceso de peso. Era digna de ver: una librera de treinta y dos años franca, formidable y que levantaba cajas con un gran esfuerzo. ¡Y se quedaban embobados! Era demasiado joven para parecerme a sus madres y demasiado mayor, según los estándares egipcios, para estar embarazada.

La tensión entre los hombres del personal y yo finalmente llegó a un punto crítico una fría mañana de domingo de enero de 2006. Estaba caminando por la calle 26 de Julio rumbo a la oficina, con unos vaqueros de embarazada azul oscuro que me rozaban el prominente ombligo. Eran los únicos que aún me cabían. Un *body* negro sin mangas mantenía mis carnes juntas. Por encima, iba tapada con una chaqueta de punto negra enorme con un cuello inmenso, con la esperanza de que contrarrestara mi propia mole.

Aferré la correa de la bolsa del ordenador para lograr equilibrio y fuerza. A cada paso que daba me decía: «Iré a trabajar, al margen de lo incómoda y vulnerable que pueda sentirme». Ya había estado embarazada antes, con Zein, pero entonces no me había sentido tan agobiada, agotada o con poco equilibrio. Y me preocupaba que la gente notara la diferencia.

Justo delante de la tienda se me acercó un joven, sonriendo, con una camiseta de la época de *Thriller*, de Michael Jackson, colgando de su escuálido torso. A juzgar por su edad y sus vaqueros lavados a la piedra, podría haber sido un adolescente desertor del colegio, quizá un aprendiz de un mecánico o un

fontanero. Unas sutiles gotas de sudor se amontonaban en su frente. Se acercó más, lo suficiente como para percibir su olor penetrante mezclado con colonia con aroma de limón. Dijo algo, y me saqué los auriculares para oírlo. Tal vez quería preguntar algo sobre Diwan. Sin reducir la marcha, repitió con desinterés:

—Te han jodido bien, guarra.

La sangre me llegó hasta las orejas. Mi vista se tornó en unas manchas rojas palpitantes. Solo sentía calor. Reuní toda la fuerza que mi devastadora rabia me permitía y grité:

—Sí, me han jodido. Me abrí de piernas igual que hizo tu madre y ella parió a un jodido y baboso como tú.

Las obscenidades me salieron a borbotones como el aire de un globo suelto. Intenté perseguirlo, pero mi cuerpo hinchado me frenó; me enfurecí más con mi cabreo por robarme el aliento, con mi cuerpo por paralizarme. El joven se largó a la carrera.

Dos de los empleados del mantenimiento matutino de la tienda fueron testigos de la escena desde la entrada, que estaban limpiando. Señalé al hombre que desaparecía calle abajo, pero ya se había ido. Vinieron corriendo hacia mí. Con una mano, sujeté el pomo cromado de la puerta abierta, intentando apoyar mi cuerpo descompuesto; con la otra, traté de sacarme la bolsa del ordenador del tembloroso hombro. Aparté la mirada de la calle y la dirigí hacia la librería, tras la conmoción de mi arrebato. El personal del turno de mañana me miró como si fuese una desconocida que se parecía a alguien a quien habían conocido en una ocasión. Vestidos con los uniformes de Diwan, uno estaba de pie con un montón de libros en la mano encima de una escalera tambaleante, mientras otro le sostenía la escalera en su sitio. El tiempo se detuvo para todos, mudos. El cajero, con unos cheques regalo en la mano, se dio la vuelta y miró hacia el cajón. El guardia de seguridad, que normalmente estaba apostado junto al detector de metales para asegurarse de que los ladrones solo nos robaban pequeñas cantidades, tomó la iniciativa.

Empujó una silla hacia mí, las patas chirriando por el suelo, y me hizo un gesto para que me sentara. Las piernas separadas, los brazos caídos a mi espalda; incliné hacia atrás la cabeza, inhalando

el aire con jadeos entrecortados. Me tranquilicé mirando los lomos alineados en los estantes que me rodeaban: cada uno parecía simbolizar una de mis decisiones. Enseguida empecé a ser presa del pánico otra vez al darme cuenta de las repercusiones que ya habían tenido mis palabras: vi esfumarse mi imagen enigmática y amante de los libros y sustituirse por un despojo deslenguado. Había emponzoñado mi imagen profesional de elocuencia y literatura con mi vocabulario vulgar, un lenguaje que mis empleados jamás imaginaron que hablara. (Tal vez te sorprenda esto, pues me paso el día soltándoles tacos a Hind y Nihal, pero por lo general me abstengo de hacerlo delante del personal en aras del decoro.) Con esto no había vuelta atrás. Mi única opción era hacer como si no hubiera pasado nada. Abordarlo directamente se interpretaría, estaba segura, como una debilidad o, peor aún, un arrepentimiento. Quería hablar con Hind, pero sabía que me diría que eligiera por lo que pelear y conservara la energía. Decidí consultarlo primero conmigo misma: esta historia correría como la pólvora hasta el personal de tarde, y hasta la oficina principal, y cada persona lo adornaría con detalles de su propia cosecha antes de transmitirla. Con toda probabilidad llegaría hasta las tiendas cercanas, el Banco de Alejandría en la esquina colindante, Thomas Pizza en la puerta de al lado. En algún punto del camino inevitablemente sería sustituido por un nuevo drama, un desfalco o algún tipo de chanchullo secundario paralelo al negocio. A los egipcios les encanta la emoción, y no hay nada más emocionante que los pecados insignificantes y la vida privada de los demás. Así pues, lo dejé correr, con cierta satisfacción al pensar que Samir se quedaría hecho polvo cuando se enterara de este episodio por otra persona.

Esa tarde, me encontré con una vieja amiga en la cafetería de Diwan.

—¿Que dijiste qué? —chilló riéndose, con lágrimas en sus ojos pardos. Trató de respirar profundamente, mirando a mi abultado vientre que presionaba el borde de la mesa. Le sobrevino otro ataque de risa al imaginarse la escena.

—¿Te vas a calmar? Me estás sacando los colores en mi tienda

—dije, consciente de las miradas de desaprobación procedentes de las mesas de alrededor.

—¡Eso fue esta mañana! —Se rio. Al final, su regocijo disminuyó y suspiró—. Gracias.

—¿De qué? ¿Por el toque de humor?

—Por plantarle cara. ¿Sabes cuántas veces me han molestado y luego he tenido que oírme decir, por parte de familiares y amigos con buenas intenciones, que responder sería impropio de una dama? Las mujeres necesitamos replicar.

—Aun así, tengo que evitar que la historia se difunda. No quiero que se entere mi madre, o esto será el cuento de nunca acabar.

—*Tante* Faiza se sentiría orgullosa. No lo diría, pero lo estaría. —Vaciló—. Cuando se recuperara del susto.

Me sentí delatada, mi secreto y sucio léxico sacado a la luz. Pero mi amiga tenía razón: la autoexposición produce alivio. Ese domingo por la mañana resultó ser un punto de inflexión en el modo en que me veía a mí misma y en el modo en que me veían los demás. Mientras la historia de mi contestación vulgar recorría todo Diwan y más allá, me recibieron con un nuevo nivel de respeto. Pese a todo, la admiración era complicada. Solo cuando adopté una conducta asociada con la masculinidad, como soltar tacos, los hombres del personal me vieron como una de ellos y digna, por tanto, de su respeto. ¿Había en cierto modo aceptado sus normas patriarcales? Crucé una línea solo para verme atrapada en otra. Me sentí aliviada de dejar de lado la necesidad de disculparme por soltar tacos, o por ser yo misma. Poco a poco, el lenguaje soez pasó a ser una fuente de poder. Cada taco era una pequeña rebelión contra mi familia, contra mi clase, y las presiones de género. A medida que el decoro soltó lastre, sentí que volvía a ser yo misma, a resistir a las expectativas de mis empleados, e incluso de mi padre, un blasfemo en serie, que me había advertido sobre la visibilidad. Pensé en la respuesta de Amir a la disciplina que aplicaba a mis empleados. Había aprendido una lección maquiavélica sobre lidiar con los hombres en esta sociedad: inspirar temor era más importante que inspirar admiración. Con el

tiempo aprendí a utilizar el poder de manera estratégica, en dosis. Las blasfemias eran como un arsenal de armas nucleares: cuando todos saben que las tienes, no necesitas usarlas.

Fue por esa época cuando los demás —publicaciones, clientes y conocidos— me colgaron una etiqueta nueva, una habitual en los estantes de la sección de Empresa: emprendedora. Al igual que con todas las demás etiquetas, me sentí furiosa con esta. Quería saber cómo se abrían camino otras mujeres en el liderazgo y el poder profesional, así que, una vez más, leí. Antes del siglo XX, las mujeres ponían en marcha pequeños negocios para complementar sus ingresos, o para reponer los que hubiese aportado un cónyuge. Debido a que sus principales responsabilidades eran sus hijos y sus casas, la mayoría de sus actividades económicas estaban relacionadas con el ámbito doméstico: costura, productos de belleza y cuidado del cabello, quehaceres domésticos y partería. Descubrí a Sarah Breedlove, la primera estadounidense que se hizo millonaria. Emprendedora afroamericana, Sarah Breedlove creó y comercializó su propia línea de cosméticos y productos para el cuidado del cabello para mujeres negras llamada Madam C. J. Walker (se había cambiado el nombre cuando se casó con su tercer marido, Charles Joseph Walker). Murió en 1919, dejando un legado de activismo y trabajo social, así como una fortuna de seiscientos mil dólares, más o menos el equivalente actual de nueve millones de dólares. Era una *rara avis*, una mujer que milagrosamente fue más allá de su femineidad. Me la imaginaba en un extremo del espectro del trabajo femenino. En el otro extremo estaban las trabajadoras del Egipto moderno: madres, hijas, esposas abandonadas y viudas que se vieron limitadas por su posición en distinta medida. Una de ellas era Sabah, la mujer que solía limpiar mi piso. Nunca supe su apellido. Había trabajado para una pareja estadounidense que yo conocía, y cuando se marcharon de El Cairo, me sugirieron que la contratara. Acepté, pero ella dudó. No le gustaba trabajar para egipcios porque, de acuerdo con su experiencia, no trataban bien a las empleadas domésticas.

Cuando le dijeron que Número Uno era estadounidense, cambió de opinión.

Sabah era una mujer larguirucha y con poco pecho cuya agilidad envidiaba. Tenía una tez cetrina y semejante al sésamo. Noté que le faltaban dientes solo cuando sonrió, lo cual no sucedía muy a menudo. Los cigarrillos de Sabah eran sus más preciados compañeros. Se sentaba en uno de los taburetes de la cocina, un talón apoyado en una nalga, y daba caladas al cigarrillo, hablando con él o consigo misma (nunca estaba claro con cuál). Sabah llevaba una doble vida. Cada día llegaba a nuestro piso con una camisa de manga larga y una falda hasta el suelo, con un colorido pañuelo que le cubría cabeza y cuello anudado bajo la barbilla. Una vez dentro, se ponía una camiseta rota extragrande y unos pantalones holgados de entrepierna baja y con los bajos doblados. Se recogía el pelo como Rosie la Remachadora. Cuando le ofrecí comprarle un uniforme, lo rechazó. Le expliqué que el personal de las tiendas de Diwan también llevaba uniforme y que esperaba que todos los trabajadores tuvieran un aspecto presentable; cualquier tipo de trabajo debía hacerse con orgullo. Pero no cambió de opinión. Di por sentado que Sabah les decía a sus vecinos que era enfermera, tal vez porque el trabajo de señora de la limpieza ocupaba un lugar bajo en la jerarquía social.

Sabah tenía llave de nuestro piso. Llegaba hacia el mediodía, porque le gustaba quedarse despierta hasta tarde viendo la televisión y porque los autobuses y los minibuses rojos que tenía que coger desde el barrio de Haram donde vivía iban demasiado llenos por la mañana. Se marchaba del piso cuando acababa su trabajo. Rara vez nos cruzábamos, pero a ninguna de las dos nos importaba. Limpiar el suelo era su última tarea. La primera vez que la vi arrastrar el trapo con las manos formando amplios arcos, su cuerpo perfectamente doblado en dos, le compré una fregona para facilitarle las cosas. Me dio las gracias y la dejó intacta en el escobero.

Lo que sabía de la vida de Sabah me lo contó Samir, que de tanto en tanto se unía a ella para fumarse un pitillo entre un recado y otro. Supe que su marido, en paro, solía pasar los días en

la *ahwa* fumando *shisha*. Con el tiempo, él desapareció, aligerando la carga de Sabah pero dejándola con la certeza de ser el único sostén para su hijo y su anciana madre. Sabía que las mujeres (divorciadas, viudas o solteras) estaban el frente en el 30 % de los hogares egipcios; ellas eran el principal sostén de la familia. ¿Cuán distintas eran sus historias? Peor aún, ¿cuánto se parecían? ¿Acaso no eran todas emprendedoras por derecho propio? Tenían que resolver con creatividad los problemas de su vida cotidiana y asumir riesgos profesionales con unas consecuencias inciertas. El sustento que aportaban las mujeres iba más allá de sus capacidades, pero salían adelante, como Sabah, hasta que un día un suceso acabó dolorosamente con el frágil equilibrio.

—Tenemos un problema —dijo entre dientes Samir por debajo de su bigote, cortado con bastante descuido, saboreando a todas luces el drama de la noticia que tenía que darme.

—¿Qué pasa ahora? —pregunté abriendo la agenda, lista para añadir una tarea más a mi lista.

—El hijo de Sabah está en la cárcel. Necesita dinero, pero no le puede pedir a usted un préstamo.

—¿Por qué está en la cárcel?

—No lo sé —dijo Samir con fingida ignorancia. Alcé las cejas consternada, y él revisó su afirmación—. Bueno, claro que lo sé, pero Sabah me mataría si se lo digo, y le he jurado por la vida de mis hijos que no lo haría.

—¿Por qué no me pide a mí un préstamo?

—Ya está hasta arriba de deudas.

—Debería dejar de gastarse el dinero en cigarrillos, eso para empezar.

—Eso es lo que siempre dice la gente como usted. No se da cuenta de que los cigarrillos son el único placer que tenemos en la vida..., bueno, y lo otro.

—¿Qué piensa hacer?

—Va a coger un segundo trabajo —dijo Samir con incredulidad.

—Apenas puede con este. No hay suficientes horas en un día.

—Siempre digo que usted es una mujer que da sombra a los

demás bajo el sol abrasador. Dele un poco de su sombra.

Más tarde ese mismo día, tuve una idea, así que salí pronto de la oficina. Le pedí a Samir que aparcara delante de una tienda de menaje, donde recogí dos bandejas antiadherentes para hacer pastelitos. Volví a casa y encontré a Sabah desplomada en la mesa de la cocina, la pesadumbre que siempre llevaba encima más notoria si cabe. La única señal de que aún estaba consciente era el humo que salía de su cigarrillo. Cuando se percató de mi presencia, se puso en pie y empezó a recoger al tuntún. Le pedí que se volviera a sentar y accedió.

—Hay una cafetería nueva un poco más abajo de Zamalek. Conozco a los dueños, así que les he ofrecido surtirlos con pastel de zanahoria. Te enseñaré a hacerlo y a calcular el precio. Puedes hacerlo aquí junto con la limpieza y puedes ponerte de acuerdo con Samir para que entregue los pastelitos mientras hace sus recados. Para empezar, te daré todos los ingredientes. Todo el dinero que saques es tuyo. Si las cosas van bien, puedes empezar a conseguir tus propios materiales.

Sabía que le había hecho una oferta que podría aceptar finalmente. Cruzó la cocina para abrazarme y sentí la frialdad de sus huesos. Noté que estaba llorando. Arranqué una hoja de mi cuaderno y se la di junto con mi bolígrafo para que pudiera copiar la receta. Sacudió la cabeza.

—Escríbala usted. Grande y claro —dijo.

Al cabo de dos meses, Sabah ya compraba sus propios ingredientes; consiguió aumentar su producción diaria hasta 192 pastelitos de zanahoria. El piso olía a canela y glaseado de vainilla.

Pensé en otras mujeres que la vida había condenado a la inexistencia, bellamente envueltas en Judith Shakespeare, la hermana ficticia del dramaturgo a quien Virginia Woolf describió en *Una habitación propia*. Ella se quedaba en casa mientras su hermano iba al colegio, sus sueños obstaculizados por el género. La necesidad de su futuro matrimonio imposibilitaba cualquier carrera. ¿Podría Sabah haber sido Madam C. J. Walker en lugar de una de las millones de hermanas de Shakespeare con sus destinos

frustrados? ¿Por qué se ve a las emprendedoras solo como un fenómeno moderno? Los rebuscados relatos históricos y las costumbres culturales niegan el trabajo de nuestras antepasadas —doméstico, profesional y otros— en favor del progreso, eliminando los relatos no contados e impidiéndonos saber de lo que somos capaces.

¿Y por qué cuando recurro a mis ancestros emprendedores encuentro solo a Walker? Una vez más, es el problema de un único relato, incluso cuando se trata de uno innovador. ¿Dónde están las egipcias al mando? La vida de Sabah se vio limitada no solo por los sistemas circundantes que no funcionan, sino también por la falta de precedentes en nuestra imaginación colectiva. E incluso cuando esas egipcias existen, algunas eligen ser como hombres. Pongamos el caso de Hatshepsut, la quinta faraona de la VIII dinastía del antiguo Egipto, considerada como una de las gobernantes más competentes, que se centró más en el comercio que en la conquista. Se representa con un cuerpo masculino y una barba falsa. Creer que las mujeres al mando en grandes empresas y en pequeños negocios o que las mujeres dirigentes no existen, cuando de hecho han estado presentes a lo largo de la historia, es devastador. Hind lleva el nombre de una de estas mujeres, la hija de Utbah Ibn Rabia, una mujer muy poderosa de la Arabia de principios del siglo VII que poseía más de cien camellos. Sin embargo, se la recuerda sobre todo como la archienemiga del profeta Mahoma y como la hija de un hombre de poder.

A otra mujer poderosa de nuestro canon, Jadiya, se la define y recuerda principalmente con respecto a los hombres y sus instituciones. Conocida primero como Jadiya bint Juwáylid, luego como la esposa del profeta Mahoma, nació en la segunda mitad del siglo VI en el seno de una familia de mercaderes de la tribu de los coraichitas que gobernaba La Meca. Gozaba de un gran respeto y tenía fama de ser justa. Jadiya heredó una fortuna de sus padres y siguió comerciando y aumentando su patrimonio mucho después de la muerte de ambos y de las de sus dos primeros maridos. Los relatos sugerían que su caravana de camellos era mucho más larga que la de todos los demás que comerciaban con Siria y Yemen, los

centros del comercio de la época. Contrató a Mahoma para que supervisara una de sus caravanas a Siria, y ella se quedó impresionada por su honestidad y diligencia en el trabajo. Jadiya tenía cuarenta años y él veinticinco. Ella envió a un amigo común a pedirle matrimonio. Fue su inmensa riqueza lo que le proporcionó a él un lugar propio durante sus primeros años como profeta. Ahí era donde meditaba, recibió la palabra de Dios y cuestionó la validez de sus revelaciones. Fue su fe en él lo que hizo que Jadiya se convirtiera al islam, y le permitió arriesgarse a ser el mensajero de Dios. Ella lo guio entonces, también, calmando el estrés y la presión de su cometido recién descubierto. Vivieron una unión monógama que duró veinticinco años y tuvieron cuatro hijas. No fue hasta después de la muerte de Jadiya en 619 d. C. cuando la poligamia, una práctica habitual en la época, parece habérsele pasado por la cabeza. Posteriormente se casó con diez mujeres, sin incluir a las concubinas.

A pesar de la amplia influencia de Jadiya, se la recuerda sobre todo por ser una esposa sumisa. No conocí toda su historia hasta que fui adulta. Su maltrato histórico resonó en mis encuentros actuales, como el del franquiciador que no podía estrechar la mano. Si el profeta Mahoma aceptaba el estatus de poder de su mujer, ¿cómo era posible que a este franquiciador, con tantas ganas de imitar las prácticas de la época del profeta Mahoma, le pareciéramos tan indignas? Muchos hombres se pasan la vida estudiando libros sagrados con la esperanza de llegar a ser más santos. Pero usan estos textos sagrados para justificar las malas conductas, mientras los laicos se hacen pasar por autoridades morales para perseguir los mismos fines despiadados. Nuestras creencias nos protegen de los demás y nos ciegan ante nuestra propia hipocresía.

Ni que decir tiene que estas reglas valen también para las mujeres. Mientras la falta de mentalidad fomenta la competencia, también reprime la solidaridad. La vida había corroborado la afirmación de Virginia Woolf: «Las mujeres son duras con las mujeres. A las mujeres les desagradan las mujeres». Si bien esto ocurrió hace quince años, no me lo puedo sacar de la cabeza. Una

señora de mediana edad con buena pinta se me acercó en la tienda de Heliópolis mientras colocaba libros en los estantes y arreglaba los expositores.

—Quiero hablar con el propietario.

—Soy una de ellas —respondí mientras dejaba en una mesa cercana la pila de libros que llevaba en la mano.

—Usted debe de ser la secretaria —se mofó—. Ahora váyase y búsqueme a quien toma las decisiones.

Subí pisando fuerte las escaleras hasta la cafetería, me pedí un café y devolví las llamadas perdidas del día. Cuando me aventuré de nuevo en la sección de libros, se había marchado. No supe si su conjetura se basaba en el trabajo poco importante que me había visto hacer. Tampoco supe si su laconismo era una muestra de adoctrinamiento del patriarcado o su propio deseo de no ver los logros de otras mujeres. Fuera lo que fuese, dolía porque provenía de una mujer.

Pese al agobio y el exceso de trabajo de nuestra nueva tienda, ya habíamos empezado a hablar de abrir otra. Éramos ambiciosas, estábamos ansiosas y tal vez yo era una creída. Todo parecía posible. Los nuevos planes escondían asimismo una fuerza altruista: queríamos lograr un mayor impacto en un sector más amplio de gente. En medio de todo este desarrollo, había tenido a Zein y Layla en menos de dos años. Esto añadió más etiquetas: pionera, triunfadora, madre, madre trabajadora. Me costaba reconocerme en estos identificadores. Esperaba poder hacerlo en retrospectiva. Las sensaciones de poder y éxito me parecían limitadas, restringidas a profesiones «reales» más que a un trabajo femenino no remunerado. Las tareas domésticas, el trabajo de cuidar a los demás no estaban reconocidos, así que cada vez que me aclamaban con un premio o una reseña perteneciente a mi trabajo en Diwan era una confirmación vacía.

En 2014, se puso en contacto conmigo un periodista de *Forbes Middle East*, que formaba parte de un equipo que estaba elaborando una lista de las doscientas mujeres más poderosas de

Oriente Próximo. Yo estaba en el puesto sesenta. Pregunté cómo cuantificaban el poder; me dijeron que era una matriz compleja. En el caso de los hombres, consideraban el patrimonio, una regla complicada pero más evidentemente numérica. Me preguntaba por qué.

Nos invitaron a todas las galardonadas poderosas a una ceremonia de entrega de premios en el complejo turístico One&Only de Palm Jumeirah, un archipiélago artificial en Dubái. El hotel estaba envuelto de tanto esplendor que parecía una caricatura de sí mismo. Caminé por pasillos de mármol hasta que llegué a la franja de alfombra roja, que estaba flanqueada de fotografías de las galardonadas. Más mármol, oro, nácar y alabastro rodeaban el salón de baile. Un torrente de orquídeas remataban unos elaborados centros de mesa. Era una boda con muchas novias, sus damas de honor y muy pocos novios.

Examiné emocionada a las demás Mujeres Poderosas. La mayoría de ellas estaban acompañadas de sus mejores amigas, hijas o madres, y sentí una punzada: debería haber llevado a Hind o Nihal, quizá incluso a mi madre, que siempre se las arreglaba para llenar mis momentos de triunfo con su propia sensación agridulce. Como cuando en 2011 el *Time Magazine* nos entrevistó a Hind y a mí y publicó una foto de las dos «emprendedoras insólitas». El orgullo de mi madre ante el debut de sus hijas en *Time* se vio obstaculizado por mis cejas descuidadas.

—Cariño, ¿no podías habértelas arreglado?

—En realidad, mamá, si mi aspecto hubiese sido un factor de mi éxito, te prometo que me habría ocupado de ello hace tiempo.

Al margen de las críticas de Faiza, me sentí despeinada y mal vestida al echar un vistazo a la ropa de las demás mujeres, desde los vestidos de fiesta a lo princesa Jasmine, pasando por vestidos emiratíes más tradicionales y *‘abayas*, hasta atuendos formales. Llevaba un vestido cruzado de seda caqui y unas cómodas bailarinas. Una presentadora de televisión que me sobrepasaba en altura me presentó, balanceándose como un péndulo sobre sus tacones. Me llevó hasta uno de los telones de fondo, me colocó en una esquina con el pie izquierdo delante y empezó a entrevistarme

con una cámara. Me reprendí por no haberme molestado en ponerme base de maquillaje o colorete, que solo usaba en las bodas: mi rostro se vería brillante en las imágenes, en comparación con el esplendor de la presentadora.

Una voz atronadora anunció la llegada del jeque fulanito y el inicio de la ceremonia. A las mujeres poderosas nos acomodaron en los asientos de la parte delantera, además de en las mesas de más atrás. Las luces se apagaron; siguió una música dramática y un espectáculo de láser. Al final, oí que anunciaban mi nombre. Me levanté, subí al escenario, le di la mano al jeque, recibí mi placa de cristal con inscripciones doradas, sonreí a las cámaras y bajé. Una vez se entregaron todos los premios, me puse la fría placa en las palmas y caminé con la cabeza gacha en la oscuridad hasta la parte trasera del salón de baile y salí discretamente.

Durante los meses y los años posteriores, volví a experimentar la sensación de incomodidad que nubló aquella noche. Todas esas mujeres siendo agasajadas por otras mujeres por su poder, sin apenas hombres a la vista, aparte del jeque que nos dio los premios. Supongo que no necesitábamos decir lo que ya sabíamos: que los hombres no se sienten cómodos participando en la mayoría de las celebraciones de mujeres. Cuando tenía veintipocos años, asistí a muchas celebraciones pomposas del Día Internacional de la Mujer. Los pocos hombres simbólicos presentes siempre decían algo exagerado y halagador, que lo único que conseguía era acentuar su visible malestar.

Semanas después de la ceremonia, recibí una foto mía en tamaño A3 con la leyenda LAS MUJERES MÁS PODEROSAS DE ORIENTE MEDIO encima del logotipo de *Forbes*. Mis brazos cruzados con firmeza sugerían tanto fuerza como reclusión. Mis hijas se sentían tan orgullosas de mí que decidieron colgarla en la cocina, junto a la nevera y encima del cubo de basura.

5

Embarazo y Cuidado de los Hijos

Los estantes de Diwan fueron los primeros en enterarse de mi embarazo, después de Hind y mi madre. Siguiendo sus consejos, cogí a escondidas *Qué se puede esperar cuando se está esperando* y luego volví a ocultarlo. Abordé el cambio con cautela, como mi madre. Recuerdo estar resumiéndole el libro —cómo decía que me sentiría; los cambios corporales que podía prever; qué hacer y qué no hacer durante este trastorno pasajero— mientras me miraba consternada. Hasta cierto punto, sabía que estaba intentando controlar lo incontrolable. Esperaba que si era capaz de enumerar mi embarazo en mi lista de cosas por hacer, volvería a sentirme autónoma.

—Me acuerdo de cuando estaba embarazada de Hind, sentada durante horas en la sala de espera del médico y fumando para matar el tiempo.

—¿Fumabas? —le pregunté horrorizada.

—Claro que sí. Y no dejé mi whisky. El médico me dijo que si dejaba el tabaco o la bebida, me causaría más estrés. Tenía mi Santísima Trinidad que me ayudaba: Virginia Slims, Johnny Walker y *El cuidado de su hijo*, del Dr. Spock.

—Al menos leías —dije, convenciéndome a mí misma de que un buen hábito de tres era algo aceptable.

Nuestra conversación ilustra una brecha generacional. Al principio, Diwan no contaba con una sección de Embarazo y Cuidado de los Hijos, y me di cuenta de que tenía que buscar en internet y visitar librerías físicas en el extranjero. Pero nuestra

cultura hacía más complicada esta necesidad. En Egipto, donde las familias extensas viven juntas, las madres, las familias y las vecinas cuidan y orientan a las embarazadas. El cuidado de los hijos ha sido tradicionalmente un asunto comunitario. Aprendemos de los demás, no de los libros.

De hecho, el inventario en árabe de Hind lo corroboraba, pues disponía de una única estantería que contenía sobre todo enciclopedias de nombres de niños.

—Leí al Dr. Spock para que me guiara durante los primeros años, no para que me dijera que me sobresaldría el vientre —respondió mi madre con exasperación—. Mi madre murió cuando yo tenía dieciséis años. Se llevó consigo sus consejos.

Las propias recomendaciones de mi madre habían dado forma a mis hábitos de compra una vez más; ese día, pedí para Diwan *El cuidado de su hijo*, del Dr. Spock. Publicado en 1946, había llegado a ser uno de los libros más vendidos de la historia, no muy lejos de la Biblia. El Dr. Spock aseguraba a las mujeres que sabían más de lo que creían: las animaba a seguir su instinto, a ser afectuosas y a escuchar las necesidades del bebé. Su tono amable y cercano dio sus frutos. Cuando lo leí, cincuenta años después de su publicación, el libro se había traducido a 42 idiomas y había vendido más de cincuenta millones de ejemplares. Recordé el consejo de mi madre sobre la orientación sensata del Dr. Spock.

—Pero ¿hiciste algo de ejercicio? ¿Yoga, tal vez? —recuerdo haberle preguntado.

Lo que había empezado como una búsqueda de consejo se había convertido en este prolongado ejercicio de acercamiento entre madre e hija. Lo que no había previsto era que acabaría propugnando la cosmovisión de mi madre, teniendo en cuenta que me había pasado casi toda mi vida rebelándome contra ella.

—¿Ejercicio? Casi no te oigo. —Hizo una pausa e intentó explicarse—. Las embarazadas francesas no dejan de comer *brie* ni las japonesas *sushi*. Lo único que necesitas ejercitar es tu sentido común.

En aquel tiempo, pensé que su actitud era una reliquia de su época. Hoy me pregunto si tenía razón.

Nuestros diálogos siempre concluían con la misma pregunta: ¿hasta qué punto es «común» el sentido común en realidad en una brecha de tres o cuatro décadas? Tuve a mi primera hija, Zein, en 2004; mi madre me tuvo a mí en 1974, y su madre a ella, en 1933. Dejando de lado la ascendencia genética que compartíamos, ¿qué tenían en común nuestras experiencias de dar a luz? La madre de mi madre, Fotna Wahba, trajo al mundo a sus seis hijos en el transcurso de quince años, empezando en 1926. Todos nacieron en su piso de Zamalek, con vistas al Nilo, con la ayuda de Ayousha, su comadrona. Dos de los seis, mellizos, no salieron adelante: el niño murió a los tres meses y la niña, más fuerte, vivió otros tres. La madre de mi padre, Susannah, pelirroja y de ojos verdes, procedente de un pueblecito de El Mansura, el primer puesto de avanzada de la invasión cultural de Napoleón en Egipto en 1798, empezó su carrera procreadora más o menos a los dieciséis y parió a mi padre en 1921. Este trabajo se prolongó durante quince años y vinieron al mundo ocho o nueve hijos, todos nacidos en casa con una comadrona. El recuento variaba según con quien hablaras. Mi padre y sus hermanos tuvieron la suerte de sobrevivir a las epidemias de malaria y cólera que azotaron Egipto durante su juventud. Al igual que tantas mujeres que no pertenecían a la clase alta o media, Susannah vivió y murió sin un apellido que alguno de nosotros pudiera recordar.

En la década de 1960, se pasó de parir en casa a hacerlo en el hospital. El proceso se simplificó para lograr la máxima eficacia. Había un número cada vez mayor de nacimientos por cesárea, entre ellos mi madre, quien, como tantas otras de su época, tenía poca voz y voto en el asunto. Y no ha hecho más que acentuarse: en el Egipto actual, un porcentaje altísimo de los partos en hospitales, un 52 %, son por cesárea (a diferencia del aproximadamente 30 % en Estados Unidos, según los Centros para el Control y la Prevención de Enfermedades).

—Tenía mucha sed cuando desperté de la anestesia. Le pedí agua a la enfermera. Me miró y me dijo: «¿Tengo pinta de ser una maldita noria?». Estaba sola, tu padre estaba de viaje, tenía miedo y estaba en manos de esa pelma.

—¿Qué pasó?

—Le pregunté a la nueva enfermera que entró para ver cómo estaba si tenías alguna anomalía congénita. Tenía cuarenta y un años. Pocas mujeres parían a esa edad. Todas mis amigas tuvieron a sus hijos veinte años antes. Y no había ecografías. Algo podía salir mal.

—No porque bebieras y fumaras, sino ¿porque tenías más de cuarenta?

—Exacto.

—¿Ni siquiera sabías si yo iba a ser niña o niño?

—La sabiduría popular decía que las embarazadas que llevaban una niña estaban más guapas, así que supe que iba a tener niñas.

Los hijos se rebelan contra sus padres. La clase y la generación de mi madre había evitado las instrucciones escritas sobre el embarazo, mientras que mi generación estaba impaciente por saber. Eso podría explicar el éxito de *Qué se puede esperar cuando se está esperando*, publicado por primera vez en 1984, lo que allanó el camino a otros libros sobre la maternidad. Durante los primeros años de Diwan, fui testigo del aluvión increíble de guías, manuales y planificadores sobre cómo destetar, alimentar, enseñar a hacer pis en el orinal, meter en la cama, vestir, criar e inculcar disciplina en los hijos. Algunos se orientaban a mercados concretos por grupo de edad, número de hijos y sexo. Todos exprimieron al máximo esta tendencia relativamente nueva en las publicaciones mundiales. Me surtí con cautela de estos libros y creé mi sección, mientras trataba de encontrar un equilibrio entre las perspectivas que ofrecían y aquellas con las que había crecido. ¿Era posible que la obsesión moderna por tener el embarazo perfecto se pusiera de verdad de moda en Egipto? Parecía una aberración capitalista de esta experiencia básica de la vida humana. Lo veía como la banalidad de la paternidad transformada en un espectáculo que justificaba la compra de ropa y cachivaches específicos, y ahora libros.

Cuando mi madre nos crio a Hind y a mí, casi cincuenta años atrás, no había pañales desechables, biberones especiales

anticólicos, juguetes disfrazados de instrumentos didácticos o ropa premamá diseñada para quedar bien y disimular. La industria aún no existía. Mi madre, costurera de formación y fanática de la moda de los sesenta, se hacía sus propios vestidos, premamá y mini. También pasaba un montón de horas haciendo pañales de tela reutilizables, que después hervía para esterilizarlos entre un uso y otro. Pese a que el panorama empezaba a cambiar a su alrededor, siguió firme en sus creencias. Después de que Hind tuviera a Ramzi, su primer hijo, mi madre le dijo al tocólogo que la asistía que la cerveza era el mejor estímulo para producir leche, más que comprobado por los antiguos egipcios. Más adelante, cuando estaba visiblemente embarazada de mi segunda hija, Layla, cené con unos amigos en un bistró de Nueva York. Pedí cerveza. El camarero se negó a servírmela. Cuando se lo conté a mi madre, se horrorizó. Las madres de su generación no veían motivo alguno para cambiar sus vidas solo porque estuvieran embarcándose en una nueva fase vital.

Mientras estaba embarazada, la gente entraba siempre en mi espacio, tocándome la tripa, ofreciendo consejos no solicitados: «¡Dale el pecho los dos primeros años!», «¡No le des el pecho!», «La leche maternizada es basura líquida», «¡Mantente activa!», «¡No hagas muchos esfuerzos!». Acabé hasta el moño de todas estas observaciones contradictorias, los cachivaches y las guías, que prometían aumentar mi poder pero en realidad solo conseguían que sintiera claustrofobia. Tal vez mi madre sabía más de lo que yo creía. No estaba del todo convencida de sus métodos de la vieja escuela, pero también sabía que el consumismo y el perfeccionismo actuales no eran mejores.

—¿Qué pasa con papá? —le pregunté en una ocasión con sinceridad.

—¿Ramzi? —contestó mi madre, sorprendida—. El embarazo no es cosa de hombres.

Aunque desde luego esto ha cambiado. Mientras buscaba libros para incluir en nuestra sección de Embarazo y Cuidado de

los Hijos, seguí viendo títulos orientados a los hombres. Por ejemplo, *From Dude to Dad: The Only Guide a Dude Needs to Become a Dad*, volumen 1, hacía hincapié en la transformación propia de «convertirse» en padre (el paso implícito de «guay» a «menos guay», de «colega» a «papá», no se me pasó por alto). Otros libros prometían la supervivencia y la salvación, como *The Expectant Dad's Survival Guide: Everything you Need to Know* y *Diaper Dude: The Ultimate Dad's Guide to Surviving the First Two Years*. El diseño del pañal (ausente en los libros orientados a las mujeres), y el tipo que lo empuña, intentaba inculcar la nueva paternidad con humor. Otro libro popular, *Papá comando: entrenamiento básico. Cómo ser un padre o cuidador de élite*, imaginaba la paternidad como un campo de batalla, un terreno apropiadamente lleno de testosterona. Había desde luego otros libros que intentaban iniciar, de manera menos cómica, a los hombres en esta nueva fase de la vida. Pero al margen del tono, a mi madre y su generación les parecía extraña la mera existencia de estos libros y los supuestos en los que se basaban. Al final, no compré libros sobre la paternidad para Diwan. Vender libros sobre el embarazo ya era una gran apuesta. Ahorraría mi tiempo y recursos para títulos que se venderían.

Al igual que buena parte de nosotros, muchas veces actúo sin entender bien por qué. El conocimiento viene después del hecho. Mientras pagaba mi libro *Qué se puede esperar cuando se está esperando*, farfullé con convicción un comentario hecho a la ligera al cajero acerca de que el libro era para una amiga. Incluso al decirlo, no me di cuenta de lo mucho que quería distanciarme de alguien que estuviera «esperando». Me llevaría tiempo averiguar cómo iba a reconocer, o negar, mi estado. ¿Me apoyaría en una nueva persona como jefa embarazada? ¿O ignoraría mi cambio de estado? Enseguida decidí que trabajaría incluso más durante mi embarazo, para dar buen ejemplo. Quizá en mi fuero interno temía lo que me estaba pasando y quería reducirlo al mínimo ante la mirada ajena. Claro está, mi cuerpo tenía sus propios planes.

Cuando contrataba a nuevos empleados, siempre les hacía la misma pregunta: ¿qué aspiraciones tienes para tus hijos? Las respuestas iban desde «Quiero criar a un buen musulmán», pasando por miradas perdidas, hasta «Quiero que emigren a un país donde tengan mejores oportunidades».

Había otra pregunta que siempre les hacía. «Si te unieras a la familia de Diwan, ¿podrías hacer el turno de tarde o solo el de mañana?» Abríamos todos los días desde las nueve de la mañana hasta las once de la noche; solo cerrábamos la mañana del primer día de Eid al Adha, así que los turnos eran un problema. También lo preguntaba porque me había acostumbrado a las vidas exigentes de los egipcios. La mayoría de los hombres del personal tenían dos trabajos, para aumentar sus ingresos, o hacían aparte cursos de informática. Hacer los turnos era aún más de locos cuando necesitábamos mover personal entre las dos tiendas a fin de cubrir vacaciones o bajas por enfermedad.

—Puedo trabajar siempre que sea de día —solían responder las mujeres que optaban al puesto.

Conocía el mensaje subliminal: las chicas respetables no vuelven a casa después del anochecer. Si lo hacen, sus vecinos las juzgaban, y ese juicio hace que se ganen una reputación que reduce sus posibilidades de conseguir un buen matrimonio. Además, estar fuera de casa por la noche implicaba coger transporte público, donde las mujeres eran víctimas de una andanada de molestias casi constantes por parte de los conductores y otros pasajeros. Conocía bien los arreglos a los que llegaban las mujeres bajo el patriarcado: competían por los recursos familiares, subordinadas a sus hermanos; ayudaban en los quehaceres domésticos y cuidaban a los ancianos; tenían limitaciones acerca de adónde podían ir y a quién podían ver. Para más inri, como a mis colaboradores varones les gustaba recordarme, era más ventajoso en términos económicos contratar a hombres. Esto se debe en parte a que la legislación laboral egipcia concede noventa días de baja por maternidad para los dos primeros hijos. Los hombres trabajaban más horas, sobre todo teniendo en cuenta que el concepto básico de baja por paternidad no existe en Egipto. Me

pareció irónico que las mismas leyes que intentaban garantizar los derechos de las mujeres, como la baja remunerada por maternidad, también las expusieran a la discriminación. Pese a que contratar mujeres podía ser un incordio, decidí hacerlo de todos modos, porque soy mujer y devuelvo el favor.

Me incomodaban las suposiciones que hacía nuestra cultura acerca de las mujeres: que la maternidad eclipsaría, y debería eclipsar, cualquier otra responsabilidad. En mi caso, no lo hizo. Cuando estaba embarazada de mi primera hija, Zein, trabajé hasta la víspera del día previsto para que me hicieran la cesárea en el hospital. Volví a Diwan tres semanas después, impaciente por ignorar la inestabilidad desastrosa de la maternidad, impaciente por el orden en los estantes e impaciente por la familiaridad y la seguridad que me ofrecía el trabajo.

Algunos de estos sentimientos solo se pusieron de manifiesto a través de una conversación con un completo desconocido. En 2008, me entrevistaron para una revista femenina por tenerlo todo, donde «tenerlo» era sinónimo de una carrera de éxito y una familia. Mi realidad era mucho menos glamurosa. Estaba divorciada de Número Uno, hacía malabarismos con una hija de dos años y otra de cuatro, y una Diwan de seis años. Acabábamos de abrir una tercera librería en Maadi, un barrio de las afueras a dieciséis kilómetros río arriba de Zamalek. El vecindario estaba lleno de exuberantes zonas verdes. Un número considerable de expatriados formaban parte de su acomodada población. Como prueba de fuego para la ubicación, habíamos abierto un puestecito en el centro comercial Carrefour City Centre construido hacía poco. Al ver su gran acogida, empezamos a buscar un espacio físico en Maadi; al final nos decidimos por la calle 9, el equivalente local a la calle 26 de Julio. La zona era conocida por su tránsito peatonal, así que nos quedamos con la primera tienda que vimos, pese a estar situada en el extremo más chungo. Apostamos por nuestra marca, esperando que la gente saliera de su ruta habitual. Pero pocos meses después de abrir cuestionamos nuestras propias

decisiones. El tránsito peatonal era irregular y no llevaba de forma fiable a las ventas; daba la impresión de que los expatriados preferían pedir libros prestados o intercambiarlos antes que comprarlos nuevos. Y eso fue incluso antes de todas las consecuencias derivadas de la recesión mundial en las multinacionales, muchas de las cuales emplazaban a sus empleados en Maadi. Nos estaba costando distribuir al personal y mover la mercancía entre nuestras tres tiendas.

Había accedido a quedar en Maadi, en la nueva cafetería. Tenía el pelo rubio teñido e iba muy maquillada. Iba ataviada con un top de flores ceñido y una falda negra. Llegó pronto y me cayó bien. En cuanto pedimos nuestros capuchinos, empezó con la habitual serie de preguntas banales. ¿De dónde salió la idea de Diwan? ¿Cuáles eran nuestros mayores retos? ¿Cómo era trabajar con mi hermana y mi amiga? ¿Cómo resolvíamos nuestras diferencias? Y luego preguntó lo inevitable:

—Como mujer, ¿cómo concilia la vida familiar y laboral?

—No lo hago. —Tragué saliva—. No lo haré. No confiaría en nadie que dice haberlo hecho. Nadie les pregunta a los hombres cómo encuentran un equilibrio entre sus familias y sus hijos y su vida profesional. Soy una madre trabajadora culpable. Echo mucho de menos los baños y cambiar pañales. La niñera de mis hijas siempre está ahí. Algunos días llego a casa tan agotada que no quiero jugar con mis hijas ni leerles cuando se acuestan. Pero elegí. Quiero que mis niñas crezcan en un hogar donde su madre trabaja. Soy madre soltera y me siento orgullosa y lo agradezco.

La periodista se limitó a mirarme, sorprendida.

Le había dicho la verdad, pero no había sido del todo honesta. No le describí el calibre de mi angustia. Omití mi incapacidad para elegir la crema adecuada para el bebé. O que me había restregado la línea blanca de crema que había quedado debajo de las uñas con el fin de eliminar cualquier vestigio de contacto. Hacer eructar a Zein era una empresa enorme. Me sentía humillada cada vez que me desentendía de su eructo. Aguantaba la respiración cuando abrochaba los botones del *body* de Layla, rezando mientras intentaba llegar a la parte inferior para ver si me había dejado

alguno, lo cual me obligaría a empezar de nuevo. Temía los llantos de las niñas que no podía aplacar o descifrar. Incluso mis triunfos, como cerrar simétricamente un pañal sucio, me hacían sentir patética.

Mi malestar precedió a la maternidad, empezando por cuando estaba embarazada. Me había distanciado de mi cuerpo. Engordé trece kilos y me pesaban los pies, como dos esponjas empapadas. Me volví todavía más torpe. Quisiera poder olvidar el día en que tenía una reunión en la cafetería de Zamalek y sentía unas náuseas terribles. Salí excusándome de la reunión, corrí al baño, agradecí que estuviese vacío y eché todo mi ser en el váter, justo a tiempo. Por desgracia, no me había dado tiempo ni pensé en sacarme las gafas y el pañuelo. Las gafas cayeron al inodoro en medio del vómito. El pañuelo también se empapó. Intenté recuperar los dos y luego volví a la reunión, con la esperanza de que el olor estuviera en mi cabeza. Épocas como estas hacían que me sintiera molesta con las imágenes de dicha maternal que veía en las cubiertas de los libros sobre el embarazo. ¿Dónde estaban los rostros surcados de malestar y aislamiento? ¿Dónde estaba la incomodidad y el descontento de la lactancia materna? ¿Por qué nadie me advirtió lo más mínimo de la culpa añadida por albergar estos sentimientos? El día que libraba la niñera, solía dejar a Zein con Nihal (cuyos hijos eran por entonces adolescentes), para que alguien más pudiera bañarla y darle de comer. No quería quedarme a solas con ella, tener que afrontar mi propia incompetencia. Una década después, leí *El arte de escuchar los latidos del corazón,* una novela que transcurre en Birmania y que describe cómo la madre de la protagonista llegó a la maternidad «con las manos vacías». A pesar de que tenía un sinfín de libros y a mi propia madre a mi lado, ese descriptor parecía sintetizar totalmente mi sentimiento.

—Estoy segura de que sus hijas serán unas ávidas lectoras —dijo la periodista tratando de relajar el ambiente.

Me pregunto si podría haber reclamado de algún modo el embarazo, y la maternidad temprana, como algo mío, en lugar de

buscar constantemente consejo, confirmación y pertenencia. Quizá sea tan solo una experiencia desestabilizadora natural. Lo único que hacía que me sintiera yo misma durante esos años era colocar libros, ordenarlos con esmero en nuestros estantes. Me olvidaría de mis hijas, mi matrimonio fallido, la gotera en el techo del baño, la ropa para planchar que tenía que mandarle a Akram (el hombre de la lavandería que trabajaba en una casucha en la esquina de la calle Bahgat Ali). Me entregaría a una especie de trascendencia que me haría sentir como si fuese a la deriva, rodeada de los numerosos estantes, las amplias conversaciones, los retazos de risas. Encajaba en Diwan de un modo como no lo hacía en mi propia casa con mis hijas. A pesar de haberlas traído al mundo, sentía que su mera existencia reducía y amenazaba la mía. Cuidar de mis hijas ponía de relieve mis debilidades y limitaciones.

Parte de mi aversión se debía a la expectativa de que procrear sería la culminación final de mi femineidad, mi logro supremo. La suposición de que el amor abnegado y el sacrificio infinito definían y delineaban el significado de mi vida y las vidas de otras mujeres. En esa situación de purgatorio en vilo, estábamos destinadas a abandonarnos. Tener hijos era sinónimo de éxito, independientemente de cómo salieran. Pese a todo lo que me había esforzado, lo mucho que había trabajado para crear Diwan, el mayor elogio lo recibí por convertirme en madre. Recuerdo que me felicitaron por mi matrimonio. Me preguntaba si la gente se casaba por amor o si el matrimonio era el requisito previo a la paternidad, el resultado previsto para el que estábamos predestinados. Durante siete años, no tuve hijos en mi matrimonio de forma intencionada. ¿No tuvieron sentido esos años? No. Fueron felices y fructíferos. Puse en marcha Diwan durante esos años.

Cuando Zein tenía dos años y Layla ocho meses, había vuelto a los estantes de Embarazo y Cuidado de los Hijos. Mi matrimonio con Número Uno se había terminado. Necesitaba ayuda para salir adelante. A pesar del enorme catálogo de libros sobre el embarazo y el cuidado de los hijos, apenas había ninguno para criar hijos

estando divorciada y sola. Me aventuré en otras secciones en busca de inspiración. En la de Autoayuda había algunos libros sobre matrimonios felices, pero ninguno sobre divorcios felices. Decidí acudir a las novelas. Tal vez debería haber abastecido Embarazo y Cuidado de los Hijos con *Cáscara de nuez*, de Ian McEwan, en el que un Hamlet fetal escucha lo que hace su madre y trama su venganza desde el útero. O con *El cuento de la criada*, de Margaret Atwood, donde mujeres fecundas conciben hijos para familias pudientes. Podríamos retroceder más en el tiempo hasta las mitologías griega y romana, que reconocían el dolor y el caos del amor, el matrimonio y la paternidad más que cualquier guía actual.

Claro está, la unidad familiar estructura la mayoría de las novelas. «Todas las familias felices se parecen, mientras que cada familia infeliz lo es a su manera.» La primera frase inolvidable de Tolstói inspiró el denominado «principio de Ana Karenina», expuesto en la obra de no ficción de 1997 *Armas, gérmenes y acero*, de Jared Diamond. El libro sostiene que es la ausencia de rasgos negativos, no la presencia de rasgos positivos (a lo Darwin), lo que garantiza la supervivencia de una especie. Lo mismo puede decirse de los matrimonios. Damos por sentado que los matrimonios felices sobreviven y que los infelices acaban en divorcio. La larga duración de un matrimonio constituye un triunfo, mientras que el divorcio es un fracaso. ¿Por qué? Tengo la impresión de que muchos divorcios se consideran triunfos, mientras que algunos matrimonios intactos fracasan: no satisfacen, no se cultivan, no se consolidan.

¿Por qué había fracasado mi matrimonio ante todo? El punto de inflexión se produjo tan solo cuarenta y ocho horas antes de cuando debía dar a luz. (Esto fue pocas semanas después de haber maldecido en la calle al acosador y haber dejado sin palabras a mis empleados.) Era viernes, y los viernes en El Cairo siempre parecen resacosos. El ritmo era lento. Los sonidos apagados. Caminé por la calle 26 de Julio llevando a Zein de la mano, intentando, y

fallando cada vez más, ignorar las punzadas de dolor en la pierna izquierda que sentía con cada paso. La ranchera plateada de Hind se detuvo a mi lado. Nos saludó a Zein y a mí. Aunque mi casa estaba a tan solo unas calles de distancia, me parecieron kilómetros, así que agradecí que me llevaran. Puse a Zein en la sillita vacía de Ramzi en la parte de atrás y me senté delante, al lado de Hind.

—No aguanto más. Sácamela.

—Ella seguramente siente lo mismo —dijo Hind.

—¿No te acuerdas de tus dos últimos días antes de tener a Ramzi?

—Me he esforzado por olvidar ciertas cosas.

Hind, deseosa de poner fin a nuestro quisquilloso diálogo, se detuvo ante el garaje de mi edificio, aunque yo solía entrar por la parte delantera.

Recuerdo que noté enseguida que el piso estaba extrañamente silencioso. Zein me soltó la mano y fue corriendo a su habitación, el golpeteo de sus pisadas desvaneciéndose. Fui por el pasillo hasta nuestra habitación. No lo llamé por su nombre. Me limité a tirar del pomo de la puerta. Estaba apoyado en la barandilla verde de hierro de la ventana del dormitorio, con el teléfono en la oreja, de espaldas a mí. No lo llamé. No me moví. Su tono era meloso y dulce. Estaba intentando no escuchar, pero pude oírlo todo. Más que las palabras en sí lo que me dolió fue su tono dulce, la laxitud de su pose. Me tapé los oídos, pero era demasiado tarde. Se hizo un vacío. Miré al suelo, convencida de que se me había caído el alma a los pies y había formado un montoncito. Al final, le pedí con voz seca que dejara de hablar. Se dio la vuelta. Le dijo a ella que tenía que irse.

—No te vi entrar en el edificio —dijo a la defensiva.

—He entrado por otra puerta —expliqué *ipso facto*.

Salimos para ir a nuestra comida familiar de todos los viernes. Le robé un momento a Hind para contarle lo que había ocurrido. Su expresión de dolor coincidió con la mía. Llené de comida y bebida mi tripa ya tirante. Después de comer le grité, pero en realidad estaba gritando a mi propia estupidez.

Tal y como estaba programado, dos días después me llevaron al quirófano. Él estaba ahí, mirándome con el ceño fruncido y una expresión inescrutable. Me sentí vacía. Esto le estaba pasando a otra persona. No lo reconocí, ni a mí tampoco. En esa época, no quería ser una divorciada, y no quería que mis hijas crecieran con la sensación de que les faltaba un progenitor. En cuanto se curó mi incisión, volví al trabajo. Diwan siempre había curado mis males, pero esta vez era distinto. Siempre que salía el tema del matrimonio o el divorcio en una conversación o en el título de un libro, me sentía hipervisible. No quería hablar, o que se hablara, hasta que pudiera poner en claro mi historia. Me vi a mí misma pensando si Sabah, nuestra empleada doméstica convertida en proveedora de pastel de zanahoria, sabía más inglés de lo que decía gracias a sus anteriores jefes estadounidenses. Debió haber notado que Número Uno y yo ya no comíamos juntos. O que nuestras conversaciones se habían vuelto educadas pero tensas. La imaginaba cotilleando sobre esto con Samir entre recado y recado. En el coche, seguía con mi correspondencia privada en francés o inglés, idiomas que Samir no hablaba, pero empezó a preocuparme que también él, al final, hubiera recompuesto el vocabulario suficiente como para descifrar las frases. Lo imaginé como si estuviera pasando: Samir tomando su té, contándoles mis problemas maritales a un grupo de empleados durante la pausa con un virtuosismo espectacular. Cada vez que salía de la oficina, juro que veía dispersarse a unos cuantos trabajadores. Durante los meses siguientes, cada vez que Samir me llevaba en coche a la terapia de pareja, le pedía que me dejara una calle más lejos. Luego, por si acaso, lo mandaba a un recado, para que no viera en qué edificio entraba.

Mi paranoia fue en aumento. Había imaginado conversaciones con los libros de Diwan, cada vez más con una autora concreta: Elizabeth Gilbert. Cuando abrimos la primera tienda, Número Uno había descubierto su primera novela, *De hombres y langostas*. Le gustaba su forma de expresarse. Me instó a pedir varios ejemplares. Recuerdo estar en la tienda recomendando esta autora a todo aquel que mostraba curiosidad, sin éxito. Fui a la carga: puse el letrero

de RECOMENDACIONES DE DIWAN en el montón sin tocar. Aún nada. Muchos meses después, derrotada, arranqué las portadas y se las envié de vuelta al editor como parte de nuestras devoluciones anuales. Estaba resentida. No me gustaban los libros que me decepcionaban. En 2006, el mismo año de las revelaciones de Número Uno y nuestro divorcio, Elizabeth volvió a entrar en mi vida con su exitosa autobiografía, *Come, reza, ama*, que prometía el descubrimiento de uno mismo después de su propio divorcio. El libro se vendió como churros. Cada vez que pasaba por el montón o lo reponía, ya sea en Zamalek, Heliópolis o Maadi, la autora me hablaba.

—*Piérdete. Es el único modo de que te encuentres a ti misma.*

—¡Cállate, Liz! No sabes nada de mi vida.

—*Da igual. Ríndete.*

—Vete a la mierda. Ya sabes cómo acaba tu historia.

Hind y Nihal nunca se separaban de mí. En mitad de las reuniones, las veía mirándome con preocupación. Cuando se daban cuenta de que las había pillado, me devolvían sonrisas reconfortantes. Si eso no bastaba, lo explicaban: *vas a estar bien, saldrás de esto mejor y más fuerte, no eres la primera y no serás la última. Son cosas que pasan.*

Después de seis meses de terapia de pareja e infinitos consejos de amigos íntimos y simples conocidos, tuve que enfrentarme a mi peor miedo: decepcionar a mi madre. Hasta ese momento, cuando había sacado el tema y sus consecuencias, se había limitado a hacer comentarios enigmáticos. Daba por hecho que lo desaprobaba. Eso era una pequeña verdad. La gran verdad tardó más en dar la cara: que las madres quieren que sus hijas tengan una vida mejor de la que tuvieron ellas.

—¿Preparo *mulujía* o *fatta* para comer hoy? ¿Qué les gustará más a las niñas? —preguntó mi madre durante nuestra llamada matutina diaria.

—Creo que a las niñas les importa un pimiento, mamá. Tienen ocho meses y dos años. Haz *fatta*.

—Vale. Le diré a Beshir que haga *mulujía*. Las niñas tienen que comer verdura.

Nuestras conversaciones siempre seguían esta pauta: me pedía mi opinión, se la daba y hacía lo que le daba la gana.

—Tenía que preguntarte otra cosa. ¿Por qué sigues con él? ¿Te criamos tu padre y yo para que tragaras mierda y luego fueras plato de segunda mesa? —No esperó mi respuesta—. Tengo que irme y hablar con Beshir del ajo; no puso el suficiente la última vez.

Al día siguiente hice uso del *'isma*, el derecho a divorciarse de una mujer en el islam suní. Aunque estaba autorizado legalmente, estaba mal visto socialmente: las bailarinas de danza del vientre insistían en el *'isma* cuando se casaban. No me divorcié porque me engañara, sino porque me tomó por una imbécil. Y tenía razón: era una imbécil. Nunca lo vi venir. Apenas nos echamos nada en cara. Ninguno de los dos queríamos ser víctimas.

Tal vez Liz estaba en lo cierto. Tenía que rendirme a la evidencia. Al día siguiente, en el trabajo, anuncié tranquilamente que me había divorciado, luego observé lo bien que lo llevaban las niñas y cuánto disfrutaban ya de tenernos a cada uno de nosotros para ellas. En casa, me abrí al vacío del piso, agradeciendo la tranquilidad que se había instalado. Reorganicé mis armarios y llené el nuevo espacio con mis cosas. Empecé a ver otra vez a mi viejo amigo, *The Naked Chef*. En nuestras citas periódicas, preparaba sus recetas, las servía con ingenio y después me llevaba las sobras a la oficina al día siguiente. Me consolaba un pensamiento: cuando Zein y Layla fueran mayores, nos sentaríamos a la misma mesa, compartiríamos la comida y las historias. No habría sobras.

Por extraño que parezca, encontré consuelo en mi lamentable estado. Inspiraba compasión, la esposa agraviada. Por un momento me sentí sin el peso de tener que ser fuerte. Estoy segura de que, a mis espaldas, la gente justificaba la infidelidad de Número Uno por mi falta de equilibrio entre el trabajo y la vida. ¿Qué otra cosa podía hacerle un hombre a una mujer que no lo necesitaba, aparte de complementarla con otras que sí lo hacían? A medida que

pasaba el tiempo, me di cuenta de que no estaba enfadada con las otras mujeres. Eran libres de hacer lo que quisieran, y no eran responsables de mi desilusión. Me sorprendí más si cabe ante mi falta de odio por Número Uno, por cuánto seguí valorando nuestra relación. Tal vez su pecado era insignificante en el esquema general. Tal vez mi gratitud hacia él pesaba más que el dolor. Sus actos, nuestro fin, me liberaron de un modo como nunca antes había podido hacerlo. Durante los diez años en que nuestro matrimonio había ido bien, no podía imaginarme a mí misma completamente fuera de sus parámetros. Había dejado atrás la versión joven de mí, con la que él se casó, pero no había llegado plenamente a mi versión adulta. Me liberaron de mis obligaciones y me sentí más libre de ser mi propia clase de madre, mi propia clase de (ex)mujer, mi propia clase de persona.

Pero en realidad no me veía a mí misma como una «esposa agraviada» o una «exmujer». «Ex» sugería una tachadura, una perdición. Tras la implosión de nuestro matrimonio, procuramos tener una nueva relación. No íbamos a permitir que nuestras hijas usaran el divorcio para manipularnos. Nos mantuvimos en estrecho contacto y comparábamos las notas. Claro está, seguíamos discutiendo. Sobre colegios, pasar la noche fuera y cómo lidiar con los bravucones del patio de recreo (mi preferido era el hijo del productor de la televisión infantil, cuyo padre amenazaba con enviar a su chófer para que moliera a palos a la niñera de Zein en el parque infantil). Pero aprendimos a elegir nuestras batallas hasta que la conciliación se tornó en costumbre. Los dos volvimos a casarnos. Los dos nos divorciamos, otra vez. No necesitábamos explicarnos mutuamente nuestros fracasos. Sin darnos cuenta, nos hicimos amigos y confidentes, demasiado sabedores de los defectos del otro, pero aun así felices por pedirle al otro consejo o que escuche.

Quince años después de nuestra separación, a pesar de las discusiones normales, no tenía ninguna duda de que nos habíamos convertido en un fracaso con éxito: estábamos felizmente divorciados. Está leyendo este libro con nuestras hijas, Hind y mi madre mientras lo escribo.

Habíamos hecho un trato. Cuando las niñas fueran lo bastante mayores, les contaríamos los líos. Entonces:

—Sé nuestro secreto de familia —dijo una precoz Layla de trece años.

—¿Solo uno? ¡Vaya chasco! —me burlé.

—Papá nos ha dicho que te engañó.

Me cogió desprevenida, que era lo que pretendía, estaba claro. Me sonrió con timidez, tratando de calibrar mi reacción.

—Bien hecho, papá, por asumir la responsabilidad.

Ni que decir tiene que Layla no se quedó satisfecha. Quería drama, florituras, escabechina. No iba a consentirlo.

—No sé qué habría hecho en tu lugar —dijo.

—Caminarías. Yo caminé por ti, a pesar de ti. Me alejé de tu padre y de nuestro matrimonio porque sabía que un día preguntarías, y quería tener una respuesta de la que sentirme orgullosa. Tú caminas.

—Romper ha tenido que ser difícil.

—La indecisión y el remordimiento son peores.

—Tienes que tener algún remordimiento. ¿No te da miedo envejecer sola?

—No confundas estar sola con sentirse sola. Algunos de mis momentos más solitarios fueron cuando tenía una relación.

—Mamá, ¿es esta una de las cosas que dices que conseguiré cuando sea mayor?

—Déjame que simplifique. Nunca tomes una decisión basada en el miedo o la culpa, o guiada por lo que crees que es más fácil. Elige lo que te parezca sincero.

—¿Por qué no puedes simplemente admitir que fue difícil y que no fue justo?

—En la vida hay muy pocas cosas justas, pero se trata de lo que pensemos de ella. No soy ninguna heroína pionera y no soy mejor que los millones de mujeres que aguantaron en un matrimonio de mierda. Me pude permitir divorciarme. Así de simple. Tenía un techo para mí y para ti, y tenía independencia económica. —Me incliné para darle un beso en la frente—. Y cuando rezo por ti y por Zein, pido que sepas qué es la satisfacción

y la gratitud, y que crezcas teniendo confianza y siendo autosuficiente.

Zein, al igual que Hind, nunca mencionaba el tema. Las dos prefieren pensar las cosas en privado.

Mi sencillo planteamiento del cuidado de los hijos se contradecía por completo con lo que decían los manuales. Durante la infancia y la adolescencia de mis hijas, fui todo lo directa y sincera posible. Cuando mis hijas eran más pequeñas y pedían un poco de indulgencia, un helado o juguetes, o acostarse más tarde, respondía:

—Quiero deciros que sí porque os quiero, pero os diré que no porque os quiero más todavía.

Mi deseo por complacerlas era secundario a hacer lo mejor para ellas. Solía decirles cuando eran adolescentes:

—Como vuestra madre, puedo garantizaros que os querré de forma incondicional. Pero no puedo prometeros que siempre os gustaré. Eso tenéis que ganároslo.

¡Aún sigo diciéndoselo! Y sigo hablando en serio. La autoridad y la autoría están íntimamente ligadas: somos responsables de lo que llegamos a ser, y quiénes llegamos a ser es un acto deliberado. En mi discurso para mí misma y mis hijas sigue sin haber sitio para el victimismo.

Puedo decir que nuestro divorcio fue un éxito, pero todavía no puedo decir lo mismo del cuidado de nuestras hijas. Estoy esperando a ver cómo se desarrollan Zein y Layla. La terrible verdad es que el modo en que lo hagan escapa totalmente de mi control. Cuidar a los hijos, al igual que la autoría y el espíritu emprendedor, no te garantiza nada. Reid Hoffman, cofundador de LinkedIn, pronunció la famosa frase: «Un emprendedor es alguien que salta desde un acantilado y construye un avión en el camino». Los hijos, y otras nuevas empresas, no llegan con manuales. Nos embarcamos en iniciativas con un cierto riesgo evaluado, mucha esperanza y la certeza de que cualquier plan precisará cambios, porque pueden ocurrir y hacerse muchas cosas durante el camino.

Diwan es un buen ejemplo: la creamos como la habíamos imaginado, esperando que le fuera bien. Con el fin de garantizar su supervivencia, tuvimos que adaptarla a nuestro mundo cambiante. Hind, Nihal y yo solíamos discrepar acerca del futuro de Diwan. Ahora, tres años después, coincidimos en que no importa qué o quién estaba en lo cierto o equivocada; se ha hecho. En el caso del cuidado de los hijos, desconocemos el resultado de nuestros esfuerzos hasta bien pasado el momento de hacer cambios, y no dejamos de culparnos a nosotras mismas o entre nosotras.

Mientras seguía leyendo libros y a la gente a lo largo de los años, Diwan, y Egipto, cambiaron a mi alrededor. Como siempre, mis estantes me aportaban unas enseñanzas inesperadas sobre estos cambios. Al revisar los catálogos de las editoriales, observaba la creciente diversidad en los libros sobre el embarazo y el cuidado de los hijos, que cambiaron con el tiempo para adaptarse a las normas políticas y sociales. Palabras como «familia» y «puericultura» empezaron a proliferar y sustituyeron a «cuidado de los hijos», más aburrida. La palabra «progenitor» se transformó, lo que sugería un cambio de paradigma subyacente. Un progenitor, antaño una figura autoritaria que instaba a la disciplina, se había vuelto un mentor que criaba a los hijos como individuos desde una perspectiva holística. Esto se desviaba de la generación de mi madre, que esperaba que sus hijos fueran obedientes. Las niñas cuidaban de sus padres, y los niños llevaban el apellido familiar. Los hermanos y los hijos carecían de obligaciones activas. Nuestra generación esperaba que nuestros hijos fueran genios que nos superasen gracias a todo lo que les habíamos dado. Nuestra esperanza estaba llena de presiones que, sin saberlo, nos imponíamos a nosotros y a nuestros hijos.

Este cambio generacional del progenitor como persona que impone disciplina a progenitor como mentor no se ajustaba demasiado a la educación que recibimos Hind y yo. Nuestros padres huyeron de la categorización. Mi padre era estricto, pero más indulgente que mi madre. Siempre nos decía que no vales

nada, a menos que demuestres lo contrario. Y una vez lo has demostrado, levántate mañana y demuéstralo otra vez. El momento en el que pienses que lo has logrado, felicidades; has dado el primer paso en el camino hacia el fracaso. Tenía setenta años cuando Hind y yo éramos adolescentes. Como superviviente de cáncer de pulmón, cada día nos hablaba de los peligros de fumar. Beber y apostar estaba bien. Consciente de su propia mortalidad, estaba decidido a que prosperáramos tras su muerte. En esto, se convirtió sin darse cuenta en un feminista compartimentado: insistía en la independencia de sus hijas en todos los sentidos al tiempo que se aseguraba de que, mientras viviera, su mujer nunca tuviera una verdadera autonomía. Fueron sus enseñanzas lo que hicieron que todo fuera posible: Diwan y el divorcio.

La educación de mi madre era más estricta, como lo fue la suya. Fue al colegio católico Mère de Dieu, dirigido por monjas, y después al Lycée Franço-Égyptien de Zamalek. En el instituto aprendió disciplina, su lenguaje del amor; árabe, su lengua materna, y francés, la lengua de los colonizadores de su país y de su propio culto religioso. Mi madre no tenía tiempo para opiniones o indulgencias. Mi familia no era de esas en las que los adultos les piden su opinión a los niños; se esperaba que obedeciéramos. Nunca hizo distinciones entre Hind y yo. De niñas, recibimos los mismos castigos y recompensas. Su implacable paridad me recordaba a un dicho egipcio: la igualdad en la opresión es justicia. Nuestro tiempo libre se regía por su radical lista de tareas pendientes (conservo mis propias listas hasta el día de hoy). Su objetivo era educarnos, y a ella misma, llevándonos a todos los museos, las galerías de arte y los teatros de la ciudad. Recogía los programas y los guardaba para cuando fuéramos mayores; Hind y yo hacemos lo mismo con nuestros hijos cuando los llevamos a rastras a actos culturales en contra de su voluntad. De pequeñas, nos indignaba mucho pasar los veranos siguiendo el ritmo del estricto régimen de la apreciación cultural de mi madre. Desde luego, como siempre, ella tenía razón. Nos enseñó a disfrutar de la literatura, la música, el arte y la danza, y por eso se lo agradezco de manera tardía. A medida que pasaba el tiempo, fui capaz de ver

la severidad de mis padres como lo que era: un extra de amor y entrega. Nos educaron de manera estricta y nos dieron oportunidades que nunca tuvieron, no para criar pequeños genios, sino supervivientes.

Uno de los libros más vendidos de Diwan, *La trilogía de El Cairo*, de Naguib Mahfuz, narra las vidas de tres generaciones de la familia de Al Sayyid (Mister) Ahmad Abd el-Gawwad en El Cairo desde 1918 hasta la revolución de 1952. El paterfamilias, un patriarca déspota que controlaba a su familia con una severidad sin cuartel de día, tenía aventuras con bailarinas y cantantes de noche. Su intensidad e hipocresía destacaban por la exasperante docilidad de su esposa, Amina, que esperaba con paciencia y sumisión a que llegara a casa todas las noches. Colocaba una lámpara de gas en lo alto de las escaleras para que le iluminara el camino hasta su habitación, le lavaba los pies, solo hablaba cuando le hablaban, lo desvestía, guardaba su ropa y, si no necesitaba nada más, se retiraba a su dormitorio. Todos los días se levantaba al alba, rezaba, despertaba a la sirvienta y a los niños, se aseguraba de que todos hubiesen comido y los mandaba al colegio.

Hasta que entré en la veintena, no fui capaz de ver a mi madre como alguien aparte de mi madre, como una persona con sus propias ambiciones y experiencias pasadas antes de mi llegada. A los veintitantos, llegué a conocerla. Empecé a confiar en ella. Me expresaba como lo haría con una amiga, usando el lenguaje adecuado a la situación. Solté tacos. Muchos. Mi madre nunca decía tacos. En su relato sobre la historia de la enfermera que le negó el agua, solo podía referirse a ella como una pelma, no la palabra que yo habría usado. A regañadientes, empezó a compartir conmigo cosas de su vida y su matrimonio que yo desconocía. Empecé a preguntarme si sabía mucho de mis padres y su matrimonio. Pero luego me percaté de que Número Uno y yo habíamos hecho exactamente lo mismo con nuestras hijas adolescentes.

Como madre, comencé a afrontar esta disonancia entre madre

y persona. Veía a mis propias amigas disociarse de sus hijos, separando claramente sus identidades. Esto fue más complicado a medida que nuestras hijas se hacían mayores, pues cada vez se enteraban menos. Entendían lo que veían y oían, como cuando Layla me preguntó por los líos de Número Uno. Para bien o para mal, nunca había tenido tiempo de compartimentar mis distintas funciones: era la misma Nadia con ellas que en el trabajo y que en el bar con los amigos. Bebía y maldecía delante de mis hijas igual que lo hacía en su ausencia. En el colegio, habían aprendido los peligros de fumar y les aterrorizaban. Cuando dejé el tabaco, seguí fumándome algún cigarrillo que otro, y no me escondía en el baño como hacían otras madres que conocía. Cuando me preguntaron acerca del sexo, las drogas y el alcohol, intenté decirles la verdad. Pensé que sería mejor contarles demasiado que verme obligada a mentir. Estoy convencida de que les he transmitido mis neurosis, como todos los padres. Cuanto más buscaba modelos, consejos e indicaciones que me ayudaran a hacer lo «correcto», más me convencía de que tratar de controlar el embarazo y la educación de los hijos es una labor infructuosa. Intentamos hacerlo lo mejor posible, con la única esperanza de minimizar los daños.

Pese a que solo podía ver a mi madre como una madre, no pude verme a mí misma como algo más que yo misma. Mi madre siempre decía que ser madre le dio una lección de humildad. La quebró y la forjó. Mi padre decía que la paternidad lo retuvo como un rehén. Y al final supe lo que querían decir los dos. De repente, había dos personas más en esta tierra por quienes daría gustosamente mi vida. Si hubiera sabido la intensidad de este compromiso, me pregunto si aun así habría decidido asumir el riesgo de la maternidad, exponerme a mí misma y a los demás a la posibilidad de tanto dolor.

Ser padres, como el matrimonio, es una lucha de poder. Esa gestión definitiva del tira y afloja entre la madre y el padre. Mis padres lograron forjarse un dominio y nunca se metieron en el territorio del otro. Tras la muerte de mi padre, mi madre conquistó un nuevo terreno, llenando consigo misma el espacio que él dejó. Su amor por sus nietos superó su amor por Hind y por mí, e hizo

de abuela en este sentido. Siempre me reñía cuando sentía que yo trataba a mis hijas de forma distinta. Sostenía que tenían edades diferentes y privilegios diferentes, e indefectiblemente me contaba que su criterio, tratarnos a Hind y a mí de la forma más parecida posible, era mejor. Escuchaba a mi madre, pero no siempre le hacía caso. Del mismo modo, Número Uno y yo tomamos juntos las decisiones importantes, pero no discutíamos sobre los pormenores. Nuestro divorcio, y la relación que propició, nos liberó de la lucha de poder del cuidado diario compartido de nuestras hijas.

El control es una de las adicciones que me he pasado la vida intentando dejar. Me había engañado al pensar que puedo controlarlo todo, incluido mi deseo de controlarlo todo. La verdad: la mayoría de las cosas que nos importan escapan a nuestro control. Acéptalo. Tengo. Soy.

6

Clásicos

Si bien nuestros clientes al final habían aprendido que Diwan no era una biblioteca, parecían seguir queriendo que fuésemos más que una librería. Me vino a la memoria un encuentro con el Dr. Medhat, uno de nuestros habituales más desabridos y encantador. Tal vez lo recuerdes del capítulo «Esenciales de Egipto», donde su búsqueda de un libro sobre los antiguos egipcios desató una diatriba sobre la escasa veneración de Diwan por la época de los faraones.

El nuevo arrebato empezó con:

—¿Cómo es posible que no haya obras sobre el antiguo Egipto en su sección de Clásicos? —La capacidad de Medhat para indignarse nunca dejaba de impresionarme. Aun así, admiraba su pasión—. ¿Dónde está *Sinuhé, el egipcio*?

—Agotado —respondí.

—Como Diwan, es su deber publicarlo. ¡En vez de llenar la sección con sustitutos!

—Diwan no es una editorial —me disculpé.

—¿Y por qué no? —arremetió—. Debería hacer por la publicación lo que ha hecho por la venta de libros.

—Tal vez esté en lo cierto.

Desistí. Con algunas personas es más sensato darles la razón que continuar con una conversación condenada al fracaso. Su sugerencia era algo en lo que Hind, Nihal y yo habíamos pensado con el paso de los años. Hind fue la que al final se puso firme y citó un dicho popular egipcio: «Deja el pan para el panadero». Diwan es

una librería; nosotras vendemos libros. Y en los últimos siete años, hemos abierto cuatro tiendas: Zamalek en 2002, Heliópolis en 2007, luego Maadi en 2008 y la Universidad de El Cairo en 2009.

A pesar de los siete años de conversaciones similares con el Dr. Medhat, sus embates siempre me pillaban algo desprevenida. Tenía una justa devoción por el antiguo Egipto, así que obviamente nuestra sección de Clásicos era objeto de fuerte crítica.

—Dr. Medhat, he intentado reponer esta sección con literatura atemporal que merece la pena volver a leer.

—Querida, estoy segura de que le sonará el artículo de Calvino sobre las virtudes de repasar los clásicos cuando uno llega a la madurez. Nos recuerda que los grandes libros incitan a una nueva lectura no porque nos retrotraen al pasado, sino porque hablan de nuestro presente.

—¿No es algo subjetivo eso?

—No. La mayoría de los libros son como las personas. Viven y mueren. Pero los clásicos son inmortales. Veo que ha incluido las obras obvias del catálogo occidental —dijo echando un vistazo a los estantes. Sus dedos se movían por los lomos de *Gilgamesh*, la *Ilíada*, la *Odisea*, la *Eneida*, *Cuentos de Canterbury*—. Y algunas de nuestras epopeyas orientales. —Se detuvo, examinando un libro—. *¡Las mil y una noches!* ¿En serio? —Entonces se sacó las gafas y retrocedió—. Sus estantes tienen poder. Úselos con cabeza.

—Lo hago, Dr. Medhat, lo hago.

Nunca pensé que el lugar que ocupaba *Las mil y una noches* en los estantes de Diwan fuera un tema controvertido. Nunca imaginé que no fuera un clásico. Su contenido chocaba con los vientos dominantes de conservadurismo que soplaban en Egipto, pero todos nosotros —clientes, libreros, lectores y vendedores de libros usados— teníamos nuestras asociaciones personales con el libro que estaban por encima del texto. Estas asociaciones le daban un vida más allá de la propia, lo que ilustraba a la perfección las afirmaciones de Calvino.

¿Qué hace que un libro se convierta en un clásico? La

literatura chismosa e inculta de una época podría llegar a ser literatura indispensable en la siguiente, como Dickens. En cambio, las novelas de espías, como las de Ian Fleming, hoy se publican como «clásicos de época». ¿Quién decide qué literatura es atemporal? Algunas grandes obras caen en el olvido o se destruyen, y se vuelven a descubrir más tarde en épocas más condescendientes con sus ideas y estética. Algunos libros hablan de su momento, pero no de ninguno futuro, exitoso y enseguida olvidado. ¿Quién recuerda a Sully Prodhomme, el primer ganador del Premio Nobel de Literatura?

Cuando era niña, adoraba *Las mil y una noches*. Muchos lectores conocerán el libro: una colección de leyendas de Oriente Medio, recopiladas en árabe durante la época dorada del islam, *Alf layla w layla* en árabe. Los cuentos, que se integran en una historia estructurada, tienen su origen en el folclore y la literatura medieval persa árabe, india y griega que se remonta al siglo X. En esta historia, dos reyes, Shahrayar y Shahzaman, descubren las infidelidades de sus reinas y juran vengarse de las mujeres. Para evitar que nunca más le ponga los cuernos, un rey, Shahrayar, se casa con una virgen distinta cada noche, la desvirga y luego la decapita a la mañana siguiente. Como recordarás, una mujer, Scheherazade, la hija del visir, pone fin a este baño de sangre siendo más astuta que el rey, al que le cuenta historias tan incitadoras que impiden que la mate, al menos hasta la noche siguiente. Mil y una noches después, viven felices para siempre.

Fatma, mi niñera de la infancia que pasó a ser la cocinera de la familia, era una avezada narradora. Pese a que no sabía leer, había memorizado muchos de los cuentos de Scheherazade. De pequeña, solo podía dormirme después de una dosis de las aventuras de Simbad el Marino, Alí Babá o Aladino. Durante aquellos años, cada noche del mes sagrado, se emitían por la tele los acertijos llamados *fawazeer Ramadan*. En 1985, el tema de la serie era *Las mil y una noches*, y, cómo no, me enganché. La protagonista, Sherihan, interpretaba danzas occidentales y del vientre antes de presentar el acertijo de la noche. Su banda sonora era la *suite* sinfónica *Scheherazade*, de Rimski-Kórsakov,

entremezclada con canciones del folclore egipcio. He escrito este libro con esa *suite* y reproduciendo sin parar la canción de amor de Umm Kulzum, *Alf layla w layla*, de una hora de duración.

En pocas palabras, estaba obsesionada. Scheherazade era mi heroína. Me prometí a mí misma que si tenía una hija, la llamaría Scheherazade. Admiraba la autoridad y la astucia del personaje. Cuando me quedé embarazada de mi primera hija, todos —Número Uno, Faiza, Hind— intentaron quitarme de la cabeza que le pusiera un nombre tan esotérico. Me conformé en su lugar con Zein. Un año después, me quedé embarazada otra vez. Llamé a mi segunda hija Layla.

Pero vender el libro en Diwan no era tarea fácil. Acabábamos de abrir nuestro último local, una tienda grande en la Universidad de El Cairo, cuando una estudiante lo pidió. Oí decir a Mahmoud, un empleado nuevo, que no teníamos existencias. Sabía que no era verdad. Conocía al dedillo cada estante. Observé desde una de las mesas de la cafetería que estaban repartidas por la tienda. Cada vez que abríamos un nuevo local, Hind, Nihal y yo pasábamos ahí nuestras jornadas controlando a los nuevos empleados y, no menos importante, conociendo las costumbres y las necesidades de nuestros nuevos clientes. Y la Universidad de El Cairo no era tan solo otra tienda. Su emplazamiento era un símbolo utópico de una educación accesible. Fundada en 1908, la universidad era el resultado de la presión y la recaudación de fondos llevadas a cabo por intelectuales egipcios para tener una institución laica, moderna e independiente, la primera de este tipo. Con la ayuda de una donación de la princesa Fatma Ismail, la hija del jedive Ismail, la universidad se abrió al principio a los hombres y posteriormente a las mujeres.

La nueva tienda suponía para mí una gran ambición, la consecución de un sueño. Habíamos creado nuestra tienda emblemática para hacer frente a una escasez cultural, pero atendió las necesidades de la élite literaria. Nuestras dos siguientes filiales, Heliópolis y Maadi, estaban situadas en zonas urbanas adineradas,

donde vivía y compraba la clase media y alta. Nuestro público objetivo eran adultos con una renta disponible, al igual que nosotras. Y al hacerlo, habíamos dejado de lado a un enorme subgrupo de egipcios: los jóvenes de distintas clases sociales. Diwan tenía que ser asequible, accesible y muy versada con el fin de tener éxito entre las generaciones más jóvenes. Teníamos que empezar una relación desde cero.

Esa nueva relación estaba plagada de contradicciones. Con motivo de la inauguración de la tienda, Minou había diseñado una bolsa con una imagen de la icónica cúpula de la universidad, rodeada de palabras inspiradoras en caligrafía árabe e inglesa. Lo irónico es que el coste de producción de una de estas bolsas era mayor que las ganancias de la venta media en la tienda del campus, donde los estudiantes adquirían artículos de papelería baratos y consumían en la cafetería. Cuando compraban libros, se llevaban los de tapa blanda más baratos que había. Con cada venta, con cada bolsa, perdíamos dinero. Hind y Nihal sugirieron que dejáramos de dar bolsas, excepto con compras grandes. Me negué. Tras mi negativa se escondía el temor de que Diwan tuviera que cambiar, convertirse en una versión deslavazada de sí misma con tal de sobrevivir en esta nueva ubicación. Si pensarlo ya era desagradable —los barrios de clase alta eran el verdadero negocio, mientras que los de clase baja eran una imitación—, su expansión lógica lo era aún más: Diwan, y la cultura de la lectura que representaba, era una actividad basada en la clase que solo prosperaba entre quienes podían permitírselo. Recordé la conversación que había mantenido antes con la periodista, que había predicho el fracaso de nuestra empresa antes siquiera de empezar. «La gente ya no lee en Egipto.» Si nuestras tiendas rentables tuvieran que compensar las otras que tenían menos éxito, Diwan sería una filantropía, no un negocio. Minou me advirtió que nos estábamos expandiendo demasiado deprisa. Le dije que cerrara la boca. Lo hecho, hecho está.

La estudiante que había pedido las *Noches* se dio media vuelta dispuesta a marcharse. Mientras se encaminaba hacia la puerta, la intercepté, me presenté, anoté sus datos y le prometí que Diwan se

pondría en contacto con ella. La observé mientras salía de la tienda y se unía a sus amigos en el gran patio, donde habíamos colgado dos grandes murales hechos por Minou. Me sentía orgullosa del espacio exterior, diseñado por Nihal: mesas de un amarillo vivo abarrotadas de sillas negras parecían dispuestas al azar de forma sugerente. A diferencia de las sillas de la cafetería del buque insignia (Hind insistió en que tenían que disuadir de quedarse mucho rato), estas parecían realmente cómodas.

Me di la vuelta para enfrentarme a Mahmoud.

—Quedan ejemplares de *Alf layla w layla*. Están ahí.

—Siento el descuido. No me he dado cuenta.

—Eres cumplidor como un halcón.

—Soy un buen musulmán.

—Y yo una buena librera.

—No debería venderlo.

—No deberías mentir.

—Sabe que quieren prohibirlo. Estoy de acuerdo con ellos. Contiene cosas que no forman parte de nuestra religión. Cosas impías.

He estado siguiendo de cerca el caso que comentaba: un grupo de abogados conservadores, que se autodenominaban «Abogados sin restricciones», acudieron a los tribunales para retirar una edición popular de las *Noches* publicada por un organismo gubernamental y editada por el legendario escritor Gamal al Ghitani. Querían sustituirla por una edición más aséptica. Al igual que Mahmoud, estaban indignados por el lenguaje sexual y la exaltación del vino, que veían como un peligro para los jóvenes egipcios, un preludio al pecado. Él simpatizaba con ellos. Yo no. Hasta que llegara la resolución oficial del tribunal, estaba decidida a mantener esa edición en mis estantes.

—Estas historias se escribieron en una época en que la civilización islámica estaba en lo más alto de su poder. Era el apogeo del conocimiento, la conquista y la producción cultural. ¿Por qué no puedes alegrarte de eso?

—¿Cómo es que no ve la pornografía que hay en él? —me reprendió Mahmoud.

—¿Cómo es que solo ves pornografía? Y ¿acaso no hay una diferencia entre pornografía y arte? —respondí—. Lo que creas es asunto tuyo; tus actos le cuestan a mi empresa la venta de un libro. Esto es lo que vas a hacer. Espera un día. Llama a la clienta. Le dices que lo has encontrado. Sabes que comprobaré el sistema para cerciorarme de que se ha hecho la venta. En caso contrario, sabes lo que ocurrirá después.

La actitud de Mahmoud no era algo excepcional. Tradicionalmente, las *Noches* suscitaron fuertes reacciones por parte de sus críticos conservadores. Algunos pensaron que una censura moderada bastaba para disimular su mensaje subliminal lascivo. Otros lo prohibieron rotundamente. Antoine Galland, orientalista francés, hizo su propio exorcismo de *Las mil y una noches* al traducirlo al francés por primera vez a principios del siglo XVIII. El Gobierno de Estados Unidos lo prohibió en virtud de la ley Comstock de 1873, que tenía por objeto legislar la moral pública. Sigue estando prohibido en Arabia Saudí.

En Egipto, *Alf layla w layla* era uno de los muchos campos de batalla donde se libraban las guerras sobre la identidad y la política cultural. Durante el último siglo, los Gobiernos egipcios han mezclado el laicismo con el conservadurismo, sin una ideología clara o coherente, intensificando las brechas sociales. Se produjeron debates y debacles entre lectores, Gobiernos, intelectuales furibundos y la judicatura, que se desarrollaron a lo largo de muchas décadas. En 1985, otro grupo de abogados conservadores presentaron una demanda contra una editorial y dos libreros por editar y vender una versión no autorizada de *Alf layla w layla*. El juez falló a favor de confiscar la tirada y multar a los tres culpables con 500 libras egipcias a cada uno. Su delito: violar las leyes antipornografía de Egipto y amenazar la moralidad del país. El juez señaló que no estaba prohibiendo todas las versiones, solo las que contenían más de cien relatos en los que se detallaban relaciones sexuales. Los intelectuales egipcios expresaron su indignación ante la creación de una nueva dicotomía: islámico

contra pornográfico. En la época, mi padre leía habitualmente la obra del periodista progresista Anis Mansour, que se quejó de la ola de islamización que asolaba Egipto. Mi padre entendía que esa ola era inevitable e imparable. El responsable del Departamento de Moral del Ministerio del Interior proclamó que el libro representaba un peligro para la juventud egipcia. Negó que los relatos fueran parte de nuestro patrimonio y alegó en cambio que el libro debería conservarse en los museos. A mi madre, la eterna paladina de todos los museos, su miopía le pareció exasperante.

Le siguieron otros dramas de la censura y los tribunales siguieron adelante. Las provocaciones de las *Noches*, es decir, sus metáforas, símbolos y abstracciones de sexo, cayeron en el olvido durante un tiempo. Sin embargo, esas imágenes merodeaban en nuestras mentes, apenas reprimidas. Los libros siempre eran campos de batalla, aun cuando las luchas cambiaran. Las primeras objeciones se habían producido por motivos políticos y religiosos. Después, el propio sexo se convirtió en un blanco. Daba igual cómo se llamara a las justificaciones —sexo, política, religión—; el criterio conservador solía ganar. Pero en 2010, meses después del diálogo con la estudiante, venció la literatura. La resolución no implicaba que la ubicación de los libros en la sección de Clásicos de Diwan no fuera controvertida. Los pareceres del Dr. Medhat contaban con más partidarios de lo que imaginé.

Algunos de ellos, incluidos varios alumnos de la Universidad de El Cairo, pensaban que no era lo bastante literario como para considerarse un clásico. Les recordaba a estos clientes que los cuentos habían inspirado tesoros de la literatura canónica que se hallaban en los estantes de la misma sección. *El Decamerón*, de Boccaccio. *Cuentos de Canterbury*, de Chaucer. *El Heptamerón*, de Margarita de Navarra. En *Cándido*, Voltaire hace referencia a Simbad. ¿Quién puede olvidar el poema de Tennyson «Recollections of the *Arabian Nights*»? ¿O «The Thousand and Second Tale of Scheherazade», de Edgar Allan Poe? Cuesta leer a Borges sin oír ecos. La novela corta *Dunyazadiad*, de John Barth. *Hijos de la medianoche*, de Salman Rushdie. Incluso *Misery*, de Stephen King, donde el protagonista se ve obligado a escribir una

novela bajo amenaza de muerte, se hace eco de las tribulaciones de Scheherazade.

Esta impresionante lista no bastó para convencer a los clientes que dudaban del mérito del libro. Empecé a analizar distintas ediciones de las *Noches* e hice un seguimiento de cómo cambió, se transformó y encontró nuevas modificaciones. Sabía que no iba a ser fácil encontrar estas ediciones. Los relatos se transmitían de forma oral, con una variabilidad que garantizaba tanto como amenazaba su supervivencia de una generación a otra. Sabía exactamente por dónde empezar: con mi proveedor de libros preferido, *hag* Mustafa Sadek. Cuando fui a verlo a su puesto en el mercado de Sur al Azbakeya, sugirió que fuera a su tienda física después de las oraciones de mediodía del viernes. Esperé a que pasara un número suficiente de viernes después de nuestra conversación, para darle tiempo a que preparara los libros que tenía para mí en la tienda. *Hag* Mustafa había heredado de su bisabuelo el negocio familiar, que comprendía la librería y un almacén, y su puesto. Mustafa y sus compañeros comerciantes de libros, que vendían en Sur al Azbakeya, trabajaban en el mercado alternativo, la antítesis de las editoriales gubernamentales y las librerías en quiebra de la segunda mitad del siglo XX. Tenían una red informal y dispersa que eludía la reglamentación y la vigilancia, y era mucho más eficiente que el sistema ineficaz que apoyaban las burocracias del Gobierno. Mustafa y sus colegas podían conseguir lo que fuera por un precio.

Hag Mustafa tenía los ojos de color miel y los dientes blancos como la leche. Era un hombre jovial, vestido siempre con un traje de safari de los años ochenta. Me concedió el título honorífico de *doktora*. Bajé por la empinada escalera hasta su tienda, una caverna con libros apilados. Unos cuantos estaban colocados en estanterías, pero la mayoría se amontonaban en el suelo, en columnas tambaleantes etiquetadas con trozos de papel suelto. Como de costumbre, me ofreció una taza de un denso café turco. Era evidente su disfrute mientras examinaba a conciencia los montones en su mesa en busca de mi premio. Por fin se apoderó de un libro de cartón manchado y desgastado con agujeros. Supe de

inmediato qué era: una edición especial de 1892 de *Alf layla w layla*, publicada por Matba'at Bulaq, la primera imprenta de Egipto, creada por Mehmet Alí en 1820. *Hag* Mustafa supo que era un tesoro en cuanto lo vio.

—Es un trozo de historia. Los agujeros no cambian eso.

—*Hag*, ¡es usted un experto!

Por lo general, medía cuidadosamente mis reacciones delante de Mustafa, pues sabía que estudiaba las expresiones de sus clientes para que desembolsaran más dinero. Pero era un comerciante curtido, y ni siquiera mis actuaciones más convincentes confundían sus instintos. Y esta vez estaba demasiado emocionada como para tranquilizarme.

—Métalo en el congelador. Matará cualquier polilla que pueda haber —dijo Mustafa—. Ahora negociemos. Pero sea considerada.

Estaba jugando con la presa, sabiendo a la perfección que él era el depredador.

La edición de Matba'at Bulaq de Mustafa empieza con la yuxtaposición de la religión y el sexo, una posible causa de la hostilidad de los conservadores. Los primeros versos invocan a Alá, como los poetas occidentales podrían invocar a Dios. El nombre de Alá está situado directamente junto al impresionante catálogo de sexualidad, eros y adulterio. La colección traspasa los límites de la raza, la clase y el decoro. Aun así, muchas de las ideas subyacentes son normativas y convencionales, como el cliché de la sexualidad femenina como una amenaza. En todo el texto, el deseo femenino se ha de controlar, aprovechar, usar como un instrumento para el placer masculino. Hombres devotos, mujeres castas, guerreros valientes, vírgenes, demonios y rameras; todos logran los fines adecuados a sus actos. Algunas versiones modernas se basan en eufemismos rebuscados, que intentan eludir la censura a la que se enfrentaron textos anteriores más libertinos. En estas ediciones, el lenguaje del sexo estaba libre de lo carnal. Los encuentros físicos se retrataban de manera impersonal. Tras el coito, los amantes

reanudaban sus asuntos como si hubieran intercambiado educados saludos en lugar de fluidos corporales. Nada era real: era metáfora, alegoría, fantasía. Sin embargo, incluso estas ediciones depuradas incitaban a los críticos conservadores a retroceder. Eran culpables por asociación.

Mi siguiente parada después de *hag* Mustafa era *hag* Madbuli, vendedor de periódicos convertido en librero convertido en editor. El ilustre emprendedor conseguía mantener su relación con la censura del Gobierno de manera magistral. Toda la vida había estado aquí. Mi madre recordaba verlo en las playas de Montazah en Alejandría todos los veranos en los años sesenta, con una *galabiya* blanca y un gabán beis. Aferrando un fajo de libros sujetos con una correa de cuero gritaba: «*Livres nouveaux!*». Posteriormente, dejó el quiosco de madera de periódicos de su padre y abrió una tienda en la plaza Talaat Harb con su hermano. A pesar de ser analfabeto, era uno de los hombres más astutos en el negocio. Empezó a publicar a finales de los años setenta al contar con la ayuda de estudiantes de idiomas. Traducían textos para él, que luego publicaba y vendía a precios de ganga; a cambio, sus traductores gozaban de la reputación de la tienda. Cuando estudiaba en la universidad en los noventa, él era mi puerta de entrada a la literatura prohibida. Entre una clase y otra, salía del campus, cruzaba la plaza Tahrir e iba a pie por la calle Talaat Harb hasta su tienda. Todos sabían que, si no podías encontrar un libro, *hag* Madbuli lo tenía. A él le compré las obras de feministas egipcias como Nawal El Saadawi, junto con muchos otros libros prohibidos de la época. Se rumoreaba que incluso durante la sonada causa judicial de 1985, *hag* Madbuli vendió ejemplares de *Alf layla w layla*. Más tarde, suministró a Diwan libros que él publicaba. Estaba acostumbrado a las bromas ingeniosas y los grandes pedidos de Amir. Esta vez, mi visita, y mi misión especial, lo sorprendieron. Pese a todo, cumplió. Salí victoriosa de su tienda, con una versión íntegra en árabe envuelta en una bolsa de plástico negra, como quien esconde compresas al salir de la farmacia.

Esa edición contenía otra clave de la controversia: mezclaba *fus'ha*, árabe clásico, con *'amiyya*, árabe coloquial. Los clásicos

«auténticos» solo podían estar en *fus'ha*, la lengua del Corán. Y, sin embargo, aquí los pasajes sexuales en lengua vernácula se entremezclaban con expresiones didácticas en *fus'ha*. A pesar de que la adecuación del lenguaje «superior» para actos nobles y el lenguaje «inferior» para actos terrenales estaba claramente delimitada, compartían un espacio peligrosamente cercano para algunos.

Otros lectores, sobre todo los jóvenes, conocían los relatos gracias a adaptaciones más comerciales, como la versión de Disney de *Aladino*. *Alf layla w layla*, en sus versiones modernas, había seguido dos trayectorias paralelas: literatura infantil o literatura para Adultos (con A mayúscula). Esta polarización afianzó aún más las suposiciones de la gente. Era válido tanto para niños como no válido para su consumo en masa. A esto lo llamaría yo una injusticia, una que acelera la desaparición de los textos.

Otra epopeya egipcia, *Al Seera al Hilaliya*, ocupaba un lugar más prestigioso en nuestro imaginario cultural, a pesar de que su origen no difiere mucho del de *Alf layla w layla*. Este extenso poema de amor, guerra y heroísmo no se publicó hasta hace muy poco, pese a haber entretenido a los egipcios durante los últimos seis siglos. Sus relatos se han transmitido tradicionalmente de forma oral de la mano de bardos, que deambulaban por los pueblos del Alto y Bajo Egipto acompañando sus cuentos con la *rababa*, una lira de dos cuerdas construida en madera. A veces, se tardaban hasta siete meses en contar toda la *Seera*. Estos narradores, que aprendieron su oficio de sus padres y abuelos, adaptaban los cuentos al público. Cada verso terminaba de forma muy diferente en función de si se relataba al este o al oeste del Nilo. *Al Seera al Hilaliya* sobrevive en parte por su accesibilidad e inclusión; toda la comunidad podía escucharlo. En todas las versiones que he encontrado, no hay escenas de sexo.

De algún modo, la *Seera* se entiende como el equivalente egipcio de la *Ilíada* y la *Odisea*. Tal vez sea debido a la temática. Homero, al igual que los narradores anónimos de *Al Seera*, cuenta

grandes crónicas de guerra y poder. Desde luego, cualquiera que lea la *Ilíada* sabe que también abundan los pesares secretos y las conspiraciones matrimoniales. Y la *Odisea* tiene su propia lealtad al corazón, como en la fidelidad constante de Penélope en ausencia de su esposo, o el amorío de Odiseo con Calipso, la espléndida ninfa. Por el contrario, *Las mil y una noches* se percibe como una colección de cuentos fantásticos seductora pero inculta. Creo que, después de todo, no son tan distintas. La astucia de Penélope, mientras teje un sudario para el padre de su esposo y luego lo descose en secreto todas las noches, recuerda a la de Scheherazade, ambas mujeres demorando la búsqueda desenfrenada de hombres hambrientos gracias a la invención de historias.

La fama lasciva de las *Noches* eclipsa todas las demás cualidades. Para los críticos conservadores, esta temática erótica traiciona los más bajos impulsos humanos. Otros los sexualizan en exceso con distintos fines. Me enteré de esto una tarde, cuando me detuve en Zamalek camino de casa después de estar en Heliópolis y Maadi. Paseé por los estantes, recordando la simple felicidad al colocar y ordenar los libros en nuestros primeros tiempos. Era una forma de meditación, algo para lo que no he vuelto a tener tiempo. Con cada nueva tienda, Hind, Nihal y yo nos enfrentábamos al dilema de un progenitor con un recién nacido: cómo repartir equitativamente nuestro tiempo y atención entre nuestra familia cada vez mayor. Observamos un patrón. Las nuevas tiendas reducían las ventas de las ya existentes, sin llegar nunca a superarlas del todo. Las primeras tiendas, al desatenderlas, empezaron a dar señales: los expositores, el rendimiento del personal y la gestión general cayeron en el desorden. A pesar de que hicimos un esfuerzo conjunto para dividirnos entre Zamalek, Heliópolis, Maadi, la Universidad de El Cairo y los puestos en el centro comercial Carrefour City Centre de Maadi y luego Alejandría, para prestar apoyo al personal y supervisarlo, era imposible encontrar un equilibrio. Los empleados de las tiendas más antiguas empezaron a quejarse de que las novedades se derivaban a las tiendas nuevas.

Las tiendas nuevas se quejaban de que vendían poco porque no había suficientes existencias. Todos creían que eran víctimas de un sistema injusto que beneficiaba a sus rivales. Nadie asumió la responsabilidad ni tuvo en cuenta el panorama económico que nos rodeaba.

No obstante, la trayectoria general de ventas iba al alza. El sistema funcionaba porque no reparábamos en gastos. En cuanto lo hacíamos, o descuidábamos una tienda aunque fuera de forma breve, los resultados iban a la baja, atraídos por la gravedad, a una velocidad alarmante. Claro está, al ser una nulidad con los números, me llevó más tiempo averiguar que el verdadero problema estaba en la propia índole de cómo gestionábamos Diwan. Una operación laboriosa y de alta calidad que no reparaba en unos gastos generales exorbitantes. Esos gastos generales aumentaron a un ritmo que no se correspondía con las ventas.

Mientras estaba en la tienda de Zamalek examinando las pilas de libros en los expositores, un caballero anciano de porte distinguido se me acercó en busca de ayuda. Llevaba un *taub* blanco, la indumentaria larga que usaban los árabes del Golfo, y un pañuelo rojo y blanco en la cabeza, su humor circunspecto disimulando un tosco intento de juventud. Me preguntó por las novedades en árabe. Le hice algunas recomendaciones, luego solicitamos la ayuda de Ahmed, mi empleado de atención al cliente preferido y el que más sabía, que rotaba entre las tiendas enseñando a los trabajadores nuevos. Me retiré para colocar los libros en los estantes y, al cabo de un rato, el caballero volvió a preguntarme cuál era mi clásico preferido en árabe. Sin pensarlo, respondí:

—*Alf layla w layla*.

Le pidió a Ahmed que lo añadiera a su montón.

—Ustedes, las egipcias, son una fuerza que hay que tener en cuenta. Ahmed me ha dicho que es una de las dueñas de Diwan.

—Lo soy.

—No debe de ser fácil una empresa como esta.

—Hay momentos de todo.

—Un día, las mujeres de mi país serán como las mujeres del

suyo.

—Estoy segura. Disfrute del resto de su visita. Y dígame si Ahmed o yo podemos ayudarlo.

Regresé a mi tarea. Después de que el caballero se marchara con sus libros, Ahmed se me acercó con un trozo de papel.

—Me ha pedido que le dé esto.

Me dio el papel con cierta vacilación. Le di las gracias. Esperó a que lo leyera. ¿Era una queja? Lo abrí. Había cuatro dígitos con una palabra garabateada encima en árabe. Ahmed, que era bastante alto, vio la nota por encima de mí. Miré la letra irregular e intenté descifrarla.

—Es su hotel y el número de su habitación —balbuceó Ahmed.

Sentí un hormigueo en la cabeza. Ahmed levantó las palmas de las manos en un gesto tranquilizador.

—*Ibn el kalb el wisikh el wati* —dije entre dientes. Rompí el papel en pedazos—. Si tus compañeros de turno preguntan, nos estaba felicitando.

—Claro —dijo Ahmed mirando al suelo.

Esa tarde, me senté en el coche aturdida camino de casa, mirando el tráfico caótico. Samir, impertérrito ante mi indiferencia, parloteó, resumiendo alegremente los acontecimientos y las observaciones de su jornada. Reproduje en mi cabeza el diálogo con el caballero. Algo en mis modales debe de haberlo animado. Mencionar *Alf layla w layla* como uno de mis libros favoritos fue un error. Es probable que tuviera un doble sentido. Era más fácil culparme a mí misma que tratar de entender un gesto tan presuntuoso. Debe de hacerlo normalmente: entrar en una tienda y dejar su número de habitación, creyéndose irresistible. Su presuntuosidad me enfureció. Detesté sobre todo que no me hubiera dado la oportunidad de responder, salvo en mi cabeza.

Por esa época, había empezado a sospechar que Diwan había desarrollado un carácter propio al margen de los planes que Hind,

Nihal y yo teníamos para ella. Sé que parece una locura, pero creía francamente que tenía una mentalidad propia, una que pudiera decidir si aceptar o no nuestras ideas. Tenía dificultades con nuestras innovaciones digitales. Le hicimos un sitio web y fue bastante bien. Pero entonces intentamos diseñar aplicaciones y vender libros electrónicos, y fracasamos estrepitosamente. No habíamos sido fieles al proyecto, o a nuestros estantes (muy cuestionados por la tecnología): éramos de carne y hueso, papel y tinta, personas analógicas. Hace diez años, expertos en el sector predijeron la muerte de los libros físicos encuadernados. Hoy, los mismos expertos celebran el regreso de libreros independientes. Aunque todo lo que gira en torno a un libro, desde la producción hasta la venta al por menor, ha pasado a ser electrónico, el papel y la tinta continúan.

«Estos estantes tienen poder. Úselos con cabeza.» El mandato del Dr. Medhat en nuestra última conversación me impulsó a echar un vistazo a la sección de Clásicos de Hind. Mientras que en la mía predominaban las epopeyas de distintas épocas, en la suya había sobre todo poesía. Su colección se extendía a través de los siglos, desde la *jahiliyya* preislámica hasta los primeros tiempos del islamismo, pasando por la época dorada del islam (del siglo VIII al XIV), un periodo que coincidía con los años oscuros de Europa. Le pregunté por qué apenas había clásicos escritos en prosa.

—No es un catálogo exhaustivo de los mayores éxitos de la civilización islámica. Había prosa, por supuesto, en forma de tratados y panfletos. Pero eran sobre todo obras científicas más que literarias. —Fue hacia el siguiente estante—. Luego estaba el renacimiento literario egipcio a principios del siglo XIX, cuando la traducción desde y hacia el árabe fue desmedida. Y a finales del siglo XIX, repuntaron las imprentas en árabe, que atendieron a un público y unos gustos más amplios. Las tradiciones autóctonas se mezclaron con nuevas formas occidentales, como las obras dramáticas y la novela. —Paseó las manos por el estante—. A finales del siglo XIX se produce otro aumento de la poesía, encabezado por Ahmad Sawqi, Príncipe de los Poetas, que personificó la época neoclásica…

—La poesía no es lo mío. —Hice un gesto a Hind para que continuáramos.

—Lo es. Se te quitan las ganas por el *fus'ha* —continuó Hind antes de que pudiera protestar—. Te encantan las canciones de Umm Kulzum. Los poetas más brillantes del siglo XX rivalizaron para escribir las letras de sus canciones. Por eso la gente aún recuerda las palabras, a pesar de que sus canciones tienen más de setenta años. Es poesía puesta en música.

Durante la formación del servicio de atención al cliente, no hacía demasiada falta repasar la sección de Clásicos de Hind. La mayoría de los empleados de Diwan habían estudiado a los poetas árabes en el colegio. El plan de estudios de la escuela pública, desde la época de mi padre en los años treinta hasta la actualidad, contiene mucha poesía árabe. Su precisión, sus formas y su métrica ilustraban las reglas gramaticales y sintácticas. Los alumnos tenían que memorizar y citar cientos de versos y contextualizarlos como en los libros de texto. No eran bien recibidas las opiniones independientes ni las interpretaciones personales. La poesía no era un arte, sino un ejercicio y una enseñanza. En teoría, este programa prometía desarrollar el aprecio por la lengua. En la práctica, se traducía en alumnos hostiles a quienes, como Marianne Moore, no les gustaba.

En la segunda mitad del siglo XX, a medida que los movimientos religiosos conservadores se tornaban en la corriente dominante, se produjeron cambios sutiles en el plan de estudios escolar. Los cursos laicos integraban más expresiones coránicas como ejemplo de la lengua árabe. La literatura árabe, dotada de mayor flexibilidad en la expresión y la forma, recibió menos atención.

El *fus'ha* es el idioma del Corán y una lengua muerta no hablada en las conversaciones cotidianas. Lo conserva, detenido en el tiempo, Al Azhar, una de las universidades islámicas más antiguas del mundo, fundada en 970 d. C., centro de las enseñanzas para los musulmanes suníes. A principios del siglo XX, Salama Musa, periodista y defensor del laicismo y el socialismo,

hizo presión para cambiar el idioma nacional oficial del árabe *fus'ha* (clásico) al *'amiyya* (coloquial). Quería que la lengua escrita fuera más accesible a las masas. Su iniciativa obtuvo incluso el apoyo de los miembros del Instituto de Lengua Árabe, creado en 1932 por real decreto en aras de conservar y estudiar la lengua. Al Azhar, impaciente por preservar la sacralidad de la lengua, y la fuente de su poder, luchó hasta la muerte contra la iniciativa.

No todos los clásicos de Hind eran poesía. Su sección también presentaba a los primeros maestros de la literatura egipcia del siglo XX: Ihsan Abdel Koddous, Tawfiq al Hakim, Yahya Haqqi, Taha Husayn, Yusuf Idris, Suhayr al Qalamawi, Naguib Mahfuz, Yusuf al Sibai y Latifa al Zayyat. En mi época de estudiante universitaria, había leído sus novelas y relatos cortos, que estaban escritos en una versión más flexible de árabe clásico. Si bien la lengua no era en absoluto vernácula, era mucho menos rígida; su alejamiento de lo convencional allanó el camino a experimentaciones futuras.

Algunos de estos escritores salieron de esta misma universidad en la que estábamos, como Taha Husayn (1889-1973). Nacido en el seno de una familia de clase media-baja, era el séptimo de trece hijos. Cuando era un niño contrajo una infección ocular y se quedó ciego como consecuencia de un tratamiento médico equivocado. Lo enviaron a una *kuttab*, una escuela donde los niños aprendían a leer, a escribir y el Corán. Posteriormente fue a la Universidad Al Azhar, la institución teológica, donde chocó con la administración conservadora del centro. A pesar de ser ciego y pobre, lo aceptaron en la Universidad de El Cairo, recién inaugurada, donde obtuvo su primer doctorado y con el tiempo fue profesor. Al igual que el Dr. Medhat, Husayn fue un defensor del faraonismo, una ideología que extraía lo egipcio de la historia árabe, cuyos partidarios creían que el verdadero renacimiento de Egipto solo podía producirse mediante la recuperación de la herencia preislámica del país. Aunque escribió numerosas novelas, relatos cortos y ensayos, fue más conocido por *On Pre-Islamic Poetry*, su trabajo de crítica literaria que trastocó las ideas predominantes sobre la poesía en esa época y planteó cuestiones

sutiles sobre el Corán como texto histórico. Al Azhar, su antigua facultad, presionó para que se adoptasen las acciones legales pertinentes. El fiscal, como deferencia al clima cultural de tolerancia, se negó a hacerlo. Su libro se prohibió de manera temporal hasta que se publicó una versión modificada al año siguiente, en 1927, titulada *On Pre-Islamic Literature*. Husayn perdió su puesto en la Universidad de El Cairo en 1931, pero, en 1950, fue nombrado ministro de Educación, donde defendió la educación gratuita y accesible para todos. Fue nominado para el Premio Nobel de Literatura desde 1949 hasta 1965, catorce veces consecutivas.

La historia se repite con resultados distintos. Sesenta años después, Nasr Hamid Abu Zayd, profesor de la Universidad de El Cairo, publicó *Critique of Islamic Discourse*, lo que enfureció a algunos de sus colegas islámicos más conservadores, uno de los cuales lo denunció en un sermón en la mezquita Amr Ibn al As. Le siguieron demandas judiciales que acusaban a Abu Zayd de apostasía. Tras años de tormentas jurídicas, él y su mujer abandonaron Egipto y se exiliaron a Leiden. Lo conocí en 1999 en una conferencia en la Universidad de Oxford titulada muy adecuadamente «Reconsiderar el islam». Me preguntó si regresaba a El Cairo después de la visita. Asentí.

—Dígale que lo echo de menos —dijo.

Después de que transcurriera un tiempo suficiente y la demanda presentada contra él fuera en gran parte olvidada, regresó a su patria, donde murió en 2010. En un caso de injusticia poética, falleció el mismo año en que *Alf layla w layla* se enfrentó a la posibilidad de una nueva prohibición legal.

El Dr. Medhat tenía razón. Los libros vivían y morían, como las lenguas. Los clásicos de la literatura siguen siendo inaccesibles para la mayoría de los egipcios. Si bien las traducciones de los clásicos árabes proliferan en el extranjero, cuentan con pocos lectores en Oriente Próximo, tanto debido a los altos niveles de analfabetismo como a la inaccesibilidad del idioma. No se han

vuelto a escribir en *'amiyya*. Nuestra relación con el pasado es tensa, y a menudo superficial, en parte debido a que nuestras puertas a la historia están cerradas con llave. Y no estaba segura de que una librería, o incluso cuatro, pudieran abrirlas.

—¡Esto es vergonzoso!

—¿Perdón?

Me di la vuelta y me encontré con la *doktora* Ibtisam, una de las clientas más desagradables de Diwan, que había pasado de Zamalek a la tienda de la Universidad de El Cairo, donde daba clases. Su nombre en árabe clásico significa 'sonreír', algo que nunca hacía y tampoco provocó que nadie lo hiciera.

—*Doktora*, ¿qué es lo que le ofende hoy? —preguntó Hind con una jovialidad forzada.

—No puedo creer lo caros que son sus libros. Las librerías como las suyas vuelven codiciosas a las editoriales. Fijan el precio de estos libros por encima de lo que cualquiera puede permitirse. No todos los lectores tienen los bolsillos llenos como sus admiradores de Zamalek y Maadi.

—Había creído que usted, como profesora de literatura, sería partidaria de invertir en nuestra literatura y en nuestra cultura.

—Esto no es una inversión. Es una estafa. ¿Cómo fomenta la lectura si nadie puede pagar sus libros?

—No estoy tan versada en literatura árabe como usted —dijo Hind con sincera humildad—, así que no hablo como lectora, sino como librera. La primera vez que organicé los estantes de Zamalek, todo lo que teníamos eran ediciones antiguas que habían estado pudriéndose en almacenes. Recuerde: un papel horrible, tinta corrida, unas cubiertas feas, sin lomo, encuadernados con grapas oxidadas. Aunque valen unas cuantas libras egipcias, no se leían mucho. Ahora, menos de diez años después, las editoriales independientes ven una ola de consumidores que valoran la calidad y están dispuestos a gastarse el dinero en ella. Las editoriales compraban los derechos disponibles. Volvían a imprimir todo lo que fuera de dominio público. Mire la encuadernación, la

letra nítida, las bonitas cubiertas. Las obras completas de Naguib Mahfuz se han publicado en varios volúmenes, cada uno de ellos un aporte maravilloso para cualquier biblioteca. No solo se lee a los maestros; son apreciados, revisitados y se transmiten a las generaciones venideras. Invertir en calidad no disuade a las personas de leer o comprar estos libros. ¿Cuántas librerías han abierto desde Diwan? ¿Cuántas editoriales nuevas?

—Bueno, quiero un descuento de este libro. —Señaló hacia un volumen de poesía sufí publicado recientemente.

—Como sabe, ofrecer descuentos va contra la política de Diwan. No obstante, le sugeriría que fuera a una biblioteca.

A principios del siglo XXI, a medida que las editoriales se expandían y otras nuevas estaban creando sus listas, fueron más allá de las reimpresiones y empezaron a publicar una mayor variedad de literatura árabe moderna. La gente mostró un renovado interés en los escritores egipcios, muchos de los cuales habían obtenido reconocimiento en los años ochenta y noventa, pero solo últimamente habían conseguido el debido crédito: Ibrahim Abdel Meguid, Radwa Ashur, Ibrahim Aslán, Salwa Bakr, Gamal al Ghitani, Sonallah Ibrahim, Mohamed al Mansi Qandil, Edwar al Kharrat, Abdel Hakim Qasim y Bahaa Taher, por citar a unos cuantos. No contenta con lo que había en Egipto y a nivel local, Hind había buscado y se había abastecido de autores árabes aclamados por la crítica, como Hoda Barakat (Líbano), Muhammad Sukri (Marruecos), Rabee Jaber (Líbano), Sahar Khalifeh (Palestina), Abderrahmán Munif (Arabia Saudí) y Tayyeb Saleh (Sudán), que entraron a formar parte de nuestras listas de superventas. Antes de Diwan, estos libros solo estaban al alcance de los lectores egipcios durante la Feria Internacional del Libro de El Cairo, cuando las editoriales árabes presentaban a los autores más vendidos. De otro modo, se habrían visto aprisionados bajo los escombros de unos canales de distribución fallidos. Hind encontró a sus editores y los importó de todo el mundo árabe. Me sentía orgullosa de ella, y un poco celosa. Me dije a mí misma que

encontraría las traducciones en inglés de sus novelas. Ella no compartía mi vena competitiva y se preocupaba sobre todo de presentar escritores ilustres a lectores ilustres.

Menos de dos años después de la inauguración, con unas ventas de libros minúsculas y un aumento de los alquileres y los gastos generales, nos vimos obligadas a cerrar nuestra tienda de la Universidad de El Cairo. Debía de haber algo de verdad en las quejas de la *doktora* Ibtisam. Mi visión utópica de la ubicación se había topado con la cruel realidad: los estudiantes tan solo querían un sitio donde pasar el rato. Nuestra cafetería vendió más que nuestra librería.

Hind siempre decía que teníamos que hacerlo a lo grande o irnos a casa. En ese momento teníamos que irnos a casa. El día del cierre, la estoica Nihal supervisaba a un equipo de empleados de mantenimiento mientras metían los libros en cajas de cartón y desmantelaban las estanterías, la iluminación y la sección de la cafetería. Se guardarían y luego se reutilizarían en nuestra próxima filial, nuestro siguiente intento. Una vez eliminamos Diwan del local, Nihal devolvió las llaves a la administración del campus. Ni siquiera pude mirar. Me recordó que el conocimiento es poder, que habíamos aprendido de nuestros errores. La información sobre lo que la gente quiere y no quiere sería un suma y sigue. Le dije que había sido una lección a un precio elevado.

Hind me animó a que tomara distancia. Observé los datos básicos, el panorama general. Me recordé que habíamos puesto en marcha Diwan en una cultura que había dejado de leer. Nuestro sistema educativo había hecho hincapié en una memorización rutinaria y había desalentado la libertad de pensamiento. Los ingresos con los que contaba la gente, si los tenían, no iban destinados a los libros. Quienes podían permitírselos, como Hind y yo, íbamos a colegios extranjeros que cercenaban sus lenguas maternas a los alumnos. Se aislaba a los lectores a cada instante. La producción cultural se había quedado en un estado de atrofia. Y, sin embargo, contra todo pronóstico, se produjo un cambio.

Destellos de esperanza.

Nuestro buque insignia se había convertido en un referente en Zamalek. Heliópolis tenía unas ventas constantes. Maadi avanzaba un poco a trompicones, pero sabía que el fracaso es un aspecto natural y necesario de cada experimento. Nuestros puestos en los centros comerciales Carrefour City Centre eran rentables y fiables. Nos estábamos expandiendo hacia destinos turísticos: el Hotel Marriott El Cairo en Zamalek, el centro comercial Senzo en Hurgada, en el Mar Rojo, y, en los meses estivales, cuando los egipcios migraban a la costa, Diwan continuó con una tienda estacional en la costa norte. Tal vez no todo estaba perdido.

Entonces pasamos del negro al desconocido rojo. Estábamos en medio de una recesión mundial. Sabía que formaba parte de una economía internacional: aunque no podía verla de forma visible, fui testigo de sus repercusiones en nuestras ventas. Enfrentada a una disminución de los ingresos, la gente estaba cada vez más nerviosa ante el futuro y procuró conservar cualesquiera recursos que tuviesen. El presupuesto para el ocio se destinó a cuentas de ahorros para emergencias y a las facturas mensuales. Intentamos nuevas fuentes de ingresos para compensar las escuálidas ventas. El Cairo es una ciudad que dispone de farmacias, tiendas de comestibles, carnicerías, incluso McDonalds. Los repartidores hacen también de asistentes de compras: recogen un paquete de tabaco o compran algo en una tienda cercana durante el trayecto. Decidí introducir un servicio de entrega para nuestras tiendas. Minou celebró la ocasión diseñando una bolsa nueva a juego con marcapáginas. Para promocionar la iniciativa mientras se tramitaba el infinito papeleo, puse en el escaparate de Zamalek una de las motos para hacer las entregas que Minou había impreso con sus diseños.

Empezamos a ver la manera de recortar gastos. Las bolsas de Diwan. Estaba clarísimo que no podíamos seguir permitiéndonos su producción ni darlas gratis. No soportaba la sola idea de perder otro de estos sencillos placeres al servicio de los resultados. Luego, cuando al final le mencioné el tema a Minou, me dijo que eliminar las bolsas sería un error que me pasaría años lamentando. Lo hice

de todos modos y le dije que se fuera a la mierda. Tenía razón, como siempre. Hasta el día de hoy, Minou nunca me lo ha perdonado, y yo nunca me lo he perdonado a mí misma. En mi mente, el desarrollo de Diwan estaba ligado a la marca, y me preocupaba que dejar de fabricar las bolsas fuera una señal de retirada. Nuestras bolsas viajaban por todas partes; su alta calidad garantizaba que vivieran más que lo que transportaran. Se habían convertido en un clásico por derecho propio. Como me habían enseñado las *Noches*, no todos los clásicos sobreviven, y los que lo hacen a veces pasan por una reencarnación que vuelve a crear su propia esencia. Vi cómo se transformaba Diwan: desde algo pequeño fácil de controlar hasta algo mucho más difícil de manejar. La Universidad de El Cairo fue la primera tienda que perdimos, pero no sería la última. Aun así, sabía que sobreviviríamos, aunque solo fuera reinventándonos.

—Dr. Medhat, he estado pensando en lo que dijo —traté de interrumpir.

—Al menos su hermana tiene el buen juicio de no incluir *Alf layla w layla*. —Se marchó echando chispas.

—No se preocupe. Volverá —afirmó Ahmed, los brazos llenos de montones de libros, mientras veía al Dr. Medhat dar la vuelta hacia la caja de la tienda de Zamalek y desaparecer de la vista.

7

Arte y Diseño

—Tal vez les sorprenda esto, pero *El libro de las chimeneas* es uno de mis superventas en Oriente Medio —dijo Stephen, representante de ventas de la editorial de arte Thames and Hudson.

—Esta es una de las zonas más cálidas del mundo. ¿Por qué iba a querer nadie aquí tener existencias o comprar un libro sobre chimeneas? —me burlé.

—¿No han vendido los suficientes libros hasta ahora como para saber que están vendiendo mucho más que libros? —Señaló en torno a nosotras, como si captase el testimonio de los libros. Estábamos en medio de la sección de Arte y Diseño de Diwan en Mohandessin, nuestro local más reciente—. Están vendiendo una imagen, un estilo de vida ambicioso, una realidad paralela.

Habíamos creado Arte y Diseño para reunir los libros sobre estética, que eran más grandes que nuestra selección de libros convencionales de ficción y no ficción. Pero la nueva categoría enseguida se dividió en dos subsecciones, que incluían arte y artistas, arquitectura, interiores, diseño y fotografía. Esto distaba mucho de nuestras primeras épocas de Diwan, cuando vendíamos solo algunos libros de arte y diseño en inglés y árabe producidos a nivel local, y cada uno de ellos se centraba en los antiguos egipcios y el legado del islam. Se vendían bastante bien, seguramente por su temática tradicional; los manteníamos en los Esenciales de Egipto. La nueva sección de Arte y Diseño coincidía con un creciente interés mundial en el arte de la región. En El Cairo habían empezado a abrir más galerías de arte moderno. Sotheby's y

Christie's pusieron una tienda en Dubái y empezaron a hacer subastas de temporada de arte de Oriente Próximo y Oriente Medio, afianzando el mercado. Los coleccionistas privados crearon colecciones privadas. Apareció una serie de libros que narraban el arte y los artistas egipcios y árabes contemporáneos. Los coleccionistas compraban libros para contextualizar sus adquisiciones. Los egipcios encontraron una nueva fuente de orgullo nacional más allá de las obras de los antiguos egipcios. Esta corriente, y la creciente demanda que la impulsó y la alimentó, merecía tener una sección tanto en la parte de árabe como de inglés de las librerías Diwan.

Junto con estos movimientos contemporáneos, hubo asimismo una afluencia de libros de fotografía, con imágenes del Egipto de finales del siglo XIX a principios del XX, antes de la revolución de 1952 que puso fin a la monarquía. A pesar de la gran agitación política del colonialismo y dos guerras mundiales que marcaron el periodo, las fotografías son sorprendentemente plácidas. Las calles están limpias y son amplias, salpicadas por algún que otro carruaje tirado por caballos o un automóvil. Imágenes del centro de El Cairo, inspiradas en París, acentúan los edificios y las fachadas ornamentadas de la *belle époque*. Las personas que aparecen en las imágenes se ven arregladas y decorosas. Pese a todo lo que las fotografías ocultan —el alboroto y la vida caótica; la pobreza y las fuertes jerarquías de clases—, me parecían reconfortantes. Me recordaban al Egipto de los relatos de mis padres, el lugar lejano donde crecieron. Empecé a coleccionar estos libros.

Los libros ilustrados de gran formato son, por su propia naturaleza, decorativos. Sus compradores tienen tiempo libre, horas para examinar con detenimiento las imágenes y recibir invitados. Pero los libros también tienen un carácter ordinario. Viven en y en torno a nosotros, como parte del mobiliario. Su popularidad recién descubierta durante la primera época de Diwan sugería un cambio general en los hábitos de lectura: los libros ya no se diseñaban únicamente por su función, sino por su forma.

Eran en sí mismos obras de arte.

—Estoy decorando mi casa y me gustaría una selección de libros sobre arte y diseño egipcio —recuerdo que le dijo una clienta una tarde a Hussein, nuestro nuevo empleado del servicio de atención al cliente.

Yo estaba detrás del mostrador, limpiando la parte que hay debajo de la caja registradora. En este espacio es donde se guardaba la mercancía dañada y luego olvidada, junto con sobras del almuerzo, llaveros con protectores para el mal de ojo y otros bártulos de los empleados. La clienta era una señora elegante de treinta y pico años. Llevaba un bolso con el monograma de Louis Vuitton, con un pañuelo a juego, por supuesto.

—¿En qué época está interesada? —le preguntó Hussein.

Había estado como aprendiz de varios empleados curtidos del servicio de atención al cliente en varias Diwan, hasta que tuvo claro que quería trabajar en la tienda recién estrenada de Mohandessin.

Mohandessin, que significa 'ingenieros', se construyó en tierras agrícolas que ofreció el Gobierno a precios reducidos a los homónimos de la zona en la década de 1950. Los barrios cercanos siguieron un patrón parecido y crearon distritos para periodistas, profesores y médicos. Eran profesiones que beneficiaban a la comunidad, valoradas sobre todo después de la revolución de 1952, que intentó establecer un Egipto moderno e independiente. En los años noventa, tras una espectacular explosión demográfica, estos barrios, anteriormente compuestos por chalés y bloques de pisos espaciosos, fueron transformados en rascacielos de hormigón densamente poblados. Mohandessin pasó a estar abarrotado, transformándose en un laberinto de tiendas, restaurantes y cafeterías, y un destino favorito para los ricos árabes del Golfo que veraneaban en El Cairo.

El barrio, conocido por sus embotellamientos y su nula planificación urbanística, estaba salpicado de imponentes estructuras de hormigón, un batiburrillo de tiendas y

omnipresentes carteles y vallas publicitarias. En resumidas cuentas, carecía de encanto. Nos preocupaba que a Mohandessin le faltara el volumen suficiente de lectores sibaritas para considerar a Diwan un tercer espacio, pero sabíamos que era un destino turístico árabe popular. Con un poco de *marketing* inteligente, podríamos crear la comunidad de lectores y aficionados a la cultura que necesitaba Diwan para prosperar. En cada tienda, tratamos de aprender de nuestros triunfos, como Heliópolis, y nuestros fracasos, como la Universidad de El Cairo. Cambiamos nuestro patrón con la esperanza de acceder a nuestra comunidad recientemente adoptada, o, por lo menos, establecer un diálogo con ella. Pero teníamos un problema: Zamalek, nuestro buque insignia, era un caso aparte, y había distorsionado todas nuestras expectativas. Heliópolis triplicaba en tamaño a Zamalek, así que hicimos un cálculo conservador de que generaría el doble de ventas. Hasta el día de hoy, Heliópolis nunca ha cumplido esa expectativa. No fuimos conscientes de que la combinación de la clientela de Zamalek —egipcios amantes de la literatura, turistas, visitantes de la embajada, expatriados y francófilos— y su excelente ubicación en la calle 26 de Julio serían imposibles de reproducir. Nuestra expansión se basó en una premisa falsa, un golpe de suerte. Por entonces no lo sabíamos, pero intentamos repetir una coincidencia. Sí sabíamos que cuanto más nos expandiéramos, mayores serían nuestros gastos, así que apostamos por los residentes pudientes de Mohandessin para equilibrar nuestro presupuesto. La mujer delante de mí desde luego daba el perfil.

—Mis especificaciones son: colores vivos, con lomos que no sean ni negros ni marrones; no estoy creando la biblioteca nacional. Quiero una altura máxima de 35 centímetros. Pero quiero evitar asimismo una monotonía visual. Puedo formar una pila con ellos y poner una bandeja en la parte superior para hacer una mesa auxiliar.

Hussein dudó, claramente desconcertado. Intervine.

—Hussein, ¿por qué no reúnes todos los libros de arte moderno y cualquier otro sobre Egipto de los últimos doscientos años? Y tal vez algunas obras del antiguo Egipto, pero solo las que

tengan unas cubiertas alegres y de colores vivos. —Me volví hacia la clienta—. ¿Le gustaría ir a la cafetería y hablar de la estética en la que está interesada? Creo que deberíamos empezar con los libros más grandes en la parte inferior y colocarlos horizontalmente. Cualquier cosa que no le guste demasiado y que no se adapte al patrón de colores podría estar en la mesita de café, y darles a usted y a sus invitados algo de lo que hablar. —Me sonrió, señal de que estaba satisfecha. Fui un poco más lejos—. Sé que preguntó en concreto por libros de arte y diseño egipcios, pero tenemos un tomo especial que alguien con su gusto apreciaría. —Me dirigí a uno de los expositores de libros de arte y diseño, un cuboide abierto de madera con varios separadores de plexiglás. Saqué un libro enorme, *The World of Ornament*, publicado por Taschen, la editorial de libros de arte alemana. Exageré mis esfuerzos al levantar el libro, para que su peso fuera incluso más impresionante —. Este solo lo importamos para clientes especiales. Pesa unos seis kilos y es bastante alto, unos sesenta centímetros. Es un bonito centro de mesa. Le prometo que muy pocos lo habrán visto antes. Narra la historia del ornamento, así que si de verdad le interesa el diseño...

Durante las sesiones de formación, les decía a mis empleados que la manera más fácil de vender un libro eran ponérselo en las manos a los lectores. Le puse este en las suyas. Soltó un suspirito de sorpresa. Pude ver la línea de meta. Preparé mi último señuelo.

—Es un desembolso económico importante; tiene un precio de 1.250 libras egipcias, así que tómese su tiempo para pensarlo.

—Entra dentro de mi presupuesto. Me lo llevo —añadió con gran entusiasmo—. ¿Tiene algún libro de diseño de interiores de Egipto?

—Por desgracia, solo se me ocurren dos, lo cual es sorprendente teniendo en cuenta los muchos que hay de estilo e interiores de Marruecos. En cierto modo, el interiorismo egipcio contemporáneo no ha recibido el mismo interés internacional.

Le traje un librito de bolsillo, también de Taschen, *Egypt Style*, que se vendió muy bien, porque era barato y bonito, repleto de lujosas fotografías de interiores, un sueño egiptófilo. Se lo di.

—Es demasiado pequeño. Se perderá en medio de todos los demás.

Lo dejó sin abrir en una mesa cercana. Le puse delante el otro libro, *Egyptian Palaces and Villas*, abrí la cubierta y empecé a pasar páginas mientras daba explicaciones, como una profesora en el colegio.

—Creo que este le encantará. Incluye todos los palacios opulentos y las casas de campo construidos desde los tiempos de Mehmet Alí hasta la época dorada de Egipto como destino turístico internacional. La riqueza cultural y estética de nuestro país en tiempos del canal de Suez, y los ferrocarriles y las industrias algodoneras, eran magníficos. Es imprescindible. —Asintió.

—Nos olvidamos de lo bonito que es nuestro país. Todo este hormigón provoca amnesia a nuestra vista.

Sus palabras me recordaron cómo reaccionaba la gente ante nuestra tienda emblemática cuando entraban por primera vez. Muchos daban por hecho que nuestros libros serían carísimos y decían que habíamos gastado demasiado en el interior. Otros decían que el diseño distraía la atención, que una librería no debería ocultar su función con una decoración inútil. La belleza se percibía como un lujo prohibitivo.

—Mi marido trabaja en una de las principales empresas de correduría de bolsa. Llevo años diciéndole que deberíamos coleccionar arte. Hace muy poco que ha empezado a estar de acuerdo conmigo, cuando se dio cuenta de que era una buena inversión, ya que sus compañeros corredores de bolsa también lo están comprando.

—Pero ¿es una pasión para usted? —Sonreí. Apreciaba su honestidad.

Asintió.

—Estudié en la École des Beaux-Arts de Zamalek. Soñaba con ser escultora. Antes de eso, quería ser arquitecta, pero mi padre me dijo que era una profesión de hombres. —Hizo una pausa—. Pero, a decir verdad, ¿cuántas mujeres pueden encontrar un equilibrio entre un marido exigente, unos hijos exigentes y una carrera sin volverse locas?

—Humm. —Me di la vuelta—. No hay ninguna mujer en los libros que está comprando. En Egipto, hubo muchísimo diseño vanguardista a partir de los años treinta, pero mostrar y abogar por mujeres artistas aún era demasiado radical.

No estaba segura de si pretendía ser tranquilizadora o crítica; tan solo quería mantener en privado mi vida personal y mi opinión.

Me examinó.

—Quizá mi padre tenía razón. O estaba irremisiblemente equivocado.

—El problema actual va más allá de la falta de arquitectas. Es la falta de arquitectos, y punto. Han sido sustituidos por ingenieros civiles, diseñadores con conocimientos técnicos pero sin sentido estético.

—Y por eso hemos llegado a barrios como Mohandessin —se lamentó.

—Exacto. Ahora permítame que la deje en las muy capaces manos de Hussein —dije, mientras la acompañaba a las pilas de lomos de vivos colores que él había reunido de manera teatral encima de las vitrinas, que había despejado para este fin.

Aprendía rápido. Nihal había dudado de si contratarlo o no, porque durante la entrevista admitió que no tenía ni idea de libros, al venir del sector hotelero. Entonces afirmó descabelladamente que él podía adivinar lo que querían los clientes antes incluso de hablar con ellos. Nihal decidió que no había que hacerle ni caso. Hind estuvo de acuerdo y sugirió que solo por ese motivo deberíamos ponerlo a prueba en Mohandessin. Era un territorio nuevo para Diwan, y necesitábamos gente que pudiera pensar rápido, que pudiera triunfar al margen de nuestra clientela habitual (cultivada, literata). El hecho de que, después de varias semanas de formación, Hussein no tuviera ni pajolera idea de libros era menos importante que su afabilidad, su capacidad para entender, y cautivar, a un amplio abanico de personas.

Mientras observaba a la mujer salir de la tienda, pensé en lo que quería y en si lo había encontrado. Sus especificaciones concretas sobre el color y las medidas sugerían que había

adquirido los libros como elementos decorativos, obras de arte. Pero su confesión revelaba que su interés trascendía la simple estética: los libros catalogaban las aspiraciones personales que había abandonado bajo los designios de su padre. Era evidente que su marido usaría la nueva colección como una prolongación simbólica de su riqueza y sofisticación. Me pregunté si conocía siquiera sus primeras aspiraciones, si se lo había preguntado alguna vez.

Había un género que faltaba en Arte y Diseño: los libros de bricolaje, que eran populares entre los editores estadounidenses. La industria sencillamente no existe en Egipto. Para hacer estos trabajos contratamos a operarios, carpinteros, electricistas y fontaneros, cuyas habilidades han pasado de una generación a otra en las familias o las han adquirido a través de aprendizajes comunitarios. Buena parte de los constructores y contratistas con los que he trabajado habían empezado su vida profesional en un gremio y luego, por medio de la experiencia, adquirieron conocimientos de los demás, y luego se convirtieron en contratistas libres de las trabas de unas pautas u organizaciones que controlaran o inspeccionaran su trabajo.

Sus equivalentes artísticos son los artesanos, que pasan por procesos de formación parecidos. Antiguamente, los tejedores, los trabajadores del latón, los artesanos del cobre, los fabricantes de carpas, los taraceadores de nácar, los alfareros y los pintores habían formado un importante estrato social. Al igual que los operarios, los maestros transmitían sus habilidades a los aprendices, creando un sistema cerrado que garantizaba el control del conocimiento y la calidad. A diferencia de oficios más prácticos y con mucha salida, los artesanos se están volviendo sumamente raros: incapaces de obtener ganancias o competir con importaciones baratas, estos productores, y sus artes, están desapareciendo. Cada cierto tiempo, algún grupo o iniciativa intentaba rescatar a estos artesanos, abriendo tiendas nuevas pensadas para el flujo de turistas, pero estos esfuerzos nunca

lograban cambiar de verdad la tendencia.

Uno de los placeres de pedir y tener existencias en Arte y Diseño era fastidiar a Hind. Nuestras ganancias con un libro de arte caro y elaborado de manera suntuosa superaban lo que ganábamos con dos docenas de libros en árabe. Hind y yo habíamos plantado nuestros campos de batalla en nuestras secciones. La cultura circundante restableció estas desigualdades entre el árabe y el inglés de forma preocupante. Nuestro personal local del servicio de atención al cliente vendía libros extranjeros que, en algunos casos, costaban más que sus modestos salarios. Empecé a ver estas asimetrías por doquier. Incluso los billetes egipcios encarnaban el sistema binario de Occidente y Oriente. Por un lado, el valor numérico está escrito en inglés, rodeado de ilustraciones de Kefrén, constructor de la pirámide mediana de Guiza, Ramsés II en su carro de guerra, el templo de Horus en Edfú y la máscara funeraria de Tutankamón. Por otro, el egipcio: letras y números en árabe están rodeados de imágenes de las mezquitas de Rifa'i, donde está enterrado el sah de Irán, Mehmet Alí, Ibn Tulun y el sultán Hasán. Esta parte localizada era reduccionista y ocultaba de la vista a los egipcios no islámicos y no árabes.

Aunque mis empleados y yo vivíamos en la misma ciudad, nuestras ciudades no eran las mismas. Desde la segunda mitad del siglo XX, el paso de la vida rural a la urbana ha dejado atrás la capacidad de El Cairo para preocuparse por sus ciudadanos. A medida que las ciudades se comercializaron como el lugar de las oportunidades y las ayudas públicas, y la consiguiente migración urbana en masa, cada vez se acentuaron más las grandes desigualdades entre comunidades y clases. Nos rodearon imágenes ambiciosas. Las vallas publicitarias que flanqueaban las autopistas egipcias publicitaban cuchitriles de hormigón junto a lujosos palacios. Realidades opuestas crecían codo con codo. Los *'ashwa'iyat*, asentamientos espontáneos que brotaban en tierras agrícolas demarcadas, alojaron a millones de trasplantados llenos de esperanza procedentes del campo egipcio (donde los servicios

gubernamentales eran menos accesibles y las oportunidades laborales, más limitadas). Los residentes adinerados se marcharon de los suburbios en desarrollo a comunidades privadas con piscina, jardín y campos de golf. Los libros de diseño se comercializaban para los ricos, con imágenes de mundos hermosos aislados de todo y de todos. Durante el proceso, hicieron que este modo de vida pareciera más natural, menos ajeno. Las clases elitistas se estratificaban en subconjuntos, cada uno de los cuales tomaba decisiones estéticas y comerciales independientes pero parecidas. Me viene a la mente la afirmación del representante de ventas sobre la popularidad de *El libro de las chimeneas* como ejemplo de la extraña fantasía que estaba en realidad vendiendo. En el caso de los libros de arte y diseño, son el indicador tanto de la perspectiva como de las aspiraciones. Casi podía oír a los libros susurrar a sus fieles clientes.

Me preguntaba en qué medida los libros caros y los clientes pudientes marginaban y desmoralizaban a mis colaboradores más desfavorecidos. Los propios libros pertenecían a una realidad que muchos de mis colaboradores difícilmente podían imaginar, no digamos ya habitar. Las opciones para huir de la inmovilidad social eran irrisorias. Los robos por parte de clientes y del personal eran una posibilidad constante en Diwan. Dadas las diferencias disonantes en el nivel de vida, la moneda y los productos, me sorprende sinceramente que no nos robaran más. Me costaba mucho más perdonar a los clientes que a mis empleados. En todos los casos, los desconocidos parecían no tener remordimientos cuando los pillaban y alegaban indefectiblemente que los libros eran un derecho humano fundamental y, por lo tanto, deberían ser gratis para todos, no muy diferente del descontento de esos primeros visitantes con Diwan por no ser una biblioteca. Instalamos cámaras y detectores de metales, y contratamos a guardias de seguridad. Los clientes mejoraron sus estrategias como ladrones, sobre todo de artículos multimedia antes de que la era digital los convirtiera en algo obsoleto. Se llevaban los CD y DVD al baño, cortaban la funda de plástico del lateral, sacaban el disco y devolvían inofensivamente la caja vacía a los estantes.

También tuve que hacer frente a formas menos literales de robo. Una tarde a última hora, estaba hablando por teléfono con el responsable del almacén, Youssef. Recuerdo suplicarle:

—Youssef, ¿cómo avanzan los envíos? Es miércoles y los libros tienen que estar en los estantes antes del fin de semana.

—*Ustaza*, estamos trabajando mucho, pero se trata de un envío de seis toneladas y hay que introducir los datos y poner el código de barras.

—Dame un porcentaje. ¿Cuánto?

Con un nuevo programa de vigilancia, vi la pantalla del ordenador de Youssef en la mía, a pesar de estar en edificios distintos.

—Deberíamos acabarlo a mediados de la semana que viene —respondió distraídamente.

Odiaba que me tomaran por imbécil. Era emocionante ser más lista que él.

—Déjame sugerirte algo. Tal vez ayude a la productividad. Deja de jugar al solitario en internet. De todas formas, parece que estás perdiendo. —Silencio. Le di donde dolía—. Te estoy descontando del sueldo el tiempo y los fondos que estás haciendo perder a la empresa, y por el penoso ejemplo que estás dando. Tienes hasta mañana a última hora para terminar con el envío. No dudes en trabajar por la noche.

Colgué. Me dije a mí misma que si mis empleados decidían dejar de trabajar para jugar a cartas, yo tenía derecho a robarles su privacidad, para garantizar que recibía el trabajo por el que pagaba.

Pocas horas después del suceso, pasé por delante de la cocina en la oficina central, donde encontré al equipo de introducción de datos con caras largas y bebiendo lentamente su té sin apenas ruido, algo inusual. Omar, el responsable de informática y por lo general una figura permanente en este grupo, no estaba. Fui hasta su oficina, entré sin llamar y cerré la puerta tras de mí. Se levantó.

—Esta mañana había problemas en el jardín del edén —dije.

—*Ustaza*, cuando instalé el programa espía me prometió que no se lo diría a los empleados.

—Omar, a veces tengo que jugar mis cartas. No has salido escaldado. Ellos te necesitan más a ti que tú a ellos.

Miraba con educación. Apreciaba los modales corteses de Omar tanto como sus capacidades informáticas. Era un joven armónico que se arreglaba el pelo rizado negro azabache con gomina, llevaba siempre pantalones negros impecables y camisas blancas planchadas.

Posteriormente, Omar me ayudó a organizar el paso del programa espía a las cámaras activadas por movimiento que instalamos en el almacén, cuya transmisión se conectaba automáticamente con mi ordenador, así como con el de Hind y Nihal. Ellas nunca lo miraban. Los empleados sospechaban que los observaba, y estaban en lo cierto. Tal vez me inspiré en los tiempos de Nasser para hacer frente al legado de los tiempos de Nasser. Recuerdo oír historias de los agentes de seguridad del Estado de Nasser poniendo micrófonos en los balcones de los pisos para escuchar los sentimientos políticos de los invitados a la fiesta. Me volví omnipresente en mi determinación de enfrentarme al descontrolado legado socialista de Nasser, que garantizaba la enseñanza gratuita y el empleo estatal para todos: el empleado indiferente. Muchos egipcios aspiraban a un empleo del Estado, con su promesa de trabajar menos horas, un sueldo exiguo (que podía mejorarse por medio de canales más creativos) y la garantía de un empleo sin tener en cuenta el rendimiento (las leyes de Nasser dificultaron en gran medida despedir a los funcionarios públicos). Las empresas privadas, como Diwan, tenían mala prensa. Aunque nuestro salario era mejor, exigíamos ocho horas diarias de trabajo y resultados, y echábamos a quienes no cumplían nuestras normas. Los egipcios se debatían entre la vía de menor resistencia y el territorio desconocido, con su posibilidad de ganar más.

Desde tiempos remotos, el Nilo proporcionaba agua, comida y transporte. Cuando el río se desbordaba, el limo fértil que dejaba hacía fácil cultivar la tierra. Heródoto, el antiguo filósofo griego, había escrito: «Egipto es el regalo del Nilo». En función de dónde se encuentre uno, la abundancia del Nilo podría ser la maldición del Egipto moderno y perpetuar una cultura de inacción.

Cuando un cliente se gasta 1.000 libras egipcias en Diwan, su lealtad se ve recompensada con un cheque regalo de 100 libras. Pero debido a algunos vacíos legales en esta política, Diwan tuvo que hacer frente a una banda rotativa de ladrones salidos de «Alí Babá», uno de mis cuentos preferidos de *Las mil y una noches*. En él, Morgana, la astuta esclava de Alí Babá, trunca los planes de los ladrones, que intentan matar a su jefe por haber descubierto su cueva de riquezas. Yo tenía varias Morganas.

Omar era mi cómplice más firme, y su último artilugio captó imágenes sorprendentemente nítidas. Al tiempo que las aguas del Nilo discurrían para llenar sus diversos afluentes, el dinero se movía a través de las tiendas de Diwan. Maged y Omar generaban informes periódicos para controlar estos movimientos. Habían señalado la tienda de Maadi por tener un número excepcionalmente alto de canje de cheques regalo, que se producía de forma inexplicable durante el tranquilo turno de mañana. Había trasladado a Hany, el cajero amable y provisional que hacía ese turno en Maadi, a Heliópolis para controlarlo más de cerca. Al día siguiente, fui a la tienda con el pretexto de hablar de los expositores y comprobar el aspecto general del local. Cuando no miraba nadie, coloqué con rapidez mi nuevo bolígrafo espía con cámara oculta —un juguetito de Omar— en un rincón de las estanterías que había junto a la caja. Le pedí a Samir que consiguiera que su primo ricachón, contable en una multinacional, trabajara como infiltrado esa tarde. Observé a través del bolígrafo espía mientras el primo de Samir compraba el mamotreto de *Los archivos de Star Wars: 1977-1983*, que costaba algo más de 1.000 libras egipcias. Quién lo iba a decir; Hany no le ofreció un cheque regalo. Cuando el primo se marchó, Hany echó un vistazo alrededor, imprimió un cheque regalo, lo adjuntó al recibo de *Star Wars*, lo canjeó por dinero en efectivo y deslizó un billete de 100 libras por debajo de su camiseta azul marino, aplastándolo contra su vientre. Después de los primeros casos de robo, Nihal había empezado a coser los bolsillos de los pantalones del uniforme antes de entregárselos al personal.

Más tarde ese día, cuando me dirigía a la oficina de Maged,

vislumbré a Hany esperando fuera pacientemente. Agaché la cabeza hacia el bolso, hurgando en su interior a modo de distracción. Tenía la boca seca. Éramos una familia. Pero ya sabía de qué iba. Lo había visto demasiadas veces. Maged soltará la información con tono alegre y ligero, haciendo partícipe a Hany de la investigación y fingiendo desconcierto. Omar explicará las cifras y las extrañas coincidencias con un exceso de jerga. Maged preguntará entonces a Hany si sabe algo que pueda arrojar luz sobre el asunto del canje de los cheques regalo. Hany parecerá horrorizarse ante la mera insinuación de irregularidad, jurará por el honor de su madre y negará fervientemente la afirmación. Maged asentirá con la cabeza mientras reproduce las imágenes de vídeo. A Hany se le pondrán los pelos del cogote de punta.

Maged le ofrecerá dos posibilidades: renunciar, firmando una declaración conforme la empresa ha cumplido todas sus obligaciones con él y no presentará ninguna reclamación contra ella (una cláusula que habíamos añadido después de que otros ladrones insolentes hubiesen hecho eso mismo antes), y una serie de cheques bancarios a la empresa por un valor aproximado de lo que se ha robado. O llamar a la policía: lo llevarán a la comisaría, donde será interrogado y acusado con base en una confesión que hará por voluntad propia o después de una persuasión poco ortodoxa. Saldrá destrozado, abrumado por la vergüenza de lo que le ha ocurrido. Sus antecedentes penales harán que no pueda trabajar, y lo único que tendrá por delante será una vida más delictiva.

Hany opondrá una ligera resistencia e implorará clemencia. Maged le dirá que esto es clemencia. Hany pedirá hablar con la señora más amable de Diwan: Nihal. Maged seguirá reprendiéndolo. Hany, agotado, temblando, firmará la declaración. Omar se lo pasará pipa. Samir, el chófer más charlatán del mundo y crítico con su jefa, se las verá y deseará para reservarse para sí mismo su parte en todo el drama. Maged se sentirá triunfante, aunque tal vez frustrado por no haber ido lo suficientemente lejos. Yo me tragaré la rabia que me corroe por esta nación, que no ha dejado a sus ciudadanos muchas más opciones de seguridad y

estabilidad que no sean robar. Los Hany que he conocido, y a los que he dado trabajo, nunca podrán ahorrar dinero, tener una hipoteca (la financiación de la vivienda empezó de manera formal en 2001 y aún está en sus primeras fases) o recomponer una vida digna, ni siquiera tras muchos años de duro trabajo. Desearán tener una burbuja de hormigón en donde poder formar una familia y vivir endeudados. Ante la trayectoria vital de Hany, ¿qué habría hecho yo? Hind y Nihal, seguras de sus propios valores, se mostraron firmes en su decisión de castigar a los ladrones. Sabían que, si sus circunstancias fuesen las mismas, nunca robarían. Empecé a admitir, con cierta decepción, que mi clemencia no provenía de una bondad inherente, sino más bien de una falta de confianza en mi propia fibra moral. ¿Qué clase de idiota has de ser para procesar a Jean Valjean?

Fuera, el asfalto humeaba del calor. Samir se apoyó contra el lateral del coche, charlando alegremente con los porteros que estaban sentados cerca, majestuosos en sus *galabiyas* blancas. En cuanto me vio salir del edificio de oficinas les hizo un gesto para decirles que retomarían su conversación cuando volviera. Aún deseosa de distanciarme de la difícil situación de Hany, cerré los ojos en el asiento del pasajero que me aguardaba, con la esperanza de que mis pasos fueran más comedidos de lo que parecían.

—He visto a Hany entrar en la oficina. ¿Ha firmado o la ha puesto en evidencia? —preguntó Samir, sujetando expectante el volante del coche.

—Nunca debes observar las desgracias ajenas para divertirte.

—¿Las suyas o las de él? Todos en la empresa saben que jamás llamará a la policía. Por eso cualquier ladrón se arriesga: si lo pillan, devuelve el dinero.

Samir salió del sitio y le deslizó al encargado del aparcamiento un par de billetes de una libra.

—Se debe castigar a un ladrón, pero enviarlo a la injusticia de nuestro sistema de justicia es acabar con su vida —añadí.

—Si eres lo bastante débil para robar, mereces lo que te

espera. Usted solo se siente culpable porque tiene dinero y él no —explicó Samir.

Nos dirigíamos al centro comercial Sun City, nuestra tienda más reciente y la primera en un centro comercial. Antes de abrir nuestras primeras tiendas, discutíamos durante meses, a veces incluso años. Sobre los barrios, sobre los costes, sobre el estilo, la misión, la responsabilidad. A estas alturas, nos habíamos vendido en pro de crecer (y no irnos a casa), así que no deliberamos tanto tiempo, a pesar de la seriedad del compromiso. Los centros comerciales eran el futuro, tanto si nos gustaba como si no, y Diwan tenía que estar ahí. Además, todavía estábamos intentando llegar a fin de mes y no lo estábamos logrando. Pero siempre quedaba la esperanza de que la siguiente tienda salvara la creciente brecha.

Miré a los tejados, plagados de antenas parabólicas, compresores de aire acondicionado y cables sueltos, mientras avanzábamos a paso de tortuga por el puente 6 de Octubre. El puente, una autopista elevada, se llama así por la fecha en que Egipto entró en el Sinaí ocupado el día del Yom Kipur en 1973. Ironías de la vida, el puente se concibió como un observatorio para los egipcios, para que disfrutaran de las vistas de los puntos de referencia de El Cairo durante sus desplazamientos: la torre de El Cairo, el Nilo, el edificio de la televisión Maspero (lleva el nombre de Gaston Maspero, el egiptólogo francés), el Museo Egipcio, la estación de tren de El Cairo. En cambio, nos asomábamos a las ventanas de las casas y las oficinas lindantes con la autopista, vislumbrando la vida de personas que jamás se habrían esperado que construyeran un puente delante de su fregadero y sus cubículos. Agradecía el calor de agosto, que traía consigo el éxodo anual de El Cairo hacia las cristalinas aguas de la costa norte. La ciudad estaba vacía, y yo tenía libertad para ir a la carrera. No me importaba el clima. El sol implacable me calmaba. Como si pudiera leer mis pensamientos, Samir intervino.

—¿Cuándo se marcha a la costa? Ya no aguanto más este calor. —Puso el aire acondicionado a todo trapo.

—Cuando acabe lo que tengo que hacer —respondí, bajando

la ventanilla.

—Cuando las niñas sean más mayores, sus necesidades prevalecerán sobre las de usted. —Apagó el aire acondicionado—. Tienen derecho a oler la brisa del mar y comer *fresca* en la orilla. No puede encerrarlas en un piso todo el verano por su trabajo.

Samir conducía al estilo *Masri*: invadiendo dos carriles para evitar que otro coche lo adelantara, dando bocinazos de vez en cuando para recordarle a la carretera que estaba ahí. Le pedí que eligiera un carril. Me sugirió que hiciera lo mismo: centrarme en vender libros y dejarle a él la conducción. Recorrimos a toda velocidad los veinte kilómetros de longitud del puente 6 de Octubre, continuamos por los pasos elevados, cruzamos las vías del antiguo tranvía hasta que llegamos a la calle Salah Salem. Nubes grises planeaban sobre la ciudad que dejábamos atrás.

—La mujer del propietario del edificio Baehler está echando a los de la tienda *kitsch* que hay un poco más abajo. El contrato termina dentro de un mes y no pueden pagar el nuevo alquiler. Es una buena oportunidad para Diwan. —No dije nada—. El limpiabotas que viene al edificio se acaba de jubilar y le está dejando el terreno a su sobrino. ¿Quiere probarlo?

—En nuestra casa no hay zapatos a los que sacar brillo.

—Quizá los habrá algún día —bromeó Samir, siempre optimista.

Si bien él creía que era de las pocas que podía sobrevivir sin un hombre, no paraba de recordarme que preferiría que el ínterin entre Número Uno y el inicio de una nueva época con Número Dos (a quien aún no había conocido cuando tuvo lugar este diálogo) fuera breve. Interrumpía mis intentos de acallarlo como un sastre siguiendo las líneas de su patrón.

—Buscará un trabajo de media jornada. ¿Puede utilizarlo como vigilante nocturno para la tienda de Zamalek? He oído que la *'am* esposa de Abdu está obligándolo a renunciar porque está harta de que se pase toda la noche fuera —se rio Samir.

—No cago donde como, y tú tampoco deberías.

Encendí la radio, esperando terminar así con la lista de oportunidades inmobiliarias y laborales. No me gustaba meter mi

vida personal en la profesional. Pero dada la interrelación de El Cairo, mis intentos por separar ambos mundos eran inútiles. A Hind, una realista callada, no le importaban estos límites difusos. Desde el principio, Abbas, su chófer personal, tenía a cuatro de sus primos trabajando en Diwan, una cifra que aumentaba de forma exponencial cada año. Abbas sigue siendo el chófer de Hind, y nuestros hijos lo adoran. Samir y yo tomamos caminos distintos hace algunos años.

El aeropuerto internacional de El Cairo surgió del Sahara a nuestra izquierda. Samir continuó por Al Nasr Road, el último trecho de nuestro viaje. Era el confín de El Cairo que conocía y la frontera de El Cairo que desconocía. Las nuevas autopistas y circunvalaciones ponían a prueba mi escaso sentido de la orientación. Samir, feliz por saberse cada vez más indispensable, exageró las decisiones tácticas que estaba tomando para llevarme a mi destino. Al mirar hacia el desierto infinito en la distancia, pensé en algo que me resultaba familiar: en un visto y no visto, esta extensión vacía sería irreconocible. Me amargaba esta extensión de la ciudad que estaba arrastrando las dunas de arena y desparramándolas por el desierto circundante: zonas residenciales protegidas y casas suntuosas semejantes a tartas nupciales. A nuestro alrededor, de repente, se alzaron ante nuestros ojos unos bloques de color gris: cuchitriles sin terminar financiados con fondos públicos para alojar a familias de clase baja y media. Las zonas verdes estaban descuidadas y marrones. El desierto había vuelto a imponerse. Mi ciudad estaba en modo supervivencia, como lo había estado durante las últimas décadas. Mubarak y sus Gobiernos cambiantes habían demostrado ser incapaces de hacer planes ni mantenerlos. Eran propensos a la fealdad, tanto moral como estética.

Los centros comerciales estaban en el punto de mira de estas crisis. A medida que las clases acomodadas se retiraban a barrios residenciales recién diseñados, los centros comerciales surgían para atender a esta nueva afluencia. La llamativa publicidad del rentable mercado de Carrefour, con sus infinitos estantes de productos idénticos, amenazaba la tranquila dignidad de las

tiendecitas y los puestos regentados por familias. Las calles principales pasaron a ser menos importantes. La mayor pérdida fue el sentido de comunidad que antaño habían infundido estas calles. Pensé en la relación que tendría la generación más joven, al crecer en zonas residenciales y complejos protegidos, con su entorno. No puedo imaginar cultivar un sentido de deber cívico y pertenencia detrás de esos muros altos. Recuerdo con cariño cómo Hind y yo, de pequeñas, acompañábamos a nuestros padres a las distintas tiendas y puestos en la calle 26 de Julio de Zamalek. Observaba cómo las humildes relaciones se transformaban en grandes afinidades. Vendedores y clientes se conocían incluso sin conocerse.

Calle 26 de Julio. Si cierro lo ojos, aún puedo verla perfectamente. En una esquina de la acera irregular, en el quiosco de Magdy se exponían periódicos locales y extranjeros y revistas, sujetos con pinzas de la ropa. Con un trozo de su camisa a cuadros colgándole de los pantalones, Magdy se pasaba las mañanas repartiendo periódicos con su bicicleta. Durante su ausencia, confiaba en que nadie robaría en su quiosco, y nunca nadie lo hizo. La Agencia de Distribución Al Ahram, propiedad del Gobierno, tenía el monopolio del suministro y la distribución de todas las revistas y los periódicos. Timaron a Magdy falseando los datos de las devoluciones; él mitigó las pérdidas distribuyéndolas entre sus clientes. Cuando mi madre le preguntó acerca de nuestras fluctuantes facturas mensuales, Magdy se rascaba el costado de la nariz con su larga —pero limada con suma delicadeza— uña y entonces explicaba que era la voluntad del Gobierno y de Dios. Mi madre lo reprendía, prometía ir a otro sitio y luego pagaba la inflada factura. Esta conversación se repetía al final de cada mes.

Umm Hanafi se acuclillaba junto al puesto de Magdy. Era una orgullosa *fellaha* con los dientes blanquísimos y una espalda más tiesa que una palmera. Siempre llevaba una *galabiya* negra impoluta y un pañuelo de flores en la cabeza remetido detrás de las orejas y atado en la nuca. Unos aretes colgantes tiraban de los lóbulos de sus orejas. Las tres líneas verdes paralelas que le recorrían el mentón confirmaban su origen beduino. De vez en

cuando, había un niño mamando de su pecho. Cada mañana caminaba varios kilómetros hasta llegar a Zamalek, una bandeja de mimbre balanceándose en su cabeza, para vender decenas de hogazas de pan *baladi* recién horneado. Siguiendo las indicaciones de mi madre, le comprábamos a ella, no en el horno subvencionado por el Gobierno al final de la calle.

Madbouli, el vendedor de fruta y verdura, rebosando del sillón de plástico en el rincón de su tienda, era un elemento fijo. Mi padre le compraba a él la fruta y la verdura, discutiendo constantemente sobre su calidad; las cejas de mi madre subían y bajaban ante sus precios. Cuando crecí y hacía la compra para mi propia casa, clasificaba, olía y escogía los mangos del imponente montón en la parte delantera de su tienda. Solía agregar un par demasiado maduros como represalia. Por aquel entonces, Madbouli había cambiado su *galabiya* por pantalones y camisas; no le quedaban tan bien con su corpulencia. Estas tiendas y sus propietarios ocuparon buena parte de mi infancia, y siguen ahí de una forma u otra. Magdy, a quien le faltan unos cuantos dientes más, tiene un aprendiz que va en bicicleta por las calles de Zamalek repartiendo periódicos. El trozo de acera de Umm Hanafi está vacío. La extensa familia de Madbouli se ha unido a él para llevar la tienda. Más abajo, un negocio de telefonía móvil sustituía a la panadería.

La desaparición simultánea de la calle principal y el aumento de los centros comerciales debería haber causado por sí solo una revolución, una ocasión para reflexionar sobre nuestras calles y nuestras expectativas de un espacio cívico. En cambio, los egipcios sucumbieron tranquilamente a la llamada del centro comercial. Renaissance Cinemas. Starbucks. McDonalds. Zara. Mango. Pistas de hielo. A medida que se reducían los espacios públicos, los centros comerciales ofrecían réplicas suntuosas y privatizadas de plazas y parques. Las familias gozaban de un cómodo entorno con aire acondicionado donde admiraban los precios de todos los productos importados que no podían permitirse. Las parejas que no estaban casadas disfrutaban de un espacio donde podían cogerse de la mano sin problemas, contemplar los escaparates de las tiendas

de muebles y tomarse un refresco barato. Los baños públicos se limpiaban con frecuencia y disponían de jabón y papel higiénico, a diferencia de cualquier otro sitio en El Cairo. Comodidad y conveniencia son las condiciones determinantes. Pero nadie se paró a pensar en las repercusiones. La falta de conversaciones personales entre los comerciantes y los clientes. La brecha cada vez mayor entre donde vivimos y donde invertimos. No hay nada en el centro comercial a lo que valga la pena aferrarse. Incluso su perfección tiene una artificialidad que lo hace feo.

Cuando llegamos a Sun City, salí del coche y le pedí a Samir que me esperara en el aparcamiento. No podía soportar la idea de que entrara en la nueva Diwan y diera su opinión, que nadie le había pedido, sobre lo que habíamos hecho y lo que podríamos haber hecho mejor. Pisé con cuidado los suelos de mármol recién pulidos, con miedo a resbalar. Aire cristalino, palmeras falsas y amplias escaleras bajo la cúpula —un trampantojo— pintada con una imitación del Renacimiento de un cielo azul imposible se aunaban para dejar de lado por un momento la realidad. Divisé el logotipo conocido de Diwan, situado al otro lado de la entrada al cine. Pasé por la nueva fachada de la tienda, comprobé los rayones en el cristal, revisé las ofertas de libros en árabe y en inglés. En el interior, vi a Nihal con el nuevo encargado de la tienda, los cajeros, el servicio de atención al cliente, la cafetería y el personal de mantenimiento. Dejé de lado mis dudas, empujé el largo pomo cromado de la puerta, igual que cuando abrimos Zamalek. En la estancia se respiraba un aire de posibilidades, como un coche nuevo: los estantes estaban perfectamente dispuestos, los libros en los expositores estaban bien alineados y las cajas registradoras y los empleados aún tenían una frescura especial.

La mirada bondadosa de Nihal calmaba los temores de los nuevos empleados, mientras sus palabras expresaban la amable dureza con la que manejaba a la gente. Nihal señaló el montón de ropas dobladas envueltas en plástico de manera individual que había sobre la mesa a su lado mientras soltaba su rollo.

—Llevaréis esto en todo momento mientras trabajéis para las librerías Diwan y os comportaréis según nuestras normas. Ah, y todos los uniformes son iguales, al margen del rango. —El encargado frunció el ceño. El personal de mantenimiento sonrió—. Vuestro cargo está en la placa de identificación. —Cuando las aguas se calmaron en la estancia, Nihal continuó—: Los bolsillos de los pantalones están cosidos, para evitar las tentaciones o las falsas acusaciones. Podéis dejar vuestros efectos personales en las taquillas cuando os cambiéis de ropa al inicio de vuestro turno.

La mayoría de los empleados vivían en *ashwa'iyat*, los núcleos de población en las afueras de la ciudad. Por medio de un proceso ilegal, los ciudadanos a título individual se apoderaban de tierras de cultivo y construían propiedades residenciales sin licencia. En un gesto de denegación premeditada, el Gobierno no ampliaba los servicios públicos básicos, como la electricidad, a estas zonas. Los dueños la robaban de asentamientos cercanos, o se las ingeniaban para usar generadores. En cuanto hubo transcurrido un cierto tiempo y los apaños se volvieron más permanentes, el Gobierno se vio obligado a aceptar a regañadientes lo que había. Residentes y funcionarios trabajaban juntos para crear una tierra de nadie: sin reconocer o garantizar por completo los servicios públicos, pero sin una amenaza inminente de expulsión. Comunidades enteras, millones de personas viviendo en condiciones infrahumanas, se hacinaban en lugares de las afueras como este.

—La higiene es como la fe —siguió Nihal. Los hombres asintieron con la cabeza—. Todos sabemos el calor que puede llegar a hacer, lo llenos que van los autobuses y la lentitud del tráfico. Para cuando lleguéis aquí para empezar vuestro turno será como si hubieseis corrido una maratón. Diwan es nuestro oasis, tenemos nuestro modo de hacer las cosas y nosotras mantenemos un nivel, al margen del mundo exterior. —Sentí alivio ante la familiaridad de esta actuación y en formar parte del público. Nuestras miradas se encontraron—. También quiero destacar algunos aspectos más del manual del empleado de Diwan —dijo sacando los cortaúñas de su bolso—. En Diwan no toleramos las uñas largas porque no se ajustan a nuestra imagen, sobre todo la

del meñique. —Oí quejidos. La mayoría de los hombres de clase trabajadora se diferenciaban de los peones por dejarse crecer la uña de los meñiques, lo que implicaba la ausencia de trabajo manual. Ruido de pies. Nihal notó la sublevación—. Vosotros representáis a Diwan. Tenemos nuestro modo de hacer las cosas. Aprendemos unos de otros. No obligamos a nada, orientamos.

Se comportaba como una madre suplicando a sus hijos. Los cortaúñas fueron circulando entre los hombres. De fondo se oía el tintineo nítido mientras Nihal enumeraba el resto de las exigencias.

Se acercó mi momento. Nihal me había llamado para el último acto de la orientación. Cuando su soliloquio llegaba a su fin, indicó a los hombres que se volvieran hacia mí. Carraspeé e hice una síntesis de mí: me llamo Nadia, soy socia de Nihal, soy la responsable de las divisiones de finanzas, *marketing* y compras de libros en inglés, y me siento orgullosa de formar parte de la familia de Diwan.

—Como nos enseña el islam, el trabajo es una de las formas más puras de culto —dije a la sala—. Por este motivo, no se permite rezar en ninguno de nuestros locales. En caso de que queráis hacerlo, buscad una mezquita, y recordad que el tiempo invertido en la oración se deduce de vuestros descansos. La empresa os paga por vuestro tiempo y esfuerzo. Perderlo es robar de la mano de quien te da de comer. Y se procesará a los ladrones.

El silencio se hizo más pesado. Como niños desconcertados, los hombres se volvieron hacia Nihal.

—Bienvenidos a la familia. —Sonrió.

8

Autoayuda

No todos los libros se crean del mismo modo; algunos son más iguales que otros. A pesar de que Autoayuda era la sección con mayor crecimiento de Diwan, yo no leía libros de autoayuda. Siempre había recurrido a la literatura para cuestionarme, para ahondar en mi sentido de identidad y del mundo. La autoayuda hacía justo lo contrario: explicaba los matices. Prescribía. Al menos eso pensaba en aquel tiempo.

Hasta que Hind y yo conocimos a Nihal, y las tres abrimos Diwan, nunca había tocado siquiera un libro de autoayuda, no digamos ya leerlo.

—Si me bebo las chorradas que me pones en el agua, ¿me prometes que dejarás de darme la vara con estas sandeces? —recuerdo negociar con Nihal mientras me deslizaba con suavidad un ejemplar de *Las nueve revelaciones*, de James Redfield, por la mesa.

—¿Cómo sabes que son sandeces si no lo has leído? —respondió medio sonriendo.

—Me lo huelo.

—¿Por qué pasarse la vida cegada por tu propia arrogancia?

—¿Por qué no? Tú haces lo mismo. Nuestras fuentes pueden ser distintas, pero nuestra arrogancia es la misma.

—¿Cómo alimentas tu alma? —preguntó Nihal, su tono lleno de lástima.

—Trabajo mucho.

—He hecho una ensalada de espinacas, manzanas y pasas con

aliño de curri para comer hoy. ¿Quieres un poco? —dijo con entusiasmo Nihal pasándome el bol.

—No, gracias. Estoy a dieta. —Incluso al decirlo, noté el titubeo de mi determinación. Miré la ensalada; su capa de aderezo brillante atraía mi atención.

—No cedas ante la mentalidad de la dieta. Así es como engordas.

—¡Cállate! Pareces un maldito libro de autoayuda.

Sabía que estaba siendo borde. Nihal confiaba en sus remedios y soluciones, dondequiera que los encontrara. En viales homeopáticos. En las enigmáticas pistas que dejaban las cartas de ángeles. En las páginas de los numerosos libros de autoayuda que insistía en que vendiera Diwan. Nos ajustamos a un patrón, según el cual Nihal recomendaría comprar algunos libros de autoayuda nuevos e interesantes para las tiendas. *El poder del pensamiento tenaz*, *El poder del ahora*, *Controle su destino: despertando al gigante que lleva dentro*, *Usted puede sanar su vida*, *El camino menos transitado: hacia una nueva psicología del amor*, *Sopa de pollo para el alma*; daba igual. Me cachondearía. Siguió preguntándome, cada poco tiempo, si los había pedido. Al final accedí. Y a la postre siempre se vendían muy bien. La modesta Nihal nunca reconoció directamente su victoria.

—Deberías conseguir todos los demás títulos de estos autores. Cuentan con un público fiel —propuso Nihal con inocencia.

—¿No sugeriría eso que no están cumpliendo sus promesas? Si un libro no resuelve el problema, ¿cómo puede pretenderlo el siguiente?

—Los lectores entregados de verdad nunca dejan de aprender, incluso si eso supone abordar el mismo tema desde ángulos distintos.

—¿Se te ha ocurrido pensar que estos libros son un timo? En la farmacia del alma, ¿puedes estar cayendo en el efecto placebo?

—Sé por qué me gustan. ¿Sabes tú por qué los odias?

Una de las mayores cualidades de Nihal es su tacto. No dejé de

darle vueltas a su pregunta, que era en realidad un reto disfrazado de pregunta. Nuestras tiendas de Zamalek, Heliópolis, Maadi, Mohandessin, la biblioteca de Alejandría e incluso la más reciente en el centro comercial Sun City parecían santuarios a la autoayuda, lo cual confirmaba que Nihal tenía razón. Únicamente la librería Diwan situada en las tiendas libres de impuestos del aeropuerto de El Cairo se había librado del torrente de autoayuda, ya que estaba compuesta en su mayoría por libros de los Esenciales de Egipto orientados a los viajeros. Daba igual lo que ampliáramos esas secciones, dividiéndolas en subsecciones de relaciones, dietas, crecimiento personal, sanación y espiritualidad; nunca satisfacían por completo la demanda. Con cada libro y serie nuevos, Nihal esbozaba una sonrisa cómplice. Hind optó por no dar su opinión y, en su lugar, buscar tranquilamente cualquier traducción en árabe.

Como las ventas se disparaban, me vi forzada a afrontar mi aversión por el género. Quería entender los deseos de mis clientes. Al principio supuse que mi animadversión hacia la autoayuda provenía del esnobismo: no se consideraba literatura. Pero me sentía un poco cegada, incapaz de ver lo que otros veían en estos textos. Solía ser menos crítica. Recuerdo decir: «No me importa lo que leas siempre y cuando leas». Ahora sí me importaba y mucho.

Empecé a buscar el origen de los textos de autoayuda. Samuel Smiles, un autor en gran parte olvidado, tal vez sea el máximo creador del género moderno. Su colección de relatos, *Self-Help*, que (como corresponde) autopublicó, detalla la vida de los hombres (no las mujeres) trabajadores que triunfan por encima de sus circunstancias. Se publicó en 1859, el mismo año que *El origen de las especies*, de Charles Darwin, y se vendió más que ningún otro libro del mercado, excepto la Biblia. Ese año, Smiles se convirtió en una celebridad precoz, un gurú del antimaterialismo, el padre irónico de una industria multimillonaria.

Como pronto descubrí, el género atrapó de forma considerable a Smiles y está estrechamente relacionado, lo has adivinado, con los antiguos egipcios. El *sebayt*, literalmente ‘instrucción’ o ‘enseñanza’, era un género de literatura sapiencial faraónica. Se cree en general que el primer libro de autoayuda es

Las máximas de Ptahhotep o *Las enseñanzas de Ptahhotep*, que se escribió en algún momento entre 2800 a. C. y 2375 a. C. y no se descubrió hasta mediados del siglo XIX. Ptahhotep, visir durante el reinado de Isesi del Alto y Bajo Egipto, penúltimo gobernante de la V dinastía, era un anciano a punto de jubilarse que estaba impaciente por pasarle el cargo a su hijo. El rey, que no deseaba decepcionar a su súbdito leal, aprobó con cierta vacilación la sucesión, con la condición de que su hombre sabio le transmitiera sus conocimientos a su hijo inexperto. Ptahhotep escribió estas indicaciones en forma de carta, ensalzando las virtudes del silencio, la elección del momento oportuno y la honestidad, y debatiendo la importancia de las relaciones y el decoro. Los escribas copiaron sus reglas y las difundieron ampliamente. Su carta pertenecía a este género floreciente que llevaba a los lectores a vivir según Maat, la antigua diosa egipcia que gobernaba las estrellas y las estaciones, y templaba por igual los actos de los mortales y las deidades. Personifica los conceptos de verdad, equilibrio, armonía, derecho, moral y justicia (me recuerda a Nihal). Busqué *sebayts* para venderlos en los Esenciales de Egipto. Quería reivindicar el *sebayt* como el ancestro de la autoayuda.

En los Esenciales de Egipto habíamos ofrecido al menos trece maneras de observar nuestro país. En el caso de la autoayuda, esperaba que la creación de su linaje filosófico pudiera devolverle parte de su sofisticación y matices perdidos. En mi cabeza, la sensibilización de su pasado ilustre, que se centraba en la transmisión de sabiduría y la noble aspiración de ayudar a los lectores en su búsqueda del sentido, podría ayudar a equilibrar el ataque indigno a las adaptaciones televisivas, las ridículas series derivadas y las franquicias desangeladas que plagaban el mercado actual de libros de autoayuda.

Al parecer, los consejos sobre vivir bien han sido un proyecto central en la mayoría de las civilizaciones, después de haber conseguido sobrevivir a las glaciaciones y a las bestias feroces. Los textos griegos antiguos difundían meditaciones, aforismos y máximas sobre la *eudaimonia*, la buena vida. Desde el siglo V a. C. hasta la época helenística, los filósofos griegos abordaron

cuestiones relacionadas con mejorar el ser para llevar una vida más digna. Platón destacó la obligación del hombre al bien común. Sócrates propugnó cuestionarse la propia existencia. Aristóteles creía que una persona virtuosa se distingue por ser humana. Zenón de Citio, el fundador del estoicismo, sugirió que llevar una vida virtuosa, una buena vida, consistía en estar en armonía con la naturaleza, con nuestro entorno. Desde los intelectuales hasta los incultos, la filosofía para ayudarse a uno mismo, la principal preocupación para los seres humanos, una vez garantizada la supervivencia, consistía en prosperar, hacer y ser mejor. Ver el género de la autoayuda como una continuación de esta misión del ser humano empezó a mitigar mi animadversión hacia él.

El género del espejo del príncipe, inspirado en las obras de Jenofonte, el antiguo historiador griego, hablaba de las hazañas de reyes y personalidades dignas de emulación, con algunos relatos aleccionadores que el lector debe evitar. Tras la invención de la imprenta, estos textos encontraron un público más amplio. *El cortesano* (1528), de Baldassare Castiglione, y *Galateo* (1558), de Giovanni Della Casa, dieron lugar a la época de los libros del *savoir vivre*, que explicaban a la gente cómo comportarse. Más o menos de ese periodo, el infame tratado de filosofía política de Maquiavelo escrito en 1513, *El príncipe*, se vende, hasta la fecha, muy bien en Diwan, en la sección de filosofía. *El arte de la guerra*, de Sun-tzu, un antiguo tratado militar chino escrito alrededor de 500 a. C., se convirtió en un éxito de ventas entre nuestros libros de empresa. Siempre me preguntaba por qué se popularizaban estos libros en este momento concreto, en este rincón concreto del mundo. Leí que *Meditaciones*, de Marco Aurelio, fue un superventas en la China contemporánea. La promesa de poder en estos libros ha debido de ser tentadora para quienes nos sentimos indefensos, ya sea política o personalmente. Los antiguos romanos transcribieron textos de autoayuda polivalentes propios. Cicerón, el traductor de filosofía griega al latín y uno de los autores más prolíficos de la época de Julio César, escribió *De amicitia (Sobre la amistad)*, *De senectute (Acerca de la vejez)* y *De officiis (Sobre los deberes)*, que aconsejaban a los romanos cómo vivir y estar en diferentes etapas

y contextos de la vida. Estos temas siguen siendo pertinentes. Me preocupan mis amistades, mis responsabilidades y cómo lidiar conmigo misma y con los demás a medida que me hago mayor. Sé que otras personas comparten estas inquietudes, porque compran libros que prometen orientarlas.

Es cierto que no hay nada nuevo bajo el sol. Ni bajo las cubiertas. *Ars amatoria (El arte de amar)*, de Ovidio, y *Remedia Amoris (Remedios de amor)* demuestran que nuestra obsesión por el amor, las relaciones y el sexo viene de lejos. *Ars amatoria*, un poema didáctico en tres partes, tenía como temas principales el cortejo y el erotismo. En el primero, Ovidio les cuenta a los hombres cómo llegar hasta una mujer, y en el segundo, cómo conservarla. El tercero va dirigido justo a las mujeres, y les explica cómo encontrar a un tío y no dejarlo escapar. Consciente de que todo en este mundo es pasajero, Ovidio instruyó a sus lectores sobre cómo poner fin a los amoríos en *Remedia amoris.* Estos libros fueron objeto de una enorme atención durante la vida de Ovidio y muchos siglos después. Y en estos retazos de historia, los temas relacionaban los *sebayts* del antiguo Egipto, los antiguos filósofos griegos y romanos y la autoayuda moderna, el blanco de mis fuertes críticas. Si bien los temas eran coherentes, la forma cambiaba con el tiempo. Como librera, aprendía de mis clientes. Como estudiante de Literatura, no estaba segura de poder dejar de lado mis prejuicios para aprender algo. Por otro lado, mi amiga Yasmin siempre dice:

—¿Por qué debería darte la vida un empujoncito si en lugar de eso puede darte un mazazo en la cabeza?

—Toma estos. Cuando los hayas leído, tendremos que hablar —indicó Nehaya, nuestra encargada de compras de multimedia y papelería, y (como de costumbre en Diwan) la prima más joven de Nihal.

—¿Qué es esto? ¿Y por qué te estás encargando ahora de los libros? —pregunté.

—No lo hago. Los compré para ti. Eres un desastre y necesitas

ayuda —dijo, dejando dos libros en mi mesa y saliendo de la oficina.

Examiné sus regalos: *Cómo conquistar marido* y *Por qué los hombres aman a las cabronas*. Leí por encima las reseñas de la contracubierta y luego el índice. Por supuesto, me sentía un poco como pez fuera del agua, pero llamarme desastre me parecía injusto. Tan solo necesitaba tiempo. Número Uno y yo nos habíamos divorciado hacía un año. ¡Mierda! Fue hace tres años. Además, él fue el último hombre con el que salí, y eso había ocurrido antes de que se inventaran los móviles. Desde entonces, me había volcado en la expansión de Diwan. Trabajaba constantemente, mi estrategia para reparar un corazón roto y llenar el vacío que había dejado mi matrimonio, verdaderamente, me había convertido en la señora Diwan. Soñaba con los resultados. Me sulfuraba por doquier. Ocupaba mis horas de vigilia pensando en ideas para nuestro plan de *marketing* anual, supervisando la compra y la reposición de libros en inglés y cuidando de dos hijas de cinco y siete años. Salir con alguien me superaba.

Pero no había forma de escapar de la insistencia de Nehaya. En ese aspecto se parecía a Nihal. Su nombre en árabe significa literalmente 'el fin' o 'final'. En su afecto había una finalidad adecuada, una impaciencia. Era enérgica e impenitente por naturaleza y podía hablar con cualquiera. Tenía el pelo castaño e hirsuto, un pendiente en la nariz y unos ojos amenazadores perfectos para intimidar con la mirada a proveedores y compañeros. Era maquinal en su eficacia y fuerte en su vida.

Una tarde, pocos días después, Nehaya me invitó a tomar algo, al parecer de forma espontánea.

—Cuéntame tus avances —se lanzó sin preámbulos, dando por hecho que entendería de inmediato su pregunta, que sin duda entendí.

—Los he leído por encima.

—Eso no basta. Tienes que leerlos sí o sí. Y tienes que hacerles caso. No puedes ser tan escéptica o poco entusiasta. Tienes que seguir sus reglas.

—Tú y tu prima sois la pera. —Nehaya ni se inmutó—. La última vez que alguien me dio un libro de autoayuda me divorcié de él.

Es cierto: nunca he buscado libros de autoayuda, pero, por algún motivo, sigo viéndome obligada a aceptarlos. Durante los últimos años de nuestro matrimonio, Número Uno me compró un ejemplar de *No te ahogues en un vaso de agua*, porque tenía la sensación de que Diwan estaba causando demasiado estrés en nuestro matrimonio. Al principio me ofendí. Luego lo leí. Funcionó, y estaba furiosa. No sabría precisar cuándo me había vuelto tan maniática del control. Siempre me había invadido el temor de la incertidumbre absoluta de la vida. El control era una falacia útil. Me permitía mantener una sensación de poder. Carlson sostenía que las personas controladoras, como yo, nos volvíamos perfeccionistas debido a nuestros frágiles egos. No podemos soportar estar equivocadas, que nos critiquen o ser débiles. Perdemos nuestro sentido de la perspectiva durante el proceso y todo adquiere la misma importancia: desde hacer la colada hasta los impuestos, los huesos fracturados, las cañerías rotas. Cualquier desviación de nuestros planes es catastrófica. El libro proponía cambios sencillos, como hacer una cosa a la vez. Ofrecía instrumentos mentales para situaciones exasperantes, como imaginar a la gente que te molestaba como si fueran bebés con pañales. Durante el tiempo en que fui consciente de mis propios pensamientos y actos, el consejo de no preocuparme por las pequeñeces había funcionado. Luego, al igual que a la mayoría de las personas y la mayoría de los libros de autoayuda, dejé de ser consciente y los consejos dejaron de funcionar. Pero sirvió el tiempo suficiente como para convencernos de su éxito y nuestro potencial.

—No te divorciaste por eso. Y de todos modos ya han pasado algunos años —dijo Nehaya inútilmente.

—Nehaya, soy feminista. No puedo…

—Cállate. Me da igual. Yo también soy feminista. Y ¿adivinas? No hay ni un puñetero manifiesto que diga que no podemos leer libros sobre cómo pescar a los tíos.

—No soy de esas mujeres que no puede vivir sin un hombre.

—No he dicho que lo fueras. Pero el panorama del ligoteo ha cambiado. ¿Por qué no lees sobre esto para poder controlarlo mejor? —continuó—. Estos libros me cambiaron la vida. Cortarán de cuajo tus malas costumbres y tu mala conducta.

—Sabes que no me fío de la sabiduría fácil.

—Supéralo y ayúdate a ti misma.

—¿Qué pasa si este yo en concreto no tiene remedio? —dije medio en broma, levantándome para llenar los vasos.

No podía admitir que tenía miedo de veras: que yo, y todos los demás, fuéramos incorregibles. Que el género de autoayuda se crease para aplacar, y disimular, el aislamiento profundamente arraigado de vivir bajo el capitalismo, bajo el patriarcado, bajo todos los demás sistemas inservibles. Que la autosuperación individual fuera un antídoto equivocado para nuestra creciente separación de la naturaleza, la familia y la comunidad. Aun así, no soy inmune al placer de comprar algo, incluso si sé que no solucionará mi gran problema. Mi botiquín de vitaminas está lleno de compras serias que prometen tendones flexibles, uñas más fuertes y una mejora de la inmunidad. Aún tengo que tragarme una de esas pastillas.

Los clientes de autoayuda de Diwan se agolpaban en los libros que prometían una sanación indolora. Recuerdo perfectamente una conversación.

—Estoy encantada de no tener que seguir trayendo estos libros desde Estados Unidos. A mi marido le encanta Diwan porque no tiene que pagar exceso de equipaje cuando viajamos —dijo con entusiasmo una clienta mientras pasaba por alto una selección de libros de *Sopa de pollo para el alma*.

Ahmed, que seguía siendo uno de los mejores vendedores de libros de Diwan, y recién ascendido a supervisor del servicio de atención al cliente, se detuvo a dos pasos de ella, con las manos unidas detrás de la espalda. Vi pasear su mirada como un rayo de cubierta en cubierta por la mesa. Al final, la solapada mujer se

animó a decir:

—Todos estos los he leído. ¿Qué otros títulos tiene?

—Deme un segundo mientras lo compruebo —dijo Ahmed en tono de disculpa. Cuando un cliente se marchaba de Diwan con las manos vacías se lo tomaba como algo personal.

—Intentaré ponérselo más fácil. Tengo todo lo que han publicado hasta 2008.

—Es una consagrada lectora.

—Lo soy. Siempre he sido una persona absorta. Mi marido dice que tengo muy buen gusto en lo que se refiere a los libros.

—Su marido es un visionario. Pero si no le importa que se lo diga, creo que debería compartir estos libros con más personas. Son reparadores, y cuando damos con algo que sana es nuestra responsabilidad correr la voz. —Escuchaba a Ahmed convencer con amabilidad a la clienta de que era su deber ciudadano compartir los conocimientos de *Sopa de pollo* con su comunidad—. En lugar de ir a casa de alguien con dulces o flores, debería regalarles buenos deseos. Estarán siempre en deuda con usted.

Me sentía confusa e impresionada desde mi escondite detrás de una estantería contigua. Después de haber acompañado a la caja a la feliz clienta con sus compras, Ahmed volvió a la zona de libros principal y simuló un saludo.

A medida que Diwan crecía, me había visto reemplazada poco a poco por un equipo entero de encargados de compras. Me dedicaba más a supervisar que a hacer pedidos y vender. Ahmed era su filtro y su vía de acceso. Hablaba con los clientes en las tiendas, calibraba sus necesidades, los libros que faltaban, las nuevas tendencias, las novedades que dejaban de serlo, y comunicaba sus resultados a los encargados de compras. Sugirió que aumentáramos los pedidos de autoayuda. Repliqué:

—¿Por qué no añadimos el sofá y el loquero y cambiamos nuestra licencia de librería por una consulta de psiquiatra?

Después, de nuevo en mi mesa, busqué los libros de *Sopa de pollo para el alma*. Me di cuenta de que era algo más que una serie de libros. Era un imperio. Había doscientos cincuenta títulos que habían vendido más de 110 millones de ejemplares en total en

Estados Unidos y Canadá. Me enteré de que fue la serie de libros de tapa blanda de mayor éxito comercial de todos los tiempos. Este imperio tenía un origen humilde. En 1993, sus fundadores, dos oradores motivacionales, se habían propuesto reunir y publicar cuentos de gente corriente que había superado la adversidad. Este proyecto cambiaría y se ampliaría con el tiempo; abarcaba un montón de productos de marca que generaban más de dos mil millones de dólares en ventas al por menor, entre ellos alimentos para mascotas en 2004.

Los propios libros parecían ser bastante inofensivos: moralizantes y obsequiosos, por supuesto, pero anodinos. Pero el aumento exponencial de contenidos de marca me molestaba. Daba la impresión de que estaban en abierta contradicción con los relatos campechanos y reconfortantes que vendían. Recuerdo al franquiciador que no me dio la mano. Había presentado un panorama de mini-Diwan, cafeterías independientes, tiendas emblemáticas en centros comerciales, tiendas en la universidad y establecimientos de temporada. Lo habíamos rechazado, pero tal vez habíamos llevado a cabo su visión de futuro. *Sopa de pollo para el alma* parecía simbolizar el resultado final contumaz pero rentable de una expansión similar. A pesar de vender libros para infinidad de destinatarios —amantes del mar, espectadores de las carreras de NASCAR, mujeres menopáusicas, golfistas y seguidores de las principales religiones occidentales—, nunca habían publicado una colección para hindúes, budistas o musulmanes. Me pregunto si los velados clientes lo sabían o les importaba.

En ocasiones, al caminar por los pasillos de Diwan, observaba todos nuestros libros a través de la lente de la autoayuda. *Orgullo y prejuicio* pasa a ser un manual peculiar sobre-cómo-atrapar-a-un-tío. La *Ilíada* es un cuento moral de espejo del príncipe. *Las mil y una noches* es una guía de supervivencia, tal cual. El contexto lo es todo. Tomemos uno de los libros más vendidos de Diwan, un híbrido entre ficción y autoayuda: *El alquimista*, de Paulo Coelho. El autor me parecía insufrible. Sus libros, siguiendo la receta de la

sopa de pollo, se estaban propagando constantemente en chucherías y artículos de marca, desde calendarios, pasando por agendas, hasta ediciones en tapa dura en miniatura de citas conmovedoras que inundaban todas las fiestas navideñas. Ni que decir tiene que Nihal lo adoraba. Ni que decir tiene que por eso yo lo despreciaba más. Los clientes seguían comprando sus libros, lo que me obligaba a aumentar los pedidos y me sugería que tal vez no conocía a mis clientes y el mercado tan bien como pensaba. Con ánimo de aprender de los demás y con ganas de saber a qué venía tanto jaleo, decidí leerlo.

Al igual que con mi compra anterior de *Qué se puede esperar cuando se está esperando*, negué cualquier relación con *El alquimista* y me quejé otra vez de mi estatus como asistente de compras ante el cajero. Cuando llegué a casa esa noche, cené con Zein y Layla, volví a leerles su capítulo preferido de *Captain Underpants*, las arropé en medio de repetidos gritos de «¡otro, otro!» y luego me puse con mi lectura obligada nocturna. Abrí la cubierta y hojeé las primeras páginas, dudando de si saltarme o no el prólogo. Decidí echar una ojeada rápida, deteniéndome en las palabras: «A lo largo de este libro, transmito todo lo que he aprendido». Me asusté por lo que sonaba a compartir demasiado. Tan solo quería terminar el libro, entender de qué iba todo este bombo publicitario. Nadie me advirtió de las revelaciones trascendentales ni el conmovedor calado.

El alquimista cuenta la historia de Santiago, un pastorcillo andaluz que tiene un sueño recurrente. Una pitonisa gitana interpreta el sueño y le dice que hay un tesoro esperándolo en las antiguas pirámides de Egipto. El libro narra su viaje físico y espiritual, al final del cual se da cuenta de que su sueño, o su leyenda personal, pertenece a algo mucho más grande: el alma del universo.

El libro, en la naturaleza de las confesiones inscritas en los muros de las tumbas —escritas, como todo el mundo sabe, como negaciones—, no me desagradó. Es instructivo y poco exigente, sencillo y repetitivo. Su uso abundante del *maktub*, la creencia en el destino y el determinismo, que significa literalmente ‘está

escrito', me encantó, como también el final: el tesoro de Santiago se hallaría en las antiguas pirámides de Guiza. Y al igual que los vientos *jamasin* del Sahara, el orgullo de mis clientes por todo lo que tuviera que ver con Egipto me tumbó y arrastró consigo mi escepticismo.

Había llegado al libro con una serie de convicciones que habían empezado a manifestarse durante la infancia. Mis padres me habían inculcado la idea de que cuanto más trabajase, mejor sería, a nivel mental, espiritual, emocional, físico y económico. Desarrollé un desprecio por las cosas que eran fáciles. Por un momento, el libro desbarató por completo esta forma de pensar al describir «el lenguaje del entusiasmo, de las cosas hechas con amor y con voluntad, en busca de algo que se deseaba o en lo que se creía». Nunca había encontrado una explicación mejor para Diwan. El secreto del éxito de Hind, Nihal y mío era nuestro amor y pasión, la verdad esencial de nuestro deseo común para crear algo sincero que nos hablara. Apenas percibí esa pasión en aquel momento, mientras examinaba con detenimiento las tiendas, apilaba libros y presentaba a los clientes sus nuevos autores preferidos. Lo notaba porque ya no estaba ahí. Me había engullido la frenética urgencia por crecer, por multiplicarnos. Inevitablemente, la esencia se había diluido. Pero en medio de esta agitación, empecé a darme cuenta de lo creativo y valiente que había sido nuestro compromiso para difundir la cultura en su sentido más amplio. Habíamos probado muchos formatos distintos en muchos lugares diferentes. No nos dimos por vencidas hasta que no tuvimos más remedio.

Cuando terminé el libro, el hechizo había desaparecido. Lo había leído para entender mejor a los lectores de Diwan, y al mercado, pero lo acabé sintiéndome aún ajena a ambos. Los buenos libros, me parece a mí, deben preguntar, sugerir y sondear nuestras ideas fijas sin darnos otras nuevas. Cuando estudiaba literatura, me deleité con *El lobo estepario*, de Hermann Hesse, y *Ulises*, de James Joyce. Literatura de sustento y nutrición. La autoayuda era como las Pringles. No había que hacer nada para disfrutarlas. Esto la popularizó. Otro de nuestros superventas,

Passing Time in the Loo, de Steven W. Anderson, una colección de resúmenes de clásicos, también permitió a los lectores hacer trampas y sacrificó los matices por la facilidad. Pero en ese caso me daba igual, porque no prometía la sanación o la guía espiritual; no ocultaba su propia razón de ser. Como librera, mi deber era poner en tela de juicio y ampliar los horizontes de los lectores. Como empresaria, les debía a mis socias las ganancias más rigurosas y el mayor volumen de ventas que podía generar. Como apasionada lectora, se me permitía morar en las latitudes del amor y el odio.

No me ayudó haber conocido años antes a Paulo Coelho. En 2005, visitó Egipto y dio una conferencia en la Universidad de El Cairo. Sus fotografías sentado al lado de Naguib Mahfuz inundaron los periódicos. Diwan, al ser su librería autorizada, lo acompañó a todos los sitios y vendió cientos de sus libros durante el proceso. Por último, cuando su visita llegaba a su fin, me senté a su lado en una cena. Le dije de inmediato lo mucho que había disfrutado en una de sus recientes charlas en la Universidad de El Cairo. Él no tenía ningún interés, seguramente tan acostumbrado a una veneración de culto que mi entusiasmo no lo impresionó. Se volvió hacia la señora que estaba al otro lado y me marché.

El diálogo, como la mayoría de los diálogos con personas que solo conocemos en la mente, fue decepcionante. En 2014, su libro había estado en la lista de superventas de *The New York Times* durante más de 315 semanas, se tradujo a ochenta idiomas distintos y ostentó el récord mundial Guinness por ser el libro más traducido de cualquier autor vivo. En 2014, llevaba reponiendo y colocando libros en los estantes de las diez tiendas de Diwan desde hacía más de una década. Me estaba agotando. Envié un informe al departamento de compras para prohibir *El alquimista* y todos los demás libros de Paulo Coelho en nuestros expositores, a menos que estuvieran recién publicados. Estaba cansada de entrar en las distintas Diwan y que solo me recibiera *Veronika* decidiéndose a morir, u *Once minutos*, o *La bruja de Portobello*. Me preocupaba que mis compradores se relajaran. Se suponía que apoyaban y ratificaban la misión de Diwan de sorprender y deleitar a nuestros

clientes con libros nuevos. Los libros de Paulo empezaban a simbolizar la ley del mínimo esfuerzo: prometían la certidumbre de un mundo de incertidumbre.

—¿Qué diablos hace ahí?

—No levantes la voz; estamos en una librería —dijo entre dientes Dalia, levantando las manos en gesto de paz. Dalia, jefa de compras de Diwan, había sido aprendiz de la fantástica Nehaya, que la había formado y eso se notaba.

—Me calmaré si me explicas esta aberración. —La fulminé con la mirada.

Estábamos en la tienda nueva de Maadi, situada en la calle 254. La habíamos abierto en 2013, pocos años después de cerrar nuestro local original de Maadi, que había fracasado estrepitosamente. Durante nuestra fase de expansión, habíamos cometido grandes errores: abrimos tiendas en lugares que no eran los ideales, luego las cerramos demasiado pronto, o las mantuvimos abiertas demasiado tiempo. Ambos resultados se añadieron a las pérdidas en nuestro balance general. Las dimos por perdidas tan ricamente y nos metimos en el bolsillo los beneficios de las lecciones aprendidas. Al igual que nuestros triunfos, Hind, Nihal y yo dividimos nuestros fracasos de forma equitativa entre nosotras. Nos preocupábamos demasiado por los sentimientos de las demás como para herirlos. Sé que los empresarios serios no se habrían preocupado en la misma medida. Pero nosotras no éramos serias, y no éramos hombres.

—¿Se trata de tu informe? Es un título nuevo, así que puede exponerse en las principales mesas según tu norma.

—Cinco meses difícilmente se considera «nuevo» en nuestro sector.

Mientras seguíamos discutiendo, me acordé de cuánto control había cedido a Dalia y a su equipo de compras con el paso de los años. Había renunciado a lo que más me gustaba. Dalia llevaba una década trabajando para Diwan, había ido ascendiendo y tenía uno de los trabajos de gestión más cruciales. Sabía que era más

hábil con los números y las hojas de cálculo que yo, pero yo insistía en mirar por encima de su hombro en todo momento, comprobando las cifras de sus numerosos informes.

—Creo que deberías exponer a autores más originales —insistí.

—¿Más de los que ya expongo? —Dalia revisó rápidamente un enésimo informe—. Veamos. *Una reina en el estrado*, de Hilary Mantel, ha vendido solo diez ejemplares de los cincuenta que pedí en los últimos nueve meses.

—Quizá porque apostaste por la edición en tapa dura. Sabes que este no es un mercado de libros en tapa dura —intervine inútilmente.

—No puedes darnos presupuestos y objetivos y luego impedir que los consigamos.

—Ponlos en el expositor central y diles a los empleados del servicio de atención al cliente que los recomienden. —A estas alturas estaba suplicando.

—Nehaya me enseñó que cada libro paga un precio por estar en mi estante. Si no lo hace, se le echa —replicó Dalia mientras se nos unía Sayed, su ayudante. Nos miraba a Dalia y a mí de manera alternativa. Era evidente que no tenía ningún interés en arbitrar en el desacuerdo entre su jefa y la jefa de su jefa. Dalia continuó—. Solo por haber ganado el Man Booker no significa que a nuestros lectores les importe.

—Vender libros es como el matrimonio y el fútbol. Mientras se necesita la habilidad justa, tiene que ver más con el destino y la suerte de lo que nos gustaría admitir. —Hice una pausa y luego ofrecí hacer un pacto—. Te daré a Paulo si me das a Hilary, justo a su lado.

—Hecho. Tienen un mes y después se sacan de la mesa. —Dalia hizo un gesto a Sayed, que anotó nuestras concesiones mutuas en su cuaderno con el aire tranquilo de un escriba.

Los libros de autoayuda tienden a reflejar los males de las épocas en los que se han escrito. Tras el crac de 2008 y la ulterior recesión, proliferaron los libros de orientación financiera. En el consumismo y la abundancia posteriores, despuntó Marie Kondo, la

gurú del orden. A pesar de mi animadversión por el género popular de la autoayuda, creo que los libros nos ayudan. En la década anterior a la Revolución egipcia, las ventas de libros de autoayuda se habían disparado. Ya sea por correlación o por casualidad, estas ventas sin precedentes parecían estar relacionadas con la promesa de poder y resolución de problemas del género. Los egipcios, cansados de esperar a que el Gobierno los ayudara, buscaban espacios donde pudieran ayudarse a sí mismos. Era mejor que no hacer nada.

Durante la primera década de Diwan, los clientes que echaban un vistazo a la sección en árabe de Diwan compraban manuales para mejorar sus habilidades como miembros dinámicos de la población económicamente activa. Estos libros defendían la creencia de que nuestras vidas podían mejorar si trabajábamos más. Las traducciones en árabe de *Los 7 hábitos de la gente altamente efectiva*, de Stephen Covey, se vendieron muy bien. Me preguntaba si los lectores de Diwan compartían mi ambivalencia por los libros de empresa occidentales, que se veía a la legua que iban dirigidos a un público entre el que no estábamos nosotros.

Había dejado de leerlos por completo. En su lugar, siguiendo las recomendaciones de Nihal, leí sobre el pensamiento positivo. Traté de expresarlo, visualizarlo, concentrarme. Al final de cada trimestre, deseaba que el siguiente fuera mejor. Pero nunca pasaba, daba igual lo que hiciéramos. Costaba romper nuestro ciclo de éxito, fracaso, beneficios y pérdidas. A medida que caíamos más en números rojos, Hind, Nihal y yo examinamos vías que pudieran llevarnos de nuevo a estar en números negros. Nihal decía que teníamos que cerrar más tiendas. Hind creía que teníamos que mantenerlas hasta que pudiéramos llegar a fin de mes. Yo no sabía qué pensar. Estaba cansada. Mi sueño estaba lejos y era difícil de gestionar. Diwan se parecía a un albatros rondándome el cuello. Me preocupaba que Diwan estuviera tomando represalias contra nosotras por querer demasiado y tomar demasiado. Pero nos manteníamos a flote mutuamente. Algunos días, Nihal creía que

era imposible, otros días era yo. Hind nos recordaba que todo es pasajero.

Justo cuando nos habíamos expandido, empezamos a contratar de manera activa. Cerramos tiendas y despedimos a empleados. Pagamos las penalizaciones y las indemnizaciones por las rescisiones anticipadas. La primera en desaparecer fue Mohandessin. No me sentía demasiado apegada a ella, así que no me dolió, a diferencia de la Universidad de El Cairo. Ese fue el fracaso que no podía llamar de otra manera. Aún deseaba haber podido reimaginar el espacio de un modo distinto, hacerlo solo como una cafetería con algunos artículos de papelería asequibles. Mi estrechez de miras me impidió ver lo que era. Los siguientes fueron los locales más pequeños, como el Diwan para niños en el Club Deportivo Gezira (alentado por el número cada vez mayor de librerías potenciales, habían decidido duplicar el alquiler), y luego los puestos en los centros comerciales. El Diwan del aeropuerto de El Cairo había languidecido a causa de la burocracia. Las normas y reglamentaciones gubernamentales nos habían impedido hacer nuestro trabajo. Se nos permitía entregar nuestra mercancía en sus almacenes, pero no estábamos autorizadas a reponerla en la tienda. En cambio, teníamos que confiar en el personal de las tiendas libres de impuestos, que no hacían nada sin incordiar y engatusar constantemente.

Al final, urdimos un plan: simplificaríamos nuestras tiendas existentes. No podíamos restaurar nuestra visión de futuro para cada barrio o cada nueva clientela. Teníamos que crear un método y confiar en él. Pero si hay algo que altere un plan de negocio organizado es su gran alboroto político. Al igual que un accidente de tráfico, había ocurrido al instante y a cámara lenta. El 25 de enero de 2011, los egipcios llenaron las plazas públicas. Era patente su frustración por cada promesa hecha e incumplida en las últimas cinco décadas. Durante los primeros días, antes de que pudiéramos denominarla revolución, hubo varias escaladas de protestas a las que la policía respondió con balas de goma y gases

lacrimógenos. Llamé a mi madre.

—Mamá, no es seguro que te quedes sola. Vente a nuestra casa, al menos hasta que veamos en qué acaba esto.

—Cariño, me recuerdas a tu padre. Siempre preocupado. Me tranquiliza que ya no esté con nosotros. Le daría un síncope con toda esta incertidumbre, y tendría que aguantar sus peroratas.

—Mamá, no deberías estar sola.

—No estoy sola, y tampoco lo está Egipto. *Masr Mahrousa*. *Egipto está bendecido*. Siempre lo ha estado y siempre lo estará. Todo está en orden. Al final, todo saldrá bien.

—Mamá, mira por la ventana. ¿No ves los gases lacrimógenos?

—Tu problema es que te fías demasiado de lo que ves.

Las revoluciones son catastróficas. Los ánimos están exaltados. El descontento y la esperanza van de la mano. Las antiguas líneas de fractura se abren. Nada está en orden. Nada está claro. Como egipcia que ha sido testigo de los acontecimientos de 2011, me sentía algo optimista. Como empresaria, temía el precio de la anarquía. A menos que uno sea un índice de volatilidad en el mercado de valores, la inestabilidad no te hace ganar dinero. Y los meses de inestabilidad posteriores fueron destructivos a nivel emocional y económico. Las manifestaciones y las protestas estallaron en todas las ciudades. Intentamos mantener intacta la moral de los empleados y las tiendas físicas. Para las siete tiendas que aún quedaban y los 108 empleados, las protestas, el toque de queda y los cortes de carreteras se añadieron a la incertidumbre. Cada día perdíamos ingresos. Las tiendas no se podían abrir. Las personas compraban alimentos, no libros. Conscientes de nuestras responsabilidades sociales, y a pesar del flujo de caja y los maltrechos balances generales, seguimos pagando los salarios íntegros, mientras muchas otras empresas aplazaron o retuvieron los pagos.

Como una oración agnóstica a Dios en tiempos de necesidad, me vi deseando haber tenido un libro de autoayuda que me guiara a través de mis sentimientos. Bajo el mandato de Mubarak, Egipto había estado plagado de injusticia. Pero nos habíamos

acostumbrado a esa injusticia. En este momento temíamos lo desconocido. A medida que la agitación proseguía, las protestas pasaron a ser *millioniyat*, manifestaciones de un millón de hombres. La plaza Tahrir era el punto central. Conocía bien la zona. Había pasado por ella a diario cuando era una universitaria. Había rescatado *The Naked Chef* del cercano Mogamma.

Muchos otros pasaban los días y las noches en la plaza. Formando un microcosmos utópico. Ayudando a los demás. Soñando con un país distinto. Había estado allí en los noventa, protestando contra la ablación genital femenina. Esta vez no protesté. No fui a la plaza Tahrir porque ninguna de las facciones nuevas parecía representar mis esperanzas para Egipto. No estaba segura de qué defendía cada una.

Y tenía que dirigir una empresa. A pesar de no estar obteniendo beneficios, seguíamos siendo un tercer lugar. Nuestras tiendas se convirtieron en confesionarios. La gente se reunía, hablaba y comparaba experiencias. Diwan era un lugar para escapar del momento político o regresar a él. Me hice preguntas difíciles. ¿Qué papel jugaba Diwan en todo esto? ¿Cómo nos adaptaríamos para sobrevivir? Había una pregunta que ni siquiera podía responderme a mí misma: ¿sobreviviría Diwan?

Después de dieciocho días y noches de protestas, el presidente Hosni Mubarak dimitió y puso fin a un mandato de treinta años. Había euforia ante el futuro prometedor que nos esperaba. En 2012, después de un año de Gobiernos de transición, ingenuidad política (deberíamos haber leído con más detenimiento *El príncipe*) y caos, los egipcios se encontraron entre la espada y la pared. Regresamos a las urnas, obligados a elegir entre dos alternativas conocidas: un candidato de los Hermanos Musulmanes y un exgeneral del ejército. Al igual que la rotación de la tierra, estábamos en el mismo punto de partida.

El 30 de junio de 2012, casi un año y medio después de las primeras protestas, Mohamed Morsi, el candidato de los Hermanos Musulmanes, tomó posesión de su cargo como el primer presidente

de Egipto elegido de forma democrática. Morsi sería presidente para algunos egipcios, pero no para todos. No para mí. Mis empleados y yo estábamos divididos. Ellos simpatizaban con los Hermanos por motivos prácticos aunque no religiosos. Muchos de ellos se habían criado en zonas donde las organizaciones comunitarias de los Hermanos ofrecían enseñanza y atención médica que superaban con creces las escasas ofertas del Gobierno. Estaba resentida con los anteriores Gobiernos por haber entregado a su pueblo a los islamistas al no satisfacer la mayoría de sus necesidades básicas.

En otra situación, me habría aguantado. Uno o dos mandatos y se va. Por desgracia, no es así como funcionan hoy los gobernantes de Egipto. Solo abdican presionados por la mano de Dios o los soldados. Me aterraban las décadas de gobierno islámico para Egipto. Sabía que no podía cambiar lo inevitable. Una vez más, lo único que podía hacer era controlarme. Planeé mi éxodo. Cuando un año después Morsi y su camarilla fueron expulsados por una revuelta popular y las tropas del ejército, mis planes ya habían empezado. Había oído el cotorreo en los pasillos de nuestra oficina, los empleados musulmanes «bromeando» con sus compañeros coptos que habían esperado ahorrarse la *yizia*, un impuesto que pagaban tradicionalmente los no musulmanes a sus gobernantes musulmanes. No me reía. Tenía que elegir entre el futuro de Diwan y mis hijas, y elegí lo segundo. Diwan ya se había cobrado los últimos quince años.

Nuestros clientes leían más que nunca. Mientras las ventas de mis libros en inglés caían —comprarlos parecía casi poco patriótico—, las ventas en árabe de Hind se multiplicaron. Los primeros años de la revolución dieron lugar a un material infinito para el sarcasmo, la sátira y lo absurdo; todos ellos prosperaron en el nuevo desorden y la ausencia de censura. Las tertulias aprovecharon el momento. Todos tenían algo que decir e insistían en hacerse oír. Así que todos hablaban y nadie escuchaba. En cuanto el tornado de la sobreexpresión asoló Egipto, se consumió girando en la nada.

Aproximadamente en 2014, los patrones de compra

cambiaron a medida que se estableció el cansancio colectivo, que con el tiempo dio paso al desencanto. Aumentó mucho la demanda de libros espirituales. Sentía el dolor de nuestra decepción. Los libros, sobre todo los que trataban de la trascendencia, eran antídotos contra el agotamiento. Habíamos visto demasiado las noticias durante los años febriles posteriores a la revolución. Había una sensación de fracaso inminente. La Primavera Árabe había desembarcado en el interminable invierno de nuestro descontento. De repente, parecía que todo el mundo compraba la traducción de 2008 de *El secreto*, de Rhonda Byrne, un libro acerca de manifestar los propios deseos por medio del poder del pensamiento. Los años posteriores a la revolución vieron resurgir su popularidad. Después de mi encuentro con Paulo, y a petición de Nihal, lo cogí, leí las primeras páginas y entendí de manera instintiva lo que prometía. La Biblia hacía una promesa parecida, en el Evangelio de san Lucas: «El que pide, recibe; el que busca, encuentra, y al que llama, se le abre». *El alquimista* y *El secreto* eran una muestra de un hábito humano por excelencia: soñar. Queríamos hacer realidad nuestros sueños. Pero ¿qué pasa después? Cuando tu sueño se hace realidad y deja atrás lo que has imaginado, ¿qué pasa entonces? Hay un problema de clasificación. Un sueño no se puede materializar, o deja de serlo. Tal vez la entelequia de los sueños se podría considerar una pérdida.

Queríamos reinventarnos. Queríamos reformar nuestro país. Queríamos conocernos. Conservamos la fe, a pesar de las dificultades. Nos negamos a amargarnos. La propia lectura es una expresión de fe, por no decir el mayor acto de autoayuda.

—Tengo un regalo para ti —le dije a Nihal mientras le ponía en las manos un ejemplar de Paul Arden, *Usted puede ser lo bueno que quiera ser*.

—Pensé que odiabas los libros de autoayuda. —Los ojos de Nihal brillaron por la sorpresa.

—Tampoco diría odiar. Además, no es un libro de autoayuda. Es de arte y diseño. Es de un gurú de la publicidad..., charlatanes

que saben que son charlatanes. De los míos. —Sabía que haría falta convencer a Nihal. Recuperé el libro y empecé a hojear las páginas y leer en voz alta—. «Tu visión de dónde o quién quieres ser es tu mayor recurso.» Genial. «Sin tener un objetivo es difícil conseguirlo.» Un auténtico genio. «La perosna —mal escrito a propósito— que no comete errores es poco probable que haga algo.» La pura verdad. Somos la prueba viviente. Y mi jodienda preferida: «Fracasa. Fracasa otra vez. Fracasa mejor». —Ya la tenía convencida. Le devolví el libro.

Ese renglón era un fragmento de mi pesimista favorito: Samuel Beckett. Sus palabras me guiaban. «Lo intentaste. Fracasaste. Da igual. Prueba otra vez. Fracasa otra vez. Fracasa mejor.» El renglón tiene una vida propia extraña; aparece tatuado en el brazo de un famoso tenista y en las biografías en internet de numerosos expertos en tecnología de Silicon Valley. Por si te lo estás preguntando, vale para todo, lo mejor y lo peor de esta vida: el amor, el matrimonio, los negocios, la amistad, las revoluciones e incluso la esperanza.

Epílogo

Cuando me marché de El Cairo, rota y derrotada, volvía una y otra vez a los días en los que Diwan era más simple. Cuando Hind, Nihal y yo éramos una influencia positiva en la vida de las demás. Cuando no me sentía paralizada por la culpa de abandonar todo y a todos los que apreciaba. Me sentía una impostora cuando me felicitaban por lo que habíamos creado. Tal vez las ganancias no sean la medida más importante del éxito, pero en los negocios sí lo son. La verdad es que Diwan no es un negocio. Es una persona y esta era su historia.

Si tuviera la oportunidad de hacer todo otra vez, nunca pondría los ingresos por delante de las repercusiones. Optaría por una librería que dejara huella antes que por una librería que lograra beneficios. Tuvimos que cometer errores para aprender de ellos. Tuvimos que pagar un precio alto para hacer lo que nunca se había hecho. Quizá deberíamos habernos quedado satisfechas con una sola tienda. Pero Zamalek siempre fue demasiado pequeña para nosotras.

Los cinco primeros años fueron caóticos. En cierto modo, las cosas fueron según el plan que ni siquiera habíamos hecho. Los siguientes cinco años se desviaron enormemente de los planes que habíamos hecho. Y los cinco años posteriores fueron solo dolorosos. Nihal, agotada, pidió un permiso en Diwan. Hind y yo lo hicimos después. Pero no podíamos dejar sola a Diwan. Intentamos tranquilizarla. Creamos un equipo de gestión formado por cinco personas de las distintas divisiones. No salió bien. Contratamos a un director general. Salió peor.

Al final, los planetas se alinearon de un modo acorde con Diwan. Nihal había mantenido una estrecha amistad con dos personas antiguas de Diwan. Una, Amal, había tomado el relevo de

Shahira como gerente de Zamalek durante unos años, y la otra, Layal, había sido subdirectora de Heliópolis. Incluso después de que ambas dejaran Diwan, siguieron viéndose con Nihal en las cafeterías de Diwan de la ciudad. Recordaban los viejos tiempos. Se preguntaron: «¿Y si...?». Y, poco a poco, se formó una nueva trinidad. Nihal, siempre partidaria de las alianzas, se animó con su visión común, orientada hacia el futuro más que al pasado. Fue una feliz coincidencia de amistad y pasión. En 2017, Nihal, Amal y Layal se unieron a la junta de Diwan. Al año siguiente, para dejar espacio a su nueva visión, Hind y yo dimitimos. Por primera vez desde que fundamos Diwan en 2001, no formábamos parte de la junta.

¿Dónde están todos ahora? Perdimos a algunos de ellos. Durante nuestros comienzos, los mimos de Nihal a los empleados varones y sus frágiles egos, junto con su falta de tolerancia para las chorradas y un criterio sensato, dieron lugar a una política de dotación de personal rígida. Si algún empleado amenazaba con renunciar, haríamos efectiva su amenaza en ese mismo instante. Insistíamos en que todos formábamos parte de la familia Diwan, pero recordábamos al personal que nadie era indispensable. Samir, después de diez años siendo mi chófer, amenazó con marcharse. No recuerdo exactamente qué fue lo que lo sacó de sus casillas. Su insensibilidad a las críticas lo aislaban de cualquier cosa que yo pudiera decir o hacer. No obstante, hizo la amenaza. Corté el vínculo. Sin lugar a dudas, era de esperar. Llama todas las Navidades para preguntar por Zein y Layla. Me aconseja que encuentre un equilibrio con mis hijas entre el afecto y la disciplina, pues sabe que puedo ser un poco severa. Me dice que los años de creación de Diwan son de los más gratificantes de su vida.

Luego estaba Amir, extraordinario conseguidor de libros. Fue el primer empleado de Diwan. Había llegado a ser el responsable de compras de libros en árabe, creando su propio equipo de ayudantes de ventas y analistas de datos. Después de quince años, se marchó para poner en marcha su propia editorial. Nos dio la

noticia a Hind, Nihal y a mí con los cumplidos típicos: «Es vuestra victoria. Me enseñasteis todo lo que sé. Estoy continuando vuestra labor». Le deseamos suerte. En un gesto que desafiaba las convenciones sociales, de género y clase, nos dio un beso en la frente. Lloré. Hind interpretó el gesto como la promesa de un hijo de no decepcionar a su madre. Cuando se lo contamos a mi madre más tarde, vio a Judas y a Jesús. Asistí a su primer matrimonio, a su segundo matrimonio y le di el pésame cuando murió su padre. Aun así, nunca superamos del todo nuestra dinámica de jefa-empleado. Lo conocía muy bien y no lo conocía en absoluto.

Los lectores dejaban vestigios de sí mismos en nuestros estantes. También se los llevaban en los libros y las bolsas. Aunque el amargo final de la bolsa de Diwan cambió para siempre la relación entre Minou y yo, continuamos siendo amigas. Siguió persiguiendo su pasión por la fotografía y la técnica mixta. Realizó bastantes exposiciones internacionales y su obra fue adquirida por el Museo de Victoria y Alberto de Londres y el Tropenmuseum de Ámsterdam. Vivió a caballo entre Londres y El Cairo durante varios años antes de decidir volver a El Cairo. Se dio cuenta de que no podía crear obras fuera de Egipto. El país era su musa.

La pérdida es un proceso natural y a veces incluso alegre. Durante el tiempo que pasó Nehaya como encargada de compras de multimedia y papelería, conoció a un hombre llamado Dany, director general de una empresa de distribución. Tenía una alegría de vivir inagotable y podía milagrosamente hablar más que la sociable Nehaya. Fui testigo de su primer encuentro, donde él intentaba venderle existencias y ella pedía un descuento mejor. Se dieron cuenta de que no podían avasallarse mutuamente. Salí de la sala. Le dije a la por entonces ayudante de Nehaya, Dalia, que la fuera a buscar y me la trajera con el pretexto de una «urgencia en la fijación de precios».

—Está ligando contigo —dije.

—¿Qué?

—Tontea con él. Es majo. Es divertido. No le das miedo.

—No tengo tiempo para estas tonterías. —Me miró y puso los ojos en blanco.

—Yo tampoco, pero eso no te impide hacerme leer libros sobre ligar. Pon en práctica tus sermones. —Le señalé la puerta con una advertencia—: Recuerda. Te estaré vigilando.

Se casaron un año después. Dany tenía un trabajo en Arabia Saudí. Nehaya dejó Diwan para irse con él. Organicé una cena para celebrar su boda.

—Que Dios ayude al pobre desgraciado —dijo Hind observando a Nehaya y a Dany desde el otro lado de la estancia.

—¿Por mudarse o por casarse? —pregunté.

—Por casarse con Nehaya. Va a necesitar a Dios y a su jodido ejército —intervino Nihal mientras hacíamos chinchín en señal de acuerdo.

Al final, había convencido a Nihal de algo: una palabrota bien puesta.

Cuando abandoné Egipto, Egipto también me abandonó. En Londres, intenté encontrar un trabajo en una librería solo para descubrir que una librera de El Cairo era una propuesta exótica siempre y cuando estuviera en El Cairo y pidiera libros en inglés para que los leyeran los lugareños. Su experiencia no contaba. El mercado inglés era en apariencia mucho más sofisticado. Pensaba que los lectores eran lectores en todas partes. Estaba destrozada y estaba furiosa.

—Cariño, lo que voy a decirte hará que te sientas mejor y te quites un peso de encima —dijo mi madre muy seria—. No eres nada. Acéptalo. Aprovéchalo.

—Mamá, ¿sabes que ya me siento como una mierda?

—Da gracias a que esas puertas estén cerradas. Se abrirán otras. Sé humilde. Acepta que te hayan noqueado. Desconecta. No eres nada y de la nada nace todo.

—No sé qué clase de estupideces has estado leyendo, pero para, por favor.

—Es un libro fabuloso que me dio Nihal.

Hablando de puertas cerradas: Número Dos y yo nos conocimos en 2009. Estaba segura de que esta vez había acertado. Nos casamos en 2010. Cinco años después, con mi reciente traslado a Londres y su trabajo en Dubái, nos vimos en un matrimonio a distancia. Sobrevivió un año más. Entonces, en verano de 2016, camino de un concierto de Bruce Springsteen, sugirió que nos divorciáramos. (Antaño una fanática admiradora, hoy solo puedo escuchar dos canciones de Springsteen.) Él regresó a Dubái. Zein y Layla estaban volviendo de sus vacaciones de verano con Número Uno en Estados Unidos. Comprobé la hora, esperé para asegurarme de que estaban a salvo en el avión y luego lo llamé, pensando en la mejor forma de decírselo.

—Qué bien que has llamado. Hay algo que tengo que decirte —dijo Número Uno con entusiasmo.

—Yo también. ¿Qué pasa?

—Me voy a divorciar. Tengo que contárselo a las niñas.

—¿Otra vez? ¿Lo estás diciendo en serio? Yo también. Joder. Joder. ¡Joder!

—Hay cosas peores que el divorcio.

—¿Te das cuenta de que entre nosotros tendremos ya seis divorcios? Tú cuatro. Yo dos. ¿Qué clase de ejemplo estamos dando?

—Resiliencia. Resistencia. Da igual. Lo que a Zein y Layla les importa es que estemos bien. Así que maquíllate un poco, ponte tacones altos quizá, ve al aeropuerto a recogerlas y que te vean feliz. Sé feliz. Confía en mí. Sé de lo que hablo. —Número Uno tenía razón.

Una semana después, fui a Dubái, quedé con Número Dos en el consulado de Egipto y firmé los papeles del divorcio. Cogí el siguiente vuelo a Londres, justo a tiempo para llevar a Zein y Layla al West End a ver la obra de teatro *Aladino*. Deseaba poder meter de nuevo al genio en la lámpara. No quería un segundo divorcio. Mi problema era el número, no el acto. Podía justificar el primer divorcio: no había conocido nada mejor. Pero ¿el segundo? O había algo malo en mí o simplemente no servía para el matrimonio. Después de dos divorcios, me hice una promesa:

nunca más. Número Uno hizo lo mismo. Se trasladó a Estados Unidos, se convirtió en un monógamo en serie, siguió enseñando historia, tocando en un grupo de *rock*, obsesionado con la vida académica y social de sus hijas, y ahora ha empezado a escribir su primera novela. Después de leer estas memorias, me dijo que había escrito mi propio libro de autoayuda.

Cuando empecé a escribir, no quería escribir la historia de Diwan. Hind estuvo de acuerdo en que era una idea malísima. Me sugirió que lo hiciera de todos modos. Escribir este libro ha sido una especie de exorcismo. Después de veinte años siendo la señora Diwan, espero habérmelas arreglado para divorciarme, que, como aprendí, no es lo mismo que fracasar.

Si Zamalek es una isla en medio de un río rodeado por un desierto, Inglaterra es parte de una isla con un clima asqueroso. En esta isla no me siento ni una inmigrante ni parte de una diáspora. Cuando tenía dieciséis años, leí *El extranjero*, de Camus. Me vi reflejada en el título. En la actualidad, saber que no pertenezco a ningún lugar me libera. Los libros en los estantes de Diwan estaban en su sitio y se movían, se compraban y se abandonaban. Me veo en ellos.

Londres pasó a ser mi hogar sobre todo porque Hind se trasladó aquí. Tras quince años en la cocina de Diwan, con demasiados cocineros y tres jefes de cocina, vino aquí para asistir a la escuela de gastronomía. Cuando se graduó en la Escuela Leiths de Gastronomía y Vino y luego en Cordon Bleu, los amigos le preguntaron si quería ser chef. Ella respondió con modestia que es cocinera. Pensé en Fatma y *abla* Nazeera y la reprendí por subestimarse.

Hind ha dejado atrás Diwan. Cuando va a El Cairo, pasa mucho tiempo en su huerto. En un guiño inconsciente a Voltaire, y bajo el ojo experto de Abbas, su chófer durante los últimos veinte años, Hind empezó a plantar hierbas aromáticas y luego verduras. Las últimas Navidades en El Cairo me regaló un fruto de su trabajo: una sandía del tamaño de una naranja. Le sugerí que fracasara mejor. Eso hace. «Tenemos que irnos y trabajar en el huerto», nos

recordó Cándido.

La promesa de trabajar duro que nos inculcó nuestro padre hace que esta vida, con sus desilusiones, sea llevadera.

Mi relación con Diwan es más fluida que la de Hind. Aprecio a Diwan sin apego, al igual que con Número Uno. Del mismo modo que mi maternidad, Diwan me construyó y después me destrozó. Más importante aún, Hind, Nihal y yo hemos mantenido una relación fuera de Diwan, a pesar de Diwan. Nihal ha leído borradores de este libro. Por una vez, ella tenía algo en común con Minou. Busqué su bendición. Nihal era Nihal:

—Confío en ti. Si es así como lo ves y lo sientes, entonces es así como debes escribirlo.

Y Minou era Minou:

—Tan solo porque seas una fascista de mierda no significa que yo lo sea. En la vida la gente te dice lo que puedes decir y lo que no. Me quedo con el arte.

Esta historia no me pertenece. Solo me pertenece mi punto de vista.

Siempre que vuelvo a El Cairo compro en Diwan. Cuando Ahmed me ve en cualquiera de las tiendas, siente la necesidad de probar sus técnicas para engatusar al comprador. Contengo mi instinto de arreglar los expositores o recolocar los libros en orden alfabético; no quiero meterme donde no me llaman. No compro libros en los sitios que solía frecuentar. *Hag* Mustafa y *hag* Madbouli fallecieron. Sus hijos han seguido sus pasos y se han hecho cargo del negocio familiar. Incluso el Mogamma, el palacio de la memoria de El Cairo, cerró sus puertas, sus numerosos departamentos se redistribuyeron en distintas administraciones repartidas por la ciudad y en un nueva capital construida en las afueras de El Cairo. Se rumorea que se reutilizará como hotel de lujo. Las librerías abrían y cerraban. Las cadenas se creaban y se desmantelaban. Diwan aún se mantiene. El 8 de marzo de 2022, la tienda de

Zamalek cumple veinte años.

A veces me pregunto si la pérdida es contagiosa. Tras la muerte de mi padre, hablaba con él. Veinte años después, sigo hablando con él. El mundo para el que intentó prepararnos nos ofreció la fealdad que había previsto, así como la belleza que había olvidado. Justo después de su muerte, sentimos un vacío en nuestras vidas. Buscamos formas de llenarlo. Diwan lo hizo. Los estantes de Diwan siguieron aportando sus enseñanzas, y otras enseñanzas de amor, vida y sueños.

Todos los años, mi madre, Hind y yo visitamos su tumba a los pies de las colinas de Mokattam y esparcimos nardos y rosas rojas en la tierra donde reposan sus restos. Cuando iba, recopilaba las historias que quería compartir: tengo cuatro librerías, tengo siete librerías, ahora son diez, otra vez siete. Tienes dos nietas, creo que he fracasado en el matrimonio pero he triunfado en el divorcio. Dos veces. Mi madre saca su rosario y reza por su alma. Hind le explica a Ramzi y Murad dónde estamos y qué simboliza. Les digo a Zein y Layla que compartan sus historias divertidas; a vuestro abuelo le encantaba oír cuentos de niñas honestas que dan a este mundo todo lo bueno que recibieron.

Diwan tenía nueve años en 2011 cuando El Cairo estalló. Tenía once en 2013 cuando Mohamed Morsi, el primer presidente de Egipto elegido de forma democrática, fue destituido. Tenía quince años cuando Nihal volvió y la revitalizó con la ayuda de dos nuevas socias. Mi madre tenía razón. *Egipto está bendecido*.

Agradecimientos

Es mucho lo que tengo que agradecer, y son muchos a quienes dar las gracias.

A Caroline Dawnay, superagente de United Agents, por su gusto por el riesgo y su resiliencia.

A Kat Aitken, de United Agents, por ser la más firme defensora de este libro.

A Georgina Le Grice, Lucy Joyce, Amy Mitchell, Alex Stephens y al fantástico equipo de agentes de derechos extranjeros que hicieron todas las traducciones posibles de *La librera de El Cairo*.

A Mitzi Angel, de Farrar, Straus y Giroux, por ver una historia en medio de anécdotas y recuerdos, y por creer en este libro y en quien lo cuenta.

A Molly Walls, por editar *La librera de El Cairo* y por enseñarme a escribir y, más importante todavía, a acortar. Echaré de menos nuestros comentarios al margen en tantos borradores. FM/AM.

A todas las mujeres que eran imposibles y que, sin embargo, hicieron posible tantas cosas: las mentoras, las mujeres difíciles con las que he luchado y las amigas. Sabéis quiénes sois.

A Samer al Karanshawy y Ragia Omran, por responder a un sinfín de preguntas sobre lengua, legislación, movimientos políticos e historia.

A Amir al Nagui, Shahira Fathy, Minou Hammam, Nehaya Nashed y Nihal Schawky, por recordarme buena parte de lo que había olvidado.

A Shahira Diab y Samir Tawfik, por sus ánimos y por escuchar mis peroratas interminables.

A mi madre Faiza, por su callada sabiduría y por sugerirme

siempre que siga adelante.

A mi hermana Hind, por ser mi crítica más severa y mi salvadora.

A mis sobrinos Ramzi, por ser el policía gramatical de nuestra familia, y Murad, por no darme nunca la oportunidad de tomarme en serio.

A mis hijas Zein y Layla, por aceptar con generosidad que mi trabajo me quitó tiempo para estar con ellas.

A Egipto, mi primer amor, y a Diwan, mi último amor. Gracias por resquebrajarme y reconstruirme.

A todos los que crearon Diwan, clientes y empleados, gracias por todo.

Muchas gracias a Sofia Siderman por su atenta lectura de la traducción.

Notas

1. *El ángel de la casa* es un poema de Coventry Patmore, publicado a mediados del siglo XIX, en el que el autor idealiza a su esposa como la mujer perfecta. (*N. de la t.*)

La librera de El Cairo
Nadia Wassef

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Chronicles of a Cairo Bookseller*

© 2021 by Nadia Wassef. All rights reserved

© de la traducción del inglés, María Eugenia Santa Coloma Costea, 2022

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la cubierta, Miriam Bauer

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2022

ISBN: 978-84-1100-097-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



